



El
vuelo
de
Lena

Sara Ballarín

Lectulandia

Sara Ballarín

El vuelo de Lena

Para Sandra, mi luz infinita.

«La personalidad humana, que
combina mente y cuerpo, es en
sí misma paradoja y
contradicción».

BLAISE PASCAL

EL SEGUNDO PEOR DÍA DE MI VIDA

Hay días que son luz radiante y sábanas blancas. Días que empiezan con el sol colándose por una ventana de madera, dejando que caliente la habitación y los pliegues de tu almohada. Entonces solo quieres cerrarle la puerta al mundo y perderte en la cama, entremeter la nariz en varios libros y beber mucho café. Hoy podría ser uno si no fuera porque, al abrir un ojo, noto algo incómodo y doloroso moviéndose en mi interior. Un quejido involuntario sale de mi garganta en forma de «otra vez no», pero sí, otra vez sí. De hecho, tan solo me da tiempo a incorporarme lo justo para no ahogarme porque enseguida una arcada hace que mi puñetero estómago salga a saludar, y todo el alcohol de ayer mezclado con el mísero sándwich de jamón de york que cené son expulsados de mi boca rumbo a la alfombrilla junto a la cama. Qué asco. Empezar el día vomitando no es un buen principio.

Por lo menos todo mi ser agradece el vómito y respiro tranquila cuando termino de toser los rescoldos de anoche; así que cuando me calmo, me levanto y me dirijo al baño. Al ritmo de varios estornudos encadenados que denotan que marzo y mi alergia ya están aquí, llego al lavabo y abro el grifo, gruñendo al ver mi maquillaje corrido, mis ojeras tipo oso panda y mi pelo rubio enredado en una maraña que pide acondicionador en cantidades industriales. *Ñeh*, soy un puto adefesio. Un puto adefesio con una resaca como una catedral. Eso sí, me doy una buena ducha y al salir tengo la impresión de volver a ser persona: así que me armo de valor y voy a mi habitación para tirar la alfombra llena de, ejem, residuos directamente en el contenedor de basura que hay frente a mi portal. Bien, ya vuelvo a tener el dormitorio de alguien normal y soy un ser humano en plenas facultades. Enhorabuena, Lena.

Ahora toca hacer recuento de daños.

Enciendo los altavoces para el iPad que me regaló mi padre en Navidad y pongo a todo volumen Interpol. Tengo lagunas mentales más grandes que Brasil, así que me siento en mi escritorio para pasar al ordenador las fotos de ayer que tengo en la réflex. Ah, sí. Empiezo a acordarme de la noche a fogonazos. Salimos a celebrar mi veintiséis cumpleaños Daniel, Darío, Lidia, Luis y yo. Nos metimos en un antro de mala muerte y nos vinimos arriba con todo el equipo. Acabamos de cubatas hasta las cejas y terminé en medio de la pista bailando a lo místico mientras Daniel y Darío se partían de risa. Lidia desapareció con Luis, de nuevo sin decir nada. Todos vemos que ocurre algo entre ellos, pero se empeñan en ocultarlo, así que ellos sabrán. El caso es que yo seguí bailando hasta que me comí la boca con un chico ante la atenta mirada de Daniel, que hizo lo mismo con una desconocida. También Darío ligoteó con un tío,

y se fue guiñándome un ojo cómplice mientras salía del bar rumbo a su casa. Frunzo el ceño tratando de recordar por qué nos besamos ese chico y yo. Había bebido y no sé por qué me estaba acordando tanto de Mara que me entró el bajón. Fuerte y despiadado. Y entonces recuerdo el motivo por el que me había venido Mara a la cabeza: sonó su canción favorita, «Wish you were here», de Pink Floyd, y a mí se me heló el alma. Lo siguiente de lo que tengo conciencia es de beber algo infernal de un trago, ponerme a bailar sola en la pista, empezar a hablar con el chico y dejar que su boca llenara la mía hasta que nos despedimos sin llegar a más.

Dios mío, no vuelvo a beber.

Ni a bailar.

El timbre de la puerta me devuelve a la realidad y me levanto a abrir. Es Daniel. Él y Darío viven juntos en un pequeño apartamento cercano a mi casa. Darío es físico y becario, aunque se gana un dinerillo extra dando clases particulares en su piso. Así que como su hogar es un ir y venir de adolescentes, Dani siempre viene a la mía a pasar el rato.

Entra dándome un beso en la mejilla y solo verlo ya me hace sonreír. Lleva un sombrero borsalino echado hacia atrás, resaltando así sus saltones ojos azules. Pasa a mi dormitorio y se tumba encima de mi cama dejando caer todo su peso en los muelles.

—Me vas a joder la cama —protesto.

—No sería la primera vez. —Me saca la lengua y yo me río mientras me acerco a la mesilla para coger un cigarrillo.

Daniel me atrapa entonces y me sube a su regazo. Me siento a horcajadas y me tumbo encima de su pecho, que huele a él y me hace suspirar por la sensación de comodidad que siempre me proporcionan su piel y sus brazos enredados en mi cintura.

—¿Qué tal con el pavo de anoche? —me pregunta, apretando su abrazo.

—Sin más. ¿Y tú?

—Sin más. —Sonreímos.

Me besa el pelo y me acaricia la cara. Con su índice y pulgar agarra mi barbilla, me levanta la cabeza, y deja mis labios a la altura de su boca. Me da un beso que nos hace sonreír. Entonces nos damos otro. Y otro. Y otro más. Hasta que dejan de ser besos suspirados para ser bocas clamando urgencia una vez más.

—Paso de ir a ningún sitio esta tarde —me dice sonriendo.

Asiento, y en menos de lo que tardo en pestañear, lo tengo dentro mí, llenándolo todo. Y así nos vamos moviendo en la cama, y creamos una especie de coreografía entretejida por los gemidos de dos personas que se sienten en casa cuando se tocan. Sin tiempo, sin ruido. Todo deja de importar con la más tibia de nuestras caricias. Todo. El sexo con Daniel es lo único que me llena, lo único que me hace ir más allá de todos los fantasmas que me rodean. Lo único que no es apatía. Terminamos y él se tumba encima de mi cuerpo, abrazándome muy fuerte. Abro las piernas para acomodarlo y rodeo su cintura con ellas. Me besa bonito. Yo sonrío. Hasta que se incorpora un poco, apoyando su cabeza en su mano. Y vuelven el tiempo y el ruido.

—¿Por qué Luis y Lidia se esconden? —le pregunto—. Parecen niños.

—Porque se han enamorado y eso suele dar vergüencita al principio —dice sonriendo.

—¿Enamorado? ¿Después de tanto tiempo siendo amigos?

—El roce hace el cariño, supongo.

—Tú y yo tenemos mucho roce desde hace meses y no nos hemos enamorado.

—Porque tú y yo nos queremos demasiado para enamorarnos, Lena.

Daniel y yo nos despedimos en la puerta de mi casa a las ocho de la tarde con un beso y un abrazo. Al final nos hemos quedado holgazaneando en mi cama y hablando de todo un poco. Con Daniel se me pasan las horas tan rápido que ni me entero de que las manillas del reloj han corrido. A él le ocurre lo mismo y por eso tratamos de vernos lo más posible. A veces recorremos Madrid dando larguísimos paseos, yendo de compras, tomando cañas, o follando en su casa o en la mía si mi padre y mi abuela no están, como hoy. Otras veces solo nos quedamos callados, tumbados en cualquier parque mirando al cielo, hasta que uno de los dos se acuerda de que hay que moverse. Ambos trabajamos juntos en una tienda de vinilos que ahora se ha puesto muy de moda por lo *cool* que parece, pero que, en realidad, la gestiona un jefe déspota que paga mal y valora más bien poco lo que hacemos. Sí, soy la compañera de Daniel, y nos acostamos cuando nos apetece desde que lo conocí hace un año. Mi abuela, la pobre, piensa que Daniel y yo somos novios porque en su cabeza, por muy moderna que sea, no cabe la palabra «follaamigo», por eso nunca he intentado explicarle lo que en realidad hay. Además, sé que ella se siente más tranquila pensando que tengo a alguien importante en mi vida y que así los fantasmas duelen menos. Que soy más feliz. Que vuelvo a tener las ilusiones que Mara se llevó. Que vuelvo a querer volar. ¿Cómo voy a sacarla de su error diciéndole que Dani no es esa persona y que no creo que llegue nunca? No, pobre. Mejor así.

Mi abuela vive con mi padre y conmigo desde que tengo uso de razón. Se mudó al poco de fallecer mi madre, cuando yo aún era una bebé, para ayudar a mi padre con la crianza. Él es un afamado escritor y se pega el año viajando de aquí para allá, bien para temas de promoción bien para, según él, inspirarse y documentarse para sus novelas históricas. Eso ha hecho que mi padre haya sido una figura ausente en mi vida. Su profesión por encima de su familia. Así que mi abuela y yo siempre hemos estado la una con la otra y por no dejarla sola, no me he independizado aún. Ella siempre insiste en que debería mirarme un piso, que tengo que soltar amarras, pero me niego: no quiero dejarla sola ni tampoco abandonar esta casa tan llena de recuerdos. Sería como cortar raíces con todo lo que ha pasado aquí y no puedo. Hace un par de semanas se fue a su pueblo natal, donde también vive mi tía, «la rancia», y se quedará allí unos días más. Y al acordarme de mi abuela decido llamarla a ver cómo está. La echo de menos.

—Hola, tía Amparo. ¿Está Yayi?

—Hola, Elena. —Mi tía es la única persona que me llama por mi nombre completo —. Sí, te la paso.

Oigo unos pasos y a mi tía gritando como si mi abuela no la oyese. Me río entre

dientes porque es probable que mi abuela se esté haciendo la sorda para no oír las chorradas de su propia hija, que es una arpía.

—¿Dígame? —responde con su voz quebrada.

—¡Yayi! ¿Qué hace mi abu?

—¡Hola, mi vida! —Y a mí se me pone una sonrisa al escuchar su tono cariñoso como una caricia—. Estoy viendo la televisión..., ¿y tú?

—Estaba echándote de menos.

—Bueno. Queda poco para vernos, flor. Dentro de nada cojo el tren y vuelvo. ¿Cómo fue la celebración de tu cumpleaños?

—Superbien.

—Superguay. —Se ríe de mí y yo con ella—. ¿Hoy no trabajas?

—No, hoy tengo libre, afortunadamente —resoplo.

—Si no estás contenta con ese trabajo, déjalo. Eres muy joven todavía para estar donde no quieres estar.

—Están las cosas como para dejar trabajos, abuela —rebufo entre dientes.

—Pues escribe.

—Ya sabes que eso se acabó.

—Y es una tontería como un piano, Lena. Que tu padre sea crítico y duro contigo o que hiciera aquello no significa que seas mediocre. Significa que él es un profesional y quiere enseñarte, solo que no siempre sabe cómo hacerlo.

—Bueno.

—A veces las ilusiones se debilitan porque no tenemos la fuerza para pelearlas. Y entonces entramos en el bucle de la apatía. Tienes que salir de ahí, mi niña. Tienes veintiséis años y toda la vida por delante.

—Tengo que dejarte, Yayi. Papá vuelve hoy de su viaje y he de hacer la cena.

—De acuerdo —resopla resignada—. Dile que mañana por la mañana le llamo para que me cuente cómo le ha ido por Italia. Dile que he leído su borrador, que me ha gustado mucho y que le he enviado a su asistente eso.

—¿El qué? —le interrogo curiosa.

—Ya lo sabrás..., cuando llegue la hora, Lena.

—Qué jodida eres, Yayi —digo riéndome.

—Anda, ve a hacer la cena. —Se ríe también.

Nos despedimos y colgamos.

Dejo la cena preparada en la encimera de la cocina tapada con papel de aluminio y salgo de casa hacia el garaje. Los garajes siempre me han dado mucho repelús. Me da la sensación de que monstruos horribles se ocultan en ellos, tipo la habitación 101 de *1984* de Orwell, y que cualquier cosa me puede pasar. Aun así no me queda más remedio que atravesar el frío, gris y denso pasillo hasta llegar al coche: tengo que ir a buscar a mi padre al aeropuerto. Los aeropuertos son los peores lugares del mundo para mí, junto con los garajes. En ellos me he pasado media vida, bien esperando a que mi padre llegue de sus viajes, bien despidiéndole cuando se va. Es un buen hombre y ha sido un buen padre, pero ha estado siempre ausente y mi relación con él es la más extraña del mundo. Básicamente no se mete en mi vida y yo no me meto en

la suya. Me da dinero si lo necesito, y me deja hacer y deshacer a mi antojo. Esto parece muy *cool*, pero si no hubiera sido por mi abuela yo no habría terminado la carrera y estaría puesta hasta las cejas, porque cuando te crías sin disciplina, cariño, ni control, acabas siendo un juguete roto que solo busca destrozarse aún más. Por eso mi abuela es intocable para mí. Ha sido la brújula que me ha guiado toda la vida. Sobre todo cuando pasó lo de Mara. Pero no quiero pensar en ella, porque con la resaca me dará bajón otra vez y ahora tengo que conducir hasta el aeropuerto.

Mi padre y yo nos saludamos con un abrazo que pretende ser cariñoso y dos besos fríos como el hielo. Me cuenta que está cansado del viaje, pero lleno de experiencias e inspiración. En el trayecto de vuelta a casa me pregunta por el trabajo, por si he vuelto a escribir algo, por mis amigos y por si tengo novio. Todo así como de carrerilla, como por obligación. «Tengo que preguntarle a mi hija por los aspectos de su vida». Algo así. Y cuando nos hemos hecho todas las preguntas del mundo, nos quedamos callados sin saber de qué hablar.

Llegamos a casa y cenamos en silencio. Solo se rompe cuando alaba mi cocina y me dice que lo he heredado de mi madre. Sonrío dándole las gracias y seguimos comiendo sin mediar palabra. Lo miro con disimulo y no sé dónde tiene la mente ahora mismo, pero estoy segura de que no es aquí. Hacía semanas que no nos veíamos y solo nos da para unos diez minutos de conversación banal. Cuánto echo de menos a Yayi ahora mismo. Y a mi padre, también.

El teléfono fijo suena interrumpiendo tan, ejem, amena velada y mi padre se levanta a cogerlo. No le oigo hablar, porque está en el salón y el piso es grande, pero tarda un buen rato en volver a la cocina. Yo he estado esperándolo para comernos juntos el postre, pero, cuando vuelve, trae una cara que me indica que no le apetece una mierda la naranja que le estaba pelando.

—Lena —me dice con los ojos llorosos y el puño en su boca.

—¿Qué ocurre?

—Lena, hija. Ha pasado una cosa terrible. Levántate.

Y cuando me pide levantarme, se me hiela la sangre porque mi padre siempre dice que las malas noticias hay que acogerlas de pie, para poder abrazarte a alguien en cuanto te las digan.

—¿Yayi? —digo sin pensar. Él asiente y yo dejo escapar un suspiro de dolor.

—Era tu tía Amparo. A Yayi le ha dado una embolia hace cuarenta minutos y se ha muerto en el acto.

Y menos mal que estoy de pie y al lado de mi padre, porque nada más oír la noticia casi me desplomo en sus brazos. Nos abrazamos con fuerza y sollozamos juntos. Y por primera vez en seis años, él y yo nos aferramos a algo con la misma necesidad: al dolor de la pérdida.

MARA

Mara, Lena..., la comida está en la mesa!

Mara y yo nos reíamos ajenas a todo y seguíamos jugando en el salón a que ella era una princesa montada a caballo y yo una pistolera que debía liberarla de las garras del *sheriff* malo.

—¡Bang, bang! ¡Muere villano! —gritaba yo.

—¡Oh, Dios mío! ¡La pistolera de Ohio me ha salvado! —Mara fingía desmayarse.

—¡Jo, Mara, así no es! —protestaba yo con los brazos en jarra—. La historia es que tú le disparas también a él y las dos nos vamos en tu caballo a conquistar las tierras de una tribu perdida de Canadá.

—Ese juego es un rollo, Lena. Siempre estás pensando en historias rarísimas que no tienen sentido y me aburro.

—¡Pues no juegues conmigo! Me gustan mis historias y quiero jugar a ellas, así que déjame en paz.

—A ver, niñas —intervenía Yayi—, si digo que la comida está en la mesa, hay que venir *ipso facto*. Ya jugaréis luego.

Mara se iba dando saltitos hacia la cocina.

—Yo no juego más con Lena. Se inventa cosas muy raras —decía al llegar a la mesa.

—Porque Lena tiene mucha imaginación, hija, y no sabe usarla aún. Pero ya aprenderá. —Me guiñaba un ojo y yo me reía dando vueltas sobre mí misma.

No puedo evitar sonreír al acordarme de esa escena, banal y cotidiana, de dos hermanas siendo niñas mientras me fumo un cigarrillo tumbada en mi cama, a oscuras. Mara, Yayi y yo, siempre juntas. Como un triángulo equilátero que se ve desequilibrado si uno de sus ángulos flaquea. Yayi, que viene de yaya-yayita-yayi, nos crío a ambas como si fuéramos sus propias hijas, siendo nuestra abuela. Tras la muerte de mi madre, otra ausencia en mi vida, volcó toda su energía en hacer de nosotras dos niñas normales y corrientes que crecieran en un hogar con un padre ausente. Gracias a ella, Mara y yo llegamos a ser quienes éramos y gracias a ella siempre nos llevamos bien. Mejor que bien.

Mara era dos años mayor que yo y, desde el día que nací, fue mi mejor amiga. Quizá por la ausencia de nuestra madre y lo poco que veíamos a nuestro padre, nos aferramos la una a la otra y las dos a Yayi. Supongo que, inconscientemente, llenamos así los vacíos que sentíamos y nos creíamos menos solas de lo que estábamos. Éramos dos almas gemelas, inseparables, cómplices y amigas que no

sabían hacer nada si no era juntas. Para mí, Mara era el pilar básico de mi familia, en la que Yayi era como una madre y mi padre un ente que nos proporcionaba sustento económico y poco más. ¿Cómo no iban a ser ellas dos mi todo si no tenía nada más? Pero, a pesar de la cantidad de cosas que no encajaban en esta curiosa familia, yo era feliz. Quizá porque cuando dejé de serlo, distorsioné los recuerdos del pasado haciéndolos más agradables de lo que fueron, pero si visualizo mi infancia, veo un hogar cálido, con ausencias suplidas por las risas y el cariño de mi hermana y de mi abuela, con ilusiones y ganas de ser mayor para comerme el mundo. Si mi infancia fuera un color, sería el amarillo. Un amarillo alegre y vivo.

Hasta que dejó de serlo.

Mi hermana cayó enferma cuando tenía dieciséis años. Recuerdo perfectamente el verano en el que nuestra vida se desmoronó. Mara era una chica muy tranquila y dulce que de repente se tornó hostil e irascible. Nadie pensó que fuera algo distinto a lo propio de la adolescencia, pero la situación empezó a preocuparnos cuando en cuestión de días comenzó a tener dolores de cabeza agudos que le impedían salir de la cama. Un día. Otro día. Enseguida llegaron los vómitos, los mareos y la visión doble de objetos, lo que nos terminó de asustar y alertar. Mi padre la llevó a los mejores especialistas para contrastar diagnósticos, desesperándose cuando todos apuntaban a lo mismo: un tumor cerebral. A partir de ahí, vinieron las operaciones, los tratamientos que la tuvieron sumergida en quirófanos y las consultas médicas durante los seis largos años siguientes, en los que el tumor fue comiéndose poco a poco su cuerpo, hasta que al final apenas tenía fuerzas ni para hablar.

—Cuéntame, cuéntame cómo es —me dijo Mara con un hilito de voz, un día postrada en la cama, conmigo sentada a su lado, abrazándola.

—¡Eres una morbosa, Mara! —Reí yo.

—Por favor, Lena. Cuéntamelo todo. ¿Qué se siente?

—Como le digas algo a Yayi te juro que te mato. —Ella sonrió—. A ver —carraspeé—, pues me tumbé bocarriba y Felipe empezó a darme besos por el cuello y luego en la boca. Estábamos los dos tan nerviosos que temblábamos, pero aun así le toqué..., ya sabes..., ahí; y se endureció enseguida.

—Sigue.

—Entonces, sacamos el condón y lo ayudé a ponérselo. Nos costó un montón porque no teníamos ni idea de cómo se hacía, pero al final lo conseguimos y yo volví a recostarme en la cama. Él se tumbó encima de mí y empezó como a buscar..., bueno, ya sabes. —Reímos—. No atinábamos ninguno de los dos, pero al final se metió un poco, luego empujó un poco más... «¿Te duele?», me preguntó. Yo le dije que no, pero sí que me dolía un poco. Como si me pellizcaran ahí dentro. Pero después se me pasó y comenzó a gustarme. Es un gustito raro. Te hace querer más y te enciende todo el cuerpo. Tienes que estirar los dedos de los pies para absorberlo. Pero antes de que pudiera..., ya sabes...; él se corrió.

—¿Tan pronto? —Rio.

—¡Serás! —Y me reí con ella—. Estábamos los dos muy nerviosos y era su primera vez también. Es normal que durara unos —me rasqué la cabeza— dos

minutos.

—Yo nunca lo haré —dijo con la mirada esquiva.

Mis ojos se llenaron de lágrimas en ese momento porque sabía que tenía razón. Mara se nos iba y era cuestión de tiempo que nos dejara del todo. Ella nunca había ido más allá de un beso con lengua. Nunca la habían tocado. No sabía lo que era enamorarse y desenamorarse y sufrir porque tu novio se va con otra o te deja en la estacada. Se perdió infinitas borracheras llenas de euforia y locura. Jamás probaría alguna droga de diseño para jugar a ser malota ni se decepcionaría con amigas que no son lo que parecen. No trabajaría nunca, no maldeciría a su jefe, no odiaría el despertador, no tendría hijos, no pagaría una hipoteca. Todo lo que había vivido se paró a la edad de dieciséis años, sin darle tiempo a casi nada.

—Claro que sí. —Sonreí—. Te curarás y serás la más guarrona del barrio.

Eso la hizo reír y estalló en carcajadas que la dejaban sin respiración. Yo me reí con ella porque al final era lo único que nos quedaba.

Mara nos dejó un 2 de mayo. Nos miró a mi padre, a Yayi y a mí, hizo un amago de sonrisa y se fue. De la forma más digna, silenciosa y feliz que podáis imaginar. Se le fue el dolor, se le fue el sufrimiento y se le fue la vida.

Y ahora, seis años después (seis años también duró su enfermedad), me estoy terminando el cigarro encima de la cama sin poder dormir porque mi abuela ha muerto. Me acuerdo de Mara; de nuestras charlas, nuestros juegos, nuestras historias. Y me acuerdo de Yayi, que se acaba de ir con ella. El triángulo roto. Sé que la muerte de Yayi era más esperada. Era mi abuela y, como tal un día u otro más pronto que tarde, nos dejaría. La mayor parte de mis conocidos ni siquiera tienen a sus abuelos vivos, así que he sido una afortunada por tener a la mía conmigo media vida. Quiero quedarme con eso. Pero oigo gemidos al otro lado de la pared y sollozo. Es mi padre. Y entonces pienso que si para mí está siendo difícil por todos los recuerdos que me trae, para él tiene que estar siendo atroz. Primero pierde a su padre, luego a su mujer, después a su hija y ahora a su madre. Una familia rota. Solo me tiene a mí. Y yo solo a él.

Mi padre se quedó mudo durante varias semanas tras la muerte de Mara. No podía hablar. Tenía tal conmoción que era incapaz de pronunciar palabra, aunque lo intentara. Los médicos le dijeron que era normal, que llevaba mucho a sus espaldas y que se le pasaría. Y así fue. Al cabo de unas semanas su voz volvió alta y firme, pero jamás le abandonó la pena. Durante los cuatro años siguientes mi padre entró en un estado depresivo que lo anuló emocionalmente. Demasiadas pérdidas. Demasiado dolor. Se dejó ir, así de simple. Vivía porque sus órganos funcionaban, pero su cabeza se distanció aún más de todo lo que le rodeaba. Y eso me incluía. Sé que no lo hizo de forma consciente. Sé que no se percataba de que tenía otra hija adolescente con tanto dolor y tantas necesidades como él. Pero también sé que su comportamiento hizo mella en mí, no solo por la evidente ausencia, sino porque de alguna forma lo imité. Mi padre era el ejemplo a seguir y su ejemplo me hizo cerrarme en banda al mundo, a la vida, a los sueños y a mí misma. Yayi, él y yo luchamos contra el dolor por la pérdida de Mara de formas tan distintas que se crearon conflictos silenciosos

entre nosotros. Él y yo éramos dos líneas paralelas, idénticas en sentimientos, pero que jamás se acercaban. Y Yayi era la que veía esta distancia e intentaba romperla. Pero era imposible. En esos cuatro años, nuestra vida se sumió en un agujero negro del que apenas tengo siquiera recuerdos. Todo era inercia. Para los tres. Mi padre, de hecho, dejó de viajar, dejó de escribir y comenzamos a vivir de las rentas. Y vivir de las rentas tiene fecha de caducidad, claro. Eso fue lo que le sacó de su estado depresivo: que el dinero empezó a escasear y aunque yo trabajaba para pagarme la universidad, no nos llegaba para vivir los tres, así que mi padre volvió a escribir. Su siguiente trabajo fue un éxito de ventas y lo catapultó de nuevo a ser uno de los autores más vendidos de España y Latinoamérica, recibiendo además varios premios nacionales e internacionales y siendo, según la crítica, su mejor obra y una de las más importantes de la última década. Se llama *Amar*. Anagrama de Mara.

Volvieron los viajes, volvieron las ausencias y volvimos a estar mejor. Porque regresó la normalidad. Ver que todo volvía a ser como siempre era un paso adelante que todos necesitábamos dar. Todos. Mi padre, yo y Yayi. Pobre Yayi. Casi se muere cuando Mara se fue. Aún la oigo llorar por las noches cuando mi hermana iba enfermando poco a poco y rezar durante horas a todos los santos de este mundo para que se curara, hasta que ya no hubo rezo capaz de evitar lo inevitable. Su nieta se fue y, como mi padre y como yo, Yayi jamás se recuperó del golpe. Una parte de nosotros se fue con ella, está claro. La ilusión por las cosas desapareció y todo se convirtió en mera supervivencia. No es que sea un trauma. No es que yo no lo haya superado. Es que todo lo que soñaba ha dejado de tener significado. Todas las cosas buenas que me pasan son insípidas. Todas las personas que conozco, insuficientes. Mara era mi timón en la vida y me lo arrancaron, dejándome solo los brazos de mi abuela para agarrarme. Para mí, la vida tras la muerte de Mara dejó de tener sentido, no me apetecía nada. Relacionarme con gente se convirtió en innecesario; terminar la carrera de Periodismo para ser periodista y escritora, la gran pasión de mi vida, dejó de ilusionarme hasta que quedaron únicamente las cenizas de un sueño que no me permití volver a tener; enamorarme me parecía ridículo; independizarme, una aberración hacia mi casa y sus recuerdos; y solo tenía ganas de quedarme en la cama escuchando su canción favorita, que también era la mía: «Wish you were here». Me aferré al dolor como me había aferrado a Mara y no permití que nada, nunca más, pasara por mi vida si venía con una sonrisa. No más sueños. No más ilusiones. No más risas. Porque estaba rota. Sigo rota. Rota. Creo que es la palabra que mejor describe cómo me sentí, qué significó para mí su muerte y todo lo que vino después. Rota. Porque mis sentimientos se rompieron. Mis ilusiones se rompieron. Mi mundo se rompió. Mi padre se rompió. Yo me rompí. Y Yayi intentó arreglarlo todo sin éxito.

Un bip me saca de mis recuerdos. Es mi móvil. Un wasap de Daniel.

¿Cómo vas?

En cuanto ve que estoy escribiendo, me llama, sin dejarme terminar.

—Hola —digo bajito.

—Hola. —El tono cariñoso de mi mejor amigo me hace llorar.

Daniel respeta mi llanto y no dice nada hasta que paro. Cuando por fin consigo decir algo, él sigue ahí.

—Uff —suspiro, recomponiéndome.

—Estoy aquí.

—Lo sé. Joder, qué de repente todo.

—Supongo que ahora es cuando te digo eso de no sufrí, es ley de vida y tonterías así que nos dan por saco, ¿no? —Me hace dar una pequeña carcajada entre sollozos.

—Supongo que sí. Me hubiera gustado despedirme de ella, joder.

—Hazlo ahora.

—¿Cómo? —Frunzo el ceño.

—Di en alto lo que le hubieras dicho. Si quieres, colgamos. Pero hazlo.

—Bueno. —Suspiro—. Sí, me irá bien. Lo haré.

—¿Quieres intimidad?

—No. No hace falta.

—Te escucho.

Carraspeo y empiezo a hablar.

—Pues..., Yayi, me hubiera gustado despedirme de ti. Cogerte tu mano áspera de tanto trabajar y decirte que eres la mujer más fuerte que conozco. Que eres un ejemplo a seguir porque no has parado de luchar y de cuidarnos toda tu vida. Que lidiaste con una época dura como toda una señora, y que te vas de este mundo con la cabeza bien alta porque eres una mujer con alma. Que has sido mi madre y te querré siempre. Te estaré eternamente agradecida por haberme criado, cuidado y enseñado todo lo que sé. Gracias por existir. Adiós, abu; cuida a Mara y a mi madre allá dónde estéis y reencuéntrate con el abuelo al que tanto has añorado. Un besito. Te quiero.

Nos quedamos en silencio unos segundos hasta que Daniel suspira y habla.

—Precioso.

—Moñas. —Me río secándome las lágrimas.

—Tu abuela estaba muy orgullosa de ti.

—Gracias. Debería levantarme a ver cómo está mi padre. Tiene que ser horroroso para él.

—Lo imagino.

—Voy a ver a mi padre, ¿vale?

—Vale. Hablamos luego.

Colgamos y me encamino a su dormitorio con el paquete de tabaco en una mano y una tila recién hecha en la otra. Él está en la cama con un brazo sobre los ojos.

—Lena —murmura.

—Tila a domicilio. —Sonrío con pena—. Y tabaco.

—A Yayi le encantaba que fumaras, aunque te riñera —dice con una mueca burlona.

—Lo sé. Yayi era una rebelde. —Reímos.

—¿Sabes que Yayi fumaba cuando era joven?

—¿Ah, sí? Nunca la vi fumar.

—No. No quería dar que hablar. —Pongo cara de asco—. Ya sabes que eran otros tiempos.

—Ya bueno, pero aun así...

—Aun así Yayi fumaba a escondidas. —Sonreímos—. Todo porque había que guardar las formas.

—Estúpidas formas.

—A Yayi siempre le importaron mucho. A mi padre, menos.

—Me cuesta verlos juntos. El abuelo que según dices siempre era tan serio y autoritario, y Yayi tan vivaz y alocada, tan adelantada a su tiempo.

Mi padre sonrío y pone una cara rara, como si fuera a decir algo, pero al final se arrepiente y solo asiente. Tiene las cuencas enrojecidas y acusa unas grandes bolsas en los ojos. Con Yayi siempre nos reíamos porque le decíamos que parecía un presidente de Gobierno cuando deja el mandato, todos llenos de ojeras y bolsas que denotan preocupaciones.

—Solo quedamos nosotros —dice lacónico.

—Al menos nos tenemos —corrijo yo.

Me mira y asiente con una sonrisa tierna y acongojada.

—Siempre fuiste la optimista y la fuerte. Tu madre estaría muy orgullosa de ti.

—Háblame de ella, papá. Cuéntame otra vez todas las historias de mamá.

Mi padre sonrío y me coge de la mano. Empieza a contarme cosas de mi madre, de lo guapa que era, lo mucho que nos quería, las canciones que nos cantaba, la comida que nos hacía. De cómo bailaba conmigo en brazos y con Mara. De cuánto sonreía siempre, como yo. De lo buena que era, como Mara. Y terminamos hablando de ellas una vez más. De mi madre, de Yayi, de Mara, de las ilusiones y de todas las cosas buenas de este mundo que no deberían irse jamás.

EL CHICO DEL SOMBRERO

La primera vez que vi a Daniel fue hace poco más de un año en mi primer día de trabajo. Él llegó tarde y lo miré durante un buen rato. Se había puesto un sombrero hacia atrás, dejando entrever su pelo rubio oscuro despeinado, e iba vestido con zapatillas Vans desgastadas. Me fijé en sus azules ojos saltones, su boca pequeña y su nariz grande. No era un chico que definirías como guapo en una primera impresión, pero sí tenía algo que te hacía mirarlo con disimulo. De esas personas que si analizas cada elemento de su cara no tienen nada bonito y, sin embargo, el conjunto te llama la atención por algo que no sabes determinar. Quizá un fuerte atractivo y un magnetismo innato que solo con verlo, ya tienes ganas de sonreír. Y de que se quede donde tú estés.

Cuando terminé de trabajar, él ya se había marchado. Yo me había quedado un ratito más por ser el primer día, pero cuando por fin salí a la calle, Dani estaba sentado en la terracita del bar que hay al lado de la tienda.

—Hasta mañana, chico del sombrero.

Levantó la vista de su libro y me miró con una sonrisa.

—Ey. ¿Qué tal ha ido tu primer día?

—Cansado. Pero muy bien.

—¿Sí? —Asentí con mi cabeza—. Me acabo de pedir una caña antes de irme a casa. ¿Te apuntas?

—Pues..., vale.

Ese fue el primer día que Daniel y yo nos pegamos unas horas juntos, sin parar de reír. Hablamos hasta la madrugada. Me contó que él había estudiado Publicidad y aspiraba a tener su propio estudio de márketing, pero que mientras se formaba con cursos complementarios, trabajaba en lo que le iba saliendo. Yo le dije que había estudiado Periodismo y que quería trabajar en algo relacionado con la música. No le hablé de mi pasión secreta ni de todo lo que me pesa, pero hablamos tanto que a partir de ese día nos hicimos amigos, además de compañeros de trabajo. De hecho, desde que mi hermana murió, él ha sido la única persona con la que me he abierto un poco. Conforme íbamos haciéndonos más amigos y cogíamos confianza, le hablé de Mara, de mi familia, y le conté que me encantaba escribir hasta que dejé de hacerlo. No es que le haya revelado mis secretos, desde luego, pero sabe más de mí que nadie. Y lo cierto es que eso me da miedo. Descubrirme ante una persona me hace sentir insegura y, por tanto, no le he contado mucho más y tampoco le he hablado de mis emociones profundas. Pero, aun así, es la persona en la que más confío y con la que

más a gusto me siento. De hecho, en poco tiempo conocí a sus amigos y amigas y me hice asidua al grupo. Daniel y yo nos convertimos en uña y carne por lo que no fue extraño que una noche en la que habíamos bebido un montón, termináramos liándonos. Ya se sabe: empezamos a bailar, nos rozamos, fuimos a su casa a por la última, una cosa llevó a la otra y... nos pusimos tiernos. Bailábamos el «Perfect», de Ed Sheeran, lentos y pegados. Nos dejamos llevar, supongo. Nos oímos el cuello y nos apretamos más. Hasta que por una inercia que no entendimos, comenzamos a besarnos, a desnudarnos a zarpazos y antes de darnos cuenta, estaba empujando encima de mí hasta correrse. Dentro. A pelo. Tuvimos que correr a por la píldora del día después nada más terminar y ser conscientes de que no nos habíamos acordado de los condones. Eso hizo que no pudiéramos pensar en qué habíamos hecho y qué iba a suceder con nuestra amistad, teniendo en cuenta que ninguno sentía amor por el otro. No ese amor, al menos. Lo que pasó fue que nos vestimos a toda leche para ir a la farmacia de guardia más cercana y durante el trayecto no paramos de discutir.

—Hace falta ser gilipollas, joder, Daniel, ¿cómo te corres dentro?

—Que te crees que me he dado cuenta, coño.

Y entre refunfuños llegamos a la farmacia, me dieron la pastilla, me la tomé y acto seguido le pegué un puñetazo en el hombro, pero con la borrachera que llevaba no atiné y acabé dando una vuelta sobre mí misma con el puño en alto. Eso nos hizo reír a carcajadas de la situación en medio de la calle. Él me agarraba uno de mis hombros con una mano y con la otra me mesaba el pelo, y seguimos caminando hasta llegar de nuevo a su casa y quedarnos dormidos con la ropa puesta, borrachos y más unidos que nunca.

Después de esa noche, vinieron más similares. Cuando llevábamos un tiempo acostándonos, tuvimos una conversación sincera. Daniel me dijo que estar a mi lado le gustaba mucho, que le encantaba hacerlo conmigo porque conectábamos muy bien y que no quería perderme, pero que no estaba enamorado de mí ni quería dejar de vivir su vida. No sabía cómo decírmelo y estaba pasándolo mal. Yo me reí porque sentía lo mismo: nos habíamos enredado en una historia que ambos sabíamos que no era amor, pero ni queríamos pararla ni queríamos perdernos el uno al otro. Así que hicimos una especie de pacto: seríamos amigos y si nos apetecía, nos acostaríamos juntos, pero sin ser excluyentes con otras personas y sin dramas.

Y así un año.

Un año siendo felices, sin necesitar nada más. Él se tira a todas las tías que puede y yo hago lo mismo. Nunca nos hemos puesto celosos. Nunca nos hemos pedido explicaciones. Y si alguna vez él decide sentar la cabeza y conoce a la chica adecuada, yo me alegraré por él, aunque sea consciente de que nuestra relación terminaría. Del mismo modo, él sabe que en mi caso pasaría lo mismo, aunque es más difícil: cuando Mara murió, mis ganas de amar a otra persona murieron con ella. Eso o que nadie ha vuelto a encender esa chispa en mí. Nadie salvo el chico del sombrero cuando me toca, claro.

EL REGALO

He quedado a desayunar en el Federal Café con Lidia antes de ir a trabajar. Ayer me llamó para ver qué tal estaba y me dio palabras de ánimo. No me mandó un wasap con las típicas frases condescendientes ni esperó unos días tras el funeral para no enfrentarse al dolor ajeno en toda su plenitud, no. Me llamó por teléfono el mismo día del funeral, que fue en estricta intimidad familiar, y me habló durante casi una hora con un tono de preocupación y de empatía tales que me hicieron sonreír. Y más cuando me propuso quedar a solas a desayunar, porque hacía años que, aparte de Daniel, nadie me transmitía ese interés. Así que llegada la hora, me pongo mi falda gris larga hasta los pies y mi cazadora vaquera y me encamino a la cafetería, donde me espera sentada en una mesita de mármol.

Lidia es una chica alta y recia que camina siempre de forma brusca y desgarbada. No es alguien grácil en sus movimientos, pero a mí me gusta así porque demuestra que pisa fuerte ante la vida. Tiene una belleza extraña, con unos ojos enormes que brillan por sí solos y que hacen juego con su pelo negro. Siempre me ha caído bien. Desde el principio. Cuando la conocí me pareció una persona buena, honesta y sincera. Y lo cierto es que conmigo siempre ha sido encantadora. En su día se preocupó mucho por integrarme en el grupo, al igual que Daniel, y quizá por ello se gestó entre nosotras una afinidad mutua, por estas cosas que no tienen explicación, pero que hacen que alguien, sencillamente, te caiga bien y encaje contigo. No somos amigas íntimas, y tan solo nos vemos en las quedadas de la pandilla, pues es un freno que yo pongo porque me cuesta intimar con las personas. Pero como su llamada me enterneció y me dijo tanto de ella, acepté sin pensar a quedar por primera vez a solas.

Nada más verme, me da un abrazo y me dice un «Siento tanto lo de tu abuela» que a mí me conmueve.

—Gracias —le respondo.

Nos sentamos y pedimos dos cafés con leche y algo de bollería.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Bueno..., bien. —Sonrío.

—Poco a poco, ya sabes.

—Sí. No queda otra.

Silencio incómodo por parte de las dos.

—Oye, Lidia. —Suspiro—. Puedes hablarme de cosas normales, estoy bien. Puedes contarme tu día a día o por qué Luis y tú os empeñáis en ocultar al grupo que estáis todo el día dale que te pego. —Y me empiezo a reír.

Lidia me mira con sus grandes ojos negros y sonrío.

—Tienes el don de la relatividad, Lena. Y de volver las situaciones incómodas en cómodas.

—Ya, bueno. Sé que puedo contar con vosotros y todo eso, pero hoy no siento la necesidad de hablar del tema, así que un poco de variedad no me vendría mal.

Sonreímos, tomamos unos bollos y empieza a contarme.

—Luis y yo estamos juntos, pero todavía no sabemos muy bien qué tenemos y esperamos a que se defina un poco antes de contarlo al resto, ya sabes. Somos todos de la misma pandilla y no queremos que haya problemas si la cosa no sale bien.

—Te entiendo. Y supongo que si vosotros queréis hacerlo así, bien hecho está.

—Gracias. Pasamos un poco del momento cotilla, ¿sabes? —dice haciendo una mueca.

—Bah, somos mayorcitos ya. Y hay confianza de sobra; todos vamos a cotillar, pero nadie se va a sorprender. —Reímos.

Lidia niega con la cabeza, divertida, y seguimos parlotando de cosas sin importancia durante una hora más, hasta que tenemos que irnos.

Cuando salgo de trabajar y vuelvo a casa, entro y no oigo ni un ruido, pero la puerta no está cerrada con llave, así que imagino que mi padre se encuentra en su estudio, escribiendo concentrado. El estudio de mi padre es la habitación más alejada de la sala de estar y de la puerta de entrada. Tiene un enorme ventanal, estanterías llenas de libros y un escritorio más grande que mi cama, con un ordenador iMac y tres pantallas distintas. Es su refugio, Tierra Santa. Es la habitación que nos ha dado de comer. Lleva encerrado desde el funeral de Yaya y apenas sale de ella, tan solo para ir al baño. Ni siquiera para probar bocado. Yo le preparo la comida o la cena y se la dejo encima de la mesa, como si fuera su asistente, aunque mi presencia suele pasar inadvertida. Mi padre es un escritor que no sabe parar y que está como en trance durante su época de primera inspiración. Suele durar un par de semanas durante las cuales escribe sin ton ni son, sin orden ni control. Después se vuelve alguien metódico y rutinario con una disciplina férrea en cuanto a horarios se refiere, encerrándose en el estudio sin inmutarse por la vida que transcurre a su alrededor. Y, cuando termina el borrador y el libro sale a la luz, se pega largos meses de gira sin pisar su casa. Mi padre. Qué ser tan ajeno a mí.

Guardo la compra que he hecho en su lugar de la cocina y me dispongo a hacer la cena. No molesto a mi padre para decirle que estoy: no merece la pena. Cuando la tenga hecha, se la dejaré en el estudio sin más. Pongo el «Sexy Motherfucker», de Prince, en mi iPhone mientras hierve el agua y voy de un lugar a otro de la cocina buscando ingredientes y moviendo las caderas al ritmo de la música. El timbre de mi puerta suena y voy a abrir. Seguro que es Daniel, le he invitado a cenar pero quería pasar antes por su casa para darse una ducha y hacer un par de recados.

—Hola. —Me da un abrazo y un beso en la mejilla cuando abro la puerta y entra.

—Hola, Dani. Vaya día hoy, eh.

—Sin parar, joder. Apenas te he visto. —Hace un mohín exagerado.

—Menos mal que había desayunado fuerte. Estoy molida —resoplo.

—Ah, es verdad, ¿qué tal el desayuno con Lidia?

—Bien. —Volvemos a la cocina—. Me ha confirmado que está con Luis, pero que no están muy definidos y no lo quieren hacer público todavía.

—Lidia y Luis. —Suspira entrando a la cocina conmigo.

—¿Por qué suspiras? —Me río mientras sigo guisando, echando los ingredientes al agua hirviendo—. ¿Tenías esperanzas en Lidia?

Daniel me rodea la cintura desde atrás y me besa el cuello de esa forma que tiene él de hacerlo, como si te lo acariciara con su boca.

—A mí solo me pones tú.

Sonrío.

Baja una mano y la mete por dentro de mi jersey ancho. Es lo único que llevo puesto. Posa su palma en mi vientre y poco a poco sus dedos descienden, haciendo círculos, hasta jugar con el borde de mi ropa interior.

—Quieto, titán. Mi padre está en casa.

Noto cómo sonrío pegado a mi cuello, pero sus dedos no se detienen. Al contrario, se deslizan por mi piel hasta que sus yemas hacen que se me escape un gemido.

—Voy a bajarte las bragas, Lena —susurra pegándose a mí, dejándome notar toda su dureza.

—Daniel —jadeo pegándome más a él—. Mi padre...

—No se va a enterar —dice con la voz oscura que se le pone cuando está excitado y que a mí me enciende viva—. No saldrá del estudio. Y me apetece follarte. Follarte ya.

Suspiro contoneando mis caderas en las suyas.

—Pero —balbuceo.

—Pero ¿te imaginas que nos pilla? —pregunta socarrón sin dejar de tocarme—. ¿Te imaginas que sale y nos ve follando como animales en la encimera de su cocina?

—Dani —vuelvo a gemir.

—¿Paramos, Lena?

Y entonces me termino de bajar la ropa interior hasta el muslo y él se desabrocha el pantalón, se pone un condón y entra en mí despacio, dejándome saborear el momento inicial. Sus manos alcanzan mis pechos y aprieta los dientes conteniendo sus gritos. Yo me tapo la boca para silenciar los míos y ambos disfrutamos unos minutos deliciosos en los que vuelve a no haber ruido más allá de nuestras bocas y del choque de nuestros cuerpos.

—Joder, Lena —dice abrazándome al terminar, aún con su cabeza en mi cuello mientras yo me subo las bragas como puedo.

—¡Estamos fatal! —Me río.

Me doy la vuelta y le abrazo, besándolo. Él rodea mi cintura y me corresponde cómplice, perdiéndonos en esa sensación extraña que solemos tener cuando nos pegamos: la sensación de estar en casa. Como si el cuerpo del otro fuera el hogar y no las cuatro paredes físicas que nos rodean.

Después de cenar, Daniel se marcha y yo me encamino hacia el estudio de mi padre para llevarle el plato porque a él le gusta almorzar y cenar muy tarde.

—Papá, te traigo la cena —digo desde el otro lado de la puerta cerrada.

—Pasa, Lena.

Entro y lo primero que pienso es que huele fatal. A cerrado y a humanidad. Qué asco. Pero no digo nada. Mañana a primera hora mi padre se vuelve a ir de viaje durante dos meses y ya tendré tiempo de adecentar la habitación. Acaricio su pelo en un gesto cariñoso que me sale sin pensar y le pregunto si le ha cundido el día.

—Sí. Ya tengo terminado lo que quería. —Me sonrío cogiéndome de la mano—. Lena, ¿tienes pensado salir esta noche?

Me extraña un poco la pregunta, pero respondo.

—No, se acabó el día para mí.

—¿Un viernes por la noche en casa? —Sonríe.

—Me hago vieja —reímos.

—Bueno, genial, porque había pensado que podríamos cenar tú y yo aquí; ya sabes, como despedida por mi viaje.

—Ah, pues —frunzo el ceño—, ya he cenado con Dani, pero te acompaño.

—Bien, porque además tengo un regalo para ti.

Asiento y pongo cara extraña. Mi padre se gira en su sillón, dándome a entender que hasta ahí dura la conversación.

Me encamino a la sala de estar y pongo la mesa con un mantelito y un par de velitas redondas que a Yayi le gustaba encender. Me da que la de hoy no es una cena normal y Yayi solía decir que el fuego debía estar presente en todas las ocasiones importantes. Mi padre sonrío cuando ve la mesa puesta como si fuera ella quien la hubiera decorado. Suspira y yo me siento.

—Siempre estará con nosotros —dice.

—Sí. Siempre. Como Mara. Y como mamá.

Se sirve la cena con fingido ceremonial que me hace reír y después se sienta. Alzamos nuestras copas de vino y brindamos por nosotros. Los únicos que quedamos de la familia en el mundo.

—Lena, mañana me voy dos meses y es la primera vez que te quedas sola en casa tanto tiempo.

—Tranquilo, no voy a montar fiestas. —Me río.

—Ya lo sé. —Sonríe él—. Pero me refiero a que puedes hacer lo que quieras y traer a quien quieras. Incluso entendería que empezaras a mirar algún sitio propio.

—¿Me estás echando? —Alzo una ceja.

—No, pero lo único que te ataba aquí era tu abuela y ahora tienes que volar, ¿no crees?

—Ya.

Elevo mi copa a modo de brindis mirando al suelo y doy un sorbito.

Seguimos él cenando y yo mirándolo con tranquilidad y me cuenta el viaje que va a hacer por Latinoamérica, los países que va a visitar, lo que va a hacer. Me repite varias veces que va con su editor y con una tal Laura, también de la editorial. Creo que tiene un lío con ella porque me la nombra alguna que otra vez y porque desde que entró en escena, mi padre se ausenta de cuando en cuando por las noches.

Cuando se termina el postre, mi padre dice que me va a dar el regalo. Me pongo nerviosa y es debido a que jamás me ha regalado nada fuera de los cumpleaños y la Navidad, así que intuyo que es algo importante. Se levanta y desaparece del salón para volver al cabo de unos segundos con un paquete en la mano, envuelto en papel verde con dos cuerdecitas marrones entrelazadas.

—Lena —me dice antes de abrirlo—, este es un regalo muy especial. Es un regalo de parte de Yayi. —Frunzo el ceño y el corazón me bombea rápido. Mi padre continúa—. Es un regalo que solo tendrás tú en el mundo, y el más íntimo que Yayi podría darte.

—Papá. No sé qué decir.

—No digas nada. Solo quería que estuvieras preparada. Y que tengas en cuenta el valor y el sentimiento que Yayi puso en este regalo exclusivo para ti.

Asiento y con las manos temblorosas tiro de las puntas del lazo para abrir las cuerdas, que caen a ambos lados de mi regazo. Con cuidado, porque soy muy delicada con las manualidades, despego el papel y sostengo en mis manos un libro de tapa dura marrón, sin título.

—¿Qué es esto? —Miro extrañada a mi padre.

—Ábrelo.

Se levanta y, sorprendiéndome, se va, cerrando la puerta del salón y dejándome sola. Me quedo articulando un «Qué» y abro la primera página.

Para Lena,

«Cuando mi voz calle con la muerte,
mi corazón te seguirá hablando».

R. TAGORE

No entiendo nada pero paso a la siguiente hoja y solo las tres primeras palabras escritas me hacen sollozar de forma repentina.

¡Hola, mi niña!

No soporto ver cómo la vida te come, Lena. Me muero de pena al ver que mi nieta no es feliz. Que no desea ser feliz. Por eso quiero contarte una historia. Una historia escrita en este pequeño libro que será solo para ti.

Espero que te ayude. Espero que te devuelva la capacidad de amar que tienes, que te traiga de nuevo la ilusión por escribir y por todas las cosas bellas que hay en el mundo. Es una pequeña parte de mis memorias, desde el punto más importante de mi vida. Tu padre las ha redactado conmigo para que entiendas muchas cosas de todas las emociones que las personas llevamos dentro.

Aprovéchalo bien y disfrútalo.

Te quiere,

Yayi.

Suspiro secándome las lágrimas de los ojos y justo mi padre entra de nuevo al salón, besándome el pelo.

—Papá. —Lo miro.

—Grabó su voz contando varios capítulos de su vida y me pidió que los redactara en un libro para dártelo cuando ella faltara. Lo que no imaginamos ninguno de los

dos es que lo haría tan pronto.

—Por eso has estado tan encerrado estos días.

—Sí. He trabajado día y noche para terminarlo y encuadernarlo antes de mi marcha, así lo puedes leer tranquila. Ve despacio, saboreándolo y reflexionando sobre cada línea que leas. Es muy cortito, apenas unos años de su vida.

Mi teléfono móvil nos sobresalta a ambos y yo emito un suspiro por el susto.

—Es Daniel —digo mirando la pantalla y rechazándola—. Le llamaré luego.

—No, cariño, llámale ahora. —Me sonrío—. Precisamente lo que Yayi y yo queremos es que disfrutes de la gente que te quiere.

No entiendo a mi padre cuando se pone metafísico y en ese momento él se levanta.

—Voy a acostarme ya. Mañana tengo que madrugar para el viaje y tú tienes muchas cosas que pensar.

Me besa el pelo y me levanto con él. En el pasillo nos damos un abrazo y dos besos de despedida y cada uno nos metemos en nuestras solitarias habitaciones. Me pongo el pijama y me meto en la cama con la luz de la mesilla iluminando la tapa del libro de Yayi. Yo lo miro absorta incapaz de abrirlo: dolerá y no sé si quiero. Pero también sé que se lo debo. Decido empezar a leerlo mañana, más tranquila, y con la soledad de mi hogar.

Y al pensar en mi hogar y en la calidez que la propia palabra tiene, me acuerdo de Daniel y le devuelvo la llamada.

—Lena, ¿qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Te llamaba porque me acaban de dar un par de entradas para el concierto de Hinds, por si te apetecía venir conmigo. Tengo que confirmar cuanto antes y...

—Ah. Sí, vale.

Daniel se queda callado un segundo.

—¿Todo bien?

—Sí, sí.

—¿Seguro? —Y sé que sonrío.

—Sí, es que mi padre... Bueno, nada.

—No, dime. ¿Qué ha ocurrido?

—Pues..., me ha regalado un libro con las memorias de mi abuela. Ella se las dejó antes de fallecer para que yo las leyese y me he quedado un poco rara.

—Oh. Entiendo. Es un libro de los que duelen —dice.

—Sí. Y todo es muy extraño; no sé qué pensar.

—Yayi era una mujer increíble y esto es muy propio de ella.

Sonrío.

—Y puede molar mucho. Que tu abuela te deje sus memorias como legado es interesante y emocionante.

—Supongo que sí. Ya te contaré.

—Yo estoy aquí, ¿vale? Cuando leas, sea lo que sea, estoy aquí.

—Lo sé. Yo también estoy aquí para ti.

—Sueña conmigo.

—Puto creído. —Reímos.

Nos despedimos y colgamos. Apago la luz y me quedo dormida abrazando el libro en mi pecho y soñando con el torso que siempre me hace sentir en casa.

CAPÍTULO I

Como cada mañana, me despierto y bajo al buzón para buscar el periódico al que estamos suscritos y desayunar mientras lo leo y finjo que me interesa mucho el descalabro que es este mundo. Justo cuando estoy abriendo el buzón, veo a una chica con una bolsa en la mano llamando al portero automático de, creo, mi piso. Por si acaso, salgo al portal y le pregunto.

—Sí, buscaba a Lena Oliván.

Me tiende una bolsa marrón con el logo de la cafetería de abajo y sonrío, dándole las gracias.

Cuando subo a casa, me encamino a la cocina y saco de la bolsa un café con leche en vaso térmico y dos *muffins*: uno de arándanos y otro de chocolate blanco. Salivando, me dispongo a desayunar cuando veo que también hay una notita.

Para que empieces un día importante con un desayuno importante. Disfruta, lee, siente, vive. Y llámame si lo necesitas. Y aunque no lo necesites. Bueno, ya te llamo yo.

Un beso,
Daniel.

Dicen que a las personas nos definen los detalles que nos salen solos y, si eso es cierto, este sería uno que definiría bien a Daniel.

Gracias por el desayuno y la nota. Eres el mejor y te quiero a rabiar. Te llamo en cuanto pueda. Ten un buen día.

Enviar.

Después de desayunar me doy una ducha, recojo mi habitación y me siento un ratito en mi ordenador a hacer lo que viene siendo una rutina secreta: abro un documento word, paso mis dedos por el teclado con suavidad, susurro un «haced magia» y me quedo un rato mirando la pantalla con esa hoja en blanco que no se llena con ninguna letra. Y no porque no tenga ideas o no sepa cómo empezar, es que al cabo de unos minutos del ritual, me entra el miedo a no hacerlo bien y apago el ordenador pensando que para qué, que ya decidí no volver a escribir, que es un sueño roto y que mejor lo apago y me olvido.

Cuando he recogido mi habitación, he regado las plantas, me he duchado y he puesto una lavadora, me quedo mirando la pared sabiendo que no puedo retrasar más el momento: tengo que enfrentarme a las memorias de mi abuela. Sé que van a doler; más que por la historia que me susurren sus páginas por el hecho de que sean de una de las personas que más he querido en mi vida, pero no puedo obviar que también me

muero de ganas de abrir ese libro. Bueno, valor y al toro. Me recuesto en la cama poniendo un enorme cojín entre mi espalda y el cabecero de forja, me enciendo un cigarro y me adentro en su lectura. Releo la carta introductoria tres veces. Es ella dirigiéndose a mí y quiero empaparme bien de esa sensación de escucharla en la lejanía. Así que cuando ya me la sé de memoria y he terminado mi cigarrillo, paso a la primera página y comienzo con el primer capítulo.

Capítulo I. Los años

Canfranc (Huesca)

En el año 1928 ocurrieron muchas cosas intrascendentes para el mundo. Cualquier efemérides podrá dotar de amplia información sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en ese año concreto, pero creo que ninguno pasó a los anales de la historia. Al menos, no de nuestra historia. Fue un año más. Un año más en el que, sin embargo, sí pasaron cosas que, de alguna forma, en un futuro cambiarían un poquito nuestra manera de percibir el mundo. Nació Andy Warhol; se publicó el *Romancero Gitano* de Lorca; se inauguró la preciosa Estación Internacional de tren en Canfranc, que comunicaba a España con Francia por los Pirineos, y... yo vine al mundo.

Nacer y crecer en un pueblo del Pirineo, donde el frío y los muchos quehaceres agrícolas y ganaderos nos ocultaban del mundo, fue como criarse en una burbuja en la que solo cabían la familia y el trabajo diario. Quedaba poco tiempo para los juegos de niños cuando había que ayudar en casa haciendo tareas como los adultos. No había opción al descanso o al aburrimiento, y mucho menos a la ensoñación que profesaban los niños y niñas de familias acaudaladas, que sí se pasaban los días jugando y aprendiendo desde la cuna que su condición económica marcaba una diferencia por la que lucharían hasta la muerte.

Pero salvo por el trabajo y la escasez de privilegios, puedo afirmar con rotundidad que mi infancia fue feliz. Acorde con los tiempos, las formas y las costumbres, pero feliz. Fui una niña como todas las demás: nacida en una familia humilde, la mediana de cinco hermanos (todos varones), que subsiste gracias a lo que les da una pequeña porción de tierra y algunos animales de corral. Tenía un destino marcado y escrito como mujer del que era tan difícil escapar que ni siquiera cabía en nuestras cabezas desafiarlo, y con la única aspiración en la vida de casarme y tener descendencia, como nos inculcaban a fuego. Eso era lo único a lo que una mujer, y encima pobre y de pueblo, podía aspirar: consagrarse a sus hijos, su casa y su marido.

Sin embargo, pese a la felicidad infantil de mis primeros años de vida, a la edad de ocho años todo mi destino cambió. El mío y el de todos y cada uno de los españoles, transformando en terrible oscuridad todo lo bonito que había conocido hasta entonces: comenzó la Guerra Civil en nuestro país. No voy a contarte cómo fue vivir una guerra y una posguerra, ni a hablarte de las historias tristes, dramáticas, torturadas y repulsivas que tiene una guerra, y más una civil. Sé que la has visto en decenas de películas, leído en libros y estudiado en el colegio, pero solo déjame decirte que nada, absolutamente nada de lo que hayas visto, leído o aprendido, te dará una mísera idea del horror que es una guerra. Nada. Hombres muertos en el campo de batalla, mujeres violadas en cada rincón, hombres y mujeres torturados y asesinados, niños huérfanos y perdidos, familias rotas por ideales políticos, frío, hambre, incertidumbre, muerte, tortura, suciedad, terror, rabia... Y miedo. Mucho miedo. Espero que jamás en tu vida sepas lo que es de verdad el miedo. El miedo a no saber dónde están tus seres queridos. El miedo a tener que escapar y huir para siempre. El miedo porque un hermano mata a otro solo por pensar diferente. El miedo al ver a una mujer violada y torturada por varios soldados. El miedo a ambos bandos porque, en una guerra, da igual el ideal que uno defienda: el instinto sádico que algunos llevan dentro se manifiesta y sale a sus anchas cuando todo está permitido. Todos los torturadores son crueles e inhumanos, da igual qué ideología tengan.

Así que la vida se paró durante los años de la guerra y en los de la posguerra fue aterrador, triste y gris, pero no se hablaba de ello. Solo te podías enterar de lo que estaba pasando si te atrevías a sintonizar en la radio la emisora clandestina Radio España Independiente, conocida popularmente como *La Pirenaica*, que se emitía desde Rusia por exiliados españoles en un volumen tan bajito que apenas era audible. Si te descubrían oyéndola, te detenían; así de sencillo. Fueron años duros, desde luego. Los peores que ha vivido este país.

Cuando la guerra comenzó, mis padres me sacaron de la escuela, por lo que yo apenas sabía más que leer y escribir de forma muy precaria. Y cuando esta terminó y sobrevivimos a los primeros años de la posguerra, mis padres me pusieron a servir en una de las casas ricas del pueblo. Con catorce años trabajaba

de sol a sol, por no decir incluso más. No se concebía el tiempo libre, el descanso ni la protesta. La palabra servidumbre ya engloba el significado de lo que conlleva una vida al servicio de los demás, pero era lo que había hasta que tuviera edad y encontrara un marido, claro. Entonces me dedicaría a mi casa y a mi propia familia. Nunca tuve inquietudes intelectuales. Mis padres no tenían posibles, así que jamás nos alentaron a eso de estudiar y mucho menos ir a una universidad. Esas cosas estaban a años luz de nuestra realidad y ni siquiera las creíamos veraces cuando las veíamos en películas. Mis hermanos y yo fuimos criados para ser ganaderos, agricultores y ama de casa y a nada más aspirábamos.

Además en 1944 un terrible incendio asoló el pueblo entero, destruyendo casi todas las casas y haciendo que tuviéramos que construir nuevas viviendas en una zona más alejada de los escombros y más cercana a la Estación Internacional, desdoblando a Canfranc en dos pueblos diferentes que aún se distinguen a día de hoy. Eso hizo que si ya no tenía tiempo para otra cosa que no fuera trabajar, todavía me quedara menos porque había que arrimar el hombro en todo lo que se pudiera. El incendio destruyó casas, familias y muchas esperanzas. Recuerdo el fuego, el pánico, los gritos de los vecinos, las casas ardiendo, la gente llorando desesperada intentando salvar animales y alimentos porque lo perdimos todo. Todo. Lo poco que teníamos se nos iba en un abrir y cerrar de ojos y, aun muchos años después, esas aterradoras visiones colmaron mis noches de pesadillas. Pero, afortunadamente, pudimos rehacer nuestra vida con el tiempo y, con los ánimos más calmados, empecé a sucumbir a lo inherente de la adolescencia, sea en la época que sea: la tontería.

A tus dieciocho años, Lena, querías salir hasta pasada la medianoche, llevar ropa ajustada, pintarte como una puerta, bailar con tus amigas y besarte con chicos. A mis dieciocho, quería ir lo más posible a la fuente a por agua porque allí era donde los jóvenes del pueblo nos reuníamos el rato que tardaban los cántaros en llenarse. Y, al coincidir con chicos y chicas, se iniciaba un cortejo que consistía en alguna sonrisa tímida y algún piropo de los que hoy dirían los niños de cinco años. Pero, aunque yo era una joven de buen ver y tenía pretendientes, ninguno llamaba mi atención. Mis padres me hablaban de cuando en cuando de algún vecino, pero a todos les encontraba pegas. «Hay tiempo», decía siempre mi madre. No sé si me lo decía a mí o se lo decía a ella misma.

Con lo que no contábamos ninguno era con que una mañana como tantas otras, el tren proveniente de París a Canfranc traería al hijo de una familia del pueblo que marchó al país vecino antes de la guerra. Se fueron porque el padre iba a trabajar a una central eléctrica y acabaron haciendo vida allí, pero el hijo volvía a su pueblo natal para trabajar la tierra que aún le pertenecía y porque regresar a tus raíces siempre es una necesidad en algún momento de tu vida. Recuerdo perfectamente el día que llegó, porque yo estaba haciendo recados en el pueblo viejo y quemado, que aún mantenía alguna casa en pie, y me lo encontré merodeando por los escombros. Por aquel entonces la estación de tren había traído un sinfín de gente rara, algunos maleantes, contrabandistas y se rumoreaba que hasta espías. Por eso, la gente del pueblo rehuíamos acercarnos a ella y desconfiábamos de todo forastero que se adentrara en nuestras calles. Pero cuando vi a aquel joven desconocido dando vueltas a una plaza, no sentí miedo ni alarma. Al contrario: no podía apartar mis ojos de él. Era un hombre alto y robusto. El pelo lo tenía negro y corto, como su bigote, y sus ojos eran oscuros. Tenía veinticuatro años y era el hombre más extraño que había visto nunca: serio, rudo, de manos grandes y paso desgarrado, pero con un aire distinto a cualquiera de los chicos del pueblo.

Él llevaba en la mano un papel, en el suelo dos enormes maletas, y miraba alrededor. La plaza estaba vacía porque ya no vivía allí nadie, por lo que sus ojos se encontraron enseguida con los míos. No le sorprendieron mi pelo color chocolate, cosa que a todos los del pueblo les llamaba la atención, ni mis ojos azules. Solo se dirigió a mí y, en un perfecto castellano pero con acento francés, me dijo:

—Disculpe, señorita. Estoy buscando la casa Oliván, ¿podría indicarme en qué parte del pueblo está?

—Yo voy hacia allí. Sígame, si quiere.

—No querría importunarla —dijo serio.

—No lo hará.

Por primera vez en mi vida sonreí coqueta y me pareció ver un cambio de semblante en sus ojos. Y a pesar de las continuas advertencias que me habían hecho en casa sobre hablar con desconocidos, y más con desconocidos que llegaban de la estación, y de las inquebrantables formas que había que guardar, ese chico no me inspiraba ningún miedo. Además solo había que atravesar una calle desde donde estábamos hasta la casa que buscaba y durante el camino fuimos andando el uno a tres metros del otro, sin hablar. Las dos maletas que llevaba debían pesar bastante, pues por su frente resbalaba el sudor, pero el extraño no se quejó ni suspiró. Cuando llegamos a la plaza que albergaba la casa que buscaba, le indiqué cuál era y su férreo aspecto se desmoronó cuando vio que estaba derruida.

—Casi todas las casas se quemaron en un incendio hace dos años y las pocas que quedaron en pie... — empecé a decir yo—. Se está reconstruyendo el pueblo más arriba, al lado de la estación; quizá la familia

que vivía aquí ahora esté en la parte nueva y la encuentre allí, aunque nunca he visto esta casa habitada.

Él no me miró ni hizo el menor gesto. Solo se quedó mirando la casa.

—Bien, pues me mudaré más arriba —dijo.

No entendí nada, pero no me dio tiempo a preguntar. Mi madre, que estaba en ese momento en el mismo sitio visitando a una antigua vecina cuya casa se había mantenido en pie, se debió asustar al verme cerca de aquel desconocido y me llamó enseguida, acercándose a nosotros.

—¡Elena, hija! Ven, que te tengo que dar unas cosas.

—Disculpe, señora —dijo el desconocido—. Ha sido mi culpa entretener a su hija. Buscaba la casa Oliván y la niña me ha mostrado dónde estaba. Se lo agradezco. —Hizo un gesto que impresionó a mi madre.

Esta se puso a mi lado para cotillear al extranjero y no se anduvo con rodeos.

—¿Y usted quién es? —dijo poniéndose delante de mí.

—Me llamo Andrés Oliván. Soy el hijo de Alfonso y Rita y he venido para quedarme.

—¿Andrés? —Mi madre lo miró de arriba a abajo—. Ah, ya me acuerdo. Eras un niño cuando tus padres se marcharon de esta misma casa.

—Sí. Tenía seis años recién cumplidos.

—Y acababan de abrir la estación de tren.

—Eso es. Fuimos de los primeros pasajeros en cruzar la frontera.

—¿Y qué te trae por aquí? ¿Cómo están tus padres?

—Mis padres fallecieron hace unos años y mi única hermana se casó y empezó su vida, así que yo he querido comenzar la mía. —Sonrió.

—¿Y has vuelto a Canfranc para vivir aquí?

—Sí. He vuelto a mi casa y a mi tierra, que aún son de mi propiedad. No sabía que la casa estaría así, pero compraré otra en la nueva zona. No tengo más intención que labrar el campo que mi padre tenía aquí y vivir en paz.

—Y en paz vivirás en tu tierra —sentenció mi madre, agarrándome del brazo y alejándonos de allí.

Yo giré la cabeza sin que mi madre se diera cuenta y me quedé mirando al joven mientras andaba. Él también me observaba a mí, serio, sin muestra alguna en su expresión. Quizá por eso no podía dejar de mirarlo. Quizá por su aire distinto a los jóvenes a los que estaba acostumbrada, por sus buenos modales y por su mirada distante, yo me enamoré de él. Sí. Nada más verlo, me enamoré de Andrés Oliván. Tu abuelo.

Paro de leer y suspiro. Bueno, la historia de cómo se conocieron mis abuelos no es extraña para mí: Yayi me la contó millones de veces, engrandeciendo el atractivo físico que mi abuelo, según ella, tenía. Yo he visto fotografías de él —ya que no llegué a conocerlo— y no me parece nada galante, pero entiendo que era otra época, otra moda y otro concepto de lo bello y lo atrayente. De hecho, me levanto de la cama y voy hacia el álbum de fotos que Yayi guardaba para abrirlo por su foto de boda. Una chica de veintidós años que parece una mujer de cincuenta, vestida de riguroso negro, está de pie con su mano posada en el hombro de un chico de veintiocho, sentado en un sillón y vestido de traje, aparentando sesenta. Una foto oscura y lúgubre. Una foto que no sabes si es de una boda o de un entierro.

EL DESEO

Hola, Dani —respondo a su llamada telefónica.

—Hola, ¿cómo va el libro?

—Bien. Solo he leído un capítulo. Infancia feliz truncada por la Guerra Civil y primer encuentro con mi abuelo.

—Espiral de diversión —dice sarcástico.

—Y tanto.

—Pero ¿te está gustando? ¿Cómo te sientes leyéndolo?

Me enternezco, pero el estómago se me cierra al querer ahondar sobre mis sentimientos.

—Bien, me siento bien y sí, me está gustando.

—Me alegro.

—¿Qué te cuentas?

—Poca cosa. —Hago un ruido asintiendo—. Oye, voy a ir a la presentación del libro del tipo este que te comenté, el que lo está petando en redes. ¿Te quieres venir?

—Pues..., vale. —Sonrío.

—Genial. Te paso a buscar a las ocho.

Miro el reloj: son las seis y media. Le digo que sí, nos despedimos y colgamos.

Por una parte me apetece seguir leyendo, ahora que viene lo interesante, pero también me apetece salir y ver gente. Cada vez me parezco más a una ameba y no es plan. Y como siempre, Daniel tiene el plan perfecto.

A las ocho bajo en el ascensor estrenando vestido y sombrero. Daniel y su borsalino me esperan en el portal. Me río al verlo. Vaya par.

—Los tonticos del sombrero. —Se ríe, dándome un beso en la sien.

En la presentación del libro nos encontramos con colegas de Daniel, así que nos juntamos todos haciendo un mezcladillo de lo más ecléctico que podáis imaginar. Aguantamos la presentación, que dura más de lo esperado, sacamos varias fotos y después nos vamos todos a tomar algo por la zona. Unas tapitas, unas cervezas, unas risas insulsas y acabamos bebiendo unas copas. Por cierto, ya no llevo sombrero: una de las chicas ha mostrado tanto entusiasmo por él cuando lo ha visto que he terminado dándoselo. Sí, suelo hacer esas cosas. Daniel sonrío al mirar a la chica con mi Fedora y me susurra un «a ti te quedaba mejor» que me hace reír a carcajadas.

Para cuando llegamos a mi casa, son las dos de la madrugada y nuestras risas se oyen por toda la calle. Daniel me ha acompañado hasta el portal y yo, como es sábado y estoy sola, le he invitado a subir. No hay que ser científico de la NASA para

saber a qué, ¿no?

—Necesito una ducha. —Sonrío sudorosa cuando nos recomponemos—. ¿Vienes?

—No. —Niega a la vez con la cabeza y va en busca de su ropa interior—. Tengo que irme ya. Le prometí a mi madre que mañana desayunaría con ella y ya es muy tarde —dice poniéndose los pantalones.

Le acompaño a la puerta y durante un segundo nos miramos con ganas de dar más de nosotros mismos, pero enseguida viene la habitual despedida de cuando hemos tenido sexo: un besito en los labios, un abrazo y un «hablamos luego». Y yo cierro la puerta con una sensación extraña en el cuerpo, que no se me pasa en la solitaria ducha que me doy antes de irme a dormir. ¿Me gusta Daniel para algo más que amistad y sexo? ¿Le gusto yo a él? Porque, si no nos gustamos, ¿cómo es que nos salen gestos tiernos y palabras de apoyo incondicional sin pensar? ¿Y por qué si lo pensamos, nos cortamos y somos secos el uno con el otro? No quiero meditarlo. No puedo permitírmelo. No me cabe ni un solo drama más. Así que apago la luz y me duermo.

Cuando me despierto ya es de día y el reloj de mi mesilla marca las nueve de la mañana. Bastante pronto para ser domingo y para haber trasnochado ayer. Me acuerdo de Daniel empotrándome y sonrío. Y me excito, hay que joderse. Estoy tentada a decírselo, pero me contengo. No sé muy bien por qué, no sería la primera vez que nos mandamos mensajes subidos de tono y nos echamos unas risas después, pero no quiero hacerlo. Así que el nuevo día comienza como ayer: periódico, desayuno y lectura de las memorias de Yayi. Esta vez las cojo sin miedo y con más ganas, porque de alguna forma es como estar leyendo la historia de alguien ajeno a ti, pero sabiendo que te unen los lazos más fuertes que hay. Es raro. Pero me gusta. Así que no lo retraso más y continúo por donde lo dejé.

Capítulo II. El cortejo

La noticia del regreso de Andrés corrió como la pólvora en el pequeño pueblo. «El Francés», como se le comenzó a llamar, soportó todas las habladurías que se hacían sobre su vuelta y se centró en adquirir una casa y cultivar su tierra. Era como si estuviera de vuelta de todo y le diera igual lo que se dijera sobre él y su familia. Que si había luchado en la Segunda Guerra Mundial y se había vuelto un huracán, que si era un hombre rudo y maleducado, que si era muy serio. Sin embargo, lo cierto es que no tenía más que buenos modales con todo el mundo. Serio, sí. Y distante, también. No dejaba que se metieran en su vida y no le afectaba lo más mínimo los comentarios que generaba a su paso. Pero no era maleducado, al contrario. Era seco y cortante, pero afable después de todo. Y yo, cuanto más veía de él, más me obsesionaba. Ya no me apetecía ir a la fuente o hablar sobre las próximas fiestas del pueblo, que se celebrarían en unas semanas y tenían a todo el mundo alborotado. No. Yo solo quería ir a la tienda que había frente a la casa que compró para poder, al menos, verlo. Pocas veces coincidí con él, pero cuando lo hacíamos, no dejábamos de mirarnos. Yo, tímida. Él, contenido.

Una mañana me mandaron a la tienda a comprar varias cosas, pero cuando llegué, estaba cerrada. Me extrañé porque Paquita no solía cerrar nunca y, cuando me iba a dar la vuelta, una voz grave me paró en seco.

—Ha dicho que volvería en un rato. Yo también estoy esperando.

Miré a Andrés, sentado en el extremo de un banco junto a la fachada, y creo que no tuve ni el pudor de cerrar mi boca abierta. Me impresionaba y sobrecogía tanto como me atraía. Ay, Lena, cuánto soñaba con tu abuelo en secreto y qué poco reconocía que me gustaba. Él se daba cuenta de mi rubor, pero no tomaba ventaja de ello. Solo se limitaba a mirarme, imperturbable. Entonces no lo entendía, ni se me pasaba por la cabeza semejante cosa, pero hoy sé que lo que hacía era desearme. En silencio. Entre el más absoluto de los respetos.

Paro de leer un segundo porque la última frase me ha dejado noqueada. ¿Mi abuela hablando del deseo de su futuro marido? De mi abuelo, al que no conocí, por cierto. Es raro, eh. Una se imagina que en aquellos años el cortejo y la atracción eran algo casi platónico y lo que deja entrever mi abuela es que para mi abuelo no era platónico precisamente. Aunque claro, un chico que se había criado en la liberal Francia; que había empezado a estudiar en la universidad la carrera de Filosofía, aunque la Segunda Guerra mundial truncara sus estudios; y que habría estado con varias mujeres dado su atractivo físico y su soltura, no creo que mirara a una chica de dieciocho años, guapa y lozana, con ganas de escribirle un mero poema. Sacudo la cabeza porque los deseos de mis abuelos no son algo que me apetezca conocer pero intuyo que me los voy a tragar con patatas.

Por si acaso, hago un alto y me levanto a hacerme un café. Mientras la cafetera hierve, cojo el móvil y veo que tengo una llamada perdida de mi padre así que no dudo en devolvérsela.

—¡Hola, Lena!

—Hola, papá. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Estamos en Buenos Aires. Todo está yendo como esperábamos.

—¡Qué bien!

—¿Tú cómo estás?

—Muy bien también. Leyendo.

—Sí. Quería preguntarte por eso. ¿Cómo vas? ¿Te gusta?

—Claro. Mucho. Estoy leyendo el segundo capítulo.

—Genial. Ve poco a poco, de verdad. Yayi quería que leyeras cada línea con profundidad.

—De acuerdo.

—Bien. Hija, tengo que dejarte: es muy tarde aquí y mañana madrugo.

—¡Oh! Lo siento. No había caído en la diferencia horaria.

—No pasa nada.

—Bueno. Hablamos entonces.

—Hablamos.

Suspiro. Me sirvo una taza de café acompañada de una sensación de desapego que me inquieta. Así que meneo la cabeza y continúo leyendo.

Como ninguno de los dos decía nada y a mí el silencio era algo que no me gustaba, decidí romperlo de la forma más descarada que me salió, sin pensar.

—Tú no me das miedo.

Me vino así, sin más. Él me miró unos segundos, sorprendido, pero acto seguido se echó a reír muy fuerte. Sus carcajadas eran contagiosas y empecé a reírme yo también, sin saber bien de qué.

—¿Por qué habría de darte miedo, niña?

—No soy una niña —espeté altiva—. Tengo dieciocho años.

—Entiendo —dijo él tocándose la barbilla—. Y tus dieciocho años sin salir del pueblo te han hecho conocer mucho mundo.

No entendí la frase, para mi vergüenza, aunque intuí que se estaba riendo de mí. Así que, por si acaso, me enfurruñé como un mono mientras él se carcajeaba aún más y yo me daba la vuelta para marcharme.

—Eres un grosero —dije antes de girarme.

—Como tú digas, niña.

Aún le escuché reírse desde la lejanía, así que llegué a casa todavía más enfadada de lo que me había ido. Me había herido en el orgullo y no se lo perdonaría nunca. O eso creía.

Durante los meses siguientes todo marchó más o menos igual: me encontraba con Andrés cada vez con más frecuencia, sin yo saber que él propiciaba esas coincidencias a sabiendas. Apenas hablábamos cuando nos veíamos y nos limitábamos a mirarnos; él, con seriedad y yo, con timidez. Alguna vez intercambiábamos palabras corteses y poco más, pero algo en mi interior hervía con la sensación de que la cosa no iba a quedar ahí. Y no me equivoqué.

Una tarde mi padre y Andrés coincidieron en la plaza principal y se pararon a hablar un rato. Hablaron de los viejos tiempos, de los padres de Andrés y del aprecio que se les tenía en el pueblo, de su marcha y su regreso y del manejo de los campos. Congeniaron bien. Y cuando se despidieron, mi padre le invitó a cenar a casa esa misma noche. Si mi padre lo hizo con idea o no nunca lo supe, pero a los padres pocas veces se les engaña y mi enmudecimiento delante de Andrés era algo que no había pasado desapercibido a los míos. Andrés les gustaba, lo veían un hombre trabajador, honrado y sano, por lo que intuyo que esa cena tenía un doble propósito: acoger gustosos el regreso de «El Francés» y propiciar un acercamiento con su hija.

Y lo hubo. Ya lo creo que lo hubo. A partir de esa cena, Andrés comenzó a acercarse cada vez más a mí con cualquier excusa. Venía a casa a menudo, se adentraba en nuestro corral cuando sabía que estaba yo; me pedía que le remendara la ropa porque él no sabía; alguna vez añadía una ración más a mis guisos y luego mandaba a mi hermano pequeño para que se la llevara a su casa... Todo eso propició que, mes a mes, tu abuelo y yo nos fuéramos aproximando y su férrea apariencia mostrara a un hombre tierno y educado que me decía piropos, me cogía de la mano o me daba un beso muy casto cuando no nos veía nadie, que era casi nunca porque siempre íbamos acompañados de alguno de mis hermanos pequeños o de alguien que hiciera de carabina. Era lo que se llamaba el cortejo. Y tu abuelo me estuvo cortejando durante cuatro largos años.

Al cabo de ese tiempo yo ya estaba preocupada porque la petición de mano no llegaba y ya tenía veintidós años. Hubo días que pensé que Andrés estaba decepcionado conmigo y eso me entristecía. Suponía que él estaba acostumbrado a otro tipo de mujer que yo no era y sentía rabia por ser de pueblo e inculta. Qué equivocada estaba. Lo único que tu abuelo hacía era seguir unas costumbres que él no entendía del todo, pero que respetaba por mí y por mi familia. Así que tras cuatro años de noviazgo, una tarde de 1950, mientras dábamos un paseo y a mí se me notaba preocupada porque Andrés no había abierto la boca en todo el rato, me sorprendió preguntándome si quería casarme con él. Casi no pude ni articular el sí de la emoción, pero no hizo falta: nos entendimos con la mirada. Suspiramos los dos emocionados y esa misma noche se presentó en mi casa para pedirle a mi padre mi mano. Cuando mi padre se mostró entusiasmado, yo lloré conmovida. Dejaría la servidumbre, me casaría con un hombre apuesto y tendríamos muchos hijos a los que cuidar. Lo que yo no imaginaba es que tu abuelo me enseñaría que la vida es mucho, mucho más que eso.

HACED MAGIA

Haced magia», susurro en voz baja a mis dedos pasando sobre las blancas teclas del ordenador. Inspiro hondo y me embebo del olor a café recién hecho y a cigarrillo humeando en el cenicero. Se entremezcla con un ligero aroma del perfume de Hugo Boss que suelo utilizar y que impregna mi habitación. Escucho con los ojos cerrados el sonido de la rutina en la calle, que me llega por la ventana medio abierta, y la música de Mahler, el compositor favorito de mi abuela, sonando bajita en un viejo vinilo con su personal y característico ruido de fondo. Abro los ojos como borracha de sensaciones e inmersa en una especie de trance escribo una frase:

Los días de primavera en los que no se ve el sol fueron creados para escuchar a Mahler.

Sonrío. No por la frase sino porque he escrito una línea. Mi primera línea sin miedo en más de dos años. La sonrisa se transforma en una carcajada silenciosa, y el silencio llena mi garganta con un nudo. Es un nudo de emoción. La emoción de entregarte a lo único que te apasiona, lo único que te mueve, lo que está tan dentro de ti que sale sin planteártelo siquiera, por pura necesidad. No es que tengas que sentarte a escribir, es que las palabras te obligan a dejarlas emerger de tu cabeza. Es como si tú fueras un mero instrumento para ellas; la única conexión que tienen con el mundo exterior. Quieren brotar de tu imaginación y tú solo eres el cuerpo que necesitan para llegar a una pantalla u hoja de papel. Te persiguen en tu mente día y noche, pidiéndote a gritos que las liberes. Tú cedés ante su insistencia y escribes lo que ellas te dictan, pero te utilizan a su antojo: van y vienen; te cambian las ideas preconcebidas; juegan contigo, revoltosas, fingiendo encajar para desencajar luego y volver a asentarse como quieren ellas hasta que consiguen su objetivo y se materializan en una historia. Una historia que al final no sabes si has creado tú o han sido ellas, las palabras que quisieron salir de tu cabeza.

Uno de los miedos de toda persona que escribe es la hoja en blanco. El no tener historia. El no tener palabras en la cabeza. No saber qué contar, qué decir, qué expresar. Es un miedo atroz porque significa no solo que tu supervivencia en el mundillo se puede tambalear, sino que tus palabras ya no te necesitan y han decidido irse. Y cuando alguien que escribe no tiene palabras en la cabeza es que ya no le queda nada dentro de sí, más allá de la realidad. Y eso es aterrador para cualquiera. En mi caso, de momento, anidan muchas historias y todavía no temo enfrentarme a las travesuras de las palabras, pero sí tengo un paralizante terror a no hacerlo bien, a ser mediocre. Cuando escribía con toda mi ilusión desde relatos cortos a ensayos, mi

padre solía leerme y valorarlos. Nunca fueron lo suficientemente buenos para su criterio. Nunca. Le recuerdo siempre frunciendo sus labios y meneando la cabeza, enfadándose conmigo, sacando fallos por todas partes y ningún punto positivo. Uno tras otro. Uno tras otro. Y no hay nada más frustrante que poner toda tu ilusión y tu esfuerzo en algo que te emociona, a lo que te agarras para que la vida no te ahogue, y darte cuenta de que nunca es suficiente. Aun así, yo no podía dejar de escribir. Es algo que iba conmigo y que siempre necesitaba dejar salir. Supongo que pedirle a mi padre que leyera lo que iba creando era una forma de llamar su atención, de conectar con él y acercar la distancia que nos separaba.

Hasta que un día se le fue de las manos.

Había escrito un relato corto sobre una mujer que era maltratada por su marido y que volcaba toda su desesperación en el amor hacia su hijo, estableciendo una relación casi tóxica con él. Era una paranoia, sí, pero también una prueba sobre tramas, estructuras y hasta dónde podía llegar defendiendo una idea. Un ensayo-error. Y mi padre lo leyó, como solía hacer. Yo esperaba su crítica despiadada, pero se enfadó conmigo como si fuera algo personal y se volvió loco. Loco. Empezó a gritar que era una mierda y una decepción constante; habló del pasado y de frustraciones que yo desconocía; se enredó en una espiral de rabia que ni mis lágrimas ni las súplicas de Yayi lograron parar; sus ojos estaban inyectados en sangre y su rostro enrojecido de ira. Yo no entendía nada, aunque con los años he llegado a pensar que se colapsó por todo lo que arrastraba y lo pagó conmigo. Sea por lo que fuera, terminó cogiendo unas tijeras y cortó en pedazos los folios de mi relato, mientras seguía insultándolo, llamándolo mediocre, y yo seguía llorando presa de un ataque de ansiedad que él pasó por alto. «Para, Martín, por favor», gritaba Yayi. Yo ni siquiera podía hablar. Y menos cuando tiró esos trozos a la basura y terminó con un «para escribir esto, no escribas nada», seguido de un portazo que retumbó en todos los rincones de mi cuerpo y se clavó en mi memoria. Yayi vino corriendo a mí, me abrazó y trató de consolarme, pero yo no dejaba de llorar y de preguntarme por qué la vida me quitaba la única cosa que me hacía feliz. Quise morirme esa noche. Porque me rompí, otra vez.

Nunca me pidió perdón por aquello, aunque cuando volvió, quiso resarcirse. Estaba extremadamente amable, atento y tierno. Yo, que solo quería su cariño y aprobación, lo perdoné sin sacar el tema y volvimos a la normalidad de nuevo. Pero no pude escribir nunca más. Nunca. Ni siquiera apretar una mísera tecla. Lo intenté, pero cada vez que me ponía recordaba esas tijeras, esos ojos rabiosos, esa ira injustificada, esa decepción y me daban arcadas. No podía. Escribir había dejado de ser una necesidad para convertirse en una tortura.

Y, desde entonces, nada.

Por eso, cuando escribo esa primera línea y la leo una y otra vez, la siento vacía, mala, y eso me frustra y escribir deja de tener emoción. Se pierde. Se esfuma por la ventana entreabierta con los olores de mi habitación y las sensaciones que me provoca escuchar la música del vinilo. Se van. Todos se van. Me quedo sola, desmadejada y desmotivada para continuar la frase. Se me va esa chispa que hace que

tus dedos se conviertan en máquinas incansables que teclean a la velocidad de la luz. No me posee esa euforia que me permite pasar horas conmigo misma y mis historias en una conversación de tú a tú. No. Todo se va y mi miedo me deja sin ganas, sin euforia, sin chispa y sin motivación. ¿Por qué? Por mi padre y sus tijeras. Porque cuando Mara se fue todo salió volando por la ventana. Porque sé que no soy lo suficientemente buena como para ser valiente y hacerlo. Por todo a la vez. Por nada.

Lo que sea, pero apago el ordenador, me levanto de la silla y me encamino a la ducha, tratando de no pensar en lo efímeras y contradictorias que son las ilusiones cuando no te sientes capaz de disfrutarlas.

DOS CUERPOS

Y justo cuando vas a decirle / que no tienes amor para darle, / te coge y mece en sus brazos, / dejando que sea el río que conteste / que siempre has sido su amante. / Y quieres viajar con ella, / quieres viajar a ciegas, / y sabes que confiará en ti / porque has tocado su cuerpo perfecto con tu mente».

—¿Estás intentando decirme algo? —respondo con una sonrisa mientras le acaricio el pelo en un gesto involuntario.

Daniel alza la vista de su libro y me muestra su sonrisa canalla que esconde todo lo que sus ojos gritan. Está tumbado sobre el césped en un rincón de El Retiro al que solemos ir a sentarnos y a dejar pasar el tiempo, con su cabeza en mi regazo, mientras lee una antología de poemas y letras de canciones de Leonard Cohen. Yo estoy sentada con las piernas estiradas y cruzadas en los tobillos, apoyada en un árbol que da sombra hacia el otro lado, por lo que el sol casi primaveral acaricia mi cara y mis piernas, leyendo el siguiente capítulo de las memorias de mi abuela.

—Es la letra de «Suzanne». Me gusta decir en voz alta la letra de las canciones que lo merecen; ponen palabras a los silencios de quien las escucha.

—A mí me gusta que lo hagas y me encanta esa canción.

Sonríe y vuelve a su lectura, pero al segundo la interrumpe.

—¿Qué tal el capítulo de hoy? —me pregunta.

—Interesante —digo con una sonrisilla.

—¿Ah, sí?

—Es picantón. —Le saco la lengua—. ¿Quieres que te lo lea?

—¿Me van a entrar ganas de un asalto a mano armada? —me dice con voz socarrona y haciéndome cosquillas en la cadera.

—Eres tonto. —Me río.

—Será un honor. Adelante. —Deja su libro en el césped y se acomoda un poco—. Te escucho.

—Bien. Allá vamos.

Capítulo III. La noche de bodas

La boda se celebró pocas semanas después de la petición oficial, en la primavera de 1950. Entonces no había que hacer grandes preparativos y se gestionaban pronto: tan solo tenía que comprarme un traje de chaqueta negro, como nos casábamos entonces, y preparar un convite para la familia cercana y los vecinos. El banquete consistió en una comida en casa de mis padres, pues mi madre insistió en no hacerla en nuestra futura casa para que así no trabajara de más el primer día de casada. Los días anteriores fueron un poco más ajetreados que de costumbre para las mujeres allegadas, pues fuimos nosotras quienes nos encargamos de realizar todo lo relacionado con la comida. Yo estaba nerviosa. No por el día de la boda en sí, sino por lo

que implicaba casarse. En realidad, aunque los cortejos duraran años, llegabas al matrimonio sin apenas conocer a la persona, puesto que no había habido ni un mínimo de intimidad entre nosotros. Había escuchado muchas historias de hombres educados y honrados que, tras casarse, se tornaban groseros y despiadados con sus mujeres y eso me asustaba. Además había una cosa más inmediata que me daba miedo por el desconocimiento: la noche de bodas.

Ya imagino la cara que estarás poniendo, Lena, pero creo que debes saber cómo eran las cosas entonces y cómo rompí algunas barreras. Porque entonces el sexo era un tema absolutamente tabú. De hecho, ni siquiera sabíamos a ciencia cierta cómo se producía el milagro de la vida. Solo lo intuíamos por lo que veíamos en los animales: lo que tenía que entrar y dónde. Las mujeres de generaciones anteriores dormían con un camisón que tenía un agujero bordado en el centro, así que el sexo no solo era tabú fuera del dormitorio: en algunos casos también lo era dentro, por lo que yo no sabía bien qué podía esperar. Sin embargo, alguna de las amigas del pueblo recién casadas se solían apiadar de las novias y nos contaban en secreto algunas cosas de esa noche, para que supiéramos qué ocurría. Así que tras la boda, el convite, el intercambio de regalos y la fiesta, tu abuelo y yo nos fuimos a nuestra casa. La única información con la que contaba para enfrentarme a la pérdida de mi virginidad era que tenía que estar relajada. Me habían relatado que al principio me dolería bastante y que seguro que sangraría, pero que me dejara llevar por él y que todo pasaría pronto. Eso era lo que esperábamos de esa noche: que pasara pronto. Sin embargo, tu abuelo era un hombre de mundo que, por suerte o por desgracia, no era inexperto en las artes amatorias por lo que, esa misma noche, me enseñó que el tabú y el pudor no hacen sino cortar las alas al placer, al amor y a la unión de dos almas.

Cuando llegamos a la habitación, yo estaba muerta de nervios y de miedo. Andrés me miraba sin decir ni una palabra, permitiendo que me habituara a la situación y respetando mi inexperiencia. Su gesto era serio, pero su mirada era tranquilizadora y como imaginaba mi estado, tuvo a bien dejarme intimidad.

—Voy a la cocina un momento —dijo.

Yo asentí y comencé a prepararme. Me desnudé y me puse un camisón que mi madre había bordado para mi ajuar. Era blanco, hasta los pies, holgado, de cuello cerrado y manga larga. Tenía bordados en el pecho, en los hombros y en las muñecas. Era un camisón bonito. Me senté en la cama y esperé un rato, pero Andrés no volvía. Inspiré hondo y me deshice el moño que siempre llevaba. En mi época las mujeres iban con el pelo más bien corto, pero quizá como un acto de rebeldía yo siempre me lo dejé largo. Eso sí, recogido en un moño en la nuca porque el pelo suelto no estaba bien visto. Pero, ya en mi casa, aunque no sentía todavía que fuese mi hogar, me lo solté y me lo peiné despacio. Mi melena cayó ondeando sobre mi pecho y alisé un poco los rizos que quedaban del recogido. Me retiré los mechones de la cara con una horquilla en la coronilla y volví a sentarme a esperar. Por fin, la puerta del dormitorio se abrió y tu abuelo apareció allí, alto, corpulento, con la mirada fija en mi camisón y mis mejillas encendidas, observando cómo mi pecho subía y bajaba por mi respiración acelerada.

Se acercó despacio hacia mí y se sentó a mi lado ante mi atenta mirada. Mis manos se posaban sobre mi regazo, en una quietud forzada. Bajé la mirada esperando que fuera él quien me indicara qué quería que hiciera. Noté sus dedos en mi barbilla, alzándomela hasta que nuestros ojos se encontraron. Nos quedamos mirándonos unos segundos, mis nervios y su templanza, hasta que él me sonrió y yo le sonreí a él. Con sus yemas me acarició la sien, las mejillas, los labios. Mi respiración era casi inaudible cuando sentí sus dedos en mi boca, que se abrió ligeramente, y después bajaron por mi cuello hasta el bordado del camisón. Notaba muchas cosas en mi cuerpo. Cosas que jamás había experimentado y de las que nadie me había hablado. Tenía calor, un cosquilleo me recorría la espalda y en el vientre se me arremolinó una sensación que supuse que era placer, aunque no estaba segura.

—Ahora, voy a besarte los labios —me avisó, quizá para que me tranquilizara un poco.

Yo asentí nerviosa y él se acercó a mi boca. Primero me dio un beso en la mejilla, un beso tierno y lento, como nunca me lo había dado. Después, me dio pequeños besos desde el moflete hasta la comisura. Su bigote me hacía cosquillas y sonreí un poco. Él me sonrió también y acto seguido sus labios besaron los míos. Nos mantuvimos así, sin hacer ningún movimiento, durante unos segundos, labio con labio, estáticos. Yo pensé que así serían todos los besos que nos daríamos: castos, fríos y sin vida, pero de nuevo estaba muy equivocada.

Cuando me relajé un poco, él posó su mano en mi cintura, haciendo que yo diera un respingo asustada. Lejos de soltarme, me agarró más fuerte, atrayéndome hacia él. Tragué saliva ante su atenta mirada y su otra mano se posó en mi nuca, acercando de nuevo mis labios a los suyos.

—Abre un poco la boca.

Lo hice y los labios de Andrés saborearon los míos. Primero el superior, después el inferior. Tuve nuevas sensaciones, más intensas, más candentes; tanto que me hicieron suspirar, momento que él

aprovechó para introducir su lengua en mi boca. ¿Qué estaba haciendo? Fruncí el ceño porque no entendía nada. Por un lado me daba mucho asco, pero por otro no quería que parara. Me tenía agarrada por la cintura y la nuca. Mis manos seguían rígidas en mi regazo y abrí mis ojos estupefactos al sentir su lengua dando vueltas sobre la mía. Pero si al principio sentí repulsa, después algo en mi vientre se arremolinó ajeno a mi control y, como poseída por esa sensación desconocida, comencé a mover mi lengua al compás de la suya, sin saber qué estaba haciendo. Andrés no se sorprendió. Creo que sabía que yo reaccionaría así por lo que solo me apretó más fuerte hasta que nuestros pechos se rozaron. Cerré de nuevo los ojos y me rendí a ese beso húmedo, extraño y desconcertante. Y supe que haría todo lo que ese hombre me pidiera.

Cuando terminó el beso, me miró expectante, como analizando mi expresión. No sé qué me pasó en ese momento, pero no pude más que sonreír dejando escapar un suspiro y me toqué los labios con la lengua, repasando el beso que acababan de recibir. Él me sonrió también y entonces yo descruce mis hieráticas manos y llevé una a su pelo, en un gesto inconsciente. Pasé mis dedos por sus mechones y él cerró los ojos, inspirando fuerte. Cuando cogí confianza, mi otra mano fue hacia su cara y se la acaricié. Una, otra, una, otra, mis manos recorrían temblorosas el rostro de mi marido, como reconociéndolo a tientas. Cuando abrió los ojos, nos miramos de nuevo y sin saber por qué, humedecí mis labios. Él no esperó mucho más y volvimos a fundirnos en un beso largo, lento, lengua a lengua y labio a labio, llevándome muy lejos de ese pueblo.

Paramos de repente. Oímos ruidos abajo. Los chicos del pueblo y de la boda venían a armar jaleo con cazuelas e instrumentos a nuestra ventana, como era costumbre, para molestar a los recién casados. Andrés y yo nos miramos y nos echamos a reír, aún abrazados y con las mejillas pegadas. Lo cierto es que eso alivió mucho mis nervios porque de alguna forma vi que él no iba a hacer nada malo conmigo. Me sentía protegida a su lado y a la vez libre. Eran sensaciones muy raras que no alcanzaba a comprender, pero las notaba.

Cuando los chicos se fueron a seguir su propia fiesta, volvimos a enredar nuestras bocas. En tan solo media hora me había convertido en una adicta a sus labios y no quería que dejara de hacer eso jamás.

—No dejes de besarme así nunca —dije embriagada por el momento y avergonzándome después.

Andrés me miró muy tierno, también satisfecho, y me acarició la cara.

—Llevo demasiado tiempo esperándolo como para dejar de hacerlo algún día.

Sonreímos y nos besamos de nuevo, pero esta vez Andrés hizo un poco de fuerza y me inclinó hasta que caímos en la cama. Me puse nerviosa de nuevo: había llegado el momento. Ahí, medio tumbada, con tu abuelo recostado encima de mi pecho, mi corazón empezó a latir fuerte, pero decidí que si me quedaba quieta sería peor, así que mis manos tocaron de nuevo su pelo, recorrieron su cuello, y volví a reclamarle un beso que él me concedió. Poco a poco, terminamos por tumbarnos en la cama, él encima, yo debajo. Su peso me hacía daño, pero tales eran los nervios que no me atrevía a decir palabra. Imaginaba que me subiría un poco el camisón y, vestidos como estábamos, empezaría todo, pero de nuevo me equivocaba.

Se arrodilló en la cama y se quitó la camisa, quedando su torso velludo al descubierto. Lo miré tragando saliva, pero más aún cuando se puso de pie y se quitó los pantalones, los calzones y se quedó desnudo delante de mí. Por instinto aparté la vista de él, girando la cabeza, pero abriendo mucho los ojos. No había visto nunca a un hombre desnudo y me daba mucha vergüenza. Andrés no dijo nada, pero noté cómo de nuevo se arrodillaba y acariciaba mis tobillos. Siguió por mis espinillas y llegó a mis muslos. Tragué saliva. Yo seguía con mi cabeza girada en el almohadón, incapaz de mirar. Sentí sus manos subiendo mi camisón por mis piernas, rígidas como palos. Él se encargó de abrirlas y elevarme las rodillas, hasta ponerme en posición. Cerré los ojos y respiré trabajosamente pero, lejos de notar ese dolor del que me habían hablado, solo sentí el cuerpo de Andrés tumbándose encima del mío, subiendo con sus manos mi camisón hasta el pecho. Cuando ya no lo pudo subir más, me pidió que lo mirara y que me desabrochara el botón del cuello. En silencio lo hice, el camisón se abrió más y Andrés lo alzó por mi cabeza y mis brazos, quitándomelo. Estábamos desnudos. Y yo estaba muerta de vergüenza. Acercó su boca a la mía y volvió a besarme, pero yo no me relajaba. No pensé que nos desnudaríamos del todo. No pensé que nos veríamos los cuerpos tan pronto. No pensé que el contacto de su piel con la mía me fuera a gustar tanto. Todo era tan contradictorio que no sabía cómo me estaba sintiendo.

—Tranquila —dijo—. No voy a hacerte daño. Nunca te haría daño, mi niña.

Eso me hizo sonreír. Desde que nos conocimos él siempre me llamaba niña para hacerme rabiar y me lo tomé como un guiño cariñoso. Volvió a besarme, pero esta vez lo hizo con fuerza, con más ansia. Me dejé llevar por esa vorágine y le correspondí con la misma pasión. Se movió en mi cuerpo. Se acomodó entre mis piernas. Noté algo duro en mis muslos y supe qué era por intuición. El momento se acercaba y temblé un poco, ante lo cual él me abrazó fuerte con un brazo mientras su mano bajaba despacio por mi pecho, haciéndome jadear. Siguió por mi costado, mi vientre, mis caderas y hundió su mano en mis muslos. Abrí

mucho los ojos porque no sabía qué estaba haciendo y ante mi estupefacción, él paró el beso y me susurró:

—Voy a acariciarte... ahí. No temas; no te dolerá.

Asentí y sus dedos me rozaron. Se movían por la zona al principio cautos, haciendo presión después. Yo sentía algo muy intenso, algo que me hacía retorcerme, que me gustaba y que me daba placer. Y él no paraba de besarme por lo que mi cuerpo abandonó mi razón y mi moralidad. Se humedeció tanto que hasta yo lo notaba. Me ardía la cara y la vergüenza. Estaba extasiada y no sabía si eso era normal o no. Nadie me lo había contado. Solo había recibido palabras de ánimo y tranquilidad, pero eso era todo lo contrario al dolor del que me habían avisado. Me gustaba. Me gustaba mucho. Pero él paró y llevó su mano de nuevo a mi cuello, abrazándome.

—¿Te ha gustado eso? —me preguntó, serio. Yo asentí en silencio—. Algún día te lo haré con la boca. —Abrí mis ojos de par en par negando con la cabeza. Él sonrió, asintiendo.

Su cuerpo se balanceó contra el mío y noté algo duro tratando de entrar en mí. Temblé. Andrés me miró y yo a él, como hipnotizada por esa mirada abrumadora. Empujó un poco y gemí de dolor. Paró unos segundos y volvió a empujar, sin dejar de mirarme. Paró y empujó. Paró y empujó.

—Lo estás haciendo muy bien —me susurró entre jadeos.

De pronto, él dio un golpe seco a su cadera y sentí dolor. Como un fuerte pinzamiento en el vientre, como una intrusión, como un pellizco. Cerré los ojos y dejé escapar un suspiro quejumbroso. Andrés empujó un poco más y gimí muy fuerte, mirándome. Acababa de llevarse mi virginidad.

Se quedó parado y dejó que me aclimatara a tenerlo dentro. Me dio un beso en los labios y otro y otro más.

—Ahora ya eres mi mujer —me dijo—. Ahora ya eres mi vida.

Sin saber qué decir tragué saliva y lo miré. Tenía la frente perlada de sudor y los labios tensos así que pasé mis dedos por sus sienes, secándole las gotas que le caían y le di un beso en su boca. Sonrió. Y volvió a moverse. Muy despacio, entraba y salía de mí. Pero ya no era dolor lo que sentía. Era una mezcla entre un leve escozor y algo más visceral, más carnal. Placer. Y entonces no entendí por qué era algo prohibido.

Andrés se movía más rápido y más rápido y yo me dejaba llevar por esa sensación placentera que hasta me hacía gemir, como a él. Nuestro dormitorio era un concierto de gemidos, de jadeos, de besos que se mezclaban con la lámpara encendida y el olor a sudor y a cuerpos desnudos. No sé cuánto tiempo duró, pero no quería que terminara nunca. Sentía placer, sentía algo arremolinándose en mi vientre y cuando el remolino explotó sin saber qué era eso, se produjo la comunión con mi marido, que me miraba como si fuera una deidad. Sus arremetidas se aceleraron. Sus gemidos se entrecortaron. Noté algo cálido en mi interior y su cuerpo rígido cayó sobre el mío. Nos quedamos quietos hasta que nuestros jadeos cesaron y entonces él se elevó en sus codos y me besó de nuevo.

—¿Estás bien? —Asentí—. ¿Te ha... gustado? —Volví a asentir, esta vez sonriendo y acariciándole la cara. Andrés besó mis dedos y sonrió—. A mí también.

Sonreímos y él se retiró de mí, aunque siguió tumbado sobre mi cuerpo. Algo me recorrió los muslos y fruncí el ceño, pero Andrés me despistó al apoyar su codo en el colchón y su cabeza en su mano, mirándome. Sentí vergüenza al dejar mi cuerpo desnudo a su vista y traté de taparme con las manos, pero él me las quitó de mis pechos y los acarició.

—Soy tu marido, Elena. No debes sentir pudor ni vergüenza de tu cuerpo delante de mí.

—Pero —atisbé a decir.

—Lo que pase en nuestra cama solo nos concierne a ti y a mí. Y aquí —señaló a la habitación— solo estaremos tú y yo y, en nuestra casa, somos libres.

No entendí bien sus palabras, pero asentí. Él me dio un beso tranquilizador y se levantó de la cama, estirándose. Yo me incorporé también y me levanté corriendo a ponerme el camisón. Al hacerlo, pude comprobar cómo las sábanas se habían impregnado de sangre y semilla así que las cambié rápido ante su atenta mirada y su sonrisa contenida. Cuando la cama estuvo hecha de nuevo, nos metimos dentro y ante mi sorpresa, él me abrazó.

—Sé que esta noche es extraña para ti —me susurró—. Es una casa nueva y una cama nueva.

—Ahora es mi cama —dije yo—. Y es mi casa. Y en nuestra casa, somos libres. —Sonreí citando sus propias palabras.

Él se rio y yo con él. Volvimos a aliviar la tensión y, sin darnos cuenta, nos fuimos pegando el uno al otro dentro de la cama, hasta besarnos de nuevo. Noté su dureza en mi vientre. Noté sus jadeos. No sabía si estaba volviendo a ocurrir, pero también sentía ese calor en mi cuerpo. Y, como ya no era nuevo ni extraño, le abracé por el cuello y le atraje hacia mí. Se puso sobre mi cuerpo de nuevo y se desnudó otra vez sin apenas moverse. Cuando terminó, me quitó el camisón y se colocó en la misma posición que antes, pero esta vez fui yo quien abrió las piernas para dejarle entrar en mi cuerpo y en mi alma.

Cierro el libro y miro atenta a Daniel, que ha permanecido callado mirando al cielo en todo momento. Ni una interrupción, ni apenas un pestañeo. Sé, porque lo conozco, que ha estado visualizando la historia; tiene una mente muy vívida e imaginativa. Daniel sale de su trance.

—Vaya —dice.

—Lo sé. —Sonrío—. A mí me ha dejado igual. —Me mira—. Que sean mis abuelos se hace raro, ¿sabes?

—Sí, es extraño. Pero supongo que si ella tuvo la valentía de contárselo nada menos que a su hijo, tú has de tener la valentía de leerlo.

—Madre mía..., ¡se lo contó a mi padre! Qué vergüenza. —Me río.

—Nah, quizá ella lo grabó con menos detalles y ha sido tu padre quien lo ha adornado.

—Somos una familia de lo más normal —digo irónica.

Daniel hace algo que no me espero: se incorpora un poco y me da un beso rápido en los labios, para volver a su posición. Me quedo estupefacta. Nunca nos damos besos fuera de la cama ni tenemos muestras de cariño en público. Es extraño. Pero más extraño que su necesidad de darme un beso es que a mí... me ha gustado.

«WISH YOU WERE HERE»

Hay días en los que no te quieres levantar de la cama. Y lo mejor en esos casos es, si tienes oportunidad de hacerlo, quedarte entre las sábanas, como estoy haciendo hoy, que para eso es sábado. No es que me pase nada en especial. Es solo que no me apetece el mundo hoy. Es uno de esos días en los que le das vueltas y más vueltas a por qué tu vida es tan gris. Por qué nada te ilusiona, por qué ya no sientes ni euforia ni tristeza, por qué has entrado en un círculo de apatía en el que ni sientes ni padeces. Hay algo peor que estar deprimido: estar en ese estado neutro en el que ni subes ni bajas. Porque eso significa que no vives. Que no te emocionas. Que no te alegras. Y eso no es vivir, es supervivencia.

Lo que sí intento es no pensar. Porque entonces entras en barrena y se activa un bucle peligroso que, en mi caso, es mejor dejar bien lejos. Está muy bien refrotarte en tu mierda caliente un poco, pero sin pasarse, que nos conocemos. Así que lo mejor en estos casos es la música. Siempre. Y más si tienes una canción favorita. De las que hablan tanto de ti que no siempre te atreves a escuchar. Porque duelen.

Recuerdo perfectamente cuando descubrí mi canción favorita. Fue una tarde de verano, antes de que Mara cayera enferma. Yo tenía once años y me había peleado con una amiga. Y ya sabemos cómo son las peleas en la preadolescencia: demolidoras y dramáticas, como si nada en el mundo pudiera superar semejante tragedia. Vamos, que me pegué media tarde llorando en la cama por una tontería hasta que Mara volvió a casa y me encontró así. Le conté lo que había pasado y me dijo: «Tengo un plan». Su plan consistió en elegir un vinilo de mi padre al azar que colocamos en el tocadiscos a todo volumen, maquillarnos, ponernos boas de plumas y tops de lentejuelas de algún disfraz olvidado y bailar por toda la casa a ritmo de un «Grandes éxitos de los 70» rayado. Nos reímos tanto que no podíamos parar de dar vueltas y más vueltas, medio disfrazadas de adultas, pintadas como puertas, abrazándonos y siendo cómplices una vez más. Entonces «Wish you were here», de Pink Floyd, comenzó a sonar. Paramos de bailar porque era una canción lenta. Pero algo nos pasó con los primeros acordes pues nos quedamos boquiabiertas y nos miramos sin pestañear. Nos estábamos emocionando porque nos encantaba la melodía, la voz, todo. No entendíamos lo que decía la letra pero sí el estribillo y cuando sonó, creo que ambas pensamos en mi madre y en mi padre y las lágrimas comenzaron a rodar por nuestras mejillas sin previo aviso. Nos abrazamos, dejando estallar un dique que no sabíamos que teníamos. Nos unimos todavía más en ese abrazo que no solo era físico, porque también abrazamos a nuestros fantasmas, nuestros sentimientos, y nos dimos cuenta de que no estábamos solas: nos teníamos la una a la otra y así sería siempre. Así pensamos que sería siempre. Cuando terminó,

nos echamos a reír y declaramos que esa sería nuestra canción favorita y que cada vez que sonara nos acordaríamos la una de la otra. Mara me dijo que no diera importancia a discusiones tontas con amigas que no lo son, porque ella jamás me abandonaría ni se alejaría de mí. Yo le prometí lo mismo. Pero la vida nos mintió y «Wish you were here» se convirtió en una canción prohibida, escondida, solo apta para días en los que ya estás hundida.

Así que hoy, uno de esos días, la pongo en el tocadiscos. En modo repetición. Hasta que me salga por las orejas. Hasta que no pueda llorarla más. Hasta que me olvide de todo lo que desearía que estuviera aquí. Mara, mi abuela, mi madre, mis ganas de escribir, mis ganas de enamorarme, mis ganas de compartir mis emociones, mis ganas de sonreír sin motivo. «Wish you were here».

SILENCIOS QUE PESAN

Los días en los que quieres hacerte un ovillo y acurrucarte en la cama sin más pretensión vital que la de convertirte en ameba suelen durarme, por suerte, veinticuatro horas. Más que nada que aunque no sea una persona de esas enérgicas o hiperactivas, tampoco soy un sauce llorón que goza del arte del victimismo encamado. Vamos, que un ratito bien, pero más me canso. Un poco de vaivén emocional de cuando en cuando para salir de la rutina tampoco viene mal, supongo. Daniel suele decir que las personas que siempre están en el mismo estado mental le aburren y le producen cierta desconfianza. Cree que el mundo está plagado de asesinos en serie detrás de grandes sonrisas.

Y hablando del rey de Roma...

—¿Quién? —respondo al portero automático con mi voz de ultratumba recién despertada un domingo. Por el vídeo portero solo veo lo que parece una caja con un logotipo que no reconozco.

—¿Ha pedido usted desayuno a domicilio? —Sonrío ante la electrónica voz que responde a través del altavoz y que reconozco al instante.

—¿Es una excusa para entrar a robarme?

—Y convertirme en tu esclavo sexual. —Reímos—. Abre, Lena, que tengo hambre.

Salivando abro y espero a que Daniel suba por el ascensor con la puerta abierta. Nada más verlo, sonrío de oreja a oreja porque me trae el desayuno a casa y porque está para morirse con su pelo rubio revuelto. Un instinto animal se apodera de mí en esos dos o tres segundos que tarda en salir del ascensor y llegar a mi puerta, en los que me tiraría sobre él y se lo haría aquí mismo, sin importarme nada ni nadie, y después le abrazaría. Muy fuerte. Mucho tiempo.

Así que sin pensarlo me echo a su cuello y le beso en la boca con todas las ganas que soy capaz de transmitir. Daniel no tarda ni un segundo en corresponderme y, con habilidad, deja la caja del desayuno encima del recibidor, para rodearme después con sus brazos y comerme la boca. Literal. Quizá sea la necesidad que tengo de él, el horrible día de ayer, la falta de cariño o yo que sé, pero me aferro a ese beso como si me desgarrara por dentro el no tener sus labios pegados contra los míos. Él se empapa de esta urgencia y me aúpa, sentándome al borde del mueble recibidor y quedando entre mis piernas, que aprieto rodeando su cintura.

—Se va a caer el desayuno. —Sonrío jadeando al ver la caja moverse del meneo de mi cuerpo.

—Que le jodan al desayuno.

Trastabillo por su pantalón para desabrocharle el botón y él se apresura a ayudarme.

—Me sobra la ropa —susurra—. La mía, la tuya... Me sobra todo; todo menos tú.

Y una recóndita parte de mí implora que no se refiera solo al sexo.

Es tan rápido y fulminante que apenas lo disfruto, porque no es el orgasmo lo que me llena. Lo que me llena son sus manos apretándome la carne, sus gemidos susurrados y solemnes, sus besos urgentes. Y el abrazo casi desesperado que le doy al terminar y al que me agarro con fuerza. No, no ha sido un ratito de sexo desenfrenado. Se ha manifestado la necesidad que ambos llevamos dentro y que poco a poco está empezando a salir.

—Buenos días —me dice con voz melosa recorriendo mi cuello con sus labios.

—Mmm. —Le rodeo con mis brazos—. Me estás malacostumbrando. Desayunos a domicilio, sexo mañanero... ¿Qué pasará cuando vuelva mi padre?

—Que treparé por tu ventana para estar contigo. —Me saca la lengua.

—Oh, qué romántico. —Río poniendo tono ñoño.

—Lerda.

Él se ríe y me abraza. Nos damos un beso corto que pienso que va a poner fin al ratito de ternura, pero... no lo hace.

—Ven aquí, joder —susurra.

Me aprieta más y entrecierra sus ojos, mirándome. No sé lo que está pensando, pero sea lo que sea decide exteriorizarlo con un beso. Uno de verdad. Me coge la cara con una mano y la cintura con la otra, y stampa sus labios y su lengua en mi boca en un beso lento y pausado, lleno de suspiros y respiraciones que no se atreven a acelerar. Uno que saboreas, que te excita, que te paraliza y solo rezas porque no termine jamás. Uno bonito, emocionado, tembloroso, como solo nos habíamos dado la primera vez que nos besamos. Urgente, necesitado y lleno de cosas que no nos atrevemos a sentir. Porque, de hecho, en cuanto noto que algo me sobrepasa, lo paro.

—Anda, vamos a degustar ese desayuno —digo, recobrando el aliento.

Daniel me mira escudriñándome con esos ojos azules saltones y, sin más, me sigue cuando voy a la cocina con la caja. No mencionamos el beso tan intenso que nos hemos dado ni durante el desayuno, ni durante el cigarrillo que después nos fumamos juntos en la terraza, ni al despedirse para irse mientras yo me quedo con el libro de mi abuela. Nada. Entre nosotros todavía hay silencios que no se llenan.

Capítulo IV. La luna de miel

A los tres días de la boda partimos a nuestra luna de miel. En aquellos años no había mucho donde elegir por las pocas posibilidades económicas, y los recién casados del pueblo solían irse o a Zaragoza o a Madrid. Sin embargo, Andrés quería que yo viera algo, aunque solo fuera una vez en mi vida. Decía que una persona no estaba completa hasta que no lo veía y se recreaba en su profundidad: el mar. Yo no lo había visto nunca, claro, así que acepté entusiasmada la idea y partimos a Barcelona, una de las ciudades más bellas que he visitado jamás.

El viaje fue muy largo y tedioso. Metidos en un tren durante interminables horas hasta llegar con una maleta a nuestro destino: la casa de una tía de Andrés. No, no había hoteles ni pensiones para nosotros. No había posibles. Pudimos costearnos el viaje porque durante la semana que estaríamos de luna de miel nos

hospedaríamos en la casa de un familiar cuya hospitalidad no nos costaba dinero. Eso sí, durante nuestra estancia, yo me encargué de todas las tareas diarias de la casa incluyendo el desayuno, la limpieza, la comida, la compra y demás menesteres. La tía de Andrés trabajaba en un taller textil así que le vino muy bien nuestra visita porque, aparte de que estaba sola y así le hacíamos compañía, llegaba a casa a mesa puesta.

Pero no todo fue trabajar en la casa. Establecimos una rutina ya el primer día: nos levantábamos con Ágata, la tía de Andrés, y yo preparaba el desayuno para los tres. Después, cuando ella se iba, yo recogía y limpiaba un poco; bajaba a la tienda de abajo a comprar y hacía la comida para nosotros dos, pues Ágata no venía a comer. Tras comer y reposar los platos de cuchara que tan bien sabía hacer, tu abuelo y yo salíamos a pasear por las bellas calles de Barcelona. Vimos muchas cosas que me impresionaron. La catedral, la construcción de la Sagrada Familia, las callejuelas empedradas, las tabernas, la gente yendo y viniendo y, sobre todas las cosas, el mar. Íbamos allí cada tarde a ver la caída del sol. Paseábamos por la orilla e incluso una tarde dejé que las olas mojaran un poco mis pies. Fue una sensación tan liberadora y gratificante que me emocioné. Me dio vergüenza conmovirme delante de tu abuelo por ver la grandeza del mar infinito, pero lejos de extrañarse, él me sonrió y me dio un beso en la mejilla.

—Quiero que sonrías así siempre, mi niña.

Y eso me hacía sonreír aún más.

Por la noche regresábamos a casa de Ágata y yo hacía la cena para los tres, mientras ella nos contaba su día y hablaba de los viejos tiempos. Siempre hablaba de los viejos tiempos, anclada en una nostalgia que la asfixiaba. ¿Sabes, Lena? Ágata estaba encerrada en la melancolía de su juventud y se quejaba de que había dejado pasar la vida. Estaba soltera. Tuvo un novio con el que casi se casó, pero murió en la guerra y tras su muerte, ella se deprimió tanto que no quiso volver a saber nada del amor. Qué error tan grande ese de cerrarle la puerta a cualquier sentimiento, flor. Solo porque hayamos tenido circunstancias adversas no significa que las merezcamos y que debamos cargar con la pena siempre.

Cuando Ágata dejaba de quejarse, nos íbamos todos a dormir. Y entonces empezaba mi luna de miel. Aquellas primeras noches en Barcelona tenían una mezcla de erotismo, impaciencia, desconocimiento, inocencia y amor, mucho amor. Éramos muy silenciosos, pues no queríamos despertar a Ágata, pero ambos sabíamos que nuestras gargantas acumulaban gemidos y gritos de excitación. Aprendí muchas cosas esos días. Aprendí el sabor de los besos bien dados, la ternura de las caricias en la piel desnuda, el calor del sexo tierno y el furor desatado. Andrés iba rompiendo poco a poco todas las barreras morales que yo tenía y me hacía ver que todo lo éticamente incorrecto que me habían inculcado carecía de sentido cuando se ponía en práctica en la intimidad de un dormitorio. Y yo, poco a poco, me dejaba llevar por ese mar de sensaciones desconocidas, prohibidas y apetitosas.

Tuvimos una luna de miel feliz. Nos conocimos más de lo que habían hecho cuatro años de cortejo. Nos contamos muchas cosas de nuestra vida y muchas confidencias entre risas avergonzadas. Nos comíamos con los ojos cuando no podíamos comernos con la boca. Nos enamoramos sin remedio como bobos. Y como bobos volvimos al pueblo a empezar nuestra vida de casados.

SACHER DE CEREZA

Mamá Framboise es uno de los sitios que más le gustaban a Yayi de Madrid. Le encantaba cuando la traía a merendar y, quizá por eso, cada vez que cruzo la puerta, parte de ella vuelve a mí. Los sitios en los que has compartido momentos con las personas a las que quieres dejan de ser lugares y se convierten en sensaciones en sí. Y no sé por qué, pero nada más entrar pienso en que debería venir aquí con Lidia. A solas.

Hoy he quedado con Daniel y Darío para guarrindonguear un poco antes de trabajar, pero aún no han llegado. Miro alrededor empapándome del ambiente, la decoración y el olor a calidez que desprende cada rincón. Hace unos años escribí un relato que estaba ambientado aquí y del que mi padre dijo que estaba hilado con pinzas y que tenía tantos adverbios terminados en -mente y puntos suspensivos que le sangraban los ojos con solo mirarlo. Dani interrumpe mis pensamientos cuando aparece y se deja caer en la silla frente a mí, girándola del revés para tener su respaldo en el pecho. Sin mediar palabra, coge mi tenedorcito y me roba un trozo de sacher de cerezas.

—Joder, puto paraíso —dice relamiéndose.

—Buenos días y tal. —Sonrío con saña.

—Buenos días tenga usted. Voy a pedirle algo. —Se levanta guiñándome un ojo.

Cuando vuelve a la mesa, se sienta de nuevo en su posición anterior: silla girada y piernas abiertas.

—¿Dónde está Darío?

—No ha podido venir. Tiene un crío nuevo o no sé qué.

—Eso es bueno.

—Supongo, pero estoy hasta las pelotas —gruñe—. Mi casa está siempre llena de peña entrando y saliendo.

—No seas quejica —digo con un trozo de pastel llenando mi boca—. Tener a chicas adolescentes danzando por tu salón no debe ser mucho incordio.

—No, esas van bien. —Me guiña un ojo—. Pero en serio, a la mínima que pueda, me piro. Tengo veintiséis años y empiezo a querer cascármela a gusto, ¿sabes?

Le saco la lengua.

—¿Y a ti? —continúa—. ¿Te gustaría independizarte?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Me da pena dejar solo a mi padre.

Me quedo callada y me centro en el pastel que me estoy acabando, sin levantar la mirada.

—¿Qué ocurre? —susurra.

—Nada.

—No te creo. —Sonríe.

—¡De verdad!

Daniel deja la servilleta encima de la mesa y se levanta, sentándose en la silla que hay a mi lado. Rodea con su brazo el respaldo de mi asiento y me acaricia el hombro. Con su otra mano coge la mía y se acerca a mi oído. Mi respiración se agita y noto que la suya también. Le miro los labios como él mira los míos y me da la sensación de que algo ha empezado a girar para ambos en una dirección desconocida.

—Te quiero, Lena. Y, si ocurre algo por esa cabecita loca, puedes contar conmigo.

—Lo sé. No es nada, de verdad.

Me mira tierno y sonríe.

—¿Y qué más? —Me hace una cosquilla en la cadera, y nos reímos sin parar.

—¡Nada más! —le pico yo.

—¿Cómo que no? Exijo mi «yo también te quiero». —Hace una mueca de fingido orgullo.

—Cerdo pretencioso. —Reímos—. Solo me dices cosas bonitas para escucharlas de vuelta y engordar tu ego, truhán.

—Eso no es cierto —susurra, poniéndose serio.

Daniel me acaricia la cara y se acerca a mí. Sus labios rozan los míos y nos quedamos unos segundos así, sin tocarnos, sin dar el paso, con nuestras bocas en tensión pendientes de la decisión que tomemos. Besarnos de verdad en público por primera vez, con todo lo que eso implica, o dejarlo correr como siempre hacemos. Y como siempre hacemos, nuestras respiraciones se acompañan, acelerándose. Algo en mi vientre se remueve y su mano aprieta mi hombro. Sus ojos se posan en mis labios y en mi cuello, van de un sitio a otro, y Dani se debate entre dar el paso o dejarlo para otro momento. Y ambos sabemos que estamos cada vez más cerca de un punto y final, cada vez más cerca de avanzar un poco o de decirnos un adiós definitivo que nos parta el alma. Jadeamos, se me reseca la boca y humedezco mis labios, preparándolos. Él mira este movimiento y cierra levemente los ojos, suspirando. Estamos nerviosos y excitados. Yo quiero, él quiere, y ninguno de los dos queremos. Y al final... nos damos un pico ínfimo, pero enseguida se aparta y yo no sé qué está pasando. Él se levanta y vuelve a sentarse frente a mí con el respaldo de la silla del revés, como si fuera su armadura. O mi barrera, no sé bien.

TÚ, YO Y LAS ESTRELLAS FUGACES

El sol vespertino se cuele por mi persiana y su calidez tiñe mi dormitorio de algo parecido a la ternura. Miro entre sus rendijas la calle bullendo de gente alegre, como embriagados por los primeros calores y las ganas de disfrutarlos. Desnuda, con tan solo mi ropa interior y mi melena recogida en un despeinado moño, observo con una mano apoyada en el marco de la ventana todo lo que pasa ante mis narices y respiro hondo, sonriendo. Porque me gusta la sensación de primavera y porque me gusta ver que hay vida donde quiera que mire.

—No te muevas —me dice Daniel, recostado entre mis sábanas.

—¿Por qué? —digo entre risas sin mover un músculo.

Hay unos segundos de silencio que me parecen eternos. Le oigo tragar saliva hasta que habla con la voz ronca después de tantos gemidos.

—Porque estás jodidamente preciosa.

Giro mi cabeza sorprendida, pero solo me sale una sonrisa de oreja a oreja cuando veo su pelo despeinado por mis tirones, sus mejillas aún encendidas, su pecho con un suave hilo de sudor y los labios enrojecidos de tanto besarnos. Me sonrío y eso me hace sonreír más.

—Vámonos —le digo.

—¿Adónde?

—A respirar.

Daniel frunce el ceño un segundo. Se levanta sin decir palabra y se encamina al baño. Miro su espalda desnuda llena de marcas de mis uñas y me río entre dientes mientras escucho el grifo de la ducha.

Peino con mimo mi rubia melena y la dejo suelta. Me pongo mi vestido largo de rayas marineras con unas zapatillas Converse y una cazadora vaquera, que hoy hace calor, y me pinto los labios de rojo. Daniel lleva sus pantalones ajustados negros y una camiseta bajo otra de cuadros con un lema que indica que siempre gana. Y no sé si es el color o la forma o qué, pero hoy está especialmente guapo. Será que me he levantado optimista, no sé por qué. Y como estamos que lo tiramos, mientras me termino de arreglar en el baño, decido hacer una cosa por puro impulso.

Bajo la cabeza y me hago una coleta lo más arriba que puedo. Cuando la tengo bien sujeta, abro el grifo de la ducha y me mojo la largura de la cola de caballo. La escurro, la seco un poco y vuelvo a la zona del lavabo, donde abro un cajón y saco unas tijeras.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta Daniel desde la puerta, extrañado al verme.

—Quitándome lastres. —Sonrío desde abajo.

Y antes de que Daniel pueda preguntar más, cojo la tijera y corto casi toda la coleta, dejando tan solo unos dedos de largura desde la goma que la sujeta.

—¡Coño! —Se ríe Daniel.

Repaso un poco el corte y alzo de nuevo la cabeza. Me quito la goma y, como pretendía, mi pelo largo hasta casi la cintura se ha convertido en un pelo corto a la altura de la barbilla. Un truco infalible para cortaros el cabello sin hacer calamidades, por cierto.

—¡Sí! —grito eufórica al removerme mi nuevo peinado, recreándome en la sensación liberadora que da algo tan sencillo como un corte de melena.

—¡Estás como una puta regadera! —Daniel se ríe a carcajadas y viene hacia mí.

Me abraza por la cintura y me acaricia el pelo, sonriendo mucho y dándome un beso que me sorprende.

—Me gusta, joder —me dice.

—Estoy fatal. —Me río—. ¿Me queda bien? —pregunto con una mueca.

—Te echaría otro ahora, ¿responde eso a tu pregunta?

Me río, pero no quiero perder más tiempo: quiero salir. Recojo los mechones que he tirado por el suelo y, por fin, nos vamos a recorrer las calles de Madrid antes de que se ponga el sol.

¿Sabéis estas tardes tontas que, sin hacer nada en especial, se convierten en algo que recordaréis durante años como momentos deliciosos que os hicieron felices? Pues eso es esta tarde en la que no hacemos nada que no hayamos hecho decenas de veces pero que, sin embargo, está teñida de algo distinto y casi mágico. Quizá sea yo, que estoy embebida con la historia de amor de mis abuelos. Quizá sea la primavera, que la sangre altera. O quizá sea Daniel y sus mil formas de hacerme reír. Durante nuestro paseo sin rumbo nos vamos riendo de todo, como si estuviéramos borrachos de nosotros mismos. No dejo de tocarme el pelo y Daniel, ahora que tengo la nuca casi despejada, me la acaricia de cuando en cuando en un gesto que parece del todo inconsciente. Cotilleamos sobre unos clientes marcianísimos que han aparecido hoy por la tienda y no puedo parar de reírme. Tiene una gracia innata, sarcástica e inteligente. Mucha gente no le comprende, pero mucha gente tampoco me entiende a mí, así que supongo que por eso nos llevamos tan bien: somos dos seres extraños en un mundo de gente extraña.

Paramos en La Tita Rivera a tomar algo y nos sentamos en una de las mesitas de su jardín mientras va oscureciendo poco a poco.

—¿Ves a esos de ahí? —pregunta Daniel señalando con disimulo a una pareja de unos cuarenta y tantos años que apenas hablan entre ellos.

—Sí.

—Yo no quiero eso, ¿sabes?

—¿El qué?

—Eso. El estar con tu chica tomando algo y no tener nada de qué hablar. El darte cuenta de que has perdido toda la conexión con esa persona y que ha dejado de ser especial. El tener una relación aburrida y fingir hacer algo divertido para enmascarar

que, en realidad, ya no queda nada por lo que reír. Como la canción de Sabina, «Contigo», pues lo mismo.

—Joder, Daniel —resoplo—. Quizá no sean muy habladores en general. Quizá se acaban de conocer. Quizá lo están pasando mal. Quizá tengan tanta confianza que no necesiten las palabras.

—Sí, lo sé. Pueden ser mil cosas. Pero si fuera la que he dicho, no me gustaría vivirla.

—A nadie nos gustaría una relación así.

—Sin embargo es la que tiene casi todo el mundo al cabo de los años. Hermanamiento más que apasionamiento.

—Eso es mucho generalizar.

—En todo caso, no lo quiero.

—¿Por eso pasas de comprometerte? —pregunto en un alarde de valentía. Me arrepiento al instante.

Daniel me mira unos segundos, sopesando si he hecho esa pregunta por mera curiosidad o si la he hecho con segundas. Yo también me lo pregunto, la verdad.

—No paso de comprometerme. Paso de comprometerme ahora. Y paso de comprometerme con alguien con quien no pueda hablar ni reírme estando a solas.

—Amén —digo brindando en el aire con mi copa. Daniel sonrío.

—Seguro que esos son de los que hacen amigos estando de vacaciones. —Se ríe malicioso.

—¡Dani! —Río yo.

—¿Qué? Es verdad. Si lo piensas, esa gente que va de vacaciones y hace amigos de forma forzada, ¿por qué lo hacen? ¿Es que no soportan estar el uno a solas con el otro? ¿Es que no están cansados de que durante el día a día y la rutina apenas puedan verse, que también durante las vacaciones necesitan a la gente?

—Quizá sean muy sociables. O, simplemente, les gusta relacionarse.

—Tonterías. Yo soy muy sociable y si me fuera de vacaciones con mi chica, me pasaría el día hartándome de follar y de beber con ella. No necesito a nadie si tengo a la persona adecuada.

E imaginarme a Daniel hartándose de follar y de beber con «su chica» me hace beber un trago largo de ginebra y pestañear frenéticamente unos segundos.

—¿Qué? ¿Tú no? —pregunta.

—Sí, yo también. —Doy otro trago—. Tengo que ir al lavabo.

Cuando vuelvo, Daniel casi se ha terminado su copa.

—¿Me has echado de menos y te has dado al alcohol? —Le saco la lengua.

—La vida es muy aburrida sin oírte reír. —Sonríe.

—Idiota.

Esperamos a que yo termine la mía hablando de cine, literatura y escritores. Y de escritura. Como sabe que antes escribía, pero no suelo hablar de ello, saca el tema con disimulo.

—¿Sabes? —pregunta—. Nunca he leído nada tuyo y... me gustaría.

Bebo un sorbo mirando hacia otro lado.

—Bah, solo eran relatos para pasar el rato. Y acaban todos mal —digo negando con la cabeza.

—Bueno, ¿y qué si acaban mal? Son historias. Sean como sean, me gustaría leerte. O que escribieras algo nuevo y me lo leyeras en el parque. —Me guiña un ojo.

—¿Por qué eres tan pesado? —Me río, fingiendo despreocupación.

Daniel se acerca a mí y coloca su silla a mi lado. Le miro los labios. Le miro los ojos. Suspiro. Está rozando sus labios con los míos, mirando mi boca.

—Me confundes —le digo con un hilo de voz.

—Eso es lo mejor que puede pasarte para sentirte viva.

Sonrío y su mano se posa en mi cara, extiende sus dedos por mi pelo y me acaricia las mejillas con su pulgar. Su otra mano no tarda y en menos de dos segundos ha atrapado mi cara. Nos damos un beso que aparece de la nada sin pensar y, al terminar, sonreímos acariciando nuestras mejillas con la nariz.

Dejamos el bar atrás y nos adentramos por las callejuelas adyacentes. Ya ha anochecido y comienza a refrescar, pero el ambiente sigue teniendo ese encanto de gente que necesita deshacerse del invierno y quema el día como puede. Daniel y yo paseamos un rato hablando de todo y de nada, sin comentar ni una palabra sobre la ternura que se cierne últimamente entre nosotros. Por un momento pensamos cenar por ahí, pero ambos estamos bastante mal de pasta así que desechamos la idea. Daniel no insiste tampoco, aunque me acompaña a un supermercado que no cierra en todo el día a comprar algo para que me haga la cena, porque en mi nevera solo tengo cerveza. Estupendo. Llegamos al súper un poco borrachos y un poco dejándonos llevar por la embriaguez que arrastramos de nosotros mismos. Nos echamos a reír de tonterías y nos vamos acercando más, hasta rozarnos sin disimulo. Empujamos el carrito haciendo carreras estúpidas y, en una de estas, Daniel me coge y me sienta dentro del carro, llevándome por todo el supermercado corriendo. La gente nos mira y chasquea la lengua desaprobando nuestra actitud, pero nos da igual.

—Estás fatal —le digo riendo cuando estamos haciendo cola, ya de pie.

—Le dijo la sartén al cazo. —Y me da una palmada en la nalga que me hace fruncir el ceño.

—Guárdate tus manos y tus palmaditas donde te quepan, chato. No suele gustarme que me traten como a un caballo —digo con ríntintín.

Entonces él sonrío de lado y posa su mano en mi cadera.

—¿Ahí está mejor? —me susurra. Yo finjo desinterés y me encojo de hombros.

—Puede, sí.

—¿Y ahora? —Pone su otra mano en la otra cadera y me atrae hacia él, abrazándome la cintura.

—Algo, sí. —Sonrío.

Daniel me da un beso en el cuello.

—¿Mejoramos?

—Definitivamente —digo jadeando y enroscando mis manos en su cuello, dejándome llevar.

Él se acerca un poco más a mí y me da un mordisquito en el cuello que me hace

retorcer los dedos de los pies.

—Dani —susurro.

—Nos toca.

Nos separamos cuando la cajera nos da paso para poder colocar la compra en la cinta y no volvemos a hablar hasta que salimos de ahí. Daniel se empeña en acompañarme a casa, aunque vivo al lado. Llevamos solo dos bolsas que no pesan mucho, pero aun así parece que estamos centrados en ellas y no en lo rara que ha sido la tarde de hoy. ¿Qué es lo que nos está pasando? Llevamos unos días más rarunos de lo normal, como queriendo abrir una puerta pero apartándonos del pomo. Es extraño. Y hoy está siendo el *summum* de esta contradicción. Hemos empezado follando como tantas veces y, de alguna forma, después nos hemos puesto muy tiernos o no sé. ¿Estamos dando un paso más? Sopeso un segundo la idea y, sin pensar, sonrío. Así, sin más. Pero en cuanto me doy cuenta, niego con la cabeza porque sé lo que quiere él y lo que necesito yo. Y para muestra, un botón.

—¿Quieres quedarte a cenar, Dani? —pregunto al llegar a mi portal. Sobre todo porque no me apetece quedarme sola después de una tarde tan genial.

—No puedo —responde serio—. Tengo que irme.

—Ah, bueno. ¿Nos vemos mañana tras el trabajo?

—Mañana he quedado. —Se rasca la cabeza.

Asiento. Es como si ambos quisiéramos avanzar, pero cuando lo hacemos, recula él o reculo yo. Creo que los dos estamos cagados de miedo ante la perspectiva de dar un paso y que salga mal. O que salga demasiado bien y se nos vaya la cabeza en una especie de borrachera amorosa que termine explotando en nuestras caras. Quizá sean imaginaciones mías, pero lo cierto es que él aprieta sus labios a modo de afirmación y nos despedimos con un adiós. Observo cómo se aleja fugaz después de hacerme pasar la tarde más bonita de mi vida desde que Mara se fue.

Después de cenar, me acomodo en el sofá que tenemos en la terraza. Me pongo una sudadera, enciendo las velitas de la mesa cenador y también una lámpara que tenemos para la noche, y pongo música clásica bajita en el salón: Mahler; para que así se escuche solo su murmullo desde la terraza. Me sirvo una copa de vino, cojo el libro de mi abuela y salgo al frescor de la noche. Quiero que este día acabe como se merece: voy a leer. No quiero quedarme con la sensación extraña que tengo por la despedida de Daniel, así que abro el libro y voy a por ello. Pero antes llamo a mi padre para ver qué tal está. Le pillo trabajando así que la conversación es muy breve. Tan solo los típicos cómo va todo y poco más. Y sin más colgamos en otra conversación fría como el hielo.

Capítulo V. El primer golpe

Los primeros meses como marido y mujer fueron los más felices de nuestra vida. Solo se vieron empañados por los problemas de salud que mi madre empezó a tener poco después de la boda: tos aguda, fatiga o fiebres esporádicas que nos preocupaban a toda la familia, aunque el médico del pueblo le restara importancia y lo achacara a un catarro mal curado que, decía, sanaría con el buen tiempo. Pero, salvo por esto, fueron meses de absoluta felicidad marital. De puertas para afuera, éramos un joven matrimonio como todos los demás. No dábamos qué hablar y seguíamos los patrones establecidos por la sociedad de la época

y del pueblo. Andrés era un hombre serio que hablaba muy poco y fumaba mucho, por lo que parecía alguien a quien tener respeto. Intimidaba con esa fachada imperturbable y ese cuerpo fuerte y curtido por la tierra. Sin embargo, de puertas para dentro, nuestra casa era un hogar lleno de risas, de caricias y besos a todas horas, de hablar de muchas cosas y de despojarnos de los corsés sociales que tanto apretaban. Tu abuelo era un hombre que se había criado en un país liberal y que, además, había estudiado unos años en la universidad, por lo que era culto, intrépido, intelectual y mucho más abierto que los hombres que yo conocía. Por eso, no es de extrañar que se empeñara en hacerme partícipe de todo lo que él sabía para compartirlo conmigo. Me enseñó lo bonito de las cosas que me había perdido. Por ejemplo, se empeñó en que leyese mejor. Como había dejado la escuela tan pronto apenas me acordaba, pero él cogía viejos libros que había traído y los leíamos juntos entre risas y enfados. Sí, enfados porque yo me ponía muy tozuda cuando no me salía bien y tu abuelo se desesperaba cuando me costaba alguna palabra. Pero al cabo de varias semanas de intenso trabajo ya leía mejor y podía leerle mis amadas *Rimas* de Bécquer antes de irnos a dormir. También me enseñó la música. De Francia se había traído una radio donde podíamos escuchar las canciones de la época y cuando sonaba alguna que nos gustaba, nos poníamos a bailar en la cocina entre risas y carantoñas. Además había traído una pequeña gramola y un disco de Mahler que un compañero suyo, estudiante de música, le había dejado y que nunca le pudo devolver. Así es como aprendí a amar la música clásica.

Fueron meses en los que disfrutamos de cada momento. De reír y conocernos poco a poco. De hablar, de bailar y de hacer el amor. De trabajar, de apoyarnos y de descubrir todo lo que se puede esconder en una mirada. Fueron meses de ilusionarnos con las cosas que teníamos a diario y con las que estaban por llegar que, sin embargo..., no llegaban.

No era algo que reconociera abiertamente, ni siquiera a mi propio marido, pero ocho meses después de la boda mi cabeza empezaba a inquietarse porque no me había quedado embarazada todavía. Sabía que esas cosas costaban a veces y trataba de no darle mayor importancia; además, con los quehaceres diarios y la preocupación por la salud de mi madre, cuyo catarro empeoraba poco a poco, no tenía mucho tiempo para pensar en nada más, pero sí que me estaba alarmado no quedarme encinta. Andrés, por su parte, jamás mencionaba el tema por lo que yo tampoco me sentía cómoda hablando de ello, pensando que quizá estaba siendo obcecada y pecando de impaciente y que si lo decía, alertaría a mi marido y sería peor. El caso es que por una cosa o por otra, ese sentimiento de miedo ante la posibilidad de morir sin descendencia me acompañó en silencio hasta que algo más fuerte que la propia vida vino a mí.

Una mañana de primavera mi hermano pequeño llamó a nuestra casa nervioso y jadeando. Abrí la puerta extrañada, porque apenas había salido el sol y ni siquiera nos habíamos levantado de la cama, y me lo encontré lloroso y temblando. Me dijo que nuestra madre se había acostado con fiebres y que tras la noche no solo habían aumentado sino que estaba convulsionando y delirando.

Asustada, mandé a mi hermano a casa del médico para que le pidiera que fuese a visitarla. No tenía muy claro cómo le pagaríamos una segunda visita, pues nuestra economía era muy justa, pero Andrés me había dicho que esta vez aceptaría productos de la tierra como compensación. Por aquel entonces los servicios se pagaban como se podían y el trueque seguía siendo tan válido como el dinero. Tu abuelo me acompañó a casa de mi madre y cuando llegamos, nos encontramos a mi padre a los pies de su cama, a mis hermanos sin saber bien qué hacer y a mi madre tiritando de frío y sudando como un animal. Le cogí la mano y con la otra le acaricé la frente: estaba ardiendo. Sus labios estaban casi morados y sus dientes rechinaban. Le puse un paño húmedo en la frente y mandé salir a todo el mundo fuera de la habitación. Coloqué otra manta en la cama aunque sabía que no era frío real lo que sentía. Pero tenía que hacer algo mientras esperábamos al médico, que llegó dos horas después.

El médico me mandó salir de la habitación y me quedé en la puerta mirando a Andrés, agobiada. Por su mirada entendí que me estaba abrazando, que me estaba dando ánimos con un beso, que su mano apretaba la mía a pesar de no poder ni rozarnos. Entonces el respeto a los padres pasaba por no mostrar ni un ápice de cariño en su presencia, y mi padre ya estaba bastante nervioso y preocupado como para añadirle incomodidad.

Casi media hora después el médico salió de la habitación con cara de circunstancia.

—Doctor... —dijo mi padre quitándose la gorra, que siempre llevaba puesta, como muestra de respeto.

—Lo siento. Parece que el catarro ha empeorado y ha derivado en neumonía.

Todos nos miramos sorprendidos y asustados.

—Pero ¿se puede hacer algo? —pregunté—. ¿Hay... esperanzas?

El silencio del doctor me respondió a mí, a mi familia y a nuestra pena. El médico nos dio algunas indicaciones para aliviar la fiebre, pero todos supimos que sería cuestión de días. Cuando se marchó, volví a la habitación de mi madre y tapándome la boca con un pañuelo, me senté en la cama y le cogí de la mano.

Recuerdo que me miró con unos ojos moribundos y apenados, negando con la cabeza. Las dos nos echamos a llorar en silencio.

Desde ese día yo iba mañana y tarde a casa de mis padres a cuidar a mi madre. Durante la primera semana su estado no mejoró, pero tampoco empeoró, así que mantuvimos un poco la esperanza. Sin embargo, un par de semanas después, la tos y las fiebres se intensificaron y supimos que ya no habría marcha atrás. Mandé a mis hermanos pequeños a casa de una tía para que no vivieran el proceso de la muerte de cerca. Mis hermanos mayores trabajaban todo el día y aunque insistían a mi padre para que les acompañara y así se despejara, este no quería separarse de la cama de su mujer. Andrés y yo nos mudamos a casa de mis padres por tiempo indefinido, para cuidarlos, pero como él estaba todo el día trabajando en el campo, la que se tuvo que encargar de mi madre, mi padre, mis hermanos y la casa fui yo. A mi padre intentaba tenerlo ocupado. Lo mandaba a la tienda, a encender fuego, a traer toallas limpias, a humedecer paños..., a cualquier cosa que no fuera tenerle lloriqueando a los pies de la cama de mi madre, que luchaba con todas sus fuerzas por agarrarse a la vida. Yo estaba todo el día en danza, desde las cinco de la mañana hasta bien entrada la noche. Cocinar, limpiar, fregar, lavar, atender a mis hermanos, a mi padre y, sobre todo, a mi madre: limpiarla, lavarla, animarla, cantarle, contarle historias, cambiar las sábanas llenas de sangre... Mis días no tenían fin y estaba agotada hasta la extenuación. Ya no pensaba en embarazos ni en música ni en bailes, mi cabeza solo tenía trabajo y más trabajo. En aquellos tiempos cuidar a los enfermos era una tarea exclusiva de las mujeres y a ella me encomendé como me habían enseñado, pero al ser la única hija, tuve que arrear con todo y todos como si fuera un patrón de barco en medio de un maremoto. Solo me aliviaba un poco de mi carga Andrés cuando algunas tardes regresaba pronto del campo y se quedaba en casa cerca de mi madre, para no dejarla sola, mientras yo iba y venía haciendo las tareas cotidianas.

Durante semanas vimos a mi madre luchar contra la neumonía, pero empeoraba por minutos. Era descorazonador verla debatirse contra ella misma, sabiendo que perdería la batalla y que solo era cuestión de tiempo.

—Hija —me dijo una tarde—, llama a tu padre y a tus hermanos, que vengan.

—Mamá. —Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Hazlo, Elena.

La miré extrañada, pero no tuve valor de decir nada más. Mi madre se moría y ella lo sabía. Quería a su familia a su lado. Quería morir con los suyos.

Uno a uno, mis hermanos, mi padre y Andrés, fueron llegando a la habitación de mi madre, dejando todo lo que estaban haciendo para acudir a la llamada. Ella, postrada en su cama, miraba el círculo que habíamos formado a su alrededor y, cogiéndole una mano a mi padre y la otra a mí, comenzó a hablar.

—Ha llegado la hora, lo noto —dijo temblorosa—. Me voy, hijos míos. —Alguno de mis hermanos sollozó—. Tendréis que ser fuertes, valientes, y cuidar la casa y a vuestro padre por mí. Elena se encargará de vosotros —me miró y yo sonreí—, y cuidará de vuestro padre cuando llegue el momento. —Asentí—. Pero no abuséis de ella; pronto tendrá su propia familia que atender. —Yo bajé la cabeza—. No tendréis tiempo de echarme de menos, pues el trabajo no os dejará lugar para lamentaciones que además no sirven para nada. Me voy orgullosa de la familia que he creado, de los hijos trabajadores y honrados que he criado y del marido atento que he tenido. Me voy orgullosa de haber sido la madre que he sido. —Tragó saliva y todos sollozamos con ella. Gimió de dolor e inspiró hondo—. Me gustaría deciros muchas cosas a cada uno, pero no tengo fuerzas ni tengo tiempo. Así que, simplemente, gracias por hacerme una mujer feliz.

Todos lloramos y nos acurrucamos a su lado. Le dábamos besos y le cogíamos de la mano, dándole las gracias por haber sido tan buena madre, hasta que dos horas después sus ojos se cerraron y expiró su último aliento un verano de 1951, como una estrella fugaz que desaparece en el cielo.

LEVÁNTATE

Lo primero que hago nada más despertarme es pensar que hoy no quiero salir de la cama, como hace unos días. No es que esté de bajón ni cosas así, pero hoy tengo el día libre, no tengo nada que hacer y tampoco me espera nada apasionante más allá de mis sábanas. Así que viendo que mi vida tampoco es una fiesta de confeti que celebrar por todo lo alto, decido quedarme hasta nuevo aviso. Sí, eso está mejor. Para qué salir si nada ni nadie me espera fuera, ¿no?

Como no consigo dormirme de nuevo y no hago más que dar vueltas y más vueltas, cojo el libro de Yayi para al menos avanzar un poco en la lectura, que me está resultando interesante. Pero antes, me doy un homenaje y me preparo un desayuno digno de ovación con café, tostadas y zumo de naranja natural y me lo llevo a mi lecho (qué exagerada soy) en una bandejita. Desayunar en la cama, leer a mi abuela y no moverme de aquí el resto del día es el mejor plan que se me ocurre para hoy.

Capítulo VI. Zarza

Las primeras semanas tras su muerte fueron dolorosas. Echaba de menos el calor de mi madre y su aliento en mi vida, pero no podía llorarla como hubiera querido. Había que trabajar. Y, además, había que cuidar de mi padre y mis hermanos. Cada día iba a su casa, puesto que Andrés y yo habíamos vuelto a vivir en la nuestra, y me encargaba de todos los quehaceres diarios y las tareas que mi madre hacía con los animales y el huerto. Además de los que debía hacer en mi propia casa. No paraba un segundo en todo el día. No tenía tiempo ni para sentarme a llorar por mi madre. Mi cabeza solo era una máquina que se levantaba para trabajar.

Pero, como todo en la vida, las cosas se fueron normalizando según iban pasando los días. Es algo que aprendí tras ese primer golpe, Lena: que el tiempo, la rutina y el querer seguir adelante sin anclarte más de lo necesario en la tristeza no hacen que duela menos, pero sí que puedas volver a ser feliz a pesar de ello. Durante el año que siguió a la muerte de mi madre, el trabajo se regularizó. Mis hermanos pequeños comenzaron a encargarse de los animales y del huerto, puesto que ya tenían edad, y mi padre volvió al campo con mis hermanos mayores, haciendo que su mente se centrara más y tomara el mando de nuevo como cabeza de familia. Yo me seguía ocupando de las tareas que entonces eran propias de las mujeres, pero era algo tan mecánico que casi ni me costaba esfuerzo. Así que el trabajo en casa de mis padres disminuyó y con él, mi agotamiento. Poco a poco volvía a ver la luz, a sonreír y a tener ilusiones. Me sentía más cansada, más vieja y más sabia, aunque solo hubiera pasado un año. Pero es lo que provoca el dolor: te hace fuerte. Aun así yo tenía la sensación de que todavía necesitaba un golpe final para terminar el duelo y seguir de verdad adelante, aunque no sabía cuál era o cómo propiciarlo. Entonces desconocía que las cosas importantes y necesarias vienen a ti sin ser llamadas y lo hacen en forma de pequeños detalles que marcan el punto final.

Una tarde, mientras yo preparaba la cena, tu abuelo volvió del campo silbando una canción alegre. Cuando entró en la cocina, me dio un beso y, al girarme disimulando mi estado de ánimo, vi que llevaba en brazos un bulto extraño tapado en un saco.

—¿Qué llevas ahí? —pregunté señalándolo.

—Mira qué he encontrado en unos matorrales.

—¿Qué es? —pregunté curiosa.

Abrió la tela del saco y vi una perrita recién nacida que gemía y temblaba asustada.

—Estaba atrapada en unas zarzas. Alguien ha querido deshacerse de la camada de alguna perra, o solo se ha quedado con los machos, y esta ha sobrevivido.

—Oh. —Meneé la cabeza por la crueldad.

—He pensado que te haría ilusión y la he cogido para ti, como regalo. —Sonrió—. ¿Quieres quedártela?

—Sí —dije emocionada.

La cogí en mis brazos y lloré. No pude controlarlo. Ver a la perrita tan pequeña, tan desvalida, tan sola; intentando con todas sus fuerzas sobrevivir a la muerte, al dolor, a la separación de su madre, oír sus gemiditos tratando de agarrarse a la vida, todo esto provocó el golpe alegórico que necesité para sentirme identificada con un animal que tiritaba de frío, de miedo y de soledad. Todo el dique de contención que llevaba acumulado se desplomó ante la tierna mirada de mi marido, que corrió a estrecharme entre sus brazos. No dijo ni una palabra. Solo me abrazó y me dejó llorar libre, por fin, todo lo que necesité. Y, al final, sonreí. Sí, sonreí aliviada porque había encontrado lo que necesitaba para dejar fluir la catarsis.

Cuando me tranquilicé y comprendí que llorar a mi madre como se merecía me había quitado una pesada carga de encima, tu abuelo me dio un beso que yo correspondí.

—Siempre estaré a tu lado, mi niña. Somos el uno para el otro. —Yo asentí sonriendo—. Pero tienes que levantarte del todo, Elena; tienes que levantarte siempre. Incluso cuando pienses que no puedes más, incluso cuando creas que no tienes motivos; pon un pie en el suelo, después el otro, coge impulso y saluda a la vida. Y cuando te hayas levantado, aun sin ganas, vive, mi niña. Y hazlo sin mirar atrás y sin mirar a nadie.

Lloré de nuevo y asentí porque me pareció lo más bonito que alguien que te ama te puede decir. Volví a besarlo, lo abracé, y él agarró más fuerte mi cintura hasta que me tranquilicé de nuevo y puse punto y final a un año de luto y de mera supervivencia ante los constantes gemiditos de la perra. La chiquitina era parda y temblaba de miedo y frío así que en cuanto se me pasó la amargura, le pusimos una manta para que cogiera calor y le dimos agua y alimento.

—¿Cómo quieres llamarla? —me preguntó tu abuelo mientras cenábamos.

—No lo sé. ¿Y tú?

—Es tu regalo. —Sonrió bajo su bigote.

—Pues... como la has encontrado entre unas zarzas, la llamaré Zarza. —Me encogí de hombros.

—Siempre hay moras entre las zarzas, ¿sabes?

Sonreí. Sí, lo sabía. Lo aprendí esa misma noche y no se me olvidó jamás, Lena.

Me quedo mirando la portada unos segundos, respirando hondo. No tiene título y paso mis dedos por la tapa dura mientras pienso que las historias de las mujeres fuertes merecen uno, aunque no sé cuál le pondría. No lo pienso mucho más y decido levantarme de la cama. No me sirve de nada quedarme ahí, así que, aunque no tengo plan, decido salir a dar un paseo.

Paro en una cafetería y pido un cortado para llevar y una magdalena con chocolate, que me voy comiendo mientras ando por las calles abarrotadas de rutina. Me miro sin disimulo en los escaparates de las tiendas: todavía me cuesta reconocermelo con mi nuevo pelo corto, pero me encanta. Sonrío, porque de algún modo siento que estoy cambiando y no solo por el pelo, aunque no sabría decir por qué. Pero tengo... ganas. De cosas. Y como estoy contenta, llamo a Lidia para ver si tiene tiempo de tomar algo y quedamos para comer juntas en un restaurante de Malasaña. Por un momento me pregunto por qué no hemos desarrollado un poco más nuestra amistad, por qué no hemos pasado de ser colegas de cañas sin más. Hago un mohín involuntario: porque yo no me abro a ello. Sí, tengo a muchas personas para irme a tomar una cerveza o ir a un concierto, pero a ninguna a quien contarle lo que me cuesta levantarme por las mañanas. A ninguna salvo a Daniel, claro.

—¡Lena! —Me dice Lidia cruzando la calle hacia mí—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Vaya cambio de *look*! ¡Me encanta!

Nos damos dos besos y entramos al restaurante, donde ya nos espera una mesa. Nos sentamos y lo primero que hace Lidia es preocuparse por cómo voy llevando lo de mi abuela. Desde nuestro anterior encuentro no me había vuelto a preguntar.

—Oh, estoy bien. —Sonrío—. Son cosas inevitables así que...

—Ya. Tiene que ser muy duro para... ti.

Lo dice cauta y traga saliva. Sabe que mi madre y mi hermana murieron, porque no es algo que yo oculté, aunque si lo cuento es pasándolo muy por encima y sin querer ahondar en ello.

—Lo es, sí. —Ella me coge la mano por encima de la mesa.

—Lo siento. Imagino lo que esas ausencias deben pesar en ti y en tu vida y... —Suspira—. Me gustaría que supieras que puedes contar conmigo si lo necesitas.

Sonrío.

—Lo sé. Tú también. —Le aprieto la mano.

Hay unos segundos de silencio en los que ella me mira entrecerrando un ojo.

—¿Sabes qué pensé de ti la primera vez que te vi, Lena?

—Dios. —Me río—. No sé si quiero saberlo.

—¡No seas boba! —Carraspea—. Antes de conocerte, tenía alguna noción de cómo eras porque Dani nos había hablado mucho de ti. De hecho era bastante cansino. —Reímos—. Así que la noche en la que te trajo a aquella quedada, ¿te acuerdas? —asiento—, y te vi con esa sonrisa tímida y esos ojos tan vivos, sonreí. En un momento de la noche Dani y yo fuimos a pedir una ronda a la barra y aprovechó para preguntarme qué me parecías.

—Marujos. —Nos reímos y ella encoge los hombros.

—¿Y sabes que le dije?

—Que estoy mal de cabeza.

—No. —Sonríe—. Le dije que eras encantadora y... que eras una chica llena de colores.

Nos miramos, contenidas. Ella bebe un sorbo de su copa y yo tengo un nudo que no le cuento en la garganta.

Y aunque me quedo quieta en la silla y sonrío, lo cierto es que solo tengo ganas de abrazarla. Mucho.

CUANDO MENOS TE LO ESPERAS, SUCEDE

Apago el ordenador tras el ritual matutino que no sirve para nada y me enciendo un cigarrillo. Me gustaría salir a la calle y dar un paseo, ir de tiendas, meterme en un cine. Lo que sea con tal de no estar en casa, pero es una de esas tardes de sábado en las que parece que un huracán esté asolando Madrid y hace un viento y un frío inusual que son poco apetecibles. Parece que es día de lectura, mantita y peli, lo cual no me parece nada mal tampoco. De hecho, me dirijo al sillón del salón, que es un orejero rodeado de grandes cristaleras y a su lado hay además una lámpara enorme cuyo haz de luz cae en el ángulo perfecto, me sirvo un café, pongo a Eddie Vedder de fondo y me acurruco con una mantita monísima que era de mi abuela. Pequeños placeres que me hacen sonreír.

Capítulo VII. La angustia por lo que no llega

Tras superar la muerte de mi madre, volví a mi vida y a mi rutina normal. Trabajar durante el día, disfrutar de Andrés durante la noche, como un bálsamo contra las penas. Y cada mañana, cuando nos despertábamos, yo rezaba porque esa noche me hubiese quedado embarazada. Era mi única ilusión y a lo que empecé a agarrarme con fuerza, quizá para compensar la pena que dejaba atrás. Pero me aferré tanto a esa esperanza que cada vez me angustiaba más que no se materializara. Porque llevábamos ya dos años casados y empezaba a no ser normal tardar tanto. De hecho, se hizo tan fuerte ese sentimiento en mí que terminé por confesárselo a tu abuelo, casi con miedo a que él me rechazara por no darle hijos. Pero no. Al contrario. Tu abuelo me miró muy tierno y, acariciándome la cara, solo me dijo que no me preocupara de nada, que habían sido dos años duros, que teníamos que ser felices el uno con el otro y que, vinieran hijos o no, nosotros éramos lo más importante. Luego intentó quitarle hierro al asunto y dijo, entre risas y guiños, que quizá era cuestión de practicar más, lo que me hizo reír y olvidarme un poco de mi angustia.

Sin embargo, y a pesar de sus palabras, la preocupación me consumía. Procuraba no hablarle mucho a Andrés del tema, pues no quería que se agobiase, pero a veces no podía evitarlo. Por eso, una mañana en la que me desperté y comprobé que de nuevo menstruaba, lloré y compartí mi pena con él.

Cuando volví a la habitación, se estaba afeitando frente a la pila. Lo miré unos segundos y me pareció el hombre más atractivo que había visto jamás, ni en las películas. Seguía manteniendo su porte y su elegancia francesas y a la vez conservaba ese cuerpo rudo y ancho típico de la alta montaña aragonesa. Y además era honrado, trabajador y tierno. Y un inmejorable amante que mantenía intacta la pasión a pesar de los años. No podía estar más que agradecida a Dios por haberme puesto a semejante hombre delante y por eso me dolía el alma al pensar que no le estaba dando el hijo que se merecía. Me acerqué a él sonriendo con pena. La habitación estaba iluminada, pero todavía no se había ido el olor a noche y cama deshecha. Andrés se afeitaba ajeno a mi presencia hasta que le soplé en el oído, dejándome notar.

—Elena. —Sonrió lleno de espuma.

Le cogí la hoja de afeitar y me coloqué delante de él. Comencé a pasarla por su cuello a contrapelo, rasurándole yo ante su tierna mirada y mojando en el agua la cuchilla después. Andrés me sonreía.

—Soy muy afortunado por tenerte, mi niña —me dijo.

—Serías más afortunado si pudiera darte hijos. —Bajé la cabeza—. Esta vez, tampoco...

—Oye —dijo tierno—. ¿Todavía estamos con eso? Elena, no importa si no vienen. —Me agarró de la cintura—. Nos tenemos el uno al otro y eso es lo importante.

—Lo sé, pero...

—Pero nada. Nos tenemos el uno al otro, eso es lo único que importa, mi niña.

Asentí con pena y él me besó, aún lleno de espuma, tratando de aliviar mi angustia.

Una tarde del recién estrenado año, con el sol ya escondido y acercándose la hora de cenar, me senté en la *cadiera* a calentarme las manos en el hogar mientras esperaba a que Andrés volviera de jugar su partida semanal de cartas con otros hombres del pueblo. Me abstraí en las llamas crepitantes con Zarza a mis pies y me imaginé qué pasaría si por un casual no podía quedarme embarazada. Me imaginé una vida gris, monótona, sin ilusión por ver a tus hijos crecer y sin la felicidad que dan los niños. Nos vi a Andrés y a mí mayores, solos, desvalidos y sin tener a nadie que se hiciera cargo de nosotros. Nos vi tristes y sin alegría. Las chicas que se casaron cuando yo lo hice ya tenían a sus primeros retoños en sus faldas e incluso algunas ya habían dado a luz a sus segundos vástagos, pero yo seguía sin concebir. ¿Y si Andrés buscaba la paternidad en otro vientre? Entonces el divorcio no era legal, pero sí los hijos bastardos. Al pensarlo se me hizo un nudo en la garganta tan fuerte que tuve que dejar salir unas lágrimas para aliviarlo, aunque traté de recomponerme enseguida porque escuché la puerta abrirse y a Andrés entrar.

—¿Qué te ocurre, Elena? —me preguntó preocupado, dándome un beso en los labios.

—Nada. —Sonreí.

—Mi niña. —Andrés se sentó a mi lado. Olía a vino rancio y a puro e incluso ese olor desagradable me reconfortaba—. Ya llegará, no tienes que impacientarte.

—Pero en unos meses haremos tres años de casados ya y...

—Y cuanto más lo pienses —me interrumpió—, será peor. Estas cosas llevan su tiempo y somos jóvenes. No hay de qué preocuparse. —Me acarició el pelo.

—Supongo que sí. Pero en el pueblo se empieza a comentar.

Él se rio.

—¿A comentar? ¿Qué van a comentar?

—Pues que aún no tenemos hijos, que si algo tendré mal, que no puedo tenerlos...

—Seguro que nadie dice eso.

—Sí lo dicen, me lo ha dicho Pepita esta tarde. Dicen que no puedo darte hijos y que estoy seca por dentro. —Me eché a llorar.

Andrés se rio más y me abrazó fuerte, dejando que mis lágrimas empaparan su camisa.

—Elena, no puedes hacer caso de esas cosas. La gente habla porque no tiene nada mejor que hacer, pero no es cierto.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé. Y aunque fuera verdad, a mí no me importa.

—¿Qué quieres decir con que no te importa? —Lo miré con los ojos como platos.

—Yo me casé contigo porque te quiero, Elena. Porque me gusta estar a tu lado y porque te disfruto día y noche. Los hijos son secundarios para mí así que si llegan, serán una bendición, pero si no, estaré feliz mientras tú estés sana y a mi lado.

—Pero yo quiero tener hijos.

—Y yo también, mi niña, pero si no vienen qué vamos a hacer, ¿estar tristes e infelices por algo que no podemos remediar? ¿Vivir preocupados por lo que dicen los demás? La gente dejará de comentar cuando tengan otras cosas de las que hablar.

—¿Y si tú al final lo buscas fuera?

—¡Elena! —gritó sorprendido—. ¿Cómo se te ocurre tal cosa? No insultes a mi integridad, te lo ruego; jamás haría algo así.

—Lo siento —dije agachando la cabeza. Él me levantó la barbilla con dos dedos.

—No tienes que sentirlo, pero no quiero que vuelvas a pensar semejante barbaridad. No soy esa clase de hombre. ¿Entendido? —Asentí, esbozando una sonrisa que él me correspondió con un besito en la frente—. Bien, anda, vamos a cenar.

Al día siguiente era domingo y, como tal, fuimos a misa de doce. Recuerdo que ese día recé con una devoción como nunca había tenido, pidiéndole a la virgen quedarme encinta y dar a luz a un bebé sano. Apreté tan fuerte las manos que mis dedos amarillearon, faltos de sangre. Solo quería un bebé. Un bebé para ilusionarme y ser feliz. Un bebé para completar mi matrimonio y que Andrés no se alejara nunca de mi lado.

Resoplo con fuerza porque me da una rabia enorme que mi abuela cargara con todo el peso de la infertilidad, porque fuera a ella a quien se la señalara con el dedo con las

palabras «está seca por dentro». Ni se contemplaba que igual eran ellos los que no tenían buenos soldaditos. Siempre la mujer, haciéndola sentir culpable por algo que es incontrolable y haciéndola sentir menos que otras por no tener hijos. Y encima soportar callada y con la cabeza agachada si tu marido se iba con otra y vivía la paternidad en otros brazos. Que aunque mi abuelo jamás hubiera hecho eso, si mi abuela lo pensó sería porque habría hombres que sí lo hacían. Para vomitar. Me encantaría ir al pasado y susurrarle a mi abuela que somos mujeres, no máquinas cuya única misión es procrear, y que no pasa nada por no tener descendencia, voluntaria o involuntariamente. Que la Naturaleza es caprichosa y que nadie tiene la culpa de no concebir como conejos. Que deje de hacer caso a lo que diga la gente porque al final lo único que buscan es entretenerse hablando de lo que no es habitual. Y que en el futuro tendrá hijos, si no yo no estaría aquí.

Y como estoy llena de rabia por el tema y por lo entrometida que puede llegar a ser la gente, me dejo llevar, voy a mi habitación y enciendo el ordenador, sin pensar. Ni siquiera me lo planteo. Abro un documento nuevo y comienzo a teclear frenética un artículo imaginario sobre el machismo y sobre lo que las mujeres de antaño aguantaban por estar educadas en un sistema patriarcal que les hizo perder su identidad y que todavía colea a día de hoy. Los dedos se me van solos de una palabra a otra, de un párrafo a otro. No pienso en nada, ni en lo que estoy haciendo ni en lo que estoy escribiendo. Solo me dejo llevar porque tengo tantas cosas que decir que no doy abasto. Mi teléfono móvil suena, pero ni siquiera lo miro, ya devolveré la llamada en otro momento. Necesito sacar todo lo que llevo dentro, así que continúo tecleando hasta que, una hora después, pongo un punto y final.

Cuando aprieto la tecla del punto, me quedo mirando la pantalla como si hubiera estado en un estado de trance y hubiera salido en ese momento de mi catatonia. Joder, he escrito un artículo de cinco páginas. ¡He escrito! Sonrío y suspiro, como incrédula. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo es que no me he dado cuenta de lo que estaba haciendo, de que estaba escribiendo cuando llevaba años sin hacerlo? Me llevo la mano a la boca y los ojos se me humedecen enseguida. He roto una barrera sin darme cuenta siquiera; dejándome llevar por el calor de mis propios pensamientos, sin más. He escrito un artículo de cinco páginas. Y solo quiero gritar.

—¡Sí! —chillo alzando mis brazos aún sentada en la silla—. ¡Sí, joder, sí!

Me río a carcajadas, no lo puedo evitar. Me llevo las manos a la boca y después al pelo y me acaricio la frente. Estoy nerviosa. No, estoy eufórica. Por primera vez en años he escrito algo por el puro placer de hacerlo, sin miedo al resultado, no por demostrarme que podía, no implorando hacer magia a mis dedos. No. Por simple y puro placer, porque es lo que me sale de dentro, porque así lo he sentido y necesitado. Y esa es la mayor reconciliación que puedes tener contigo misma.

Voy a la cocina y me abro una cerveza. Me enciendo un cigarrillo y releo lo escrito. Conforme leo el texto, voy corrigiendo algunas palabras, comas, fallos, cambio frases, pero en general estoy contenta con el resultado. No. Estoy contenta por haberlo hecho. Terminó de corregir y sigo eufórica por haber escrito un artículo. Necesito salir, aunque haga un tiempo de perros. Necesito emborracharme y bailar y

reír y echar un polvo. Me levanto a coger mi teléfono para hablar con mis amigos y quedar a tomar algo cuando veo la llamada perdida de antes: es Daniel. Le devuelvo la llamada.

—Ey, muñeca —dice poniendo tono cómico.

—¡Lerdo! ¿Qué tal? Justo estaba pensando en ti.

—¡Ja! Sabía que te tenía loquita perdida.

—No me hagas insultarte de nuevo —Reímos.

—¿Por qué pensabas en mí?

—Porque me apetecía salir y... verte.

—Pues justo te llamaba para eso.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me ha llamado Darío para ir a tomar unas cervezas con Luis y Lidia y cuento contigo.

—Entonces, me apunto. —Sonrío.

—Genial. Te paso a buscar en, no sé..., ¿treinta minutos?

—En treinta minutos abajo.

Treinta minutos después, Daniel me está esperando en el portal, sonriéndome.

—Estás muy guapo —le digo.

Lo está. No se ha peinado y su pelo es una maraña de ondas que le da ese aspecto descuidado y natural.

—Tú estás... radiante. —Frunce una sonrisa—. ¿Ha pasado algo?

¿Cómo lo sabe?, me pregunto.

—Pues... bueno. —Me rasco la cabeza.

—¡Oye! —Se acerca a mí y me abraza la cintura. Un gesto que a ninguno de los dos nos pasa desapercibido—. ¡Cuéntamelo!

—No es nada importante. Solo que, bueno, estaba leyendo las memorias de Yayi, me ha entrado la inspiración y he... escrito una especie de artículo. Hacía años que no escribía y, no sé, me ha gustado.

Dani esboza una sonrisa y me da un beso en la nariz.

—Pero ¡eso es genial!

—Sí. —Sonrío yo—. Ha sido... inesperado. Hacía mucho que no sentía esto, que no me emocionaba así delante de un teclado.

Él me mira contenido e inspira hondo.

—Ven.

Me tiende la mano y se sienta en el escalón de mi portal. Yo me río porque parecemos dos adolescentes, pero lo cierto es que termino sentada a su lado. Dani sonrío y me coloca un mechón de pelo tras la oreja.

—Creo que nunca te había visto los ojos tan brillantes como ahora, Lena. Es... Me gusta mucho, mucho verte así.

—Estoy muy contenta, Dani. Es un gran paso para mí.

—Me quedé con ganas de preguntártelo el otro día, ¿por qué hace tanto tiempo que no escribes?

—Pues... —carraspeo—. Bueno, no sé. Mi padre solía leerme y era implacable.

Muy implacable. Así que terminé por cogerle un poco de miedo y desgana.

Daniel alza las cejas y yo me pongo un poco roja: nunca había hablado de esto con nadie y me siento un poco incómoda.

—Bueno, él es un profesional e imagino que será incluso más exigente con su propia hija. Pero, de todas formas, que le den a lo que opine tu padre, ¿no? Si escribir te emociona como se te ve en los ojos, escribe y olvídate del resto.

—Supongo. —Sonrío.

—Me encantaría leer ese artículo.

Niego con la cabeza.

—No es nada del otro mundo.

Se acerca a mi oído y pega sus labios. Me da un beso fugaz que me pone la piel de gallina y acto seguido me susurra despacio:

—Ha salido de tus manos, Lena. Eso ya es jodidamente extraordinario.

Sonrío y me retuerzo por el espasmo que me produce su voz pausada y sus palabras susurradas. Lo miro, esos ojos saltones que siempre me hacen sonreír, y le doy un beso inesperado que se demora más de lo que queremos admitir.

Darío, Luis y Lidia están ya sentados en una mesa bebiendo cerveza y comiendo unos nachos con queso fundido. Nos saludamos con dos besos y enseguida nos traen nuestra consumición y más nachos. Serán nuestra cena, así que... Y es que cuando salimos todos, terminamos *engorilados* a cubatas y no hay quien se acuerde de ingerir nada más. Así, entre cerveza y cerveza, nos vamos calentando y entre risas decidimos irnos a otro sitio.

—Conozco un bar por aquí cerca —dice Luis—, ponen buena bebida y hay música en directo.

—¡Genial! —dice Daniel—. ¡Vamos!

Nos dirigimos al bar en cuestión donde hay un grupo de rock tocando. La gente está de pie frente al escenario bailoteando las canciones que no conoce ni Rita la Cantaora, pero tienen ritmo y suenan bien así que nos quedamos. Dani y Lidia van a pedir algo y los demás cogemos sitio en una mesita al lado del escenario. Llegan con nuestros *gin-tonics* y, entre risas y comentarios de la música, nos los bebemos como si fueran agua.

—¡Chicos, tengo que contaros una cosa! —dice Luis metiéndose un nacho en la boca—. Llevarle a mi jefe sus trajes a la tintorería ha sido más valorado que mi currículum y ¡me han hecho contrato indefinido! ¡¡Tengo un puto contrato fijo de trabajo!!

Todos aplaudimos, abrazamos y vitoreamos a Luis, que es un Ingeniero de Telecomunicaciones trabajando en una empresa que se dedica a... algo.

—Y, ¿vas a seguir en el mismo puesto? —pregunto.

—Lo que Lena quiere preguntar en realidad es qué coño haces, que todavía no nos ha quedado claro. —Ríe Dani.

—¡Oye! No es eso. —Me río yo y él me hace una cosquilla en la cadera.

—Pero ya que estamos —interrumpe Darío—, sí: qué coño haces en esa empresa, aparte de mirar el *Marca* por internet.

—Dijo el que finge leer artículos de termodinámica mientras busca en Grindr rabos. —Y Darío le saca el dedo corazón.

—Luis es como Chandler de *Friends* —interviene Lidia—. Nadie sabe en qué trabaja.

Reímos.

—Qué chistosos estamos —dice Luis con sorna—. Para vuestra información, mi empresa es un *carrier* conector de llamadas internacionales que gestiona la interconexión, tráfico y calidad de las llamadas de otros *carriers* internacionales.

—¿¿El qué?? —Reímos todos al unísono.

Y brindamos por los *carriers* de no sé qué tráfico y no sé cuantos que le han dado trabajo fijo a nuestro amigo.

En menos de treinta minutos, ya estamos pidiendo unos chupitos de vodka y bebiéndonoslos brindando porque el grupo que está tocando nos anima y nos hace dejar la mesa para adentrarnos en la pista a bailotear en las primeras filas. Y a esa ronda le sigue otra para brindar porque Lidia y Luis se marcan un morreo delante de todos y zanján el asunto de una vez por todas. La siguiente ronda brindamos porque Darío conoció a un chico ayer y se han pasado el día mandándose wasaps tontos. Y la cuarta nos la tomamos, pero insistiéndole que le pida que se venga y así le conocemos todos. El chaval, Abel, hace acto de presencia cuando nos hemos pedido otra copa, y creo que se asusta un poco al ver a cinco borrachos dándole todo, pero se une a nosotros y nos pilla el punto enseguida. De hecho, copa va, copa viene, vemos cómo se lanza y Darío y él se comen la boca por fin, lo que hace que nos pidamos otro chupito y brindemos por ello.

Estamos en primera fila de nuevo, aunque el local no está lleno, y podemos bailar y movernos a nuestro antojo. Miro a la banda que está tocando y me fijo en el cantante. Tiene esa pinta de canalla de alta gama que se ha saltado la condicional o algo así. Un chungazo de manual. Un chungazo que cuando ve que lo miro, me devuelve la mirada y no deja de atravesarme con ella todo el tiempo. Daniel bailotea conmigo y con Lidia y nos reímos mucho, pero un rato después se siente mareado y se va al baño. Cuando vuelve, nos dice que ha echado la pota y que se va a casa porque se encuentra fatal.

—Joder —balbucea—. Soy un puto viejo.

—Dani —digo yo, viendo borroso—, espera que me voy contigo.

—No seas tonta. —Ríe haciéndome una carantoña—. Te lo estás pasando de puta madre y da gusto verte así.

Niego con la cabeza y él se ríe. Se me acerca y me susurra:

—Además, me parece que al del micro no le importará que te quedes. —Me quedo confusa—. ¡Oye! —Ríe—. No pasa nada, Lena. Quiero que te lo pases bien.

—Pero yo quiero irme contigo —le digo con todo mi pedal.

—Nah —contesta despreocupado y algo parecido a la rabia se mete en mi interior—. Tú pásalo bien, disfruta de la noche y vive. Mañana voy a tu casa y me cuentas.

Sonríe y me da un pequeño beso en los labios, lo que creo que al cantante le ha puesto tan verraco que se le va a abrir la bragueta. Debe pensar que es mi novio y

hacer el mal se la pone dura. Dani se va guiñándome un ojo y una parte de mí se siente enfadada por algo que no debería. ¿Me molesta que no muestre celos? ¿Qué me molesta en realidad? Si Dani y yo llevamos un año tonteando de cuando en cuando con otras personas sin que nada nos perturbara, ¿por qué ahora sí?

El cantante de la banda anuncia que le toca el turno a una versión de «Howlin' for you», de The Black Keys, una de mis canciones favoritas. Y me dejo llevar. Sin pensar, contoneo mis caderas y bailo, alzando mis brazos. Me siento como si estuviera en el festival de Woodstock en 1969 colocada de LSD o algo así, con ese rollo hippie psicodélico, y me encontrara oyendo a una de las grandes bandas de rock puro, embebiéndome de ese espíritu trascendental en el que notas la música, la lees, la oyes, la ves y la vives. Madre mía, ¿cuántos vodkas me he bebido? No lo sé, pero cuando abro los ojos, los del cantante me desnudan con la mirada.

—Joder, no te quita los ojos de encima —me dice Lidia—. Aquí huele a que en cuanto termine el concierto, desapareces. —Sonríe.

—Lidia —le digo intentando sincerarme por primera vez—. No..., no sé si..., ya sabes.

—¿Dani? —Asiento—. Creí que teníais una relación más de amigos con derecho a roce.

—Lo sé, pero es raro. Algo ha cambiado, creo.

—¿Qué ha cambiado?

—Bueno, cada vez tenemos más complicidad. Y las últimas veces que..., ya sabes, ha habido una intimidad distinta. —Suspiro porque ni yo misma sé bien qué ha pasado—. Creo que estoy más abierta que antes a la idea de dar un paso, pero no sé si a él le ocurre lo mismo. Porque ahora se ha ido, no ha querido que vaya con él y parecía que le daba igual si me liaba con el cantante. No sé. Todo es raro.

—Ya veo. Querrías que él mostrara más interés en avanzar y así sentirte menos confusa.

—Algo así. Creo que no acabo de lanzarme porque tengo miedo a estropear lo que tenemos y como tampoco lo veo a él con muchas más ganas..., no sé.

Ella me mira con su ojo entrecerrado.

—¿Sabes qué creo? —La miro, expectante—. Creo que os encamináis a un punto de inflexión, Lena. Es lo lógico en este tipo de relaciones. Yo creo que él está muy pillado, como tú, pero teme dar el paso porque te ve dudosa y tú estás dudosa porque él teme dar el paso. Es un bucle un poco tonto, ¿no crees?

—Supongo...

Lidia sonrío tierna.

Luis se une a nosotras y la conversación termina. Y también el concierto. Mis amigos están dándose el lote con sus respectivas parejas así que yo me encamino a la barra y me pido una cerveza. En cuanto me la termine, me marcho a casa y llamo a Dani. Tengo que bebérmela porque quiero ir tan borracha que no me importe llamarle y decirle que algo ha cambiado en mí. Que me gustan sus besos fuera de la cama y cómo me mira cuando me toco el pelo. Que sus ojos me dejan sin respiración cuando me pierdo en ellos y que sus brazos son mi casa. Que me estoy enamorando de él y

que quiero que él se esté enamorando de mí también. Que me gustaría dar un paso más. Que no me importaría intentarlo. Que lo quiero. Doy un trago larguísimo para emborracharme totalmente. Cuando lo llame no quiero que nada me detenga, que al día siguiente ni me acuerde de lo que le he dicho. Si la relación ha de acabar, que sea regada de alcohol para no recordarlo. Otro trago y casi tengo ganas de vomitar. Bien, Nicolas Cage estaría orgulloso de mí.

—¿Te tomas otra conmigo, cielo? —me dice una voz que no reconozco.

Me giro y entrecierro los ojos. Es el cantante del grupo. Joder, qué oportuno.

—No, corazón, me iba ya.

—Venga, una pequeña. Me ha gustado verte ahí abajo.

—A mí me ha gustado verte ahí arriba. Buen concierto.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

—Lena.

—Encantado. Yo, Jorge.

Brindamos con nuestros botellines que han aparecido allí como por arte de magia y bebo un trago.

—¿Dónde está tu chico?

—Como si te importara. —Él sonríe y se acerca a mí oído.

—En realidad me la sopla bastante dónde esté el tonto del culo que te deja aquí tirada y pasa olímpicamente de ti.

Salimos a la calle a trompicones, besándonos. El aire frío me da una bofetada y ni siquiera sé qué hago aquí porque no paro de pensar en Dani, en su forma de irse, en su mirada extraña. Quizá él no quiere esta situación, pero tampoco se atreve a andar a mi lado. O quizá no quiere nada y estoy siendo una ilusa. Jorge me susurra algo al oído, pero no le entiendo.

—¿Qué? —digo notando su mano subir hacia mi culo.

—Que me la has puesto durísima todo el puto concierto.

Me aparto de él y doy un paso al frente, negando con la cabeza.

—Lo siento, pero tengo que irme a casa.

Le escucho gritar algo desde la esquina, pero no oigo qué dice. Me da igual. La borrachera hace que mis pies trastabilen al cruzar la calle y un coche tenga que dar un frenazo repentino para no atropellarme. Joder, voy fatal. Un taxi con la lucecita verde se encamina hacia mí y me río entre dientes pensando en el «Ve hacia la luz, pequeña Carol Ann» de *Poltergeist*. Alzo la mano y en unos segundos el taxi para a mi lado. Me monto y balbuceo el nombre de mi calle mientras saco el móvil para llamar a Daniel y decirle que quiero dar un paso más. Pero el teléfono está apagado, quizá porque la barrera que tenemos no se debería derribar.

HACIA LA LUZ

Le llamaré por la mañana», pensé ayer cuando me acosté. Pero por la mañana solo tengo fuerzas para tomarme un ibuprofeno, al que le imploro me cure de mis pecados étlicos. Cuando el clavo que tengo en la cabeza me da algo de tregua, cojo el móvil para ver si tengo algo, lo que sea, de él. Pero solo hay un mensaje de mi operador indicando que el número de Dani ayer estaba apagado y que ya está disponible. Hago un mohín: no me ha devuelto la llamada ni me ha escrito. Y, como si fuera una señal, suena en la radio «Emborracharme», de Lori Meyers. Sí, muy apropiada para todo mi estado físico y mental de hoy. ¿La estará escuchando Daniel también? ¿Estará pensando en mí mientras asimila la letra como yo? «Que yo no quiero ser tu amante»... Parece una canción escrita para nosotros. Doy vueltas al teclado con mis deditos sopesando la idea de intentarlo de nuevo, pero su no respuesta también me parece una señal. Meneo la cabeza para no pensarlo y cojo el libro de Yayi para entretenerme un poco. Ya decidiré qué hacer luego.

Capítulo VIII. El uno para el otro

Noviembre de 1953 nos trajo, como era habitual, fuertes nevadas que dejaron al pueblo aislado. Los vecinos apenas podíamos salir de casa, pues las puertas quedaban casi sepultadas en la nieve. Las chimeneas no daban abasto del humo que sacaban para calentar las cocinas y las hogueras se consumían veloces dando aliento a la familia en torno a ellas. Y, sin embargo, aquel invierno fue uno de los mejores de mi vida.

—Mira lo que te he traído —me dijo Andrés un día, tendiéndome un libro.

—Pe-que-ño Te-a-tro —dije con mi modesta lectura—. A-na Ma-rí-a Ma-tu-te. ¿Y esto?

—Es un libro. —Rio. Yo le di con el libro en la cabeza y se rio más—. Lo he conseguido en la estación.

—¿Qué hacías en la estación? —pregunté extrañada.

—Conseguirte el libro. —Tornó su sonrisa en una mueca y yo fruncí el ceño—. Quiero darte cosas que te entretengan, Elena. No me gusta verte entristecida, así que he pensado que cosas como los libros te alegrarían.

Sonreí y le di un beso que me salió del alma.

—Gracias.

—Léemelo.

—¿Yo?

—Claro, tú. Así lo leemos a la vez. —Sonrió.

Nos encaminamos a la *cadiera* con el hogar encendido y Andrés se sirvió un vaso de vino y se lio un cigarrillo. Yo me acomodé también y al calor del fuego comencé a leer el libro despacio, sílaba a sílaba, comprobando la paciencia de tu abuelo que me miraba impertérrito sin interrumpir y sin mofarse de mí. Y a lo tonto, se nos hizo ya de noche, cenamos y nos fuimos a dormir. Y a mí me costó conciliar el sueño porque solo pensaba en el libro y en qué iba a pasar en el siguiente capítulo.

Poco después, una tarde, Andrés volvió del campo con un ramillete de flores silvestres. Me lo dio acompañado de un beso en los labios que me hizo temblar.

—¿Y estas flores? —Reí y él me abrazó la cintura.

—Te traigo flores porque me gusta verte sonreír.

Nos dimos un besito y nos encaminamos al fuego a leer. Esta vez un libro de poemas de Antonio Machado. El libro de Ana María Matute nos duró apenas unas semanas en las que mi ritmo de lectura mejoró y aumentó. Y también mi necesidad de adentrarme en otras vidas y de comprobar cómo empezaba a no pensar tanto en embarazos cuando tenía una distracción entre manos.

—¿De dónde has sacado este? —pregunté abriendo la primera página.

—De un tipo de la estación.

—Pero no tenemos dinero para pagarlos —dije enfadada.

—No gasto dinero. —Lo miré frunciendo el ceño—. Me los da a cambio de comida.

—¡¿De comida?!

—El campo nos da alimento de sobra, no pasa nada por compartir —dijo serio, dando una calada a su cigarrillo—. Anda, lee.

Meneé la cabeza no aprobando lo que hacía, pero sabía que no podía decir mucho más, así que comencé a leer y de nuevo me abstraí con los poemas de uno de los más grandes.

Andrés me traía cada semana revistas que conseguía en la estación a cambio de comida, y de cuando en cuando libros que colmaban mis tardes y me distraían de todo. Me enseñó un poco de francés, prometiéndome llevarme a visitar su tierra algún día y describiéndome París, la ciudad más hermosa del planeta según él, en la que estudió durante los años que estuvo en la universidad. Además, consiguió algún disco y todas las noches bailábamos al son de la gramola como dos jovencitos que no tienen nada que perder. Volvimos a reír. Volvimos a ser nosotros. Nuestra cama se convirtió de nuevo en el cuartel general donde se atrincheraban nuestros besos y nuestra casa se calentaba con nuestros abrazos y susurros a media voz. Nos reíamos juntos. Leíamos juntos y nos imaginábamos historias en las que éramos protagonistas, como en las novelas que devorábamos. A veces no nos gustaban los finales y los cambiábamos a nuestro antojo, representando la escena imaginada como si estuviéramos en un teatro. Durante el día nos echábamos tanto de menos que a veces, si tenía tiempo, iba al campo a verlo y de paso le ayudaba con pequeñas cosas. Nos convertimos en un tándem inseparable que empezó a entender que tenernos el uno al otro era el mejor de los regalos y la mayor de las fortunas. ¿Qué más podría querer? ¿Qué importaba no quedarme embarazada si tenía tantas cosas que hacer, tanto que leer y tanto por lo que soñar?

Las mujeres del pueblo de mi quinta tenían ya más de un hijo en sus faldas, pero ya no me daban envidia. Cuando a veces hablábamos en casa de alguna sobre nuestras cosas, yo veía que sus matrimonios no eran tan felices como el mío. No tenían nuestros juegos, ni nuestras risas, ni nuestras noches. No es que fueran desgraciadas, pero tampoco eran tan afortunadas como yo. Así que lejos de envidiarlas por no tener criaturas, me daban hasta pena porque se estaban perdiendo una parte de la vida que no tenían: el poder volar por ellas mismas y compartirlo con sus seres queridos. Aprendimos a vivir sin hijos, supongo. Aprendimos a aceptarlo y a reconocer que, aunque queríamos que llegaran, no nos hundía el ánimo tampoco. Éramos felices así, Lena, porque el poder compartir tu vida, tus ilusiones y tus inquietudes con el otro era lo que nos llenaba el corazón de felicidad y alegría.

«Compartir tu vida, tus ilusiones y tus inquietudes...». Releo la última frase una y otra vez. Y, como en un acto inconsciente, decido volver a coger el teléfono y llamar a Daniel. Sí, tenemos que hablar. No puedo seguir obviándolo, pase lo que pase, porque creo que estamos llegando a un punto peligroso. Y hay que ser valiente.

—Lena —responde adormilado.

—Hola. Perdona si te he despertado.

—No pasa nada, ¿qué tal?

—Bien. Me preguntaba si querías venir a casa hoy.

—Ehm, no sé. ¿Qué hora es?

—La una.

—Joder. —Tose.

—Podemos pedir pizza y vagar.

—Supongo. ¿Qué tal ayer? —y lo pregunta serio.

—Bien. Me fui al poco de irte tú.

—¿Con el cantante? —dice fingiendo despreocupación.

—No. Nos dimos algún beso, pero... no pude. Me fui y le dejé tirado.

—Bueno. Pues..., vale. Dame media hora y estoy allí.

Sonríó al colgar porque me da la sensación de que se ha quedado aliviado. Me levanto de la cama, compruebo que me encuentro mejor y me pongo tan solo una camiseta larga que me cubre un poco los muslos y que cae por un hombro. Llamo a una pizzería cercana y antes de que llegue el motero, Daniel está entrando en mi casa dándome un cálido abrazo y dos besos.

—¿Cómo estás? —pregunto cerrando la puerta.

—No tan bien como tú. —Me guiña un ojo.

—Idiota. —Río.

—¿Y tú?

—He muerto por la mañana, he leído un poco más las memorias de Yayi y ahora ya bien. Quiero comida basura en cantidades ingentes.

Daniel sonrío y llaman al portero automático. La pizza.

Nos sentamos en el sofá del saloncito a comer mientras recordamos la noche de ayer, las tonterías que hicimos y demás temas banales. No hablamos del cantante del grupo ni de nosotros, pero yo estoy nerviosa porque no sé cómo abordar el tema ni lo que pasará. Terminamos la pizza y nos fumamos unos cigarrillos viendo las noticias y comentándolas como solemos hacerlo. Y aunque todo es igual que siempre, algo ha cambiado... o soy yo que estoy nerviosa. No quiero pensarlo demasiado, así que mejor dejo fluir las cosas y ya llegará el momento oportuno.

Daniel se tumba en el sofá y se queda dormido en menos de dos minutos, lo que me hace sonreír. Tratando de no despertarlo, me siento en una esquina y acomodo su cabeza en mi regazo. Su brazo cae inerte por su torso, pero él sigue roncando, ajeno a mi presencia. Le meso el pelo con suavidad y me quedo mirando sus facciones un rato. Me las sé de memoria, pero cuando no sabe que lo miro, me gusta escudriñarlos. Daniel tiene algo que lo hace diferente, algo que me encanta.

—Lena... —gruñe cuando se despierta, resoplando y estirándose.

Yo aprovecho y me levanto para volver a tumbarme a su lado. Me apetece. Le abrazo la cintura y él, de forma automática, enrosca su brazo en mi cuello, sonriéndome.

—Buenas tardes.

Le abrazo más fuerte y enrosco mi pierna en su cintura, que él enseguida agarra para acomodarse en mi cuerpo. Sus ojos se entrecierran con una sonrisa socarrona mientras le recorro los labios con los míos hasta besarlos.

—¿Estás retozona? —Sonríe.

Me muerdo el labio y le llevo su mano hacia mi entrepierna. Él alza las cejas y se muerde el suyo cuando llega al vértice de mis muslos, que presiona con sus yemas. Suspiro. Y su voz se vuelve ronca.

—No hay nada que me la ponga más gorda que tú sin bragas, Lena.

Eso me hace gemir y ponerme encima de él, desnudándome, dejando que sean mis caderas encajadas en las suyas las que le cuenten todas las cosas que han cambiado

entre nosotros. Nuestra intimidad, nuestras ganas del otro, hasta cómo me tocan sus manos ha cambiado. Y la sonrisa cuando muerde mis pechos, incorporándose para besarlos; o sus manos apretando mi carne, fuertes, llevando el movimiento de mi cuerpo.

Caigo tumbada a su lado y los dos nos echamos a reír. Pero lo que me sorprende es que, cuando dejamos de jadear, Daniel se gira hacia mí y me abraza muy tierno. No es que no tengamos ternura cuando nos acostamos, pero esta vez también es un poco distinta. Sobre todo cuando me besa muy despacio, moviendo con lentitud su lengua en la mía, y me acaricia la espalda y la mejilla. Paramos el beso y nos quedamos mirando con nuestras piernas enroscadas, nuestros labios rozándose y mis manos agarrando su pelo.

—¿Por qué no te fuiste con el pavo de ayer? —me pregunta muy bajito, con su boca todavía acariciando la mía.

—Porque pensaba en ti —susurro, sincerándome—. En ti y en nosotros. Y no pude. No quise.

Me besa otra vez. De nuevo nuestras lenguas se funden en un beso que sabe a algo más que cariño y ternura postcoital.

—Me jodió incluso que lo miraras —confiesa.

—¿Por qué te fuiste entonces?

—Porque creí que tú no me querías allí.

Niego con la cabeza y le agarro la cara para besarlo yo.

—Yo quería estar contigo, Dani. Siempre quiero estar contigo. Y más últimamente porque nosotros..., no sé —suspiro —, creo que algo ha cambiado.

—¿Y eso que ha cambiado..., te gusta? —pregunta contenido.

—Sí. —Sonrío—. Pero me ilusiona tanto como me aterra.

—¿Por qué te aterra? —Me acaricia la cara con sus nudillos.

—Porque no quiero perderte. Porque no sé si tú quieres lo mismo. Porque no quiero que salgas corriendo. Porque no sé si me aguantarás con todo lo que llevo encima. Porque no sé si tú quieres dar... un paso más —digo casi avergonzada.

Daniel me sonrío tímidamente, con sinceridad. Le brillan los ojos y, como respuesta, me da un beso lento y tierno que, sin palabras ni edulcorantes, disipa todas las dudas que podía tener. Cuando separamos nuestras bocas, los labios se mantienen casi estáticos el uno pegado al otro, como si tuvieran vida propia y se resistieran a no respirarse. Suspiro y él besa una de mis comisuras, sonriendo otra vez.

—¿Qué nos está pasando? —pregunto.

—Que hace días que dimos un paso más, pero no queríamos reconocerlo.

S sonrío y me muerde un labio. Él me devuelve la sonrisa y de nuevo nos fundimos en un beso, esta vez con sus manos acariciando mi cara. Y yo me pierdo en la sensación de querer y ser querida, la mejor que hay.

—Joder, Lena —susurra—, tanto tiempo buscándonos y estábamos aquí.

Asiento con una sonrisa y seguimos moviéndonos al cadencioso ritmo de nuestros primeros besos tras haber dado un paso más hacia compartir nuestra vida, nuestras ilusiones y nuestras inquietudes.

NADA MEJOR QUE NOSOTROS

Estamos acostados en la cama con la ventana medio abierta y la luz de la tarde invadiéndolo todo. Suena bajito Pereza y su «Todo» mientras Dani y yo nos deshacemos el uno en el otro una vez más, como si lleváramos tiempo aletargados y ahora que hemos despertado necesitaríamos comernos y bebernos para mantenernos en pie. Es una sensación extraña la de salir con alguien a quien llevas un año viendo y teniendo entre tus piernas.

—Te está sonando el móvil —balbuceo como puedo entre jadeos y espasmos de mi cadera al contacto con su boca.

—Que le den —dice él mirándome picarón desde abajo.

—Joder. —Me rindo.

Me mira triunfante cuando me deshago en su boca y en sus manos. Se acerca a mí reptando por mi cuerpo, dejándome sentir su piel sudada y encendida. Lo abrazo y se acomoda entre mis piernas, dejándome claro cuánto le gusta a su miniyo hacerle feliz a mi miniyo.

—Todo es igual y a la vez diferente, ¿verdad? —pregunto entre besos.

—Sí. —Sonríe—. Es como estar descubriendo por primera vez una cosa que llevas meses teniendo entre tus manos.

—¿Se nos va a ir la cabeza?

—¡Eso espero! —Ríe—. ¿Qué sentido tiene, si no? Quiero que nos volvamos muy locos, Lena; que volemós muy alto y nos la sople todo lo demás.

—¿Y si caemos?

—Prefiero caer desde lo más alto, aunque el golpe sea inmenso, a ni enterarme de que ya estoy en el suelo porque no se distingue de lo demás.

Y antes de que pueda decir nada, Dani entra en mí con un golpe seco.

—Ya veo que no vamos a ir despacio. —Río entre suspiros. Daniel me pega una estocada más adentro y gimo.

—Míralo de esta forma —jadea—, ¿qué te gusta más?... ¿Despacio? —Y entra y sale de mí a la velocidad del caracol, dejándome con ganas de más.

—Dani —suplico.

—O... ¿deprisa?

Y empieza a mover sus caderas rápido, a golpetazos que me llegan tan adentro que solo puedo gemirlos y rezar para que no paren.

—¡Joder!

—Dime, Lena, ¿qué prefieres? —gruñe bajando el ritmo—. ¿Despacio?

—No...

—¿Rápido entonces? —Lo aumenta.

—Dani. —Lloriqueo.

—¿Cómo vamos, Lena?

—Rápido. Rápido. ¡Rápido!

Sonríe y me besa descontrolado, como si me quisiera comer la boca. El ritmo de sus caderas le acompaña y yo muevo las mías encajando sus arremetidas.

Cuando terminamos de convulsionar, nos incorporamos hasta quedar los dos sentados el uno frente al otro. Abrazados. Sonriendo con los ojos entrecerrados por los besos tiernos que se nos escapan.

—Estás loco —le digo sonriendo.

—Pero así nos queda claro que rápido o lento, lo que importa es que lo hagamos.

Asiento sonriendo y nos besamos hasta que caemos en la cama de nuevo.

Cuando anochece, Daniel y yo cenamos algo rápido y volvemos a la habitación a continuar esta especie de luna de miel que nos hemos montado. Pero, para descansar de tanto ejercicio físico y que mis pobres genitales no se salgan de mi cuerpo y me den un bofetón por desconsiderada, decidimos salir a la terraza a fumarnos un cigarrillo y bebernos una copa de vino. Daniel se sienta en el pequeño sofá y yo me acurruco entre sus piernas, apoyándome en su torso.

—Tienes que enseñarme el artículo que escribiste —me dice, acariciando mis piernas.

—Oh. Lo había olvidado.

—Enséñamelo.

—¿Ahora? —Me río.

—¡Claro! Quiero leerlo. Enséñame el artículo, venga. Bueno, y ya que te pones, enséñame las tetas también.

—Idiota. No, en serio; otro día.

—Lena..., por favor.

—No sé, Dani. Me da mucha vergüenza.

Pone cara de perrete suplicador y, aunque no me siento cómoda, accedo. Solo mi padre ha leído mis cosas y nunca han sido suficiente para él, así que me da mucha vergüenza que los lea otra persona. Pero ante su insistencia, me levanto y voy a buscar el artículo que imprimí para tenerlo en papel. Vuelvo a la terraza y le tiendo las hojas a Daniel, quien se ha encendido otro cigarrillo y, bebiendo un sorbo de vino, empieza a leer concentrado. Yo lo miro expectante mordiéndome una uña y encendiéndome otro. Doy un sorbo a mi copa de vino. Daniel sigue con los ojos fijos en el papel. Joder, no es tan largo. Pero le conozco: está escudriñando cada palabra, cada frase, cada sentido. Me rasco la cabeza revolviéndome aún más mi pelo.

—Por Dios, Dani —digo desesperada.

—Calla, joder.

Gruño y apuro mi cigarrillo. Un minuto después Daniel levanta la vista del papel, por fin.

—¿Y bien? —apremio.

—Joder, Lena. Es muy bueno. Muy, muy bueno.

—¿Tú crees?

—¡Claro que sí! —Asiente—. Está impecable, en serio. Tiene fuerza, tiene gancho y está muy bien redactado.

Sonrío bajando la mirada.

—Mándaselo a tu padre —me dice.

—¿Qué? ¡Qué va! —Hago un gesto con las manos—. No, ni de coña.

—Lena. Si no lo haces tú, lo haré yo. Mándaselo a tu padre. Él te dará una opinión profesional.

—Lo tirará por tierra, como siempre.

—Porque sabe que tienes talento y trata de que saques lo mejor de ti, estoy seguro. Verás cómo le gusta, es genial.

Se levanta sin decir nada y se encamina al dormitorio. Yo le sigo por inercia y cuando llegamos a la habitación veo que enciende mi ordenador. Me deja un hueco.

—Venga, mándaselo.

—Pero...

—¿Quieres que me quede a dormir?

—¡Claro!

—Pues mándaselo —dice serio.

—Joder.

A regañadientes accedo, abro el correo y adjunto el archivo. Sin título, sin cuerpo y sin firma en el *e-mail*, le doy a enviar para no arrepentirme después. Ya le explicaré a mi padre qué es eso cuando me pregunte.

—Bravo, Lena —me dice abrazándome la cintura.

—Anda, vamos a la cama, traidor chantajista.

Se levanta y me coge en brazos, mordiéndome la tripa y haciendo chorradas hasta que me tira encima de la cama y él se deja caer encima de mí.

—Estoy muy orgulloso de ti.

Sonreímos y nos besamos. Y nos miramos, todavía extrañados por todo. Casi ni sabemos cómo tenemos que comportarnos, así que nos dejamos llevar. Y como los dos somos un poco conejos, dejarse llevar implica que mañana no me podré sentar porque Daniel me está quitando la camiseta y deslizando mi ropa interior una vez más.

—Nuestro primer día de novios está siendo un poco sexual, ¿no crees? —Lo miro sonriendo cuando empieza a recorrer mis pechos con sus labios—. No hemos salido de la cama en toda la tarde.

—Te equivocas. Hemos empezado nuestro noviazgo en el sofá. —Nos reímos. Vuelve a reptar hacia mi boca y roza sus labios con los míos—. Además, ¿qué hay ahí fuera mejor que esto?

Nada. Absolutamente nada.

EMPEZAR A VIVIR

De: Martín Oliván Sánchez.
Para: Lena Oliván Laborda.
Fecha: 29 de marzo.
Asunto: Re:

Hola, hija:

No puedo llamarte porque justo entro a dar una conferencia. Acabo de leer el artículo que me has mandado y que imagino has escrito tú. Bueno, no lo imagino: lo sé; reconozco tu estilo y tu tono. Tengo que decirte que es un buen tema, pero le falta todavía unas vueltas, Lena. Creo que puede estar mejor si le das un repaso a la estructura, que es demasiado caótica. Está bien escribir desde las tripas, pero después hay que usar la cabeza. Dale una vuelta. O dos.

Te quiere,
Papá

—¿Qué te dice? —me pregunta Daniel acurrucado en mi estómago mientras leo el *e-mail* desde mi teléfono móvil tras despertarnos.

—Que le dé una vuelta a la estructura y que le falta algo —digo tragando saliva.

—Bueno. Él te da una opinión a lo profesor experimentado, Lena.

—Ya —resoplo—. Y es una suerte, claro. En el fondo sé que lo hace con cariño y que tiene razón, pero un caramelito alguna vez tampoco me vendría mal. Me hace sentir pequeña viendo solo fallos.

Me coge de la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Después los suelta y me acaricia la cara.

—No quiero que las exigencias de tu padre te quiten las ganas. Escribir te llena, te ilusiona y te da vida, y lo hagas bien o mal para tu padre, no pararé hasta que te sangren los dedos de tanto darle a la tecla.

Sonrío y lo beso también. Sí, quiero hacerle caso. Al fin y al cabo el solo hecho de haber dado un paso más con él ya es una zancada para mí. Y es que supongo que lo tenemos todo a nuestro alcance para ser felices, pero somos nosotros mismos quienes, a veces, nos empeñamos en apartar la mano día tras día.

—Tengo que irme. —Hace un mohín—. Tengo que pasar por casa antes de ir al curro.

Miro el reloj. Aún puedo holgazanear un ratito más.

—Yo me quedo aquí cinco minutos. —Le guiño un ojo.

Daniel sonrío y me da un beso, levantándose. Yo me acomodo en la cama y apoyando mi cabeza en mi mano observo cómo se va vistiendo, poniéndose su ropa interior, sus pantalones a medio abrochar, su camiseta y su camisa de cuadros por encima, desabrochada. Un intrínquilis me sube por el estómago al verlo inclinarse

para coger algo del suelo. Me río alto sin querer y él me mira, negando divertido con la cabeza.

—Oye —me dice acercándose y agachándose para darme un beso con su rodilla apoyada en el colchón—, prométeme que cuando dejes de tocarme pensando en mí —pongo los ojos en blanco—, darás una vuelta a lo que hemos hablado sobre escribir.

—Sí, pesado. —Sonrío.

—Te odio, cabezona.

—Dame un beso, anda.

Y el beso que me da me deja temblando aun después de escuchar las puertas del ascensor cerrarse. Joder, Daniel. Vuelvo a mirar el reloj. Sí, me da tiempo.

Capítulo IX. La conversación que cambió mi vida

Una tarde de primeros de enero del año 1954 en la que la nieve nos dio tregua, salí para comprar en la tienda. Hacía un frío helador, aunque de eso estábamos más que acostumbrados, y las calles seguían nevadas hasta casi hacerlas intransitables, pero había que comprar algunas cosas así que no había más remedio que salir y hundir las piernas en la nieve. En la puerta del establecimiento aguardaban varias mujeres a que Paquita abriera. Las conocía a todas porque eran un grupo de cuatro o cinco y tres tenían mi edad. Las otras dos eran más mayores y parloteaban como cotorras sin descanso.

—¡Hombre, Elena! —gritó una—. Cuánto tiempo. Hacía tanto que no te veía que pensaba que estarías encinta y en cama.

Supe por el tono que ese comentario había sido malicioso e intencionado, pero no quise entrar en el juego.

—Hola, Antonia —respondí con una sonrisa—. Con las nevadas y el ajetreo de la Navidad no he podido salir mucho de casa, pero nada más.

—¿No estás esperando, entonces? —dijo otra.

—No, que yo sepa. —Reí.

—Vaya, Elena, pues ya lo siento —dijo Valentina, una de las de mi edad que parecía la más coherente.

—Hija, este año vais para cuatro años de casados, ¿no? Va siendo hora de atinar. —Rio Antonia jocosa, y las demás la siguieron.

La miré tan sorprendida como enmudecida. Tenía un nudo en la garganta y no sabía qué responder. Y cuando lo iba a hacer, me interrumpieron.

—Tú lo que tienes que hacer es subir las piernas después, Elena —dijo otra—. Es infalible.

—Mira a Anita: se casó cuando tú y ya espera el tercero.

—Algún heredero para el campo tendrás que darle a Andrés, si no qué desperdicio de tierra.

Tragué saliva. Me tragué mi propio nudo acumulado en la garganta. Me tragué mi pena. Me tragué lo que me dolían todas y cada una de sus palabras. Me tragué la rabia que me daba que se entrometieran así en la vida de una persona. Me lo tragué todo, bajé la cabeza y me encogí de hombros hasta que la tienda abrió y pude escapar de ahí.

Llegué a casa y exploté, eso sí. Me puse a llorar al pie del hogar con Zarza mirándome compungida, sin saber qué le acontecía a su dueña. Me lamía los pies y gemía al escucharme sollozar y al notar mis lágrimas corriendo por mis mejillas hasta el regazo. Tu abuelo llegó al cabo de un rato y me encontró llorando a moco tendido.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó sentándose junto a mí y cogiéndome la mano.

Le conté lo que había pasado con las mujeres de la tienda y lo que me habían dicho. Le hablé de la rabia que había sentido y de lo callada que me quedé, sin saber qué decir ni qué contestar. Le dije que me habría encantado dar una respuesta que les callara la boca a todas y que me dejara bien digna, pero había sido incapaz y eso había aumentado mi enfado y el sentirme tan mal.

—Elena, cariño, no hay respuesta para mujeres así. Son una panda de cotorras que hagas lo que hagas, digas lo que digas, lo criticarán y te hundirán.

—Pero me habría gustado darles donde duele.

—¿Para qué? ¿Para que todavía te digan más? Elena, lo que busca esa gente es que entres al trapo y les contestes, para dar más que hablar. Si lo hubieras hecho, ahora estarían criticándote por ello y volveríamos a lo mismo. No entres en guerras que no merecen la pena ni te pongas a su misma altura. Recuérdalo: tú

estás por encima, así que demuéstraselo.

—¿Cómo?

—Ignorándolas. Haciéndoles ver que para ti ni ellas ni sus comentarios son importantes. Que estás a otra cosa, a otro mundo.

—Eso no hará que dejen de hablar.

—¿Y qué más te da? Si no hablan de ti, hablarán de otra. ¿Te crees que no critican a Anita por coneja? Pues lo harán. Son malas, falsas y arpías. Y qué te importa a ti lo que esa gentuza piense.

—Supongo que tienes razón. Pero es duro, Andrés. Tú eres hombre y no tienes que escuchar día a día ese tipo de cosas. Lo odio. Odio este lugar, esta gente, lo odio.

—No digas eso. Este pueblo es tu hogar y nunca debes renegar de tus raíces. Tiene sus cosas malas, pero también tiene sus cosas buenas.

—En Barcelona seguro que la gente no habla así.

—En Barcelona cotillearán de la gente del barrio. ¿O crees que ser entrometido solo pasa en los sitios pequeños? Da igual que vivas en una ciudad grande o en un pueblo, siempre vas a encontrar a gente buena, a gente mala y a gente que se cree lo que no es.

—Bueno.

—Anda, vamos a cenar.

—Está bien.

Nos levantamos y nos pusimos a cenar y a la rutina nocturna.

Unos días después Andrés llegó del campo más tarde de lo habitual, como venía haciendo últimamente. Estaba muy raro desde el episodio de la tienda. Tardaba mucho en volver a casa del campo y lo veía ausentarse con frecuencia. Y eso me inquietaba porque no sabía si es que le habrían ido con cuentos o qué estaría pasando. Ya había anochecido y yo empezaba a estar preocupada porque no sabía nada de él. Esperé un rato más y decidí que si no volvía, iría yo a buscarlo. Pero cuando estaba poniéndome ya el abrigo, la puerta de casa se abrió y tu abuelo entró silbando como si nada.

—¿Por qué has tardado tanto otra vez? —pregunté extrañada y malhumorada.

Él me cogió de la cintura y me dio un beso.

—Porque estaba terminando de gestionar una cosa.

—¿Qué cosa?

—Una que te va a hacer mucha ilusión.

—¿Qué te ocurre? Llevas unos días...

—Quería darte una sorpresa. Mejor dicho, quería hacer una cosa, pero como sabía que me dirías que no, la he organizado ya y así no puedes poner pegas.

—¿Qué es?

—Haz una maleta para los dos. Mañana al amanecer salimos a París. Es mi regalo de Reyes. —Sonrió.

—¿¡Qué!?! —dije sorprendida—. ¿Estás riéndote de mí?

—¡Claro que no! —Rio—. Tengo los billetes ya comprados. Iremos a casa de mi hermana, que se ha mudado ahí y está como loca por encontrarse contigo. Además, así conoces mi otra tierra y mi otro país.

—Pero, Andrés —suspiré—. Andrés, no podemos permitirnoslo.

—Sí que podemos. Tenemos el alojamiento gratis. Y los billetes..., bueno, nos ajustaremos el cinturón.

—¿Más? —Me enfadé.

—Más. —Sonrió él.

—¿Y qué pasa con los animales y el campo?

—He hablado con tu padre y tus hermanos. Se encargarán ellos el mes que estamos fuera.

—¿Con mi padre y hermanos? ¿Un mes fuera?

—Sí. Seré sincero: no les ha hecho ninguna gracia. Pero han aceptado y más cuando les he dado un pago anticipado por las molestias y prometido otro a la vuelta.

—¡Andrés, por Dios! ¿Te has vuelto loco?

—Quizá. —Sonrió—. Pero no soporto ver cómo este pueblo te come día a día y cómo el no tener hijos mella tu ánimo. Con las nieves hay poca faena, no pasa nada. Y quiero que veas la ciudad más maravillosa del mundo.

Me dio un beso y me miró expectante. Chasquéé la lengua. Me agarró de la cintura y me atrajo hacia sí. Y yo enrosqué mis brazos en su cuello.

—Estás como un cencerro.

—Por ti y por verte feliz.

—Esto sí dará que hablar a Antonia.

Nos echamos a reír y nos besamos con ganas. Y aunque la gente hablara, yo estaba más que orgullosa de

que mi marido hiciera esas cosas para hacerme sonreír y para que viera mundo. El marido de Antonia seguro que no hacía eso. Me reí para mis adentros.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Anda, voy a hacer esa maleta, loco más que loco.

Y así, entre risas, caricias y discusiones sobre qué llevar y qué no, dejé la maleta preparada. Por primera vez en mi vida cruzaría la frontera e iría a un país extranjero. A mis veintiséis años recién cumplidos iba a descubrir otra cultura, otro universo, otra forma de vida. A mis veintiséis años iba a ir a París en un viaje que, sin saberlo, lo cambiaría todo.

Sonrío en la ducha mientras pongo «Uptown Funky», de Mark Ronson & Bruno Mars, y pienso en lo que mi abuelo hizo por mi abuela y su felicidad. Ese tirar de su mano para que la desidia no se la comiera. Ese hacer que se ilusionase con otras cosas. Qué jodida eres, Yayi, pienso. Qué bien sabías lo que tus memorias harían conmigo. Porque a pesar de la mala sensación que sigo arrastrando por el *e-mail* de mi padre, no dejo de pensar en ese teclado que me llama a gritos, así que lo que él opine no debe seguir afectándome tanto. Él es un profesional y también es mi padre y por eso siempre buscará el fallo milimétrico así que debo poner una distancia emocional en eso. Sonrío. Sí, intentaré seguir escribiendo, aunque me dé miedo.

Sabéis esa sensación inabarcable cuando algo te gusta mucho y estarías todo el día saboreándolo sin parar, hasta el punto de que nada más te llena? Puede ser una canción que escuchas en bucle una y otra vez, un libro que relees sin parar, una película que no puedes dejar de ver. Te gusta tanto, te sientes tan bien con ello, que es como una droga de la que eres incapaz de desengancharte. Necesitas expresar esa sensación, esa canción, ese libro. Necesitas sacarle todo el jugo y bebértelo deleitándote en la euforia que te hace sentir. ¿Sabéis? Pues eso es lo que nos ha pasado a Daniel y a mí durante nuestros primeros días como pareja oficial. No nos hemos despegado. No hemos podido parar de mirarnos embobados y hemos aprovechado cualquier momento para besarnos. Las noches sin dormir se nos han hecho cortísimas y las horas en el trabajo, eternas. Hasta nuestro jefe, que aunque es una arpía que nos tiene amargados, nos llamó la atención con toda la razón porque se nos notaba demasiado.

Así llevamos varios días, Daniel y yo. Y más este fin de semana, en el que no hemos salido de mi casa ni de mi cama. Día y noche. Desnudos, bebiéndonos y comiéndonos como si no hubiera nada ni nadie más en el mundo. Sin parar de reír, de hablar, de follar. Hemos comido en nuestros cuerpos, bebido en nuestras bocas, masajeado nuestros torsos e incluso escribí un poema en su espalda. Siempre piel con piel, siempre sintiéndonos en todo lo que hemos hecho, siempre Daniel y yo.

Cuando nuestros jadeos terminan y recuperamos la respiración, sonrío a Daniel y le doy un pequeño beso. Me acomodo en su cuerpo, tumbándome estirada encima de él. Es de noche y solo hemos dejado encendidas las bombillitas de mi cabecero. En la lámpara de la mesilla, he puesto un pañuelo rojo, dando un ambiente sensual y cálido a la habitación. De fondo suena en bucle «Wish you were here», mi canción favorita y la de Mara. Y no es que haya dejado de ser una canción triste para mí, llena de recuerdos nostálgicos y pena, es que al compartirla con Daniel ha adquirido un significado distinto, transformándose en parte de la banda sonora de nuestros besos y nuestras caricias. Ahora es la canción de todo lo que me importa en la vida.

Daniel me sonrío y acaricia mi pelo recogido en una pequeña coleta llena de mechones desperdigados y revueltos. Nos besamos mientras sus manos recorren mi espalda desnuda de arriba abajo y vuelta a empezar. Cierro los ojos para embeberme bien de esa ternura y él me abraza fuerte con una mano en mi cabeza y la otra en mi cintura. Me balancea mientras yo le beso el cuello, oliéndole, pero no tardamos en volver a nuestras bocas y darnos un beso largo. Lento. Cadencioso. Casi tembloroso.

Hay veces que se hace el amor solo con un beso.

—Eres jodidamente preciosa —me dice en un susurro que me pone la piel de gallina.

Yo le sonrío y escondo la cabeza en su cuello, porque no le creo y porque me siento incómoda. Daniel se mueve y, sin dejar de abrazarme, me tumba a su lado. Enredamos nuestros brazos y piernas para estar pegados y me mira serio, acariciándome la cara.

—Lena, créeme: eres jodidamente preciosa. —Pongo mis ojos en blanco con una sonrisa.

—Soy del montón —digo sin más.

—¿Del montón? Tú no eres del montón. —Se acomoda un poco mejor en mi cuerpo—. Tú... te metes dentro, Lena. Llegas. Entras y lo invades todo con tu luz. Llenas lo que tocas de un algo distinto que hace que todo el mundo quiera acercarse a ti, solo que tú no quieres darte cuenta porque tienes un miedo atroz a sentirte querida, a abrirte y a ilusionarte con cosas susceptibles de desaparecer.

—Daniel... —Bajo la mirada. Él me la levanta.

—No, escúchame. Todo el mundo quiere estar cerca de la Lena que no para de reírse y de bailar y de beber. La que sube fotos a Instagram en las que parece ser un jodido tiovivo dando vueltas y más vueltas a ritmo de un acordeón. La que se corta el pelo en un arranque, la que no soporta los garajes, la que unta los pepinillos en Nocilla y se los come con cara de maligna porque le importa tres cojones lo que opine la gente. Pero ¿sabes qué?

—Qué —digo tragando saliva.

—Que también querrían conocer a la Lena que no puede levantarse por las mañanas porque le duele demasiado la vida. La que se ha quedado sin lágrimas de tanto llorar. La que echa tanto de menos a su padre que ya no sabe qué excusa poner para no irse de su casa. La que teme decepcionarle. La que tiembla cuando escribe porque siente cada jodida letra que sale de su cabeza. La Lena vulnerable, imperfecta y volátil que es jodidamente preciosa por cómo es, vive y siente.

Abrazarlo. Abrazarlo muy fuerte. Es lo único que me sale. Abrazarlo hasta dejarle sin respiración, hasta que mis brazos y mis piernas se rompan de la fuerza. Abrazar y agarrarme a Daniel por ser la única persona en el mundo que es capaz de removerme por dentro y hacerme vibrar.

—Te quiero —le digo.

—Yo también a ti. —Sonríe.

—A veces creo que empecé a quererte la misma noche en la que nos acostamos por primera vez. ¿Te acuerdas?

Daniel sonrío.

—Me he pajeadado decenas de veces acordándome de esa noche —dice alzando las cejitas muy rápido.

—Idiota. —Le doy un manotazo entre risas.

—¿Qué? Es verdad. Fue genial. Aún me acuerdo con todo lujo de detalles.

—¿Ah, sí?

—Sí. No se me olvida cuando nos quitamos la ropa y te vi desnuda por primera vez. Me vienen a la mente tus pechos y tus pezones sonrosados apuntándome, haciendo que mi polla se volviera loca. —Sonreímos—. Recuerdo tenerte bajo mis manos, manejar tus caderas contigo sentada encima de mí; tus gemidos pidiéndome más y tu cara cuando te corriste. La recuerdo centímetro a centímetro porque no había visto algo tan jodidamente precioso en mi vida.

Le doy un beso en los labios y él me acaricia la espalda.

—Eres todo un romántico —le susurro sonriendo.

—Me volviste loco. Y me hiciste perder del todo la cabeza cuando me susurraste entre gemidos que no habías sentido algo tan inmenso en tu vida. No sé si solo te referías a mi rabo. —Reímos y le muerdo un labio—, pero me volvió loco.

—¡Qué vergüenza! —Sonrío tapándome la cara en su hombro—. ¿Cómo te acuerdas de eso? Pero ¡si íbamos borrachísimos!

—Porque la primera vez que te acuestas con alguien a quien ya quieres no se te olvida ni un mísero detalle, por muy ciego que vayas.

Lo miro sonriendo. Le cojo la cara con las dos manos y le doy un beso lento que pronto toma forma. La forma en la que Daniel y yo nos queríamos antes de saberlo.

—Me pasa lo mismo —le digo.

—Lo sé.

—¿Por qué lo retrasamos entonces?

—Por miedo, supongo. Yo avanzaba, tú reculabas. Tú avanzabas, yo reculaba.

—Vaya par de idiotas.

—Tampoco perdimos el tiempo. Me cepillé a un buen número de tías pensando en ti. —Le muerdo un hombro—. ¡Au! ¡Que era broma!

—Los cojones.

Nos reímos y por primera vez en mucho tiempo me siento... feliz. Distinta. Viva. Beso los labios de Daniel, que está sonriendo igual que yo. Lo miro y acaricio sus ojos saltones y sus mejillas encendidas. No quiero que se vaya. No quiero que termine. Mañana es lunes, volvemos a la rutina después de un fin de semana sin ponernos la ropa y tengo miedo de que esta luna de miel se acabe poco a poco, quedando como un bonito recuerdo de algo que pudo ser y no llegó a cuajar.

—¿Qué va a pasar ahora? —le pregunto mirándolo. Daniel sonrío y entrecierra los ojos.

—Que voy a enseñarte a volar.

Sonrío acariciándole los labios con mis yemas.

—¿A volar?

—Sí, a volar. —Sonríe—. A volar muy alto.

Y yo no sé qué más puedo querer.

LOS COMIENZOS QUE NO SON COMO IMAGINAMOS

Dani! —Me río—. Sé que estás haciéndome fotos, sucio perverso.

Daniel sonríe con los ojos cerrados y disimuladamente está sacando fotos con la cámara del móvil.

—No te hagas el dormido tampoco —le digo dándole un almohadazo—. Sé que ya estás despierto y que estás inmortalizando mis tetas.

—Me gusta tenerlas siempre a mano.

—Guarro. Por tu vida que jamás salgan de ahí.

—Tarde. —Chasquea la lengua—. Se las he enseñado a todos mis amigos. Hay un par que están interesados en conocerte, por cierto. Dicen que tus domingas ya valen para una paja.

Le doy una patada voladora. Se echa a reír y rueda hacia mí. Me abraza por la cintura y entierra su cabeza entre mis pechos, besándolos. Yo le acaricio el pelo y sonrío mirando la luz que entra por la ventana.

—Hablando de amigos —digo estirándome y desperezándome—, debería llamar a Lidia. La tengo abandonada y para una amiga que me soporta...

—Harás bien. Necesitas aliadas para ponerme a caldo cuando me porte mal. —Reímos.

—Mejor no te portes mal, titán. —Le guiño un ojo y me levanto.

Daniel se queda en la cama mirando cómo me encamino a la puerta de la entrada para bajar a buscar el periódico, como cada día. Cuando subo de vuelta, oigo que se está dando una ducha así que aprovecho y me pongo a hacer café con la radio puesta. Todo es tan cotidiano y normal que sonrío sin darme cuenta y me llevo los dedos a mis labios también. Daniel aparece por la puerta envuelto en una toalla y me abraza dándome un beso.

—Me gustan las mañanas contigo —le digo.

—Y a mí. —Sonríe—. Pero cuando vuelva tu padre, no podremos seguir jugando a las casitas. —Alza las cejas dos veces.

—Qué idiota eres. —Río en sus labios.

—No, en serio. Sé que tu abuela y tu padre te han comentado alguna vez lo de independizarte. ¿Lo has pensado?

Suspiro.

—Sí, pero me da pena mi padre, ¿sabes? Dejarlo solo aquí, con tantos recuerdos.

—Entiendo. Pero tarde o temprano tendrás que hacerlo y creo que sería bueno para ti salir de esta casa. —Bajo la cabeza y se me pone un nudo en el estómago—. Yo

puedo ayudarte a encontrar algo. O incluso puedes venirte con nosotros unos días, para ir probando. A Darío no le importará y...

—Ya iré viendo. ¿Desayunamos? —digo cortante.

Me observa, serio, pero no añade nada más. Nos sentamos en la mesa de la cocina con los cafés y un par de tostadas.

—Después de desayunar tengo que irme pitando —me dice entre sorbo y sorbo de café—. He de ir a cambiarme de ropa; no me queda nada limpio ya.

—Te dije que pusiéramos una lavadora.

—Decirme si ponemos una lavadora mientras te estás desnudando y veo tus tetas rebotar al quitarte el sujetador no es buena idea.

—La próxima vez me pondré mi disfraz de monja —digo con sorna.

—Ven aquí.

Echa su silla hacia atrás y no dudo en levantarme y acurrucarme a horcajadas en su regazo. Le doy un beso cortito y él acaricia mis piernas casi desnudas.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí.

—¿Pero?

—Pero... tengo miedo.

—¿A qué?

—A que estemos yendo demasiado rápido y nos agobiemos. Llevamos unos días tan intensos, me hablas de pisos e independencia y todo va tan rápido que..., no sé.

Daniel se pone serio.

—Lo del piso y la independencia solo es una sugerencia, Lena, nada más. Y conforme al resto, nos conocemos desde hace un año y llevamos enredados desde entonces. Sabemos lo que hay y no tenemos nada que nos frene, salvo tu padre cuando vuelva. —Sonríe—. Pero ¿qué más da rápido que lento, Lena? ¿Qué importancia real tiene?

—No quiero que nos explote en la cara, que esto sea algo vacío y nos lo encontremos cuando se nos baje la borrachera.

—Eso no va a pasar porque esto no es vacío.

—No quiero perderte —le digo acariciando sus sienes.

—No me perderás.

Lo abrazo y me acurruco en su cuello. Él me rodea el cuerpo con sus brazos.

—¿Sabes, Lena? —me pregunta y yo doy un pequeño gemidito como contestación—. Creo que, aparte de estas dudas tan tuyas, leer las memorias de tu abuela te está viniendo muy bien.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque has empezado a abrirte un poco. A abrirte a la vida. En serio, no sé. Te hacen bien.

—Quizá. —Me encojo de hombros—. Yayi era una mujer muy fuerte que a pesar de todo siempre tuvo una razón para seguir adelante y con una sonrisa en los labios. Supongo que ver cómo fue gestionando ella sus obstáculos me da fuerzas.

Daniel me besa la coronilla y me balancea en su regazo.

—Sí. Me gusta eso. No las dejes, ¿vale? Las has aparcado estos días —dice en modo regañina.

—Perdone usted, señorito, si no me parece apropiado leer la vida de mi abuela mientras me está sodomizando tumbada bocabajo.

Me muerde una teta.

—Mmmm, al acordarme me he puesto palote.

—Tienes que irte a poner lavadoras. —Reímos.

—Hija del mal.

Me levanto sonriendo y entre los dos recogemos los platos y vasos del desayuno. Después, Daniel se viste, me hace la cama y se encamina a la puerta para volver a su casa.

—Nos vemos en el curro —me dice.

Asiento, abro la puerta y se va guiñándome un ojo.

Me doy una ducha rápida mientras aireo un poco la casa y al terminar me visto, salgo aprisa y cojo el metro. Solo es una paradita, pero saco el libro de mi abuela. Susurro un «perdona por haberte abandonado dos semanas» y sonrío porque a Yayi le encantaría saber que Daniel y yo hemos formalizado nuestra relación de alguna manera. Él le gustaba. Decía que era un «poca sustancia», como yo.

Capítulo X. La llegada a París

Llegar a París aquel enero de 1954 nos costó una escala en Pau, muchas horas de viaje y mareos por estar tanto tiempo encerrados. Cuando por fin bajamos en la estación de París, teníamos las piernas entumecidas y los estómagos revueltos.

La hermana de Andrés, Isabel, nos estaba esperando junto con su marido, Marcel. Nada más vernos, Isabel se abalanzó hacia su hermano, eufórica, y después me abrazó como si fuera mi propia hermana. Solo nos conocíamos por una fotografía y me pareció una chica de veintiocho años con una belleza inocente, muy parlanchina y entusiasta. Tenía el pelo negro y recio, como su hermano, pero era extremadamente delgada y con la cara llena de pequeñas arañitas enrojecidas. Aun así era muy guapa y atractiva porque a pesar de su escuálido aspecto, era una mujer vivaz que irradiaba luz. Hablaba español de forma impecable, pero fue curioso ver a Andrés comunicarse con ella en un francés que yo entendía un poco, por las clases que él me había ido dando desde nuestra boda. Cuando se daban cuenta de que estaban hablando en francés, idioma que tenían más interiorizado, se echaban a reír y cambiaban al castellano, aunque Marcel no lo comprendía bien y había que traducirle. Así que el primer encuentro de los cuatro fue emotivo y cálido. Andrés no veía a su cuñado desde hacía ocho años y, según me dijo después, lo encontró desmejorado y más viejo. Sin embargo, a mí me pareció alguien efusivo, dicharachero y vivaz, como mi cuñada. Era zapatero y arreglaba todo tipo de calzado en un pequeño taller de Montmartre, donde ambos vivían. Isabel encontró trabajo al poco de mudarse como empleada en una panadería de la zona, aunque ella decía que lo que quería era ser actriz, como Elisabeth Taylor.

En el trayecto en autocar hasta su casa, Isabel no dejó de parlotear. Iba de un tema a otro, de una pregunta a otra sin apenas dejarnos hablar al resto. Era hipnótico estar a su lado porque contagiaba a todos con ese optimismo iluso en el que viven quienes creen que nada tiene importancia. A mí me gustó nada más verla porque era todo lo contrario a cualquiera que yo conociera: espontánea, alocada, vivaracha y deslenguada. Y aunque hubo momentos en los que abrí los ojos de par en par ante según qué afirmaciones, e incluso me sonrojé por su falta de pudor en algún momento, puedo decir que desde el minuto uno algo de Isabel entró dentro de mí y no se marchó nunca: sus contagiosas ganas de vivir.

Marcel e Isabel vivían alquilados en una mísera habitación de un edificio de varias plantas. Era un cuchitril oscuro lleno de humedades y desconchones que tan solo tenía un salón en el que se incrustaba una diminuta cocinilla, una única ventana que daba a un callejón lleno de mugre y olor a orín, y una pequeña alcoba con una cama. No tenía baño propio, pues lo único que había era un pequeño aseo en el pasillo de cada planta para compartirlo con los demás apartamentos de la escalera. Cuando entramos, tuve ganas de

vomitara. Después de todo el día de viaje, de estar encerrados en vagones de tren, cansados y con un intenso dolor de cabeza, me encontré con una estancia que se caía a pedazos, que olía muy mal, estaba sucia y que tenía cucarachas correteando por todos los rincones e incluso un ratón muerto cerca de la cocinilla. Tuve que tragar saliva para contener una arcada. Yo no vivía entre lujos y comodidades, ni lo había hecho nunca; estaba más que acostumbrada a la austeridad y a la sencillez, pero al menos siempre había sido escrupulosamente limpia y nunca me había encontrado con semejante ejemplo de fauna mugrienta en un sitio donde fuera a dormir.

—Perdonad que el sitio no esté en condiciones —sonrió Isabel—, pero como ambos trabajamos, no tenemos mucho tiempo de limpiar, ya sabéis. De todas formas os hemos preparado un camastro en el salón, separado por un biombo que Marcel consiguió en un almacén, así que al menos tendréis cierta... intimidad. —Me guiñó un ojo—. Y nosotros también. —Rio sin pudor—. Y si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que decírnos..., estamos al lado. —Rio de nuevo—. Pero esta es ahora vuestra casa así que haced uso de ella como queráis. Entrad, salid..., ¡lo que necesitéis! Estáis en París así que ¡disfrutadlo!

Cuando Isabel dejó de hablar, cosa inusual, Andrés y yo nos acomodamos en un pequeño rincón en el que habían puesto un colchón y una mesilla de madera roída separados por un biombo estilo japonés. Me senté en la improvisada cama y miré a Andrés con evidente enfado. Gastarnos dinero en este viaje para dormir en un colchón putrefacto lleno de cucarachas no era lo que yo había imaginado.

—Sé lo que estás pensando —me susurró Andrés.

—¿Ah, sí?

—No sabía que la casa estaría... así. —Se encogió de hombros.

—Eso ya lo sé, Andrés. Pero no deberíamos haber hecho este viaje. ¡Nos hemos gastado mucho dinero! ¿Para qué? ¿Para pasar un mes rodeados de mugre?

—No levantes la voz —murmuró—. Te van a oír y sería muy desconsiderado.

Lo miré encendida y apreté los labios para no seguir. No quería tener una discusión delante de mis cuñados cuando nos estaban acogiendo en su casa. Andrés se acercó a mí y rodeó mi cintura con sus manos.

—Oye, siento que el hospedaje no sea idóneo y que el viaje haya sido largo y agónico, pero estamos en la ciudad más bella del mundo, vas a ver cosas increíbles aquí y estoy seguro de que vas a enamorarte de París y de los parisinos.

—Eso es mucho suponer —espeté.

—Me apuesto lo que quieras a que cuando tengamos que volver, tú no querrás irte.

Lo miré echándome a reír irónica. Tenía muy claro que se equivocaba: yo ya me quería ir de allí y no volver jamás. Lo que no imaginaba es que un mes después diría eso mismo de mi propia casa.

Cierro el libro con media sonrisa en la cara porque las aventuras parisinas de mi abuela empezaran tan distintas a lo que ella imaginó y a lo que después fueron. Y es que, muchas veces, los comienzos que nos asustan no siempre desembocan en los malos finales que imaginamos.

LAS PALABRAS QUE EMPIEZAN A GRITAR

Buenos días, otra vez —ronronea Daniel en mi oído, empujándome hacia el cubículo del baño de empleados.

—¡Dani! —Susurro—. Nos van a pillar y a echar la bronca.

—Mmhmm. —Me muerde el lóbulo.

—Anda, quita. —Le empujo entre risas mientras él me mira sabueso.

—¿Me has echado de menos? —pregunta meloso.

—No. —Río.

Me estiro la camisa y paso mi mano por el pelo, peinándolo.

—Este trabajo es un puto asco —digo.

—Yo no paro de buscar cosas. —Y sé que no lo ha dicho al azar.

Oímos un ruido fuera. Daniel alza las cejas sonriendo y yo le pongo los ojos en blanco, esperando que quien quiera que sea se pise del baño. Cuando escucho la puerta, unos pasos que la cruzan y que vuelve a cerrarse, abro el pestillo del cubículo y salgo asegurándome de que no hay nadie. Daniel me sigue, pero yo voy primera, y segundos después, sale él.

—Lena —me llama en el pasillo. Yo me giro—. Seguiremos la conversación.

—¿De qué?

—De que este no es sitio para ti.

Me adelanta y se aleja por el pasillo, sin decir más. Yo resoplo porque, desde que la cosa se puso seria entre los dos, es el segundo cambio en mi vida que me insinúa de forma sutil: independizarme y buscar otro trabajo. Y sé que tiene razón, que este trabajo no es para lo que yo me he preparado, que no me gusta, que me he conformado y todo eso, pero... poco a poco, Dani, joder. Un escalofrío se apodera de mí: esto no va a salir bien.

A media tarde paro cinco minutos para echarme un cigarrillo en mi momento de descanso. Daniel está ocupado y no puede acompañarme, así que salgo al exterior del edificio y me siento en uno de los bancos de piedra que decoran la calle en la que está la tienda donde trabajo. Saco del bolso una manzana y bocado a bocado me disperso mirando a la gente. Estamos en abril y se nota ese calorcito tibio y el olor a polen. Miro los edificios que tengo enfrente, majestuosos, imperiosos, rocambolescos del Madrid castizo y pienso que mi ciudad no tiene nada que envidiar a las grandes como Roma, Florencia o París. Y al acordarme de París, me viene mi abuela a la cabeza. La echo de menos, joder. Me encantaría hacerle mil preguntas. Me tranquilizaría contarle todas las dudas que tengo sobre mi vida. Me gustaría que me narrara de viva voz

cómo fue su aventura parisina de la que sé tan solo pinceladas. ¿Cómo sería vivir en París? ¿Cómo sería vivir una vida bohemia y disparatada como la que vivió mi tía abuela Isabel? Cierro los ojos un segundo y estiro un poco el cuello, imaginándome qué vería en el París de... los felices años veinte, por ejemplo. Vestidos rojos de satén, flecos, sombreros y cabellos cortos a ritmo de charleston, *jazz* y *swing*. La trompeta de un todavía desconocido Louis Armstrong sonando de fondo; dos personas haciendo el amor al anochecer; tres borrachos cantando y paseando por el Sena; una prostituta ofreciéndose; un poeta fumando mirando hacia la ventana de su musa, que está haciendo el amor en su habitación con su amante antes de que su marido vuelva a casa borracho después de estar con sus dos amigos compartiendo a una puta. Sonríe. Abro los ojos. Madrid sigue igual que hace dos minutos, pero algo ha cambiado. Son las palabras. Las palabras que están empezando a revolverse en mi cabeza.

LLUVIA

Mientras nos sirven las cervezas y los cuenquitos con frutos secos que yo devoro, Lidia, Luis, Darío, Abel —con quien nuestro amigo ha empezado a tener una relación—, Daniel y yo nos fundimos en una conversación sobre nada en particular en la que no podemos parar de reír. Son estas jornadas postrabajo tontas en las que te juntas con tus colegas y, sin pretenderlo, te ríes tanto que se te olvida que estás en un curro de mierda después de haber invertido durante años tu tiempo y tu dinero preparándote para algo mejor, cobrando bastante mal y aguantando tantas chorradas que ya no te acuerdas ni de cuál era tu labor inicial. Como decía siempre Yayi, si no fuera por estos raticos y los de cobrar...

—Debería dejar de comer kikos —dice Lidia—. Me estoy poniendo como una jodida foca y en nada estamos en verano.

—¿Qué dices? —pregunto indignada—. Estás rebuena, chata.

—Nah, tengo que ponerme las pilas con la operación bikini.

—Estoy hasta el toto de la operación bikini —espeto—. Hasta el mismísimo parrús de tener que sufrir por si estoy más o menos fondona, joder.

—Aquí la camionera indignada. —Ríe Daniel y todos con él.

—Es que es verdad. Si a alguien no le gusta mi cuerpo, que no mire, coño.

—A mí me gustan tus carnes prietas y tus tetas gordas.

Le doy un manotazo y todos ríen.

—¡Oye! Encima que te piropo.

—Eso no es un piropo. Y yo no tengo las tetas gordas. —Me las toco haciendo un mohín.

—Claro que sí —responde Daniel—. Tienes la medida perfecta.

Pone una cara como de ahogado por dos tetas que finge con sus manos y estallamos en risas de nuevo. Yo lo miro negando con la cabeza y él alza sus cejas varias veces.

—En todo caso, paso de dietas, paso de bikinis y paso de todo. Dadme chocolate en cantidades ingentes y dominaré el mundo —digo riéndome a lo maligno.

—Tienes razón, joder —me apoya Luis.

—Pues brindemos, ¿no? —Río.

Alzamos las cervezas y brindamos por otra chorrada más.

Y entre brindis y brindis, propongo que vayamos a mi casa a cenar, que está cerca, ya que nunca han visto mi hogar y me apetece. Cuando lo digo, Daniel me mira como emocionado, o a saber, porque estamos pasándonoslo tan bien que vamos borrachos

de alegría más que de alcohol. Llegamos a mi casa media hora más tarde. Por el camino hemos llamado a una pizzería para que nos traigan cantidades ingentes de cuatro quesos y demás variedades y así no tener que cocinar en una cena improvisada que me he empeñado en hacer. Les enseño el piso, y todos se ponen en modo alucine porque nunca habían estado en la casa de un escritor famoso.

—Hostia —dice Darío al ver el despacho de mi padre—. ¿Y en ese ordenador está el manuscrito de su siguiente trabajo?

—Calla, anda. —Me río.

—¡Dani! —grita—. Llévate a tu chica de aquí un rato, que tengo que robar un borrador.

Lo de «tu chica» me ha hecho cosquillitas, lo admito; y es que, un mes después, aún se me hace raro que ahora seamos una pareja oficial y que nuestros propios amigos nos llamen novios. A nosotros no nos gustan demasiado las etiquetas, pero el día que aparecimos en una quedada cogidos de la mano y, en medio de nuestros habituales brindis, Daniel me dio un morreo delante de todos, les quedó claro que ya no éramos «follaamigos» y que habíamos dado un paso al frente. Y para el común de los mortales ese paso al frente tiene una palabra: novios. Pues nada, novios. Llevamos un mes siendo novios. Un mes que hemos estado en una burbuja donde solo hemos existido nosotros y nada más. Los principios y tal. Lo único que me da rabia es que en este tiempo he aparcado a Yayi y eso no puede ser. Pero en el fondo sé que ella me espera y que estaría feliz por verme a mí contenta y disfrutando de algo, por fin. Sonríó a Daniel que está a mi lado y él me guiña un ojo.

Cenamos en el salón pequeño y seguimos con el tono jocoso de antes. Chorrada va, chorrada viene, vaya. Y no sé por qué, la que lleva la voz cantante soy yo. Quizá porque estamos en mi casa, quizá porque estoy contenta y más alegre de lo habitual, pero esta es una de esas noches en las que brillas un poco y todos ríen tus gracias. Eso da gustito, oigan. Por eso, terminadas las pizzas, sirvo unas copas de *gin-tonics* y whisky con limón y nos ponemos a ver los peores vídeos musicales de YouTube. Una selección que Daniel y yo hacemos concedores de la borrufalla que se cuece en la industria. Todos nos reímos de las horteradas que vemos, y Lidia y yo nos levantamos a fingir que bailamos como en los vídeos ante los aplausos de todos. Hasta nos subimos encima de la mesa mientras los demás fingen aplaudir entre risas. Miro a Daniel. Lleva un cigarrillo en los labios y aplaude con sus manos mis mongadas. A pesar de tener la boca cerrada por el pitillo, veo que está sonriendo, mirándome con ojitos brillantes y animándome cada vez más a hacer el tonto. Me alienta en mi alegría, sí. Y la comparte cuando él mismo se sube a la mesa, baila un poco y nos hace un calvo, haciendo que todos terminemos bailoteando y grabándonos en vídeo como si fuéramos estrellas del pop.

—Ven —le digo a Lidia mientras los demás siguen a lo suyo.

Lidia me sigue hasta la cocina. Abro un cajón y cojo dos tenedores. Ella me mira sin entender. Abro la nevera como quien va a robar una casa y saco una sacher empezada. Se echa a reír.

—Shh —murmuro—. Si la ven, corre el peligro de desaparecer.

—No debería —dice haciendo un mohín.

—Chorradas. Estás muy buena y punto.

—Qué vehemencia.

Nos echamos a reír y comemos entre gemiditos orgásmicos el chocolate de la tarta que hice hace un par de días.

—Dios, esto es mejor que el sexo —dice Lidia.

—¡Nada es mejor que el sexo!

—Oye, Lena, Daniel y tú..., bien, ¿no?

Sonrío y ella me corresponde.

—Parece que hemos seguido vuestros pasos.

—Pues me alegro, joder. Hacéis muy buena pareja y creo que Daniel te va muy bien.

—¿Por? —Frunzo el ceño.

—Porque se te ve más... alegre.

—Lo dices como si antes no lo fuera. —Rebaño el tenedor.

—No es eso. Siempre lo has sido, pero ahora lo eres más.

—Supongo que estoy borracha de amor y sexo —pongo voz de actriz porno, haciendo la gracia.

—Pues disfruta, chata. —Me guiña un ojo.

—¿Qué tal tú con Luis?

—Borracha de amor y sexo. —Nos echamos a reír.

Rebañamos la tarta y recojo los cubiertos y la tartera. Cuando me encamino hacia la puerta de entrada, Lidia me para.

—Lena.

—¿Sí?

—Me gustaría que supieras que pase lo que pase con Dani, puedes contar conmigo para todo. Estoy aquí. Ya sabes. —Baja la cabeza y encoge sus hombros. Me entenece.

—Gracias, Lidia. —Sonrío—. Y lo mismo digo. Tenemos que quedar sin falta, por cierto. Hay una cafetería monísima que...

—Hecho —sonríe.

Asiente y nos encaminamos al salón ante lo que me ha parecido un avance más también en mi relación con Lidia.

Cuando todos se van, el reloj marca la una de la madrugada. Bueno, todos menos Daniel, que se queda otra noche más. Y es que desde el paso adelante que dimos, él ha dormido conmigo todas las noches. No es que nos lo hayamos planteado, pero por una cosa o por otra siempre se le hace tarde para volver a su casa y... Es una extraña contradicción la de desear que llegue la noche para dormir abrazada a él y despertarme de la misma forma, y por otro lado tener miedo a que estemos corriendo demasiado y paguemos caro el dejarnos llevar tanto. No puedo vivir sin lo uno y no puedo evitar tener lo otro. Contradicciones. Siempre contradicciones.

Pero no lo pienso más cuando caemos en la cama y ni nos molestamos en ponernos el pijama: ya hace el suficiente calor como para dormir con el culo al aire. No

tardamos mucho en enredarnos en arrumacos y besos. Menos aún en colocarme encima de él dejando mi sexo a la altura de su boca mientras yo centro la mía en el suyo. Y poco más en incorporarme y montarle con ansia hasta que él se levanta y, sentados los dos, nos movemos al unísono hasta conseguir sendos orgasmos entre besos y carantoñas.

—Ojalá todos los días fueran como hoy —le digo cuando nos abrazamos para irnos a dormir.

—Esta noche has estado increíble. —Me da un beso en la coronilla.

—¿Sí?

—Sí. Exultante. Brillabas con luz propia, Lena.

—Estoy contenta, supongo.

—Me gusta verte así.

—Me siento bien —digo sonriendo.

—No tienes ningún motivo para no sentirte así. —Bajo la mirada y él me alza la barbilla—. Ninguno, Lena. El pasado no se puede cambiar y las personas no pueden volver; por eso hay que seguir adelante y disfrutar de lo que tenemos aquí y ahora.

Le doy un beso y un abrazo mimoso. Nos quedamos así un rato, en silencio, hasta que noto que Daniel se ha dormido.

Me giro en sus brazos sigilosa para no despertarlo. Me gusta dormir mirando hacia la ventana. Pura manía, sin más. El brazo de Daniel cae inconsciente sobre mi cintura como un peso muerto y el otro se recoge sobre mi cabeza. Inspiro hondo y veo por los cristales con la persiana a medio bajar que llueve. Cómo me gusta la lluvia, las tormentas, el olor de las mismas y a tierra mojada. Es una sensación liberadora la de mirar cómo el agua va cayendo sobre las calles, limpiándolo todo y llevándose consigo la suciedad. Y ver llover en este momento es como una alegoría de mi vida. Sonrío porque es como si la lluvia me hablara, como si me invitara a darme cuenta de que ya va siendo hora de dejar la tristeza y las dudas atrás y empezar a vivir las cosas buenas que tengo. Y no sé por qué, me da por pensar que quizá Yayi, mi madre y Mara estén ahí arriba dándole que te pego a las gotas para que me levante de la cama sonriendo cada día.

No puedo dormir. No por nada; es que entre lo llena que estoy de tanta pizza, la sacher y las tónicas que me he tomado (siempre he pensado que llevan cafeína porque cuando bebo una tiene efecto café), no puedo pegar ojo. Daniel sigue a mi lado respirando fuerte. Es de esos. A través de la ventana veo que la lluvia se ha convertido en tormenta. Y como dar vueltas es lo más coñazo del mundo, decido levantarme e ir al salón a leer un rato, así no despierto a Dani.

Capítulo XI. Isabel

Me dormí porque estaba tan cansada que no pude ni plantearme la poca salubridad que me rodeaba. Andrés roncaba a mi lado y escuchaba también a Marcel hacer lo mismo, pero tal era mi estado somnoliento que nada más tumbarme, caí rendida ante sueños extraños con trenes e incendios.

A la mañana siguiente me desperté más tarde de lo habitual. Lo supe porque nosotros solíamos abrir los ojos como era costumbre en la montaña: con el cielo todavía ennegrecido y a punto de clarear con los primeros atisbos de luz. Pero esa mañana el sol brillaba claro y alto e iluminaba toda la habitación. Andrés

seguía dormido a mi lado y, por su cara y su respiración, supe que lo hacía profundamente, a pesar de la luz y de una música bajita que se escuchaba tras el biombo. Me levanté y pensé en preparar el desayuno para todos, ya que era la invitada. Me puse una bata larga hasta los pies y cruzada en el pecho que cubría mi camisón y también mis tobillos, recogí mi larga melena en una trenza ladeada y salí de nuestro cuchitril. Y cuando crucé el biombo, vi a Isabel sentada de espaldas a mí en la mesa redonda del salón.

Llevaba el pelo recogido en rulos para rizarlo, como era costumbre en la época. Me fijé en que llevaba sus uñas pintadas de rojo y parpadeé porque nunca había visto una mujer con manicura. Claro que para dar de comer al ganado y trabajar la tierra, los pintaúñas no eran muy útiles. Le vi las manos porque su codo derecho se apoyaba en la mesa y su mano se alzaba sosteniendo un cigarrillo a medio fumar. Eso me hizo abrir los ojos de par en par. Canturreaba en susurros la canción que sonaba en la radio mientras leía absorta el periódico con un vaso al lado. Como no notaba mi presencia y no quería ser maleducada, carraspeé. Isabel se giró y sonrió al verme. Se levantó de la silla y cuando se dejó ver, casi di un grito. Llevaba puesto un pequeño camisón de seda rosa palo que apenas le tapaba los muslos, con un pronunciado escote que dejaba entrever sus pechos. Encima, una batita azul desabrochada que dejaba visible su cuerpo y un abultado abdomen que pensé sería un posible embarazo porque ella era delgadita y menuda. Y en sus piernas, un ligero color carne que ajustaba dos medias brillantes llenas de carreras. Iba... medio desnuda. Y yo no había visto nunca a una mujer desnuda que no fuéramos mi moribunda madre o yo.

—¡Elena! —canturreó—. ¡Qué bien que ya te hayas despertado! —Vino hacia mí y me dio un abrazo, dejándome sin habla—. Te echaba de menos.

—Buenos días, Isabel. —Sonreí.

Me cogió de las manos y me llevó a la mesa, donde me senté todavía obnubilada por ver a mi cuñada en combinación sin pudor alguno.

—¿Quieres café?

—Eh..., sí.

—Tengo un poco de coñac, si quieres acompañarlo. —Me guiñó un ojo.

—No, gracias —dije abriendo mucho los míos y dándome cuenta de que su vaso contenía un líquido transparente que desde luego no era café y me pareció que tampoco agua.

—¿Qué tal has dormido? Espero que bien. Me duele en el alma no tener una habitación en condiciones para vosotros.

—No te preocupes. He dormido perfectamente.

—Cuánto me alegro. Si quieres algún día podríamos cambiarnos la cama. Y te prometo que hoy limpio esto un poco. Lo que pasa es que con el trabajo... Pero hoy es domingo y tenemos el día libre, así que podré limpiar para vosotros. Aunque estoy pensando que gastar un día libre limpiando no tiene mucho sentido, ¿verdad? —Rio.

Yo ni siquiera sabía lo que era tener un día libre. Por un momento hice memoria y me di cuenta de que desde que tenía uso de razón había trabajado bien en casa de mis padres, bien sirviendo o bien en mi propio hogar todos los días de la semana y del año. No. Jamás había descansado un solo día en mis veintiséis años de vida.

—Yo..., nunca he tenido un día así. —Sonreí tímida.

—¿No?

—No. La tierra...

—Ah, ya sé. Mis padres siempre hablaban del pueblo y de la tierra y del trabajo. Por eso yo jamás quise ir allí. Me parecía una jodienda trabajar y trabajar y trabajar sin parar.

Pestañeeé por su ruda forma de hablar.

—¿Tú naciste aquí, en Francia, verdad?

—Sí. Yo soy cien por cien francesa de sangre española. —Rio—. Nací después de que mis padres se asentaran en el sur así que nunca he tenido esa espina que tenía Andrés por recordar Canfranc.

—¿Y no te gustaría conocerlo? Es el pueblo de tus padres.

—Bueno, sí. Si estuviera aquí cerca, iría. Pero estando tan lejos y estando el país como está... —Meneó la cabeza—. Me entristece mucho ver cómo la tierra de mis padres se queda tan atrás y no avanza. Ay, si mis pobres padres levantaran la cabeza.

Me callé porque estaba tan acostumbrada a no hablar de política que había interiorizado los silencios. Solo hablaba de ello con Andrés, en la intimidad de nuestra casa, y ambos éramos totalmente contrarios a una dictadura.

—¡No te he ofrecido pan! —dijo de repente.

Se levantó y trajo a la mesa dos rebanadas de pan blanco. Lo probé escéptica, pero con el primer bocado no pude más que gemir de gusto porque no había probado un pan tan delicioso en mi vida.

—¡Está muy rico! —dije sonriendo.

—¡Claro! Es pan francés —respondió orgullosa—. Lo robo de la panadería sin que la dueña se dé cuenta. —Me guiñó un ojo—. La ramera me tiene vigilada, pero yo soy más lista.

—¿Robas el pan? —dije perpleja.

—Bueno, digamos que lo tomo prestado. Ellos tiran mucho pan a la basura porque no sale como quieren, así que qué más da. No es que lo coja de los estantes. Si ha de ir a la basura...

—Ah.

Isabel me noqueaba. No sabía si me estaba tomando el pelo o si era así, pero se la veía demasiado inocente para lo primero. Y no sabía muy bien por qué, pero a pesar de sus formas, de su falta de pudor y de su pillería, la tenía cariño. Me caía bien. Me hacía reír y me enternecía. ¡Era tan distinta de Andrés! ¿Cómo podían ser dos hermanos criados por los mismos padres tan diferentes? Bebí un sorbo de café y mis ojos se posaron en su vientre, abultado y prominente. Era extraño, pues ella era tan delgada como un tallo, así que quise saber si mis sospechas eran ciertas y preguntarle sin parecer indiscreta.

—Isabel, Marcel y tú lleváis varios años casados, ¿verdad?

—Sí. Diez años. Me casé a los dieciocho añitos. —Sonrió.

—¿Y en ese tiempo no...? —Isabel me miró sin entender—. ¿No te has quedado encinta?

—¿Qué es encinta? —Sonrió tímida.

—Embarazada.

—Oh, ¡no! —Rio con una risa histérica—. ¡Dios no lo quiera!

—¿No quieres tener hijos? —pregunté perpleja.

—No, de momento no. Llevamos una vida un tanto disparatada para compartirla con un bebé. —Isabel se acercó a mi oído y me susurró sonriendo—. Mi hermano y tú sí que queréis tener hijos, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Porque si no, no me lo habrías preguntado. —Me guiñó un ojo.

—Discúlpame, Isabel. No pretendí ser indiscreta. —Bajé la mirada.

—¡Oye! No eres nada de eso. Somos amigas, Elena. Y como amiga te diré que tú no te vas de París sin una cigüeña en el vientre. —Rio.

—Buenos días. —La voz de Andrés resonó en toda la sala, grave y contundente—. Isabel, por Dios —espetó—. Tápatate y ponte algo decente encima.

Ella se levantó refunfuñando.

—Oh, vamos —gesticuló con su mano—, no seas tan cerrado. Aquí las mujeres somos un poco más... «Descocadas», pensé yo. Y me reí sin darme cuenta. Andrés me entendió sin palabras y sonrió también.

—Soy tu hermano, no tu marido. Delante de mí, tápatate; no quiero ver las vergüenzas de mi hermana.

—Está bien. —Puso los ojos en blanco.

Se encaminó a la habitación y cerró la puerta. Andrés vino hacia mí y me dio un beso en los labios.

—¿Has dormido bien?

—La verdad es que sí.

—Me alegro. Oye, Elena, sobre mi hermana...

—Tranquilo. —Sonreí—. Tiene buen fondo y se nota.

—Es buena persona, sí. Desvergonzada, pero buena persona.

Nos echamos a reír justo cuando Isabel y un somnoliento Marcel salían de la habitación. Nos dimos los buenos días en francés y nos sentamos a terminar el desayuno.

—Está lloviendo —dijo Marcel mirando por la ventana en un español precario.

—Qué pena —dije yo—. No podremos salir.

—¡Cómo que no! —Rio Isabel—. París con lluvia es lo más precioso que hay. Todo tiene un color distinto y un encanto especial cuando se empapan las calles sucias. La lluvia las limpia y se lleva los malos olores y la mugre.

—Estás como una cabra —le dijo Andrés.

—Lo que tú quieras pero venga, ¡vamos!, París os espera.

Se levantó de la mesa y, como autómatas, todos hicimos lo mismo para después dar paseos por una ciudad fuera de lo común mientras seguíamos los pasos de una jovencita alocada fuera de lo común.

Menuda crack, la tía abuela Isabel. Pero como las maracas de Machín, la pobre. Chasqueo la lengua cuando me acuerdo de su historia, que me medio contó Yayi en una tarde lluviosa como esta noche, y vuelvo a la cama. Daniel apenas se inmuta cuando me acuesto a su lado y me acurruco de nuevo en sus brazos. Me abraza de

forma inconsciente y eso me gusta. Sonríó otra vez. La tormenta cada vez es más intensa y escucho llover tan fuerte que casi puedo sentirlo en mi piel. Lluvia, calles, limpieza, Madrid, París. Todo gira en mi cabeza a la velocidad de la luz y no puedo conciliar el sueño porque tengo la mente llena de imágenes y palabras gritándome que las deje salir.

—¿Qué ocurre? —pregunta Daniel dormido cuando nota que doy un par de vueltas.

—Nada, duerme.

—¿Qué ocurre? —vuelve a repetir.

—No puedo dormir.

—¿Por qué?

—Porque tengo... ideas.

—Escríbelas.

—Qué va.

—Escríbelas —repite, y me empuja sin fuerza como para que me levante.

—Pero...

—Venga, Lena. Escribe esas putas ideas. No me molestarás, tranquila.

—¿Ahora?

—Claro. Estas cosas hay que aprovecharlas.

Me da otro empujón para que me levante.

—Está bien.

Me levanto y sonrío, pero se vuelve a dormir. Me debato entre si hacerlo o no hacerlo, porque tengo miedo a que no salga bien. A mi padre. A decepcionarle. Pero al final las ganas y el instinto son más fuertes que yo. Enciendo mi ordenador y me siento en la silla de mi escritorio. Abro el documento word en el que escribí la frase sobre Mahler y pongo el cursor en el comienzo de la página, antes de la primera letra. Sonríó emocionada. Y en lugar de susurrar un «haced magia», me sale sin pensar un «Bienvenida, historia», y sin más tecleo: «Título: París, 1928».

No me lo vas a dejar leer? —me pregunta sonriendo con la boca pequeña.

Niego con la cabeza.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Otro día.

—Lena...

—Otro día. —Repito, seria.

—¿Tienes miedo a que no me guste, es eso?

—Otro día. —Le callo dándole un beso en los labios.

—Bueno. Me alegra que anoche escribieras por fin. Me gusta que hayas empezado a hacer lo que te ilusiona. No pares, ¿vale?

Sonrío condescendiente y él me guiña un ojo. Me ha insistido en que le dejara leer lo que he escrito, pero no he querido. No por nada, es solo que todavía no me siento muy cómoda conmigo misma y la escritura, necesito tiempo para cuadrar las cosas y hacerlas presentables; que estén todo lo impolutas que pueda para que decepcionen lo menos posible. Doy un sorbo a mi café y miro por la ventana del salón. Todavía no me he vestido y voy solo con una camiseta, a pesar de llevar un buen rato despierta. De hecho, apenas he podido pegar ojo en toda la noche. Tras escribir los dos primeros capítulos de un posible borrador, me acosté otra vez, pero no podía conciliar el sueño: tenía la cabeza a mil por hora, llena de ideas, escenas, personajes que se multiplicaban como cucarachas.

—Tengo que irme. He de ir a recoger el diploma del último curso que hice. Ya avisé en el curro que hoy llegaría tarde —dice.

—¿Sabes algo de los currículos que enviaste?

—Nop —dice alegre—. Ya llamarán.

Sonríe encaminándose a mi dormitorio.

Nos empezamos a vestir comentando nimiedades del trabajo. Me pongo mis vaqueros con rotos en las rodilla y un jersey fino largo. Me echo colonia, me pongo un colgante largo, me aseguro de que llevo en el bolso todo lo necesario y me miro en el espejo de pie ovalado que tengo en el dormitorio, rollo antiguo. Me veo... bien.

—¿Por qué de repente todo está siendo fácil? —pregunto y miro a Daniel a través del espejo, que se está poniendo sus vaqueros oscuros.

—Porque es fácil.

—Me asusta pensar que está siéndolo gracias a ti —me sincero.

Daniel me mira y se levanta. Se pone una camiseta color cobre y se yergue.

—No es gracias a mí. No solo, al menos. Hay cosas que han cambiado en tu vida y es lógico que tú evoluciones con ellas. Por norma general, esa evolución suele ser positiva.

—Joder, Dani. Tu inteligencia emocional me pone cachonda.

Nos echamos a reír y nos encaminamos al portal para empezar nuestros respectivos días.

Llego a trabajar cinco minutos más tarde de mi horario. Cinco putos minutos que ya hacen que entre tratando de pasar desapercibida y que me meta en el vestuario a ponerme la camiseta con mi nombre a modo de uniforme rezando para que Rodrigo, el jefe, no se entere de mi retraso. Entiendo que al ser el jefe su trabajo sea estar encima, pero es un metomentodo, cotilla y *porculizador*, hablando mal. Además, es incapaz de gestionar el negocio para que sea más rentable, es vago, no nos motiva en ningún aspecto y es maleducado por definición. ¿Por qué lo aguanto, si encima paga fatal? Eso mismo me pregunto yo.

—¡Lena! —grita Rodrigo desde fuera de la sala de taquillas. Al menos respeta que me esté cambiando—. Llegas tarde.

—Solo son cinco minutos —espeto.

—Cinco minutos hoy, cinco otro día hacen un total de..., ¡hemos perdido la cuenta!

Meneo la boca haciendo un gesto de burla y respiro hondo. Valor y al toro, maja. Abro la puerta con mala baba.

—Son cinco minutos. El metro ha llegado con retraso.

—¡Pues haber salido antes! Tu actitud no es la correcta y tendré que abrir parte.

Me acerco a él con toda mi chulería y sacando pecho le susurro al oído:

—Pues mira cómo tiemblo.

Hartita me tiene con tanta tontería ya. ¡Ni que fuera el trabajo de mi vida, joder! Pero... ¿cuál sería el trabajo de mi vida? «Escribir», pienso. Y el pecho se me inunda de algo que no reconozco bien. Meneo la cabeza negando, porque una cosa es que me haya arrancado a escribir un par de capítulos y otra muy distinta es que sean aceptables. Más tarde llega Daniel y susurra tras de mí:

—¿Qué ha pasado con el jefe?

—Me ha echado la bulla por llegar cinco minutos tarde.

—Que le peten —espeto poniendo cara de asco—. Puto entrometido que no tiene nada mejor que hacer.

Asiento y un cliente llega al pasillo en el que estamos. Nos quedamos callados disimulando y cuando se va, seguimos.

—Después del curro he quedado con los colegas de la universidad —me dice—. Vamos a beber unas birras y tal. ¿Te vienes?

—No. —Sonrío—. Me apetece leer tranquila.

—¿Me paso por tu casa después? —Alza las cejas tres veces.

—Eh..., vale.

Daniel sonrío y pone los ojos en blanco.

—Si no te apetece, no pasa nada, Lena.

—Claro que me apetece.

—¿Pero?

—Pero —chasqueo la lengua—, no quiero..., no sé, que estemos corriendo demasiado y terminemos agobiándonos.

—¿Te estás agobiando? —pregunta serio.

—No —digo tajante—. Claro que no. Solo que no quiero pensar que nos estamos precipitando, que estamos explotando demasiado la burbuja y...

—Deja de analizarlo todo, Lena. Deja de poner en duda cada cosa que hacemos. —Sonríe—. A mí me gusta dormir con mi novia; no me planteo nada más.

—A mí también me gusta dormir contigo. —Sonrío tímida—. Haces que los vacíos no pesen tanto.

Bajo la cabeza y él me la levanta cogiéndome de la barbilla.

—Ey —dice muy tierno—. Esos vacíos hay que llenarlos, Lena.

—Eso es imposible.

—No, no lo es. No confundas llenar un vacío con olvidarlo. Puedes llenarlos de cosas que te hacen feliz. No sé, puedes «dormir aunque no esté», como la canción de Supersubmarina.

Trago saliva con dificultad y él me da un pequeño beso en los labios cuando justo una clienta hace acto de presencia pidiendo ayuda. Daniel la atiende mientras yo me quedo algo meditabunda por recordar mis vacíos, por las dudas de estar precipitándonos y con una extraña necesidad de llegar a casa y leer el siguiente capítulo de las memorias de mi abuela.

Capítulo XII. París y yo. Yo y París

La lluvia nos dio tregua durante nuestra primera mañana en la capital francesa. Pero creo que, aunque hubiera tenido lugar el peor de los vendavales, ciclones o lluvias torrenciales, me habría enamorado igualmente de «la ciudad de la luz» como lo hice ese día. Solo necesité unas horas caminando por sus calles para saber que estaba ante una ciudad única, con alma, con historia, llena de decadencia y a la vez de modernidad. Y es que tuve la sensación de que París era como estar en un continuo vals, que nace de un acordeón, en el que perdiste en el tiempo.

Ya que yo venía de un pueblo pequeño, lo primero que me llamó la atención fue la amplitud de sus calles. Había visto ya Barcelona, pero supongo que siempre sobrecoge ver una ciudad tan diferente a lo que tú conoces. Avenidas kilométricas adornadas con vehículos como no había visto antes, transporte público y gente yendo de acá para allá con ese aire que te da el saber que vives en la ciudad más bella del mundo. Por aquella época todavía no existía el turismo, y menos en pleno enero, pero aun así vi a tanta gente variopinta que abrí mis ojos de par en par en varias ocasiones. Yo iba con mi abrigo cerrado, mis medias recias y zapatos negros, y por las ventanas de las cafeterías y bares veía a mujeres con vestidos escotados que dejaban entrever el comienzo de sus pechos. Mujeres con el pelo largo como yo, pero suelto. Mujeres que fumaban sin ningún tipo de pudor ni miradas reprobadoras. Mujeres que besaban a sus maridos o novios en los labios, sin que nada ni nadie les llamara la atención. Me agarré del brazo de Andrés mientras Isabel parloteaba sin descanso sobre cada cosa que veíamos. Estaba tan obnubilada y hasta abrumada que necesitaba un apoyo físico para todo lo que mi mente estaba procesando. Y es que, hasta ese momento, yo no había sido consciente de la poca libertad con la que me había criado.

Ese primer día recorrimos el Campo de Marte y vimos la Torre Eiffel. Recuerdo que cuando miré hacia arriba, algo me atrapó y me sobrecogió. Supongo que fue la inmensidad y la opulencia de su tamaño, pero a la vez su sencillez, su distinción y su finura. No entendí cómo había gente que criticaba el monumento, si era toda una oda a la modernidad que marcaba el comienzo de una nueva era rompedora, y eso siempre es

bueno. Para mí, esa construcción solo tenía sentido en una ciudad como París, donde lo clásico y lo actual convivían haciendo una mezcla única, llenando de aura cada calle.

—Madre mía —dije emocionada.

—Es un amasijo de hierros —espetó Marcel en un francés que entendí.

Yo lo miré con el ceño fruncido. Parecía que él, como otros parisinos, estaba en el grupo que le horrorizaba el monumento que se estaba convirtiendo en el símbolo distintivo de París.

—Es una construcción impresionante —afirmó Andrés—. Es tan compleja en su elaboración como simple en su diseño. Es ahí donde radica su encanto.

Observé a Andrés maravillada. Cuando hablaba de esa forma, yo me hinchaba de orgullo por tener un marido que veía más allá de sus narices.

—Ah, Marcel... —canturreó Isabel—. Tú siempre tan pesimista. Pero es cierto que hay cosas más bellas en París. ¡Vamos!

Ese día no paramos de caminar de un lado a otro, maravillándonos con todas las cosas que la ciudad nos ofrecía. A la Torre Eiffel le siguieron los campos Elíseos por donde paseamos hasta llegar al Arco del Triunfo, que también me sobrecogió. Yo solo miraba a todas partes, quedándome sin habla con cada edificio que veía porque por minúsculo y cotidiano que fuera un simple bloque de apartamentos, este parecía haber sido esculpido por artistas. Era como estar en un museo al aire libre, aunque yo nunca hubiera estado en ninguno. Me impactó. Todo. Las calles, los edificios, la gente tan diferente entre sí. Pero, sobre todo, lo que más me llamó la atención fue comprobar que en París podía ser... yo. Y cuando me di cuenta de lo escondido que había tenido a mi yo bajo capas y capas de represión, quise salir a la luz y dejar de vivir en los pesados convencionalismos. Quise ser como esas mujeres de las cafeterías que charlaban parlanchinas con otras mujeres u hombres, con sus escotados vestidos y sus cigarrillos a medio fumar. Quise contagiarme un poco del espíritu liberal de mi cuñada, enfundada en unos altísimos tacones que le hacían temblar los tobillos. Quise sentirme mujer, además de persona. Así que, no sé si de forma consciente o no, me quité las horquillas que sujetaban mi apretado moño y di rienda suelta a mi larga melena, que dejó caer por mi espalda y mis pechos, ante la sonrisa cómplice de tu abuelo.

Caminar por Montmartre de vuelta a casa tuvo un aroma tan bucólico que jamás lo olvidaré. Hacía mucho frío, pues aún estábamos en enero, y sin embargo se me olvidó por completo la temperatura cuando contemplé el barrio bohemio por excelencia y, sobre todo, la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús. Me dejó sin palabras y solo pude santiguarme una y otra vez ante tanta maravilla. Pero no fue solo eso. Todo me llamaba la atención. Y todos. Y todas. Se palpaba un aura como jamás había sentido y parecía como si mi existencia cobrara vida, como si hubiera estado dormida durante veintiséis años y en ese momento en el que veía a la gente ir y venir, despertara de mi letargo. Ay, Lena, no sabría decir qué fue, pero algo cambió dentro de mí para siempre. Supongo que comprendí cuántas cosas me estaba perdiendo y tuve por primera vez en mi vida consciencia de mí misma. Hasta ese momento, mis días desde que nací habían sido trabajo y más trabajo y ahí, en medio de Montmartre, me percaté de que jamás me había preocupado de mí misma. Ni siquiera entraba en nuestras cabezas. No teníamos el más mínimo sentido del individualismo y al darme cuenta, agité inconsciente mi melena para reivindicar que ahí estaba yo y que era una persona que pensaba, sentía y vivía.

—¿Te está gustando París? —me preguntó Isabel agarrándome del brazo.

—Mucho. —Sonreí, sincera—. París es...

—Lo sé. —No me dejó terminar—. A mí me pasó lo mismo la primera vez que estuve, cuando mi hermano estudiaba aquí y yo vine a visitarlo. Me enamoré de esta ciudad y supe que no sería feliz en ningún otro sitio.

—Es preciosa. Tiene magia.

Isabel me sonrió y tras un paseo, llegamos a casa. Estábamos agotados, me dolían las piernas y los pies de tanto caminar, pero estaba encantada de la vida. Tanto que hice cena para los cuatro tarareando canciones y canturreando.

—Huele estupendamente —me susurró Andrés poniéndose detrás de mí.

—Gracias. —Sonreí.

Serví los platos ante las bocas salivantes de Isabel y Marcel, que no habían comido un plato caliente de cuchara en semanas. Creo que quizá ni en todo el tiempo que llevaban allí, porque por lo que había podido comprobar, más que vivir, malvivían como podían sacando de aquí y de allá. No me gustaba eso, claro. La idea de subsistir a base de trapicheos y triquiñuelas, malcomiendo y malviviendo en habitaciones putrefactas, cuando yo tenía una buena casa y productos de la tierra era casi inconcebible, pero, por otro lado, la libertad que se gozaba ahí compensaba el resto.

Cuando terminamos de cenar, estuvimos un ratito de sobremesa y después nos fuimos cada uno a su

habitación. Andrés se acurrucó a mi lado al tumbarnos en el colchón y yo le di un beso. En nada estábamos abrazados.

—París te ha llegado. Lo he visto. —Sonrió acariciando mi melena suelta.

—Sí. Es espectacular. No imaginé que sería así.

—Es una ciudad única. No importa cuánto vivas aquí o cuántas veces vengas, todo lo que miras es como si lo hicieras por primera vez.

—Ya he visto cómo admirabas la Torre Eiffel y demás monumentos.

—No me cansaría de verlos nunca. —Sonrió.

—¿Por qué te volviste entonces? Viviendo aquí, ¿cómo regresaste a un pueblo pequeño lleno de tabúes y convencionalismos?

—Porque ese pequeño pueblo es mi tierra, Elena. Y eso se lleva marcado allá donde vas. Y porque París es una ciudad mágica y que enamora, pero no es una ciudad para vivir y tener una familia. Mira. —Hizo un barrido ocular en derredor—. ¿Te gustaría vivir así? —Negué con la cabeza—. Es el pan de cada día de millones de franceses. Es lo que hay. La guerra dejó la ciudad en la miseria y por muy bonita y liberal que sea, no puedes estar mendigando comida por vivir aquí.

Respiré hondo en su cuello.

—Lo sé. Pero aquí..., eres libre.

—Eso sí. —Sonrió—. Siempre hay que renunciar a algo. Siempre tenemos que decirle a algo que no. La vida se basa en las elecciones que hacemos y a lo que renunciamos con ellas; el secreto está en ser consciente de lo que cogerás y lo que dejarás para ser consecuente con tus decisiones y no arrepentirte pase lo que pase después.

—¿Tú sabías lo que te esperaba en Canfranc?

—No del todo. —Sonrió y me dio un beso en el pelo—. Jamás imaginé que te encontraría allí. Jamás creí que existieras. Así que volver a mi tierra fue la mejor decisión que he tomado en mi vida.

Le devolví la sonrisa y lo besé. Y entre besos y silenciosos gemidos pusimos fin a nuestro primer día en París.

¡Ole, mi abuela, que se suelta la melena! Ella se quita el moño cuando se quiere liberar y yo me corto el pelo cuando quiero hacer lo mismo. Curioso. ¿Qué nos pasa a las mujeres con el pelo que lo utilizamos como arma para mostrar nuestras emociones más ocultas? Quizá no sea para tanto, claro, pero al pensarlo de refilón tengo una idea. Una idea para el borrador que estoy escribiendo. Y aunque mi padre siempre dice que las ideas repentinas hay que dejarlas reposar y meditarlas antes de escribirlas, enciendo el ordenador y me pongo a escribir, aunque sean más de las diez de la noche. Doy rienda suelta a lo que mi mente va expulsando y continúo lo que había empezado. Y mientras lo hago, no dejo de sonreír. No por cómo está quedando, sino porque ya ni siquiera me planteo qué estoy haciendo o si el resultado será bueno: me sale solo, como siempre debió haber sido; sin las barreras que yo misma me había puesto y sin pensar en mi padre, en Mara, en decepciones o desilusiones. Solo pienso en mí y en disfrutar mientras hago lo que me gusta.

Tras mi ratito de escritura, que dura como un par de horas más, me estiro en la silla de mi escritorio. Tengo ganas de tener mi propio espacio, mi despacho, una mesa en condiciones al lado de una ventana o algo así. Quizá no sería tan mala idea considerar independizarme. Quizá ahora que me encuentro tan bien sería un buen momento para levar el ancla que me amarra a este piso. No sé, quizá Yayi, mi padre y Dani tengan razón. Lo pensaré mañana. Pero lo pensaré. Sonrío y justo oigo la puerta de casa abrirse. Sonrío más y salgo a recibirlo.

—Ey —dice meloso, dándome un beso.

—¿Qué tal te lo has pasado?

—Bien, normal. Unas birras, unas risas y poco más. —Deja las llaves en el cuenco que tenemos para ello y cierra la puerta. Se encamina hacia el baño.

—¿Has cenado?

—Nah, hemos picoteado nachos y eso. Suficiente. —Le oigo decir.

Bostezo y voy hacia la cama. Daniel me sigue y se desnuda, mirándome pícaro. Yo me río también y enseguida se mete en la cama conmigo, abrazándome.

—¿Qué tal tú? ¿Qué has hecho? —me pregunta dándome besos por el cuello, que me encienden.

—Mmhh. —Es mi única respuesta.

—Muy detallado, sí. —Nos reímos—. ¿Has leído? —dice besando mis comisuras.

—Mmhh.

—¿Has escrito?

—Mmhh.

—¿Me lo vas a dejar leer?

—Anda, cállate y bésame —digo sonriendo.

Y en un movimiento rápido me subo encima de él y nos enredamos el uno en el otro, olvidándome de las dudas que me sobrevuelan y dando rienda suelta a nuestros sentidos una vez más.

¡EY, QUE ESTOY AQUÍ!

Nuestros amigos han quedado a la hora de siempre para tomar unas birras y echar unas risas. Sin embargo, Dani y yo hemos decidido hacer absentismo *amiguil* y hemos declinado la oferta porque vamos a darnos un homenaje casero y nos vamos a poner la serie *Shameless* en plan maratón, atiborrándonos de chuches que compramos en una tienda tras el trabajo. No es que sea el mejor plan del mundo, lo sé, pero es nuestro plan y nos apetece acoplarnos en mi cama sin nada más que hacer que disfrutar de un poco de tiempo juntos y solos.

Cuando llegamos a mi casa, nos ponemos las camisetas de dormir, nos acurrucamos abrazados encima de la cama con la cantidad ingente de dulces que hemos comprado y le doy al *Play* de la televisión que tengo en mi cómoda. El capítulo comienza y Daniel y yo vamos picoteando marranadas y al coger una, me doy cuenta de que tiene la forma de la Torre Eiffel. Sonrío. Me acuerdo de Yayi, pero ya no es un recuerdo triste de nostalgia y dolor por la pérdida, sino que me siento feliz y reconfortada al pensar en ella, en París, en su historia y en lo que estoy escribiendo en torno a la ciudad. Y como se activa la rueda de pensar en mi manuscrito, le doy vueltas a la cabeza y trato de poner orden a las ideas que tengo.

Poco a poco, mi cabeza se dispersa y desconecta de la televisión porque intento hilar dos partes de la trama que estoy a punto de escribir y que todavía no sé bien cómo estructurar para que tengan sentido, ritmo y coherencia. Se me ocurre una pequeña idea a desarrollar y, para no olvidarme de ella, me levanto de la cama y me encamino al escritorio para apuntarla en mi cuaderno.

—¿Qué haces? —me pregunta Daniel.

—Nada, apuntar una cosa —respondo distante.

Vuelvo a la cama y él me pasa el brazo por el cuello cuando me acurruco en su pecho. Daniel se ríe con las chorradas de la serie y va comentando las gracias, pero yo no me entero mucho porque tengo la cabeza en otro sitio.

—El Frank es la polla. —Se ríe—. Ese tío es un puto colgado.

—Mmmm —respondo ni sé a qué pregunta.

—Están muy jodidos del bolo. Y Fiona está muy buena. —Pone risa maligna.

—Mmmm.

Seguimos viendo el capítulo, pero yo ya he desconectado del todo. Daniel hace comentarios sobre lo que ve y yo apenas le sigo. Al cabo de unos minutos, me vuelvo a levantar para apuntar otra idea que necesito desarrollar y no quiero que se me olvide. Al tumbarme de nuevo en la cama, resoplo agobiada porque no logro encajar

lo que necesito.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Sonrío.

—¿Por qué resoplas?

—Porque no me sale una cosa de la novela. —Hago un mohín.

—¿Quieres que pare la serie?

—No, no.

—Podemos verla otro día si prefieres ponerte a escribir.

—No, de verdad.

—No pasa nada, Lena. Es normal. —Sonríe.

—¿Seguro?

—Claro.

Sonrío y le doy un beso. Le susurro un gracias y me levanto para encender el ordenador.

—Lena.

—Mmmm.

—¿Qué es lo que no te sale?

—Nada, unas cosas que no encajan.

—Pero ¿qué cosas?

—Dos tramas —respondo autómatamente mientras apunto cosas en la libreta y abro el documento de word.

—¿Puedo ayudarte?

—No, tranquilo. Solo tengo que pensarlo un poco.

—Ah.

Daniel apaga la televisión y en silencio recoge las chuches para llevarlas a la cocina. Yo empiezo a teclear a ver si va saliendo lo que tengo pensado y me olvido un poco del mundo. Vuelve a la habitación y se tumba en la cama, encendiéndose un cigarrillo y cogiendo un libro. Abre un poco la ventana para no acumular humo antes de dormir y se acomoda la almohada en el cabecero para leer. Yo me enciendo un cigarrillo también antes de teclear cosas que van saliendo casi sin pensar, sonriendo porque hay veces en las que estás atascada y solo necesitas sentarte y dejarte llevar para deshacer el nudo que en un principio no sabes cómo resolver.

Una hora después termino el capítulo y comienzo a leerlo a ver cómo ha quedado. Daniel sigue leyendo en silencio y apenas soy consciente de que no hemos emitido un sonido durante todo este rato. Conforme voy revisando lo escrito, me voy dando cuenta de que no está bien, es muy flojito, y la historia sigue sin encajar a pesar de lo que había ideado. No, no funciona. Mi padre lo rompería y se limpiaría el culo con él. Chasqueo la lengua y niego con la cabeza. No me gusta una mierda y debería dejarlo estar.

—Joder —suspiro cabreada.

—¿Qué ocurre? —pregunta Daniel levantando la vista hacia mí.

—No funciona —digo con mal tono.

—¿Por qué?

—Pues porque no. Porque no encaja, porque no tiene sentido, porque no engancha. Es una puta mierda.

—¿Por qué no me cuentas las dudas que tienes?

—No, da igual. Lo mejor será que lo deje por hoy y me vaya a dormir —digo.

Daniel me mira mientras apago todo y me encamino hacia el baño enajenada por no poder avanzar como quisiera. Entro a la habitación de nuevo y me meto sin dilación en la cama, apagando la luz de mi mesilla.

—Buenas noches, ¿eh? —me dice Dani con tonito.

—Perdona.

Me incorporo, le doy un beso en los labios y vuelvo a tumbarme girándome hacia la ventana, como siempre, antes de escuchar a Daniel resoplar.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Nada.

—Dani...

—¿Qué?

—¿Qué pasa? ¿Por qué resoplas?

Daniel se acomoda en la cama y me mira inspirando profundamente.

—Me molesta que no me cuentes estas cosas.

—¿Cómo? ¿Qué no te he contado?

—A ver, Lena, entiendo que es tu proceso y que debes hacer las cosas como te salgan de la mismísima seta. Por mí perfecto si no me quieres dejar leer nada hasta terminar o ni me quieres hablar de la trama. Es solo que, no sé, me lo digas sin más. Que me digas: «Mira, cariño mío, con un nabo de metro y medio que me vuelve loca —pongo los ojos en blanco con una sonrisa—, no quiero dejarte leer nada porque soy así de rancia». Pues lo entenderé y santas pascuas. Pero dímelo, comunícate conmigo, Lena. Solo eso. Dime las cosas que piensas y sientes, para bien o para mal, porque si no yo no las sé adivinar y no sé si no me lo quieres dejar leer porque te sientes más cómoda haciéndolo al final o si es porque me tienes al margen.

—¡Claro que no te tengo al margen! —Me sorprendo—. No estás en el margen de nada. No quiero que pienses eso, de verdad. Es solo que todavía no me encuentro del todo cómoda haciendo esto. Siento que es algo demasiado grande como para manejarlo de golpe y prefiero encontrarme primero yo escribiendo para después compartirlo contigo.

—¿Ves? Así de fácil era. —Sonríe—. Solo pido que no te tenga que preguntar varias veces por un tema que te preocupa hasta que me lo digas. Con que me lo cuentes a la primera o incluso *motu proprio*, me vale. —Me guiña un ojo.

—Lo siento —digo, sincera.

—Está bien. Te perdono.

Sonreímos. Acaricia con su nariz la mía y yo rodeo con los brazos su cuello. No tardamos mucho más en besarnos. En besarnos mucho. En besarnos bonito. Jadeamos en silencio y Daniel se coloca encima de mí en un movimiento ralentizado. Y siguiendo esa misma cadencia, sube mi camiseta y lo ayudo a quitármela. Sus bóxers y mis braguitas corren la misma suerte y pasean por nuestras piernas hasta que caen

en algún lugar del suelo, pero no lo hacemos deprisa: nos recreamos en la lentitud, en hacerlo despacio, saboreando nuestros labios y nuestra piel hasta que no podemos más y abro mis piernas. Y cuando entra..., no es un polvo más. No es un ratito de sexo nocturno para desquitarse del día. Es... distinto. Es como una canción tocada con tan solo una guitarra y cantada por una voz lenta y áspera. Es triste y a la vez sugerente. Me embebo de esa sensación que hace que sus empujes de cadera me lleguen tan adentro que solo pueda enroscar más mis piernas en su cintura, agarrarle del pelo y besarle con toda la fuerza de la que soy capaz.

—Me siento en casa —susurra mientras hace círculos con su cintura, llevándome al Nirvana—. Aquí, dentro de tu cuerpo. No me dejes fuera, Lena.

Asiento y nos besamos entre gemidos y movimientos acompasados que culminan con sendos orgasmos. Pero Daniel no se retira de mí al terminar. No se aparta de mi cuerpo después de correrse. No quiere ir a ducharse ni que lo haga yo. Solo me abraza y se aferra a mí como si fuera única. Y yo le correspondo con toda mi fuerza porque él es la única cosa que me importa en el mundo.

SUSÚRRAME MÁS COSAS

Susúrrame más cosas. —Sonrío en sus labios, que rozan los míos.

—Viciosa... —Ríe.

Me acaricia la nuca y entierra sus dedos en mi pelo. Su otra mano acaricia mis rodillas, que reposan en su regazo. Me hace cosquillas y me río, dejo que sus dedos se muevan bajo mi vestido y que lleguen al límite de lo públicamente correcto, mi borsalino se cae, y mi pelo queda alborotado. Él lo recoge sin apenas darme cuenta y lo deja en la silla que tenemos al lado de nuestra mesa en la librería La Central, junto al suyo. Nos hemos pasado aquí media mañana, entre libros, búsquedas y compras. Yo me perdería entre sus salas y podría pasarme años buceando en sus estantes, así que no es de extrañar que nos hayamos quedado a tomar algo.

Daniel me ha susurrado al oído cosas que me han puesto la piel de gallina. Cosas que hablaban sobre nosotros. Cosas que hablaban sobre él. Cosas que hablaban de futuro y de ilusiones juntos. Cosas que me han hecho sonreír.

—¿Sabes? —me susurra de nuevo. Yo pongo mucha atención—. Algún día tus libros estarán aquí. Llenarán estos estantes y la gente preguntará por ellos. Yo escribiré en el tablón de recomendaciones cada uno de ellos para que siempre se queden ahí, impertérritos.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Eso no va a pasar, Daniel. No soy buena y es imposible conseguirlo.

—Tú lo harás. —Asiente—. Volarás, Lena.

Me encojo de hombros y me sonrojo un poco. Me cuesta creer en mí misma como lo hace él, con esa fe ciega. Y, sin embargo, él es la tierra firme de tantas cosas que a su lado todo me resulta más verosímil y sencillo.

—Qué ocurre —pregunta acariciando mis mejillas con sus nudillos.

—Estaba pensando en que tú siempre me ayudas a hacer factibles las cosas que me ilusionan. —Sonreímos. Suspiro y prosigo—. Yo también quiero ayudarte a realizar todo lo que necesites.

Daniel me acaricia la cara, me da un pequeño beso y sonrío.

—Y lo haces.

—¿Aunque a veces reclame demasiado mi espacio?

—Aunque a veces reclames demasiado tu espacio. —Sonríe.

—En realidad es que me cuesta pensar que las cosas que me pasan o que las decisiones que tomo tengan importancia para alguien. No estoy diciendo que no interesen, sino que realmente afecten a alguien. Nunca lo habían hecho, más que a mi

abuela, y a veces se me olvida que a ti ahora también te afectan.

—Lo entiendo, Lena; y sé por qué actúas como actúas. Pero yo no puedo estar siempre recordándote que estoy aquí y que cuentas conmigo. Tienes que ser tú. No me gusta ir detrás de la gente, ya lo sabes.

—Lo sé. Pero creo que estoy cambiando. Algo en mí está cambiando. He empezado a escribir, me abro más a Lidia, estoy contigo y... sopeso la idea de mirarme un piso.

—¿En serio? —Sonríe contenido.

—Sí. Y me apetece mucho dar ese paso, a la vez que me aterra.

—Es normal, Lena. Tienes muchas cosas en tu casa, pero te iría bien dejarlas también.

—Ya. Es raro. Para mí es un paso más importante que para el resto, creo.

—Yo te ayudaré a buscar. No tengas tanto miedo; estoy contigo, doña Pánico Johnson. —Reímos.

—Odio ser como soy —digo en plan *destroyer*—. No sé cómo puedes quererme.

Daniel sonríe y niega con la cabeza.

—Ven, acerca tu oído —me dice y yo lo hago, expectante—. Voy a susurrarte algo. ¿Estás lista?

Asiento y me acomodo. Sus labios rozan mi oído y la piel se me vuelve a poner de gallina con el pequeño tacto de su suspiro. Cierro los ojos y siento sus dedos en mis rodillas y su respiración candente. Y con un jadeo casi melodioso, comienza a susurrar cantando muy bajito:

—«Te quiero cuando me destrozas. Te quiero con indecisión. Te quiero con las alas rotas, aunque no haya explicación. Te quiero reventar la boca. Te quiero aunque no vuelvas hoy. Te quiero como tantas cosas que no tienen solución».

Y ante la letra de «Sincericidio», de Leiva, solo podemos sonreír y comernos la boca, deseando que los susurros a media voz no callen las cosas que no queremos decir.

EL PRIMER PASO

Bien, pues aquí estoy: dando pasos al frente, siguiendo los consejos de Yayi, mi padre y Daniel, teniendo tantas ganas como miedo y fumando compulsiva mientras espero a que llegue la agente de una inmobiliaria a la que me acerqué el otro día. Les di mis datos, lo que busco, me hablaron de alguna cosa, nos despedimos y ayer me llamaron para enseñarme tres pisos en la misma zona, así que he quedado con la tipa en la puerta del primero. Me acompaña Dani.

—Hola, Lena. —Sonríe como con fastidio la encargada de llevarme de excursión por el barrio—. Y, perdona, ¿tu nombre?

—Dani.

—Encantada, Elvira —dice con desgana. Chica, tanta profesionalidad no, que me desborda.

Nos mira dándonos un repaso y a mí me dan ganas de reír. Ella enfundada en un traje de chaqueta de Dior, con el que se tiene que estar asando porque ya hace calor, y yo con los labios rojos, pitillos remangados, sandalias cerradas de tacón marrones y una camisa blanca larga tipo *baby doll*. Igualitas. Cuando mira a Daniel a mi lado con sus pantalones rotos, sus Vans desgastadas y su camiseta simple, creo que implosiona.

—Pues, cuando queráis.

Subimos a ver el primer piso que resulta ser un cuchitril diminuto en el que no cabe ni una fregona. Por eso es un cuchitril, claro: para fregar tienes que salirte de la casa y no es plan. Lo elimino de la lista sin cruzar la puerta de entrada siquiera.

—Lena —me dice Daniel antes de salir—, tampoco deseches pisos sin ton ni son porque no sean palacios.

—No, pero tampoco voy a coger uno donde solo puedan vivir Los Diminutos.

—Si os parece vamos rapidito, chicos —nos interrumpe Elvira—. Tengo varias citas hoy y no me gusta llegar tarde.

Se da la vuelta y la seguimos. Daniel le hace burla nada más darnos la espalda y yo contengo la risa como puedo.

En el segundo piso que vemos casi echo los hígados porque me vais a llamar rara, pero subir cinco pisos sin ascensor no es lo que viene siendo mi rutina habitual. No, gracias.

—Ni siquiera lo has visto —dice Elvira con mala baba.

—Si pudiera respirar, te aseguro que lo vería, pero perdona por querer tener oxígeno en mis pulmones cuando entro y salgo de mi futura casa.

Me mira con desdén y yo a ella. Daniel se ríe por lo bajini.

—Vayamos a ver el último —dice sin más.

—A esta se la han mal metido por el culo esta mañana —me susurra Daniel cuando ella se gira y yo tengo que taparme la boca para no reírme.

El tercer piso es una auténtica monada. Subimos en ascensor hasta un cuarto piso que resulta ser un *loft* antiguo pero bien apañado. Entramos y está todo bastante oscuro por las ventanas cerradas, pero se adivina la decoración chic y los espacios abiertos. Sonríe a Daniel y él me guiña un ojo asintiendo. Esto ya es otra cosa.

—Como ves tiene un salón amplísimo y una cocina incorporada que hace que los ambientes se mezclen y, por ejemplo, si haces una cena con amigos, no te pierdes nada por ir y venir a la cocina... —parlotea en modo vendedora.

—Ya veo.

—¿Y si subimos las persianas, qué tal? —pregunta Daniel con sorna.

—Bueno, no querría perder tiempo —dice Elvira—, tengo que irme enseguida, así que ya ves lo que hay, si estás interesada...

Y antes de que pueda encaminarme hacia la ventana para subir la persiana, Daniel lo hace más rápido. La sube a toda prisa y después hace lo mismo con una de la cocina.

—¡¡Dios!! —chillo.

Sí, chillo al ver cómo, al entrar la luz, decenas de pequeñas cucarachas rojizas salen de donde quiera que estuvieran y empiezan a corretear de un lado a otro, buscando de nuevo la oscuridad.

—¡Joder! —grita Daniel—. ¡Hay cientos!

Y suben por los muebles de la cocina, por la encimera... Tengo ganas de vomitar.

—Ah, bueno —dice Elvira—, será una pequeña plaga. Como el edificio es antiguo. Pero vamos, que esto con un poco de Cucal se...

No le doy tiempo a decir más porque me encamino a toda prisa a la salida de ese antro. Daniel me sigue y bajamos corriendo por las escaleras, no queremos ni esperar al ascensor. Elvira se ha quedado bajando persianas para ver si la próxima vez algún tonto pica... y solo deseo que se le metan por su puto Dior.

Llegamos al portal y me sacudo como una maraca.

—¿Tengo cucarachas? ¿Tengo cucarachas? —pregunto histérica.

—No. —Daniel me mira de arriba abajo—. No, ¿y yo?

—Tampoco —digo escudriñándole—. Joder, qué asco.

Me río y asiento.

—Anda, vámonos antes de que la palo por el culo baje —dice.

Me rodea los hombros con un brazo y nos vamos abrazaditos concluyendo con mi primer día de búsqueda de piso y alcance de la madurez.

—Vaya fiasco de búsqueda, ¿no? —pregunto chasqueando la lengua.

—¿Qué esperas? Es el primer día que te pones a ello. Suele costar.

Me echo a reír como una idiota.

—¿Hablas de pisos o de...?

—Gilipollas. —Se ríe conmigo—. Anda, vamos a tomar algo y a cenar. Tú invitas. Le doy un manotazo.

—Eso es cero galante, mamón.

—Te has echado un novio pobre, se siente.

Me muerde el moflete y nos reímos mientras caminamos absortos por las calles de Madrid, dando la espalda a los murmullos que todavía no sabemos que nos acechan.

GRACIAS

Lo bueno de que ya sea mayo es que hace calor y a mí el calor me activa y me hace querer salir más, así que después de trabajar por la tarde, quedo con Lidia para ir al cine y a cenar, mano a mano. Como no tengo tiempo de ir a casa a arreglarme, he venido al curro con mi, según Daniel, «*look chic parisién*». Y hablando de París, no he tocado el libro de Yaya desde hace días, porque el poco tiempo libre que me queda lo he empleado en escribir por fin mi propia novela de la que ya llevo casi cincuenta mil palabras. Sonrío. Es como si leer a mi abuela hubiera removido todas las emociones sepultadas que tengo y estuvieran revolviéndose en mi interior para que las deje salir, como las palabras.

—Pásalo bien —me dice Daniel dándome un beso en la mejilla para no estropear mis labios rojísimos.

—Te echaré de menos esta noche. —Le hago un falso mohín. Como yo tengo planes, a Daniel no le parece bien quedarse solo en casa de mi padre así que esta noche se irá a la suya.

—Yo también. —Sonríe—. Las pajas en la cama no son lo que eran.

—Idiota.

Nos reímos y nos despedimos hasta el día siguiente.

Lidia y yo decidimos tomarnos un vino antes de ir al cine y así nos ponemos un poco al día. Hablamos, sobre todo, de su trabajo porque la tiene muy agobiada. Y no para mal, ojo, es que lleva poco tiempo como contable en una empresa de energías renovables y está todavía haciéndose a todo, echando muchas horas y tratando de aprender todo lo que puede.

—Almuerzo en quince minutos y no hay día que salga de la oficina antes de las nueve, pero, ¿sabes?, es una sensación increíble la de llegar agotada y satisfecha a la vez —me dice. No sé lo que es esa sensación, pero sonrío.

—Eso es porque te esfuerzas mucho y sientes que lo valoran.

—La verdad es que sí. Están muy contentos conmigo.

—¡No sabes cuánto me alegro! —Sonreímos. Y brindamos.

—Nos hacemos adultas, Lena. ¿Ahora qué viene? ¿Casa, boda, niños?

Reímos.

—¡Ay! ¡Dicho así! No sé. Yo, de momento, estoy buscando piso.

—¿Sí? ¡Hala! ¡Enhorabuena! Eso sí que es un paso importante.

—Bueno. —Me rasco la cabeza—. Sí, a ver.

—Lo que te decía: la vida adulta. —Bebemos—. ¿No tienes la sensación de que

estamos en ese momento de transición vital en el que tienes que decidir qué vas a hacer el resto de tu vida y que cualquier error que cometas será fatal e irremediable?

—¡Totalmente! —Me río—. Es agobiante, ¿no? Sentir que no estás donde quieres, pero tampoco tener claro cuál es ese lugar ni cómo llegar a él.

—Supongo que es un ensayo-error.

—Eso espero. Y que no pase nada por equivocarte un poco, también. —Le guiño un ojo.

Nos terminamos el vino entre risas regadas de una creciente complicidad. Me siento a gusto, sí. Veo que hemos afianzado un poco nuestra relación y que somos algo más que amigas de fiesta. Sonreímos y brindamos. Y yo no puedo sentirme más bien.

Durante el trayecto en taxi de vuelta a mi casa, le mando un wasap a Daniel a ver qué tal está y para contarle que me lo he pasado genial, y nada más enviarlo y llegar el doble tic azul, me llama.

—¡Ey! —respondo.

—¡Ey! ¿Qué tal? ¿Así que bien? —Y noto cómo sonrío.

—¡Sí! Ha estado genial. Nos hemos echado unas risas.

—Me alegro. Oye, no quería molestarte cuando estabas con Lidia, pero tengo cosas que contarte.

—¿Ah, sí? ¡Cuéntame! Y, Dani..., no me molestas, por Dios. —Resoplo riendo.

—Ya bueno..., pues nada, a última hora de la tarde me han llamado para hacer una entrevista en un estudio de márketing.

—¡¡No!! —grito. El taxista me mira y yo hago una mueca de *oops*—. Pero ¿cuándo? ¿Quiénes son? ¿Qué te han dicho? —pregunto riéndome de alegría.

—Calma. —Ríe.

—Vente a casa, jo. Ya sé que habíamos dicho que dormiríamos cada uno en la suya y que mañana nos veríamos, pero así me cuentas en persona y...

—Y jugamos a que eres mi entrevistadora sexi y yo tengo que conquistarte con mis habilidades orales. —Ríe.

—Qué idiota. —Me río también—. Pero ¿vienes? ¿Prefieres que vaya yo?

—Voy yo. Darío está con Abel. Voy yo.

Nos despedimos y colgamos.

Llego a mi casa unos minutos después y Daniel lo hace cuando me estoy desmaquillando en el baño enfundada en mi camiseta de dormir.

—¡Ey! —Sonríe al verme y nos damos un abrazo y besito.

—Cuéntamelo todo. Me tendrías que haber llamado, eh —le regaño.

—No quería interrumpir tu noche con Lidia.

—Tal para cual —carraspeo y él me muerde un moflete.

Salimos del baño y vamos a la habitación. Daniel se desnuda y yo tengo que contenerme para no echarme encima y atacar cual leona en celo. Me pilla sonriendo maliciosa y hace una pose de macho *man* para que me ría. Payaso.

—Cuéntame, coño —le digo, acomodándonos en la cama.

—Pues es un estudio que abrió hace como un par de años y se han hecho un hueco

en el sector. Lo que me gusta mucho es que lo lleva gente joven y todos los que curran ahí son socios. Hacen cosas muy chulas y llevan un rollo muy como el mío, así que me molaría bastante.

—¿Cuándo es la entrevista?

—Mañana a las ocho de la tarde. Así me da tiempo tras salir del curro.

—Yo te acompañaré. —Le doy un beso y él me acaricia el muslo.

—Gracias. —Sonríe—. Ojalá me contraten. Ya había oído hablar de ellos y el sitio me motiva, así que a ver.

—¿Quieres que preparemos un poco la entrevista?

—Vale. ¿Te lo chupo ya o...? —Se ríe y yo le doy un almohadazo.

—Qué idiota eres, corazón mío de mi vida.

Y entre risas y ensayos, nos pegamos un buen rato preparando su entrevista hasta que se nos cierran los ojitos de puro sueño y caemos rendidos en la cama.

Hay muchos placeres en la vida. Despertarse haciendo el amor con alguien a quien quieres mientras en la calle llueve es uno de ellos. Mirarte en el espejo del baño y sonreír porque las cosas te van bien, otro. Y escuchar el sonido del café hirviendo en una cafetera de toda la vida que además aromatiza toda la cocina, de los mejores. Sirvo dos cafés y preparo un par de tostadas mientras Daniel se da una ducha. Me gusta la sensación del olor a café, el ruido del agua y el sonido de la lluvia golpeando los cristales. Es... cotidiano. Y a mí me gusta lo cotidiano.

—Gracias, Lena —me dice Daniel cuando entra en la cocina y ve el desayuno.

Sonríe y nos sentamos en los taburetes que rodean la isleta central.

—¿Estás nervioso?

—Eh, no.

—Nada te perturba, ¿eh? —Sonríe.

Le acaricio un mechón de pelo. Me gusta que tenga los pies en la tierra y los nervios de acero; equilibra mi mundo y me calma dentro del caos.

Tras el trabajo, nos encaminamos en metro hasta el sitio en cuestión. Llegamos justos de tiempo, así que sin dilación, Daniel entra en el estudio y yo me quedo en la cafetería de enfrente esperándole. Nada más pedirme un café con leche, me llega un wasap de Dani diciéndome que tiene a cuatro chicos delante, así que va para largo. Vaya, eso le resta posibilidades. Chasqueo la lengua y apelo a toda la buena suerte que Daniel suele tener para que le cojan. Y mientras espero con mi café con leche, saco de mi maxibolso negro el libro de Yayi para avanzar un poquito en la historia.

Capítulo XIII. Gracias

Al día siguiente me desperté bastante dolorida entre las agujetas por haber andado tanto y la precariedad del colchón en el que descansábamos. Mi espalda, mi cuello, mis piernas..., todo me dolía tanto que hasta notaba malestar general en el estómago y en el cuerpo. Pero había prometido hacer el desayuno, así que me levanté dejando a Andrés dormido, y me encaminé a la cocina para hacer café. Isabel y Marcel amanecieron un buen rato después, cuando yo ya había desayunado. Remolonearon todo lo que pudieron ante mi perplejidad, pues nosotros estábamos acostumbrados a ponernos en pie sin rechistar nada más salir el sol, pero supuse que era algo normal cuando eres un asalariado y trabajas para otros. Andrés se levantó casi a la vez que ellos y salió de nuestro rincón al rico olor del café.

—Me gustaría afeitarme y lavarme —dijo tu abuelo tras desayunar.

—Puedes hacerlo en el baño del final del pasillo. Está un poco guarro, pero, bueno, el jabón todo se lo

lleva, así que no habrá problema, ¿no? —respondió Isabel—. Siento mucho las condiciones, pero todos los edificios son iguales y no hay baños individuales. Eso es un lujo que aquí casi nadie se puede permitir.

—Vaya —dije yo meneando la cabeza.

—Ah, y es mejor que esperéis a después de las siete: hasta esa hora está concurrido.

Mientras me bebía otro café pensando en el asco que me daría tener que sentarme en esos retretes que nadie limpiaba y que eran usados por más de treinta personas al cabo del día, vi cómo dos cucarachas intentaban comerse los restos de pan que quedaban por la mesa. Y una arcada involuntaria vino a mí por la desgana y por la mugre.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó Andrés.

—Sí —titubeé.

—Tienes mala cara —dijo Marcel en un precario español.

Me encogí de hombros por no parecer maleducada. Se me veía a la legua que estaba muerta de asco, pero no podía mostrarlo porque sería muy desconsiderado.

Isabel y Marcel se marcharon a sus respectivos trabajos, despidiéndose de nosotros hasta media tarde. Andrés y yo teníamos vía libre para andar por París. Pero antes tu abuelo fue al baño y yo adecenté un poco la casa. No me apetecía nada, pues seguía con mal cuerpo, pero eso no mejoraría si no limpiaba un poco así que, haciendo de tripas corazón, me puse manos a la obra y barrí y fregué la pequeña habitación. Andrés volvió del retrete cuando casi había terminado. Su cara sin afeitarse me dejó claro que prefería dejarse la barba a estar más de lo necesario en ese cubículo, así que tampoco dije más. Eso sí, cuando me tocó el turno y entré, creí que me moría. El váter estaba tan sucio que ni siquiera se divisaba su color original. Una capa grisácea de humedad teñía de mugre toda la taza. Al lado, un lavabo con las mismas características y un espejo que apenas reflejaba nada más que el polvo acumulado. Oía tan mal y estaba tan asqueroso que vomité. Sí. Vomité lo poco que había comido al ver la cantidad de suciedad que ese baño manaba. Para cuando volví a la habitación, Andrés se acercó a mí y me acarició la cara.

—Lo siento. Jamás hubiera venido aquí de saber que...

—No te preocupes.

—¿Quieres que intente mirar una pensión?

—No será mejor que esto, supongo.

Andrés respiró hondo. Me dio un beso que me supo a gloria y al mirar alrededor sonreí porque tras limpiar y adecentarlo todo, la habitación se veía mucho mejor.

—Nos acostumbraremos —dije con una sonrisa—. Ahora está más limpio y huele mejor, y el baño..., bueno, cerraremos los ojos y nos taparemos la nariz.

—Eres un regalo de la vida, Elena.

Sonreí de nuevo y decidimos salir.

Ese día lo pasamos en Notre Dame y alrededores. Cuando vi la catedral, creí que me desmayaba, pero de emoción al ver semejante maravilla. Era como si cada día en París fuera más increíble que el anterior. Cuando pensaba que ya había visto todo lo que quitaba la razón, aparecía algo nuevo que me la hacía perder. Y Notre Dame fue una de esas cosas que no se olvidan jamás. Paseamos por sus pasillos y sus bóvedas, y yo iba como una autómatas hipnotizada por tanta opulencia, majestuosidad y por todo el arte que guardaban sus rincones. Jamás había visto algo tan impresionante. Creo que fue lo que más me gustó de París. De hecho nos quedamos un rato, y yo me senté en uno de los bancos a rezar como jamás había hecho: dando gracias. Sí. Esa mañana en Notre Dame, di gracias a Dios por tener a Andrés, por tener a mi familia, por poder disfrutar de una ciudad como París, por conocer algo tan distinto, por encontrarme por primera vez en mi vida conmigo misma, por maravillarme con todo y por la casa que tenía en mi tierra. Di gracias por todo. Por primera vez en varios años, no recé para pedir que mi madre se curara, que la tierra no se secara, que mi familia no enfermara, que Andrés no me abandonara o que la naturaleza me diera un hijo. No. Por primera vez en varios años, recé para dar gracias por ser quien era y tener todo lo bueno que tenía.

—¿Qué has pedido esta vez? —me preguntó Andrés cuando salimos.

—Nada. —Sonreí.

—¿Nada?

Negué con la cabeza y él sonrió rodeándome los hombros con un brazo. Solo ese gesto ya me emocionó.

—Hoy solo he dado las gracias.

Andrés se paró en seco y me miró muy tierno. Me acarició la cara con sus nudillos y me dio un beso en los labios que me pilló desprevenida. Cuando terminó, miré alrededor muerta de vergüenza, pero para mi sorpresa nadie nos estaba mirando: ahí estaban permitidas las muestras de amor y a nadie le extrañaban. Sonreí y esta vez fui yo quien le dio otro beso.

—Estoy muy feliz, Elena —me dijo.

—¿Por qué?

—Porque te veo feliz. Te veo relajada y disfrutando. Te veo olvidándote de todos los quebraderos de cabeza que tenías y te veo dando gracias a Dios en lugar de pidiéndole algo.

—A veces se nos olvida que tenemos más motivos por los que estar agradecidos a la vida que cosas que nos faltan.

—Y cuando lo interiorizas, te das cuenta de que con nada puedes ser feliz.

Sonreímos y nos dimos otro beso. Y me reí al terminar. Me reí tanto que juré que pasara lo que pasara, siempre buscaría una razón para reír así.

—¿Quieres tomar algo más? —El camarero me interrumpe justo cuando levanto la vista del libro.

—No, gracias. —Sonrío. Miro el reloj y veo que ya ha pasado un rato así que no creo que Daniel tarde mucho más.

Salgo de la cafetería y desde la calle veo el estudio, pero como es un bajo con los cristales tintados por unas láminas decorativas, no sé si Daniel ya ha entrado a la entrevista o no. Miro el móvil, pero no tengo ningún mensaje, aunque la hora de su última conexión es de hace bastante. Intranquila, me enciendo un cigarrillo y mi móvil suena.

—¿Dígame?

—Hola, ¿Lena Oliván?

—Sí, soy yo.

—Hola, Lena. Soy Elvira, te llamo de la inmobiliaria. Nos viniste a visitar hace unos días, ¿recuerdas?

—Ah..., sí, sí.

La «palo por el culo», pienso. Tiene que estar muy desesperada por conseguir ventas para llamarme después de cómo nos fuimos.

—Verás, es que nos ha entrado un *loft* muy mono que encaja con lo que buscabas. ¿Te sigue interesando?

—Bueno, sí.

—Vale, pues ¿te podrías pasar mañana para verlo?

—Perfecto. Sin problemas.

—Genial entonces, nos vemos mañana.

Quedamos, nos despedimos y colgamos. Doy un gritito de euforia y me enciendo otro cigarrillo para celebrarlo. Y antes de que le dé dos caladas, Daniel sale sonriendo de oreja a oreja de la entrevista y a mí se me olvida todo lo demás.

—¿Y bien? —pregunto, nerviosa.

—Ha ido genial —dice dándome un beso—. Creo que nos hemos caído bien.

—¿Y?

—No sé nada aún. Me llamarán a lo largo de esta semana. —Se encoge de hombros—. Me han hecho varias preguntas sobre mi currículum, me han pedido hacer un par de diseños y tal y, no sé, nos hemos caído bien, creo. Al final hemos terminado hablando de música y portadas de discos.

—Jodido *friki*. —Me río. Él se ríe conmigo y me rodea los hombros con su brazo. Sonrío porque me recuerda a mis abuelos.

—A ver qué pasa, pero tengo buenas vibraciones —dice mientras comenzamos a

andar.

—Ojalá te cojan.

—Pues sí. Pero si no lo hacen, no pasará nada, seguiremos intentándolo.

—Eres de un optimista que das asco. —Reímos—. Por cierto, acaban de llamarme de la inmobiliaria. Elvira no se rinde y tiene un piso para enseñarme.

—Ah, ¿sí? —Sonríe—. ¡Genial! ¿A qué hora?

—A las ocho de la tarde.

Chasquea la lengua.

—Mierda, no puedo verlo. Quedé con mi madre para llevarla al teatro, ¿te acuerdas?

—Oh. Sí. Bueno, no pasa nada. Te llamo en cuanto termine y te cuento.

Se queda callado unos segundos.

—Ya.

—¿Qué pasa? —Frunzo el ceño.

—Nada, es que...

—¿Qué?

—No, que había pensado que quizá, no sé. Que igual, después de estos dos meses que hemos vivido juntos en tu casa y tal —lo miro muy expectante—, que quizá podríamos mirar ese piso... para los dos.

Abro la boca, pero la cierro de nuevo. No sé qué decir. Dani está esperando una respuesta. Mierda. Total.

—¿Me estás pidiendo vivir juntos?

—Algo así, sí. Sin prisa, ya sabes, pero podríamos convertir tu búsqueda de hogar en algo común. —Sonríe de medio lado.

—No sé qué decir —resoplo.

—Pues ya me lo has dicho todo —espeto.

—No, es que; a ver... —Me paro y pongo mi pelo tras mis orejas—. Quiero eso, Dani. Quiero esa meta. Y todo lo que viene con ella. De verdad. Eres el amor de mi vida y te quiero.

—¿Pero?

—Pero creo que es pronto. Que nos estamos precipitando. —Él resopla y se aparta, yo intento acercarme—. Es cierto, joder. Somos unos críos, Dani. Llevamos poco, yo nunca he vivido sola y me apetece también esa experiencia. Quiero lo mismo que tú, lo juro, pero poco a poco.

Me mira, midiéndome. Inspira hondo y yo respeto sus tiempos. Asiente despacio con cara de resignación. Y yo suspiro.

—¿Lo entiendes?

—Supongo.

Daniel alza una ceja, pero no dice nada más. A mí se me queda una sensación extraña en el cuerpo, como si una nota se hubiera caído del pentagrama y la melodía tuviera un punto de disonancia. Pero decido no ahondar más en el tema: ha hecho una entrevista para un trabajo serio, está nervioso y con la cabeza dispersa; no es el día ni es el momento.

Avanzamos casi en silencio, sin apenas cruzar dos o tres palabras y mirando cómo el cielo se encapota y va ocultando poco a poco el sol. Y sé que es cuestión de tiempo que esa nota evasiva reclame la atención que merece.

LAS ILUSIONES DE DANIEL

Hoy es un día un poco triste. Y esta vez no es por Mara, mi abuela, mis fantasmas, el *loft* que me enseñó Elvira que tampoco me convenció o el grano en el culo que puedo llegar a ser. Esta vez es porque mañana al mediodía mi padre regresa a Madrid y eso significa que hoy es el último día y la última noche que Daniel y yo pasamos en mi casa. Al menos a diario. Atrás dejamos dos meses viviendo juntos, durmiendo sin apenas interrupción todas las noches en mi cama y haciendo vida común por el día, convirtiendo mi casa en un hogar de cotidianidad *parejil*. Así que Daniel y yo recogimos las cosas que tenía en mi casa y las llevamos de nuevo a la suya. Creo que a Darío le ha hecho gracia cero porque estaba a sus anchas con un compañero ausente que pagaba el alquiler, así que se le acabó un poco la diversión y más teniendo en cuenta que Abel y él pasaban más tiempo juntos que separados. Así es la vida, chiquitines.

Cuando salgo de la tienda para mi ratito de descanso, me siento en el banco de siempre y me como un bol de fruta cortada. Veo el letrero de la entrada y me dan ganas de quemarlo con gasolina. Me pregunto por qué no busco algo mejor. Algo más... yo. Yo quería ser crítica musical, columnista, escritora. Pero al poco de terminar la carrera, me metí en la tienda, conseguí un puesto indefinido y mi desmotivación general hizo el resto, así que me quedé aquí sin más pretensión que llegar, cumplir e irme. Cero complicaciones. Cero responsabilidades. Cero motivación. Chasqueo la lengua. Hay que joderse. Tiene razón Daniel cuando me habla de mi apatía y de que debo pararla para ser feliz. Por eso quiero independizarme, también; para mí será como un primer paso para salir de este bucle de sinsabor en el que estoy metida. Suspiro. No hemos vuelto a hablar del tema Daniel y yo, pero sé que él querría que diéramos juntos ese paso y que no insiste porque no quiere presionarme. Yo también quiero avanzar en ese sentido, ojo, pero no ya. Necesito un poco de tiempo; ver cómo me desenvuelvo yo sola en una casa sin recuerdos porque para mí salir de mi hogar va a ser doloroso y extraño; dejar que la relación siga su curso... No sé. Creo que es pronto, que sería rápido y que eso nos ahogaría.

Entro a la tienda y Daniel se prepara para tomarse su descanso, pero antes de que pueda decir nada, le suena el teléfono. Como no hay clientes ahora y Rodrigo ha salido a tomar un café, lo coge frunciendo el ceño.

—¿Dígame?... Sí, soy yo... Ah, ¿qué tal?... Bien, bien... ¡Sí, sí! ¡Claro!... Pues... tendría que hablar con mi jefe... Vale, perfecto. Os llamo esta tarde... Genial,

¡gracias! Hasta luego.

Lo miro expectante y él cuelga con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quién era? —pregunto.

—Saluda al nuevo diseñador gráfico del estudio más puntero de todo Madrid. Y me incorporo ya mismo.

—¡¡Qué!!

Me río a más no poder y me lanzo a su cuello. Él me abraza y me da una vuelta entre risas contenidas.

—La hostia, Dani. ¡La hostia! Enhorabuena, joder. Sabía que lo conseguirías.

—Lo flipo, joder. —Me para—. ¡Qué fuerte! Por fin voy a salir de este puto antro.

—Por fin vas a dedicarte a lo que te gusta.

Sonríe y me da un beso. Y otro. Y otro más.

—Te quiero —le digo—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Ídem. —Sonreímos.

—Esta noche lo celebramos.

—Nuestra última noche en tu casa.

—Así ya no será tan triste.

Sonreímos y nos damos otro beso.

Sí, por fin va a trabajar en lo que le gusta. En lo que le hace feliz. Va a ver cumplido un sueño. Y yo no puedo estar más contenta por él, aunque eso signifique que ya no voy a tenerlo en la tienda a mi lado y que le voy a ver menos. Suspiro hondo y meneo la cabeza. No quiero pensar en todos los cambios que estamos empezando a vivir.

Hay una parte de mi casa que no se suele utilizar mucho porque como los pisos tienen sus terrazas y demás, pues pasa más desapercibida. De adolescente yo iba mucho, cuando necesitaba abstraerme de todo y llorar sin que Mara, mi padre o mi abuela me vieran. Aquí tenía intimidad; aquí lloraba; aquí escribía y hasta hablaba sola fingiendo que tenía alguien que me escuchara. Y, además, por la altura se ve todo Madrid y por la noche parece que te encuentras en una ciudad desconocida llena de lucecitas. Es como estar en un mundo paralelo. Es lo que tienen las azoteas.

Daniel y yo estamos tumbados sobre una esterilla cubierta por una manta, abrazados. Hemos puesto algunos farolillos con velitas en su interior para dar ambiente y Ella Fitzgerald desde nuestro iPhone suena de fondo en una cálida noche de primavera. Miramos a la nada y escuchamos en la lejanía los sonidos de la nocturnidad de una gran ciudad, aunque se pierden en la altura, en la botella de vino que estamos compartiendo con dos copas y en el humo de los cigarrillos que nos fumamos sumergidos en una conversación sobre su nuevo trabajo, sobre los pasos adelante y sobre la cara que ha puesto Rodrigo cuando se lo ha dicho.

—Cómo le ha jodido que me cogiera las vacaciones que me correspondían para así ya no tener que volver. —Nos reímos.

—Que se joda.

—Siento dejarte ahí sola. —Sonríe.

—Te echaré de menos —le digo mirándolo.

—Lo sé. —Me besa la frente y me pega a su cuerpo—. Ahora te toca a ti salir de ahí.

—Quizá..., quizá actualice mi currículum y mire algo más de lo mío. No sé.

Vuelve a besarme la frente y apagamos los cigarrillos consumidos. Enroscamos nuestros brazos en nuestros cuellos y espaldas y entrelazamos las piernas.

—También voy a echar de menos estar así de enredados cada noche —digo cerrando los ojos y besando su pecho.

—Yo también. —Lo miro sonriendo y él hace exactamente lo mismo—. Cada noche y cada mañana, Lena.

—¿Te ha gustado estar aquí conmigo?

—Me ha hecho feliz —dice tajante—. Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Me incorporo un poco y apoyo mi cabeza en mi mano, doblando el codo.

—A mí también. Me ha encantado vivir contigo y me da una pena infinita que termine.

Lo beso.

—¿Por qué no miramos algo juntos entonces? —pregunta.

Suspiro apretando mis labios.

—Quiero hacerlo, Dani, pero creo que es mejor ir poco a poco. Hemos estado en una nube y ha sido genial todo, pero no debemos correr más de lo que lo hemos hecho. Las metas llegarán, pero no las forcemos.

Daniel suspira sin apartar sus ojos de mí. Yo le mantengo la mirada y noto su mano acariciar mi nuca y mi pelo, dándome tranquilidad ante mi ataque de sinceridad.

—Di algo —le digo, inquieta.

Daniel sonríe tristón. Sigue en silencio mirándome hasta que se incorpora, quedándose sentado mirando al frente.

—Dani. —Le beso el hombro incorporándome tras de él.

Se gira aún sentado y me acaricia la cara. Doy un suspiro de alivio y cierro los ojos. Los mechones de mi pelo se desperdigán de mi pequeña coleta cuando un soplo de aire se lleva la tensión de la azotea.

—Prométeme una cosa —dice.

—Claro.

—Prométeme que algún día daremos los pasos importantes juntos. Que cumpliremos tus ilusiones y las mías y crearemos nuevas juntos. Prométemelo, Lena. Prométeme que nunca dejaremos de volar como lo hemos hecho.

Inspiro hondo con un nudo en la garganta que sale por mis ojos.

—Te lo prometo.

Daniel sonríe y a mí se me escapa entre las risas una lágrima que él me seca. Nos damos un beso que sabe a muchas cosas y al pararlo nos quedamos los dos pegados, con los ojos cerrados, y sin poder decir nada más. Porque ambos sabemos la ansiedad que encierran estas promesas. Porque ambos sabemos lo difíciles que son de cumplir. Porque ambos sabemos que las promesas al viento en la primavera de Madrid son tan

efímeras y fáciles de romper como de decir, por mucha vida que te den y mucha ilusión que te hagan.

LOS DÍAS EN LOS QUE NO SALE EL SOL

Mi camiseta gris cae por un hombro y se moja con el agua del grifo del fregadero. Ouch. Bueno, solo es agua así que sigo preparando el desayuno y lavando los utensilios que voy usando para ello. La radio que he puesto de fondo anuncia que hoy bajarán las temperaturas en toda la península y que se esperan tormentas. Los locutores bromean sobre la importancia que le damos a los cambios de tiempo y me da por pensar que en realidad es un símil de lo que nos preocupan los cambios en general. Todo lo que se sale de lo conocido, cotidiano y de nuestra zona de confort nos asusta y le damos una importancia que, en realidad, no tiene. Sonrío levemente. Y abro la ventana de par en par.

—Buenos días.

Daniel aparece por la cocina enfundado en su camiseta roída de dormir y con unos bóxers de tela con estampado de cuadritos. Sonrío ante su indumentaria, su pelo revuelto y los ojos somnolientos hinchados y con legañas. Se sienta en la mesa en la que he dejado un par de zumos de naranja y unas tostadas de aceite, sal y jamón serrano y me acerco para servir el café.

—¿Quieres leche? —le pregunto.

—No. Y gracias por el desayuno. —Me guiña un ojo.

—Nuestro último desayuno viviendo bajo el mismo techo. —Suspiro con mucha pena.

—No tendría por qué serlo —dice serio.

—Dani, ya lo hemos hablado.

—Eres tú la que ha empezado. —Pone las palmas de sus manos en alto.

Asiento sin más y seguimos desayunando en completo silencio hasta que Daniel se encamina a la ducha para prepararse.

—Suerte en el curro —le digo abrazándolo cuando ya se va y nos despedimos en la puerta—. Mantenme informada y tómallo con calma, y no te agobies que los primeros días siempre son raros.

—Hasta luego, preciosa. —Me da un beso—. Te voy contando. Y saluda a tu padre de mi parte.

Cierra la puerta y yo me quedo con una sensación muy extraña en el cuerpo. Una mezcla entre congoja, pena y sensación de cambio. De demasiados cambios. Demasiadas prisas. Demasiado todo. Me encamino a la cocina para preparar una comida de bienvenida a mi padre que le deje con la boca abierta. Me pedí la mañana libre en el trabajo para poder ir a buscarlo al aeropuerto y pasar un ratito con él.

Quiero que nos sentemos a comer, que se deleite con mi guiso y que charlemos sobre su viaje, mi novela, las memorias de Yayi, Daniel... Y quiero decirle que ha estado viviendo aquí este tiempo porque no me parece justo ocultárselo. No sé si le hará gracia o no, pero ¿qué íbamos a hacer? No lo planeamos, no lo pensamos; solo nos dejamos llevar. Suspiro con pena. Eddie Vedder suena de fondo con su «Guaranteed» y me hace sentir tristoná. Suspiro. Y sigo cocinando hasta que tengo que ir a buscar a mi padre al aeropuerto.

Cuando lo veo salir por la puerta, ambos sonreímos. Se acerca y me abraza muy tierno, dándome dos besos.

—¡Hija! —me dice—. Qué ganas tenía de verte.

—Yo también, papá. ¿Qué tal el vuelo?

—Muy bien. Tranquilo.

—¿Estás cansado?

—No. —Sonríe—. ¿Te has cortado el pelo?

—Ah..., sí. —Me lo toco—. En un arrebato.

—Te queda muy bien —me dice y yo sonrío forzada.

Nos montamos en el coche y me hace las preguntas típicas de carrerilla y yo me pongo nerviosa. Respondo con monosílabos a sus preguntas, pero cuando llegamos a casa y cruzamos la puerta, intento explayarme un poco más.

—Papá, por cierto —digo mientras él deshace su maleta—, estoy escribiendo una novela.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tal? ¿De qué trata?

—Pues..., bueno, ya lo verás. —Le guiño un ojo. No quiero contarle mucho porque está siendo tan mía y me está haciendo tanta ilusión que todavía no estoy preparada para que empiece con sus correcciones. Más tarde serán bienvenidas, pero no ahora.

—Mándame lo que laves y le voy echando un vistazo, para comentarte lo que vaya viendo, ¿sí?

—No, no —me apresuro a decir—. No te lo tomes a mal, papá; todo consejo tuyo será un honor y más que bienvenido, pero me gustaría hacer esto sola y que lo demás llegue cuando esté terminada.

Mi padre me mira sin entender, pero no me pide más explicaciones.

—Está bien, como tú quieras.

Nos quedamos un segundito callados.

—¿Qué tal las memorias de Yayi?

—Muy bien. —Sonríe—. Son geniales, me emociono mucho y me ayudan también.

Él sonrío.

—Eso es genial, hija.

—Sí.

Otro silencio.

—¿Cómo está Daniel?

—Bien. Hoy empezaba a trabajar en un estudio de máquetin y diseño.

—Qué bien. —Sonríe—. Ese chico vale.

—Sí. Bueno —carraspeo—, me gustaría que supieras que Daniel y yo hemos avanzado en nuestra amistad y... estamos saliendo juntos.

Mi padre me mira con una sonrisa contenida.

—Me alegro mucho, Lena. Daniel es buen chico.

—Gracias.

—Yo también quería contarte que Laura, de mi editorial, y yo también tenemos una relación que se ha afianzado con este viaje.

Lo dice contenido y con miedo. Y yo me enternezco.

—¡Qué bien, papá! Me alegro mucho.

—¿Seguro, hija? No querría que...

—Seguro. —Sonrío.

—Me gustaría que la conocieras.

—Claro. A mí también. Cuando quieras.

Sonreímos incómodos y seguimos hablando de nimiedades mientras él sigue con la maleta. Pero la conversación dura poco: ha de irse a la editorial para poner al día al equipo. Así que se da una ducha y se vuelve a ir, dejándome con la comida que me ha costado preparar toda la mañana sin sacar de la nevera, con la bomba de que tiene una novia, sin poder contarle mucho más de mi vida y con una extraña congoja porque nunca había estado con él a solas en esta casa. Sin mi abuela. Sin mi hermana. Y me da tal sensación de estar ante un desconocido que de lo único que tengo ganas es de salir corriendo de esa casa...

Currar en la tienda sin Dani ha sido aburrido, tedioso y odioso. Mano a mano con Rodrigo hasta que encuentre a una persona que quiera hacer esta mierda de trabajo. Y que conste que el trabajo en sí no está tan mal, es él quien lo hace insoportable. Y el sueldo ínfimo, también. El caso es que ya he pasado el primer día sin él y ha sido una mierda como una catedral. La cabeza se me iba a Laura sin parar y no por nada malo; me parece estupendo que mi padre rehaga su vida, pero supongo que enterarme de esta forma tan fría y sin más detalles me ha descolocado. Me encantaría haber podido contárselo a Yayi entre risas. Entonces las dos nos hubiéramos reído de la situación y nos hubiésemos alegrado en el alma por mi padre. Habríamos cotilleado como hienas, pero le hubiésemos apoyado en esta nueva etapa. O a Mara, que siempre le decía que tenía que casarse de nuevo. Habríamos hecho lo mismo que con Yayi. Y todo estaría bien. Todo estaría en orden. Porque yo no me sentiría sola en el mundo. Porque estarían conmigo. El triángulo equilátero.

Me iría con gusto a casa a leer el libro de Yayi, al que tengo abandonado porque con todo el ajetreo emocional no he tenido tiempo y me gusta cogerlo libre de sensaciones. Sé que esta noche la echaré de menos y necesito embeberme de ella de alguna manera. Pero también me apetece poder tumbarme en mi cama con mis

lucecitas y mi música y ponerme a escribir, pues poco a poco voy avanzando con el manuscrito y necesito meterle un buen meneo para acelerar más la historia que estoy contando. O quedarme entre mis sábanas mirando por la ventana tratando de no pensar. Pero me han avisado mis amigos de que han quedado en un bar a tomar unas cervezas y cuando iba a decir que no, he caído en que quizá a Daniel sí le podría apetecer desconectar de su primer día de curro y que no sería justo para él que yo me perdiera eso. Hoy es su día y yo tengo que estar bien, contenta, a su lado y a la altura. Se lo merece, joder. No he sabido nada de Daniel en todo el día. Le he mandado un mensaje preguntando qué tal y otro para decirle que habíamos quedado, pero no me ha respondido. Supongo que estará ocupado haciéndose a todo y no podrá mirar el móvil. No lo pienso más y entro en el bar donde mis amigos están ya ronda en mano.

—¡Lena!

Lidia se levanta a saludarme y me coge de la mano para sentarme junto a ella, pero antes doy dos besos a los chicos y respondo que no sé nada ante las preguntas sobre Daniel.

—¿Cómo va todo? —le pregunto a Lidia—. Perdona que no te haya dicho nada estos días, pero han sido una locura.

—No te preocupes, yo también estoy liada. —Sonríe.

—¿Sí? ¿Con algo en especial?

—Trabajo. —Se encoge de hombros—. Voy conociendo a mi jefe y es un auténtico nazi. Me mata, en serio.

—Joder, lo siento.

—Nada, chica. Toca aguantar. —Asiento—. ¿Tú, qué tal?

—Bien. —Sonrío—. Sin novedad —miento.

Lidia asiente sonriendo y volvemos a enfrascarnos en la conversación banal de nuestros amigos. No me ha apetecido decirle que mi padre ha vuelto, que tiene novia, que Daniel se ha ido de mi casa, que me inquietan los cambios y no saber de él. No estoy de humor, no sé.

Lo siento, Lena. Se me ha hecho tardísimo y salgo ahora de currar. Me voy a casa porque estoy petado y con un montón de cosas por hacer todavía. Ha ido genial; la gente muy maja, he estado manejando las aplicaciones y ya me han encargado cositas pequeñas, pero me he querido quedar hasta tarde para entenderlo todo bien y empezar cuanto antes a rodar. ¿Te importa que nos veamos mañana? Llámame en cuanto llegues a casa y te cuento todo bien, ¿vale?

Claro, sin problema. Descansa un poco, no absorbas todo el primer día. Luego te llamo.

Dejo el móvil en el bolso y suspiro tratando de alejar la sensación de estar muy sola en medio de mi gente.

LLAMADA NOCTURNA

Ey —responde a mi llamada nocturna—. Siento no haberte dicho nada en todo el día. Ha sido una puta locura.

—No te preocupes, lo he imaginado. ¿Cómo ha ido?

—Bien. He llegado, me han presentado a todos... Curran unos diez, aunque no me acuerdo de ningún nombre salvo de Pedro, que ha estado todo el día conmigo enseñándome las cosas y tal. Muy majete. He comido con él y una tal Patricia, maja también. La verdad es que son todos muy de mi rollo.

—¿No hay arpías? —Me río.

—No creo. —Ríe él—. Al menos de momento todo me ha parecido correcto. Y como yo tampoco me meto en las rarezas de cada uno...

—Haces bien.

—Sí. Luego me han metido en mi puesto y nada, manejando las aplicaciones que usan, viendo los proyectos que tienen y ya aportando ideas. Ha sido interesante y me he sentido vivo currando. Es genial.

—¡Qué bien, Dani! Joder, me alegro en el alma.

—Lo sé. Ahora intento acordarme de todas las cosas.

—Bueno, date tregua. Ya sabes que al principio cuesta.

—Sí, pero tengo ganas. Me apetece, ¿sabes?

—Estás muy motivado y eso es muy bueno.

—Eso es. ¿Tú qué tal?

—Bien, sin novedad.

—¿La tienda?

—Un coñazo total. —Río.

—¿Y con estos, qué tal?

—Normal. Unas cervezas, unas risas, cuatro brindis tontos y para casa.

—Bueno. ¿Y tu padre?

—También bien, señorito fiscal. —Me río.

—Ya. ¿Y por qué tengo la sensación de que algo no va bien?

—No seas tonto, va todo bien. Hoy ha sido un día normal, salvo que tú has cambiado de trabajo.

—Ya. ¿Le has dicho a tu padre lo de la novela?

—Sí. Y que muy bien y que se la deje leer cuando quiera.

—Genial, ¿no?

—Sí, muy bien.

—¿Y le has comentado que he acampado en su hogar estos meses?

—No. —Me río—. No me ha dado pie a eso. Pero sí le he dicho que habíamos dado un paso más y se ha mostrado contento.

—¿Sí? Pensaba que diría que soy demasiado «poca sustancia» para ti, como decía Yayi.

Reímos.

—Qué va. Le caes genial. Y a Yayi. Además, como él se ha echado novia imagino que tampoco querría decir nada negativo por si le venía de vuelta.

—¿Cómo? ¿Novia? ¡Lena! ¿Y eso?

—Ah, nada. —Disimulo para no acaparar la atención de su día—. Me ha dicho que había afianzado su relación con Laura, una mujer que trabaja en la editorial y que ha hecho este viaje con él, y que quiere que nos conozcamos.

—Joder. ¿Cómo no me lo cuentas?

—¡Estabas trabajando!

—¡Digo ahora!

—No es importante.

—¿Que no es importante?! —dice como atragantándose—. Lena, tu padre tiene una novia después de veintiséis años, el tiempo que ha pasado desde que falleció tu madre, y ¿no te parece importante? ¿Quieres dejar de fingir?

—¡Vale, joder! No te lo he contado porque he estado rara desde esta mañana, pero he intentado sortear un puto día de mierda como he podido pues da la casualidad de que era tu primer día de trabajo y no quería jodértelo, ¿vale?

—A ver, Lena —respira—, puedo con todo, ¿entiendes? Puedo tener un día de puta madre y responder a una llamada de mi novia si me dice que acaba de enterarse de que su padre tiene novia y se ha quedado tristonza. Puedo llegar a casa tras un día que te cagas y escuchar a mi chica contarme *motu proprio* que ha sido un día de mierda para ella a pesar de lo mucho que se alegra por mi trabajo. Son cosas independientes, Lena. Nos tenemos que contar las cosas.

—Lo sé, pero no quería estropearle el día.

—Me estropeas el día cuando veo que no te comunicas conmigo. Otra vez.

—Dani, ¿a qué viene esto?

—Viene a que tengo que sacarte las cosas con excavadora, Lena. Y me canso también. Tu libro, tu padre, tus días malos... Entiendo tu espacio y tus parcelas, y me encantan; pero a veces pones tanta distancia que me haces sentir al margen.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Quieres que te diga que la comida que me ha costado preparar media mañana para recibir a mi padre se ha quedado en la nevera porque apenas ha pisado su casa, aunque lleve meses sin verme? ¿Quieres que te diga que saber de su novia me ha tenido en una contradicción andante todo el día porque por un lado entiendo y respeto esa relación, pero por otro me hace sentir que sobro? ¿Quieres que te diga que te he echado de menos a rabiar en la tienda y que ha dejado de tener sentido estar allí? ¿Quieres que te diga que tengo miedo a que el tema de vivir juntos se apodere de nosotros y abra una brecha en nuestra relación? ¿Quieres eso, Dani? ¿Tu primer día de curro?

—¡Pues sí! Es precisamente lo que quiero y ¡necesito! que me digas. Ponme en tu vida, Lena.

—Estás exagerando, Dani. Y sacando las cosas de su lugar. Sabes lo que me cuesta abrirme y sabes cómo van mis tiempos, pero nunca te había molestado.

—Porque antes ¡no éramos novios! La diferencia no es solo una palabra, es un compromiso. Sales con alguien porque quieres compartir con ese alguien tus cosas, pero tú sigues tratando esta relación como si solo folláramos, nos bebiéramos unas copas entre risas y poco más.

—¡Eso no es cierto! Yo estoy cien por cien comprometida con esto, joder.

—Sí, claro, por eso me cuentas las cosas y por eso vamos a seguir viviendo juntos.

—Mierda, Dani. Lo sabía. —Respiro audiblemente—. Sabía que el fondo de todo era eso. Te lo he explicado varias veces ya: quiero dar ese paso, pero despacio. Que no lleve el mismo ritmo que tú no significa que no quiera ir al mismo sitio que tú. Solo te pido que respetes un poco mis tiempos.

—Tengo miedo de que «tus tiempos» sean en realidad un eufemismo para no dar el paso. No solo de vivir juntos, sino también de todo lo demás.

—¿Qué demás?

—Que te impliqués, Lena.

—Lo hago.

—Más.

Suspiramos.

—Estoy reventado, ¿hablamos mañana?

—Sí. Descansa.

—Y tú —dice, serio.

—Te quiero.

—Y yo.

Colgamos.

Miro por la ventana.

Y lloro.

SALIENDO DE LA CAMA...

Mi padre se ha marchado antes de que me levantara. Tenía pensado desayunar con él para charlar un poco, pero parece que me he dormido. Miro el reloj: son las ocho y media. *Ñeh.*

Me doy una ducha rápida, dejo que mi pelo se seque al aire y desayuno mientras echo un vistazo al último capítulo que tengo escrito. Estoy llevando buen ritmo a pesar de los trompicones y calculo que me queda un poco más de la mitad de lo que quiero hacer. No está nada mal. No sé en qué quedará, pero desde luego me calma, me alivia y me devuelve las fuerzas. Supongo que adentrarte en otras vidas hace que te olvides un poco de la tuya y que cuando la retomas lo haces con mejor perspectiva. Así que, puestos a adentrarme en otras vidas, de hoy no pasa que lea de nuevo las memorias de Yayi. Y, de hecho, nada más sentarme en el vagón de metro para ir al trabajo, saco el libro de mi abuela y lo abro con emoción.

Capítulo XIV. Las sorpresas de la noche parisina

Cuando llegamos a casa tras nuestra visita a Notre Dame y otra vuelta por las calles alrededor de nuestro hospedaje, yo estaba menos dolorida de lo que me desperté por la mañana. Supongo que hacer ejercicio cuando tienes agujetas es, como siempre dicen, lo que las cura, así que me sentía ligera. Estaba a punto de comenzar a hacer la cena —Isabel me había dicho que en Francia se cenaba antes que en España— cuando ella y Marcel entraron por la puerta riéndose a carcajada limpia.

—¿Qué haces? —me preguntó Isabel viendo el cuchillo que llevaba en la mano dispuesta a pelar patatas—. ¿Vas a matar ya a mi hermano? —Rio—. Desde luego, yo te ayudo, es un cascarrabias petulante, ¿se dice así? ¡Petulante! —Se rio más fuerte y Marcel con ella.

Se tambalearon mientras entraban a la habitación e Isabel se reía tontamente por cada palabra que cualquiera pronunciaba. Fruncí el ceño. Parecía que ambos iban bebidos, sobre todo Isabel, y eso que venían de trabajar. Andrés también la miró con desaprobación, pero omitimos hacer juicios de valor.

—¡Deja eso! —Rio Isabel quitándome el cuchillo de las manos.

—Iba a hacer la cena —respondí.

—¡Ah, no! ¿No os lo había dicho? ¡Hoy vamos a salir!

—¿A salir? —pregunté extrañada.

—Sí, a una fiesta.

—Bueno, pero nosotros no vamos a esa fiesta y tenemos que cenar —dije yo con una sonrisa.

—¡Claro que venís! ¡Vamos todos!

—Isabel... —comenzó a decir tu abuelo.

—Venga, sí —rogó como una niña pequeña—. ¡Es en uno de los sitios de moda! Es el cumpleaños de un amigo nuestro y vamos a celebrarlo. Solo serán unas rondas y nada más —dijo haciendo el gesto del dinero con sus dedos y cara de resignación—, pero lo pasaremos bien, bailaremos, reiremos y beberemos un poco.

—Pero mañana trabajáis —dije yo.

—Bueno, ¿y qué? Tendremos resaca pero se pasa. —Se encogió de hombros—. Anda —dijo melosa—, no seáis tontos; vamos, estamos un ratito y volvemos. No tenéis nada mejor que hacer y así conocéis la noche parisina. Qué más os da.

Yo miré a tu abuelo y él me miró a mí. Nos encogimos de hombros los dos, y él me hizo unas señas para

que decidiera yo. Y aunque estaba cansada y no conocía a nadie, algo dentro de mí me dijo que tampoco perdíamos nada.

—Bueno, un ratito, si te hace ilusión...

—¡¡Claro que sí!! —Aplaudió Isabel—. ¡Me hace mucha ilusión! Venga, vamos a vestirnos.

—¿A vestirnos?

—¡No querrás ir desnuda! —Rio y yo me sonrojé.

—Pensaba ir así. —Miré de arriba abajo mi vestido, con el que llevaba todo el día.

—¿Así? —dijo casi histérica—. ¡No puedes ir así, pareces una monja! Anda, ven, yo te dejaré un vestido.

—Pero...

—Nada de peros. —Me agarró de la mano, tirando de ella, y nos encaminamos a su dormitorio.

Isabel me trató como si fuera una muñeca. Se volvió literalmente loca conmigo. Me vistió en su habitación, me sentó después en su cama, me maquilló y me peinó. No me dejó mirarme en ningún espejo mientras lo hacía, así que solo podía cruzar los dedos para no parecer una descarada. Aunque tratándose de Isabel, no podía tenerlas todas conmigo. Mientras el pelo cogía forma con los rulos, ella se arregló ante mi atenta mirada. Y cuando estuvo lista, hasta a mí me dejó impresionada con la belleza y la elegancia que tenía a pesar de todo. Se puso un vestido rojo como no había visto en la vida, de tirantes y escote cruzado en V. Por su escote se insinuaban sus pechos y la cintura era tan ceñida que tuvo que ponerse un corsé para hacerla de avispa. El faldón caía ancho en forma de campana hasta la rodilla, un típico vestido de los años cincuenta que imitaba el tafetán sin serlo. Para adornarlo, se puso un collar plateado bastante grande y pendientes a juego. Se pintó los labios de un rojo que jamás había visto, se dejó su cabello ondulado y se subió a unos zapatos de tacón negros tan altos que casi superaba a Marcel. Me quedé con la boca abierta incapaz de decir nada porque por mucho que llamara la atención, por mucho que en Canfranc se la hubiera criticado, estaba tan despampanante, exuberante y preciosa que no podía más que admirarla.

—Estás guapísima, Isabel.

—Lo sé. —Me guiñó un ojo—. Levántate, ya hemos terminado contigo.

Me quitó los rulos y me mesó el pelo, cogiéndomelo después en un recogido que, según me dijo, estaba de moda en París. Me dejó unos zapatos negros de mi número, que era el mismo que el suyo, con un tacón tan alto como los de ella y entonces yo negué con la cabeza.

—Yo no sé andar con esto, lo siento —dije avergonzada.

—Claro que sí. Todas las mujeres sabemos. Solo tienes que ir muy recta, poner un pie delante del otro y apoyar siempre con el talón primero. —Sonrió.

Dentro de aquellos zapatos me encontraba alta, desgarbada y sin forma. Yo no era delgada como Isabel, tenía más bien una figura recia, pero aun así cuando me dejó mirarme en un espejo, casi me desmayé porque no me reconocí. Parecía una actriz de Hollywood. Parecía Elisabeth Taylor.

Isabel me había dejado un vestido que jamás se había puesto porque le quedaba grande. Era de una tela similar a la suya pero negro, de tirantes, con el escote cuadrado y una pequeña abertura en el centro, que hacía que mis pechos se insinuaran. Sobre el faldón, un bordado en forma de rosa desde la cintura hasta el dobladillo, dándole color. Llevaba pendientes plateados y mis zapatos llevaban abierta la punta, pero, según me dijo Isabel, con las medias que llevaba no pasaría frío. Las medias que llevaba... estaban sujetas a mis piernas y mis caderas por un ligero. Jamás había llevado algo así y me sentía incómoda por todas partes, pero también me sentía... bonita. Y mujer.

Cuando salimos de la habitación y Andrés me vio, se le cayó el cinturón que llevaba en la mano y que estaba a punto de ponerse en su traje de novio.

—Hola —le dije sonriendo y un poco ruborizada.

—Hola. —Sonrió—. Estás... Creo que no he visto nunca nada tan bonito como tú.

Sonreímos los dos y me tendió su brazo.

—Espero que me sigas viendo bonita cuando vuelva a mi ropa cotidiana. —Me encogí de hombros.

Andrés me cogió de la barbilla y me obligó a mirarlo.

—Eres lo más bonito que hay en el mundo, Elena. Da igual con qué ropa vayas o que no la lleves, tú tienes la belleza implícita.

Di gracias a Dios por disfrutar de un marido como Andrés y una cuñada como Isabel que nos llevaba a fiestas parisinas llenas de vestidos de falso tafetán.

Llegamos al local de moda que nos había dicho Isabel treinta minutos después. Solo entrar, y ya me maravillé como una tonta porque nunca había visto nada igual. No era muy grande, pero era un sitio con mucho encanto, de los que hoy llamaríais *vintage*, aunque en aquel momento era lo más moderno de París. Las sillas eran de mimbre con un toque modernista, las lámparas eran de araña y las mesas se adornaban

con velitas y flores. Los camareros servían ataviados con pajaritas y las cigarreras con preciosos vestidos de seda. Nunca había visto algo así. Una espesa capa de humo de cigarrillos y puros sobrevolaba las cabezas de distintas personas que bebían y reían ajenas a nuestra presencia. Los hombres iban con traje, las mujeres con vestidos, pero no se notaba un ambiente glamuroso. Al contrario, se veía que era gente que apenas tenía qué comer, pero aparentaba tenerlo para pasar un rato de ocio y olvidarse de la miseria. Los vestidos de ellas eran de telas malas e imitaciones, algunos incluso con agujeros o rotos. Los trajes de ellos estaban ajados, descoloridos o con piezas desparejadas. No, no era el París de los felices años veinte. Ni el París de las actrices glamurosas. Era el París real, el París destrozado tras la Segunda Guerra Mundial que, nueve años después, todavía luchaba por recomponer su identidad y su economía.

Aun así yo nunca había visto nada igual en mi vida; no podía parar de estar con la boca abierta. Andrés me besaba la cara en público y eso me hacía sonreír y sonrojarme porque todavía no me acostumbraba a las muestras de afecto más allá de la intimidad. Pero ¡era París! Así que...

Nos sentamos en una mesa en la que había un grupo de unas diez personas, aunque solo cuatro se conocían entre ellas. El resto éramos allegados de los amigos del cumpleaños, que iba ya tan borracho que ni podía ponerse en pie. Como yo apenas hablaba francés y no entendía casi nada, estuve un poco más apartada, aunque tu abuelo trataba de traducirme y no se despegó de mi lado. Isabel, en cambio, estaba eufórica y desatada hablando con todos y riendo escandalosa. Me hacía reír a mí también. El camarero se acercó y antes de que pudiera pedir un vasito de vino, el del cumpleaños pidió botellas de champán y whisky, sin opción a más. Bueno, por un sorbito de champán francés tampoco pasaría nada.

Poco a poco fui viendo todo borroso. Mi cabeza daba vueltas y tenía un calor sofocante que hizo que me quitara el abrigo. Dejé mi vestido a plena vista y muchos ojos no paraban de mirar con disimulo mi escote y mis voluptuosos pechos. Y lejos de sentirme incómoda, le quité toda la importancia del mundo cuando Andrés me susurró un: «Me siento orgulloso de estar casado con la más guapa» que me hizo reír y querer beber más champán. Y es que, como no me enteraba de la conversación y estaba algo nerviosa, bebí para relajarme un poco y sin pretenderlo..., me emborraché. ¡Ay, Lena, flor, qué mal ejemplo! Pero lo cierto es que por primera vez en mi vida me sentí eufórica, contenta, con muchas ganas de reír y de bailar. De hecho, viéndome tan alegre, Andrés me sacó a la pista y danzamos como cuando en Canfranc había verbena para las fiestas patronales y nosotros éramos unos asiduos bailarines. Nos encantaba. Me acordé de nuestra casa y de las veces que bailábamos en la cocina con la radio puesta. Me acordé de las risas, de las vueltas y los besos entre medias. Me sentí feliz ante la risa incontenible de mi marido que estaba disfrutando tanto o más que yo por verme desinhibida y contenta. Lo abracé por el cuello y le di un beso en los labios *motu proprio*, en medio de la pista de baile llena de gente.

—¿Lo pasas bien, eh? —me dijo socarrón.

—Nunca lo había pasado mejor —balbuceé.

—Eso me gusta. Me gusta verte reír.

Sonreímos y un torrente de energía nos separó para cogerme y darme vueltas y más vueltas. Era Isabel, que quería bailar conmigo una canción de *swing* alegre, movida y rápida. Las dos bailamos muertas de risa, ajenas a las miradas de los demás. Andrés se encendió un puro junto a uno de nuestros compañeros de mesa. La gente estaba cada vez más borracha y supe después que algunos consumieron algo más que alcohol, aunque por aquel entonces yo apenas había oído hablar de las drogas. Yo tenía bastante con mi achispamiento y con mirar a Andrés y sus ojillos brillantes de verme disfrutar. Sí, lo estaba haciendo. Como nunca. Por primera vez en mi vida me sentía pletórica y no entendía por qué había estado tan triste por no tener hijos si estaba viva y eso me permitía todas las oportunidades de este mundo.

Isabel sacó su pitillera plateada y me ofreció un cigarrillo con sonrisa pícaro. Yo me encogí de hombros y como iba bebida y estaba en París, dije que sí. Andrés se aguantaba la risa y él mismo nos dio fuego a las dos, aunque yo tosí como una descosida con la primera calada. Mi marido y mi cuñada se reían sin parar, y yo me uní a ellos porque me sentía una adolescente que intentaba transgredir las normas. Eso sí, pasadas las primeras caladas, le cogí el tranquillo y acabé fumándome mi primer cigarrillo. Y después el segundo. Y el tercero. Y así fumar de vez en cuando se convirtió en un vicio placentero que jamás me ha abandonado, aunque solo lo supiera tu abuelo y yo te riñera cada vez que te encendías uno.

Tras el baile volvimos a la mesa, cansados de tanto ejercicio. Tenía la frente llena de sudor, y el ambiente se cargaba con olores corporales que mezclados con el champán me empezaron a dar arcadas. La cabeza me daba vueltas. Y esos olores me recordaron al cuchitril donde dormía, sus cucarachas, su váter lleno de suciedad, y las arcadas dieron paso a las náuseas.

—Andrés —dije—, me encuentro muy mal.

—Vámonos.

Me cogió de la cintura y me ayudó a caminar para salir fuera. Isabel nos siguió preocupada.

—¿Qué ocurre? ¿Nos vamos?

—Elena se encuentra mal. Nos vamos a casa.

—Oh. Lo siento.

—No pasa nada. ¿Vienes con nosotros?

—Pues... —Isabel miró alrededor.

—¿Dónde está Marcel? —preguntó Andrés.

Isabel bajó la cabeza en un gesto que no me pasó desapercibido.

—No lo sé.

Andrés la miró frunciendo mucho el ceño y negando con la cabeza. Yo me encontraba tan mal que no me paré a pensar qué estaba pasando.

—Vámonos, Isabel —le dijo—. Descansaremos en casa.

Ella asintió y, recogiendo su abrigo, se vino con nosotros.

Nada más pisar la calle, me encontré mejor. Lejos de los olores nauseabundos y de los cantos y gritos de la gente, mis sentidos volvieron a su sitio y parecía que mi estómago también. Caminar un poco me sentó bien, pero Andrés propuso coger un taxi.

—Mejor andamos —dijo Isabel—. Así nos despejamos y no gastamos dinero.

—No. Hace mucho frío y estamos lejos.

—Se nos hará corto, ya veréis. A Elena le sentará bien el paseo.

Andrés quiso refutar de nuevo, pero yo le di un toquecito en el brazo con disimulo para que se callara y aceptara. Empezaba a comprender por qué Isabel quería retrasar la vuelta a casa y rezaba para que no fuera lo que estaba pensando.

Cuarenta y cinco minutos después llegábamos a nuestra calle muertos de frío, cansancio y hambre. Entre unas cosas y otras no habíamos cenado así que yo me encontraba desfallecida. Todavía me duraba el achispamiento, pero con el paseo de vuelta a casa se me había bajado bastante y ya solo estaba cansada. Eso sí, lo había pasado tan bien que me daba igual encontrarme mal. Me había soltado, me había emborrachado, había fumado y bailado entre besos. Me sentía tan liberada y tan feliz que deseé no irme de París jamás o, al menos, que la noche no terminara a nunca.

Pero lo hizo. Terminó. Y lo hizo con un jarro de agua helada cuando, al llegar al portal, vimos en la puerta a un hombre que se comía a besos a dos prostitutas mientras las toqueteaba sin parar. Yo me quedé atónita y sin poder creer lo que veía; Isabel contuvo un sollozo, bajó la cabeza y abrió la puerta con su llave, haciendo como si no estuvieran allí; y Andrés no se contuvo y pegó un puñetazo al hombre que metía las manos bajo los vestidos de sus acompañantes. Era Marcel. Isabel, mientras tanto, había subido ya a casa.

¡Joder, Marcel! ¡Qué valiente hijo de puta! Y, joder, mi tía abuela, que hizo la callada por respuesta. ¿Lo sabría de antes? Qué intriga. Sonrío. Jodida Yayi, cómo me tienes en vilo y sin saber si Isabel se había resignado a su vida o no. Y eso me hace pensar. Pensar en mí y en la vida que llevo con ausencia total de emoción plena, de ilusión por las cosas, de motivación y de amor. Quizá como Isabel. Tendré que seguir leyendo para saber, pero a veces te metes en una rueda sin darte cuenta y después ya no sabes cómo salir. Pero yo quiero salir. Quiero vivir mi vida. Quiero ilusionarme y quiero disfrutar de las cosas. Quiero dejar de sentirme tan sola y de pensar que es el tiempo quien me hará olvidar todas mis emociones. Y para eso tengo que quitarme lastres, como dice Daniel. Y el primer lastre que he de quitarme es mi casa y todas las cosas malas que me hace sentir, aunque me pese. Sonrío. Y me bajo en la siguiente parada para coger otro tren.

Qué quieres decir con que estás enferma? Escucho ruido de fondo, Lena —grita Rodrigo al otro lado de la línea.

—He echado la pota cuatro veces antes de subir al metro, Rodrigo. Me vuelvo a casa porque no me puedo ni poner en pie.

—No me lo trago.

—Pues no sabes lo que te pierdes —digo entre risas con toda mi chulería.

—¡¿Cómo?!

—Que la cobertura se pierde. Te llevaré un justificante.

—Estás tensando la cuerda demasiado, Lena.

—Pues a ver si se rompe de una vez.

Y cuelgo.

Entro a toda prisa en la inmobiliaria porque no me quiero arrepentir.

—Hola, Lena. ¿En qué puedo ayudarte? —pregunta Elvira con cara de pocos amigos.

—Oh, pues, verás, lo he pensado mejor y sí me interesaría el último *loft* que me mostraste.

Hala, ya está. Voy a independizarme. Voy a hacerlo. Si lo sigo retrasando jamás saldré de esa casa y es un primer paso para todo lo demás.

—¿El *loft*? —Asiento—. Vaya, lo alquilé ayer.

Mi cara es un poema andante y Elvira debe pensar que el karma existe.

—Lo siento, pensé que no te interesaba.

—No pasa nada. —Niego con una sonrisa—. La culpa es mía por pensármelo tanto.

Y por creer que esto saldría bien.

—Bueno, creo que tengo algo similar que te puede gustar, aunque en otra zona.

Busca en su ordenador.

—Sí —dice—. Tengo uno que podría enseñarte ahora mismo, si quieres. No está lejos de aquí.

—Perfecto.

Cuando entro en la casa, una sonrisa se posa en mi cara y una especie de euforia me arrasa sin darme cuenta. ¡Es genial! Es un segundo piso en un edificio de renta antigua, pero bien conservado. No tiene ascensor y el patio es amplio, con ese olor característico a vida pasada. Me gusta, porque me dice muchas cosas de lo que se ha susurrado en sus rincones. El piso es muy pequeño; tan solo tiene un dormitorio, un

aseo y una sala con una pequeña cocina. Pero es espacioso dentro de sus escasos metros cuadrados y da la sensación de ser uno de estos minipisos de Ikea, porque está decorado muy cuco. Sí. Creo que me gustaría vivir aquí. Me encantaría llegar a casa tras el trabajo y servirme una copa de vino mirando por las dos únicas ventanas de la sala, invitar a comer a mis amigos en esta mesa redonda tan molona o hacer el amor con Daniel en el suelo ajedrezado. Me gusta todo y una especie de euforia desconocida se apodera de mí y me hace estar ilusionada. Ilusionada con algo que será mío y que podré disfrutar cuanto me plazca. Una casa. Mi casa.

—¿Qué te parece? —me dice Elvira.

—¡Me encanta!

—Sí, es un pisito muy mono. Lleva un par de semanas sin inquilino, pero tenemos ya a varias personas interesadas. Alguna nos tiene que confirmar hoy, así que...

—Me lo quedo —digo sin pensar, temiendo que me lo quiten.

—¿Cómo? —pregunta extrañada por mi impulso.

—Que me lo quedo. Me encanta el piso, me encanta la zona y encaja con mi economía y con lo que busco. —Sonrío. Ella sonrío más aún porque el farol que se ha tirado ha surtido efecto.

—¡Perfecto! ¡Qué bien! Si te parece, voy a llamar al dueño para ir preparando todo el papeleo.

—Me parece. —Sonrío.

Así que empezamos los papeleos y me pego toda la mañana dando vueltas como una peonza, aunque merece la pena porque...

¡Sí! ¡Tengo piso! No puedo evitar exclamarlo en voz alta cuando terminamos los trámites y me alejo lo suficiente como para que la chica no piense que estoy loca. Pero es que estoy ¡eufórica! Joder, no me lo esperaba. Creí que cuando diera el paso tendría cierta congoja por todo lo que significa dejar mi casa atrás y, sin embargo, estoy que no quepo en mí de gozo. Me da mucho miedo la reacción de Daniel, pero al pensar en vivir sin todos los lastres que mi casa me ocasiona, me siento... liberada. Y me encanta que haya sido así, sin esperarlo, sin pensar, a modo de locura. Lo que sea, pero voy por la calle dando saltitos ante la mirada atónita de mis futuros vecinos justo cuando suena mi teléfono con el nombre «Lidia» parpadeando en la pantalla.

—¡Hola, Lidia! —digo emocionada.

—¡Hola, Lena! ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¡Acabo de alquilar un piso! ¿Y tú?

—¡Hala! Pero ¡qué bien! ¡Enhorabuena!

—¡Gracias! Estoy superemocionada.

—¡Claro, normal! ¿Y cuándo te lo dan?

—Pues en tres o cuatro días. El dueño quería sacar algunas cosas y tal.

—¡Qué bien! Oye, te llamaba por si tenías libre para almorzar juntas. Me han hablado de un sitio estupendo en Malasaña.

—¡Estoy cerquita! —Sonrío—. ¿Vas ya hacia allí?

—Sí. —Ríe—. Te mando la localización del sitio y nos vemos ahí.

—Perfecto.

Colgamos y voy hacia el sitio. Mientras camino por el centro, me abstraigo como siempre hago mirando escaparates y a la gente que pasa, y termino entrando en alguna tiendecita. De hecho, para celebrar un poco mi nueva vivienda, me compro en una joyería un fino anillo de acero bañado en dorado con el símbolo del infinito para mi dedo índice. Me gusta. Y, no sé por qué, compro otro para Lidia.

—¡Hala! —exclama cuando se lo doy, ya en el restaurante—. ¡Qué chulo, Lena! ¿Y esto?

—Nah, una tontería. Me he comprado uno y he pensado que...

—¡Me encanta! ¡Muchas gracias!

Me da un abrazo que me pilla por sorpresa y que agradezco en el alma y nos sentamos a comer con una botellita de vino para celebrar que tengo una nueva vivienda. Durante la comida hablamos de todo un poco. No profundizamos en nada, pero se agradece un poco de conversación banal de esa que no va a ninguna parte. Lidia me devuelve a una realidad de la que yo llevo años alejada y quizá por eso me siento tan relajada con ella y cada vez me siento más cómplice.

Dejo a Lidia en la puerta de su curro y, ya más tranquila, saco el teléfono del bolso. Resoplo porque sé que no va a ser una conversación del todo agradable, así que me enciendo un cigarrillo como si el vicio fuera a suavizar las cosas.

—¡Ey! —responde Daniel a mi llamada.

—¡Hola! ¿Cómo va el día?

—Bien, mucho trabajo. ¿Y el tuyo?

—Pues... emocionante. No he ido a trabajar.

—¿Y eso?

—Tengo que contarte algo, pero preferiría decírtelo cara a cara.

—¿Qué ocurre?

—Nada malo, tranquilo.

—Pero...

—En persona.

—Qué miedo me das. —Nos reímos—. Bueno, pues, ¿te veo en un par de horas? ¿Te vienes a mi casa?

—Perfecto.

Dos horas después me encamino a su casa con un poco de canguelo. Sé que no le hará gracia, pero no puedo dejar de hacer las cosas que me ilusionan por eso. Precisamente es lo que él siempre me ha alentado a hacer. Suspiro justo antes de que me abra la puerta.

—¡Ey! Joder, qué rayada. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no has ido a trabajar?

—Hola. —Sonrío entrando en su casa.

Daniel cierra la puerta y nos encaminamos al dormitorio. No hay nadie en casa, pero es por costumbre y por crear algo de intimidad.

—¿Y bien? —pregunta.

—Me he alquilado un piso, Dani —digo.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Esta mañana. Iba en el metro camino a la tienda, leyendo, y algo se ha activado

en mí y he querido quitarme lastres, empezando por mi casa. Así que he vuelto a la inmobiliaria a ver si todavía tenían el *loft* que vi el otro día. Ya lo habían alquilado, pero Elvira me ha dicho que tenía uno similar y me lo ha enseñado. Y me ha gustado tanto, tanto que lo he cogido, sin pensar mucho más. Ya he firmado todos los papeles, he ido al banco y en cuatro días me lo dan y me independizaré. —Él me mira, contenido—. Sé que no es lo que más ilusión te hace en el mundo, pero de verdad que es un primer paso para todos los que queremos dar, Dani. Esto no te excluye para nada. Solo quiero tener la experiencia de vivir sola un tiempo y después, cuando estemos preparados, irnos a vivir juntos adonde sea.

—Entiendo —dice serio—. Será muy bueno para ti. Enhorabuena.

—Dani...

—Es cierto: mereces vivir esa experiencia y además te irá muy bien para quitarte lastres.

—Pero...

—Nada.

—Dani..., quedamos en que nos comunicaríamos.

—Bueno, no es algo que tú hayas hecho hoy.

—No te entiendo.

Me mira y suspira.

—Aún no te has enterado de que volar sola no implica no mirar alrededor nunca. Que quieras hacer cosas por ti misma es lo mejor del mundo, Lena, en serio. Yo te animaré siempre a ello, pero lo que no puedes hacer es dejarme al margen en todo. Tiene que haber parcelas para ti, parcelas para mí y parcelas para los dos. Y estas últimas, no existen.

—Pero...

—De nuevo, no cuentas conmigo.

—Dani, no es eso. No te he dejado al margen. Eres la única persona con la que cuento para todo.

—Porque yo te obligo a ello.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es, Lena. Te cuesta contarme cualquier cosa que pasa por tu cabeza y empiezo a cansarme.

—¡Te cuento todo lo que me pasa!

—Ya lo veo —dice con sorna.

—Dani...

—Tengo trabajo que hacer, Lena. Será mejor que hablemos luego o mañana.

Lo miro y niego con la cabeza.

Y sin decir nada más me voy.

Y él se queda en su casa.

Y yo vuelvo tener la sensación de no entender nada.

LAS GOTAS DE LLUVIA EN LA VENTANA

La ventana se llena de gotas de agua y de luz grisácea. Al principio solo son pequeños puntitos que, al chocar contra el cristal, forman hilos de burbujas que se arrastran hacia abajo incapaces de mantenerse en su posición. Después, la lluvia coge velocidad y los pequeños puntitos se convierten en gotas que parecen flechas queriendo atravesar la ventana de mi habitación. Huele a Hugo Boss, a frío y a soledad. Dawn Golden suena de fondo mientras yo miro por la ventana tratando de divisar los diminutos viandantes que corren a refugiarse en portales hasta que escampe.

También miro de forma inconsciente mi teléfono, pero no hay ningún mensaje. Echa de menos el sonido de la actividad y está tan meditabundo como yo, pensando en por qué somos incapaces de compartir nuestra vida con la gente a la que queremos y que siempre están ahí si la necesitamos. Por qué necesitamos nuestro espacio propio como el respirar, pero también a los demás para subsistir. Contradictorio, sí; pero es que yo siempre he sido una chica contradictoria, tratando continuamente de equilibrar una balanza que tiene la necesidad de gente en un extremo y el miedo a necesitarlos en el otro. Mi padre está encerrado en su estudio ajeno a mi presencia y a las gotas de lluvia que limpian mi ventana.

El agua que siempre se lleva todo lo malo.

Pasadas las doce de la noche, la puerta de casa se abre cauta mientras yo estoy poniéndome la camiseta de dormir para irme a la cama. Unos pasos se encaminan hacia mi habitación y al instante mis ojos se cruzan con los de Daniel, que entra al dormitorio y se acerca a mí. Sigue teniendo las llaves. Se queda parado enfrente de mi cuerpo y suspira. Suspiro. Y sin mediar palabra me abraza. Me abraza fuerte. Tanto que las lágrimas se agolpan en mis ojos sin entender muy bien qué hacen ahí. Pero ahí están: necesitando llorarlas y gritar bien alto que lo siento y que él es la única persona a quien se las puedo mostrar. Dani me aprieta más fuerte y solo ese gesto me hace sentir querida, comprendida y reconfortada. En casa.

—Lo siento —digo sincera.

—Lo sé. Yo también lo siento. Pero... empieza a no ser suficiente para ninguno de los dos.

—Lo sé.

—¿Y qué vamos a hacer entonces?

—No lo sé. —Me encojo de hombros—. Creo que empezar a aceptar que la independencia no está reñida con el compromiso.

—Es un buen comienzo.

Daniel me acaricia las mejillas y sonrío. Junta su nariz con la mía y me da un beso.

Un beso más.

Otra sonrisa.

Otro abrazo.

Y, mientras, las gotas de lluvia golpean la ventana, llevándose todo lo malo una vez más.

LOS POROS DE LA BURBUJA

Daniel se ha ido antes de que amaneciera de mi cama. No quería que mi padre lo viera y vivir una situación incómoda. Y yo he intentado quitarle hierro al asunto, aunque ha sido una noche extraña. Reconciliados, sin estarlo. Hay demasiadas cosas que planean sobre nosotros y ninguna tiene sentido. O sí. No lo sé. Ahora mismo, solo veo niebla.

De hecho, no sé nada de él en todo el día. Me ha dicho que estaría en el estudio hasta muy tarde para avanzar en su aprendizaje, aunque creo que era un eufemismo para estar solo. Bueno, se lo respeto. Eso sí, esta noche hemos quedado con todos los demás para celebrar su trabajo, mi piso y que Luis ha terminado su máster. Nos irá bien. La noche entre amigos, risas y brindis, digo. Creo que estamos un poco saturados por absurdecos y un poco de distensión nos irá bien. Así que me arreglo, animada, me despido de mi padre y salgo rumbo a la noche madrileña una vez más.

—¡Y por el máster! —brindamos todos.

Llevamos unos cuantos brindis. Y muchas risas, también. Conversaciones marcianas sobre la vida y la madurez. Trabajos, pisos, compromisos. Todos tenemos la sensación de estar viviendo algo importante, básico, trascendental en nuestra vida. Sonrío, porque me encanta esta sensación de tener todo por descubrir.

—¿Por qué brindamos ahora? —pregunta entre risas Dani.

—Porque me quedo sin compañero de piso y no tendré que olerte los pies jamás. —Ríe Darío, levantando su vaso.

—¿Me estás echando de mi casa? —dice Dani riendo, pero con tono extrañado.

—Coño, no, pero ahora que Lena se independiza, os iréis a vivir juntos, ¿no?

Hay un silencio más que incómodo. Daniel se queda serio mirando hacia otro lado. Darío nos mira sin entender, pero sabiendo que ha metido la pata y Lidia le hace un gesto, negando de forma sutil la cabeza.

—No vamos a vivir juntos —me apresuro a decir, porque no quiero que salga el tema que nos hace estar mal a Daniel y a mí.

Si hubiera añadido un «aún», un «todavía», un algo que indicara que sí lo haremos en un futuro, quizá se hubiera suavizado todo y Daniel no hubiera malinterpretado el comentario. Quizá entonces una simple chispa no habría encendido una mecha que, en realidad, llevaba semanas ardiendo. Quizá entonces todo hubiera quedado en un comentario desafortunado y un silencio incómodo. Pero no ha sido así. Las palabras han salido apresuradas de mi boca y, antes de poder aclararlas o añadir algo más, Daniel se ha ido, sin decir nada.

—¡Dani! —Y no puedo evitar correr tras él.

Escucho a Darío lamentarse y quiero girarme para decirle que no pasa nada, pero alcanzar a Dani es más importante ahora.

—¡Dani, espera! —vuelvo a repetir ya en la puerta.

Él se gira hacia mí me mira con sus ojos enrojecidos por el alcohol y la ira.

—Lo siento —digo—, no pretendí decir eso así. Me refería a que no íbamos a vivir juntos todavía.

—Ya. Pues ha sonado a que en realidad pasas olímpicamente de la idea.

—Sabes que no es así.

—Dime, Lena —dice apretando la mandíbula—, ¿te has planteado de verdad dar ese paso conmigo en el futuro o solo lo dices para hacerme callar?

—¡Claro que sí! ¿Cómo puedes pensar eso?

—¡Porque lo niegas rotunda cuando te preguntan! Y porque de nuevo me apartas de un manotazo. ¡Estoy hasta las pelotas de sentir que esto no va en serio!

—¡¡Pues va en serio!! —grito—. Ya no sé cómo decírtelo.

—¡Demuéstralo entonces!

—¡Ya lo hago!

—Pues hazlo mejor, Lena. Hazlo mejor porque no sé cuántas veces hemos hablado de esto. ¡He perdido la cuenta! Estoy muy cansado, en serio, y empiezo a hartarme.

—Se coge el puente de la nariz con los dedos.

—Dani, solo ha sido una mala contestación —digo, cansada.

Él resopla.

—Me largo.

Y sí. Se larga.

Sin mirar atrás.

LLAVE DEL PORTAL, LLAVE DEL BUZÓN, LLAVE DE LA PUERTA

Cuando suena mi teléfono móvil, no tardo ni dos segundos en alcanzarlo. Y eso que son las ocho de la mañana y estoy todavía medio dormida. Pero pienso que será Daniel para hablar de la bronca de ayer. No, es Elvira.

—Hola, ¿Lena?

—Hola, Elvira, ¿cómo estás?

—Bien, bien. Mira, te llamaba porque ya está todo lo que el dueño necesitaba fuera del piso, así que ya estaría listo para entregar.

—Ah, genial —finjo. Porque después de lo de ayer me apetece más bien cero.

—Sí, así que cuando quieras, quedamos y te doy las llaves.

—Puedo pasarme antes del trabajo, así ya me lo quito de encima.

Joder. Cómo ha sonado eso.

—Perfecto.

Quedamos en el portal dentro de una hora y yo me encamino a la ducha sin muchas ganas.

—Pasa, Lena.

—Hola —digo al entrar al despacho de mi padre—. Papá, me voy. Me van a entregar las llaves del piso.

—¿Ya? —Sonríe.

—Sí. —Sonrío forzada.

—¡Qué bien, hija! Enhorabuena.

—Gracias.

—Luego me lo enseñas.

Asiento. Estoy tentada de pedirle que me acompañe, pero ¿para qué? Si él no quiere compartir conmigo mis cosas... Meneo la cabeza. Eso me suena.

Cojo el metro y me dirijo a mi nueva casa. No sé nada de Daniel ni él sabe nada de mí, pero lo cierto es que tampoco tengo ganas de hablar del tema. Es como una rueda repetitiva, y ya no puedo más y me temo que él tampoco. ¿Qué nos está pasando? ¿Por qué desde que me planteó vivir juntos todo se nos ha venido encima? Ahogo un sollozo porque no sé qué va a ser de nosotros y miro el móvil. Nada.

Hola, ¿cómo estás? Yo rayada y preocupada. Me ha llamado la de la inmobiliaria porque me da las llaves y voy hacia allá. Por si querías saberlo.

No obtengo respuesta, aunque veo que lo ha leído. Hago un mohín y se me forma un nudo en la garganta que me siento incapaz de deshacer. Y cuando estoy a punto de

echarme a llorar en público, el tren para y yo salgo del vagón.

Veo a Elvira esperándome en el portal y apuro mi paso hasta llegar a él. Nos saludamos corteses y me tiende las llaves.

—Bueno, pues, aquí tienes. —Sonríe—. Las llaves de tu nuevo hogar.

—Sí.

—Cualquier problema, o cualquier cosa, tienes mi número.

—Vale, muchas gracias.

Me da tres llaves unidas por una anilla de acero y las va señalando una a una.

—Esta es la del portal; esta, la del buzón y esta, la de la puerta.

—Perfecto. Gracias.

Recojo las llaves de mi nuevo hogar con cierta desazón, porque no es así como yo había pensado que sería este momento, y me despido de Elvira. Ella se va calle abajo y yo entro en el portal. Y cuando abro la puerta del piso sin nadie a mi lado para compartir este momento, me invade un escalofrío que me deja con una sensación más fría que el acero de las llaves de mi nueva casa.

CANSANCIO

Hola, Dani —respondo seria a su llamada justo cuando me estoy encendiendo un cigarrillo tumbada en mi cama, a oscuras, ya de noche. En mi casa de siempre.

—Hola —contesta igual de serio.

Silencio incómodo que yo no quiero romper.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Pues jodida. Y cabreada. Y asustada.

—Ya.

—¿Y tú?

—Exactamente igual.

Otro silencio. Otra calada. El sonido del mechero y una inspiración honda al otro lado del teléfono.

—No he sabido nada de ti en todo el día —le digo—. Ni una respuesta a mi mensaje, ni una pregunta, ni... nada.

—Lo siento. No estaba... No sé, Lena. Estoy cabreado y hecho una mierda.

—Lo sé, Dani, y yo también lo estaba. Pero la mañana en la que me dan las llaves de mi nueva casa es suficiente razón como para apartar un poco todo y al menos preguntarme qué tal. Ya no te digo venir conmigo, solo preguntar.

—¿Ir contigo? ¿Acaso querías, Lena? —resopla.

—Claro que sí.

—Seguro. Mira, Lena, «por si quieres saberlo», estoy bastante jodido y necesito respirar.

—¿Eso qué significa?

—Que tenemos que pensar. Ambos. Tenemos que pensar en qué hacer con esto porque se nos ha ido de las manos —dice serio—. Llevamos días mal, semanas mal, casi mal desde que empezamos y no podemos seguir así. Yo no quiero una follaamiga, Lena; quiero una vida contigo. ¿Entiendes la diferencia?

—Ya la tienes, joder —repito ahogando un llanto que se transforma en un grito. Él resopla.

—Estoy hasta las pelotas de discutir por lo mismo una y otra vez, así que dejémoslo estar porque no es plan de seguir así y por teléfono. Hablamos mañana, mejor; más tranquilos.

—Dani...

—Buenas noches, Lena.

Y colgamos.

EL SHOW DEBE TERMINAR

La radio despertador cumple su función y mis ojos se abren al sonido de los buenos días *sabaderos* del locutor de Radio 3. Suena «Mujer esponja», de Lory Meyers, y me pongo a llorar: Daniel me la suele susurrar al oído porque dice que tiene frases que le recuerdan a mí. Cada jodida línea de esta canción es un dardo para mis sentidos en este momento, así que decido apagar la radio porque hoy me cuesta hasta la vida. Y tragando un nudo en mi garganta, me doy la vuelta en la cama y me tapo con la sábana hasta la frente, aunque me achicharre del calor de junio. Necesito algo físico que ponga distancia entre el mundo y yo.

Hola, Lena. Creo que tenemos mucho de qué hablar. Sé que los dos estamos enfadados, enrabiados y preguntándonos muchas cosas, así que ¿quedamos en media hora en el parque, donde siempre?

Suspiro.

OK

Enviar.

Media hora más tarde me encamino al parque y tardo diez minutos en llegar. Me voy a nuestro rincón a esperar a Daniel. Suspiro nerviosa con el sol tratando de calentar el frío glacial que tengo bajo la piel y echo mano al bolso para sacar el paquete de tabaco y encenderme un cigarrillo. No me da tiempo. Mientras rebusco en ese pozo sin fondo, noto que alguien viene hacia mí y, al levantar la vista, lo veo a contraluz acercándose, serio.

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Jodido, Lena.

—Yo también.

Nos quedamos los dos en silencio, mirándonos el uno al otro con los ojos brillantes y no de emoción.

—Empieza tú —le digo.

—Vale. —Asiente y carraspea—. Lena, no sé qué decirte.

—Empezamos bien.

—No escucha: no sé qué más decirte. En serio, creo que tienes un problema de fondo que solo tú puedes solucionar y mientras no lo hagas, ni esto ni nada

funcionará.

—Delegas toda la responsabilidad en mí. —Frunzo los labios.

—No es eso. Pero es que yo no sé qué más puedo hacer. ¿Qué necesitas, dime? ¿Qué quieres que haga yo?

—Dejar de exigirme tanto. Y respetar mis tiempos y mi espacio.

—Vale. Yo necesito que cuentes conmigo y no me hagas sentir que estoy al margen de todo.

—Pero eso no es cierto.

—Es lo que proyectas.

—He estado a tu lado en todo, Dani. Te he apoyado en todo.

—Lo sé. Y así lo siento. Pero es que una relación no solo es apoyar al otro, también es apoyarse en el otro. ¿Entiendes? Es como si en esta relación solo estuviera yo. Yo me apoyo en ti. Yo te cuento mis cosas. Yo te insisto para que hagas las tuyas. Yo. Yo... Pero ¿y tú, Lena? ¿Cuándo te has apoyado en mí, cuándo me has contado tus cosas...? ¿No te das cuenta de que eso deja coja a la relación?

—Joder. —Me paso las manos por la cara—. Lo intentaré, ¿vale?

—No me sirve.

—Mierda, Dani.

—Es la verdad, joder. Me has dicho esto muchas veces y siempre volvemos a lo mismo porque el problema de raíz no se soluciona. Y ese problema es tu puta desgana a abrirte al mundo, a dejarte de regodear en la tristeza y volar.

—No es fácil hacer eso con tu madre, tu hermana, tu abuela muertas y un padre más ausente que ellas.

—Ya sé que no es fácil. Pero es el esfuerzo que tienes que hacer para salir adelante porque te juro que, por más que te entiendo y compadezco, ya no puedo con ello.

—Entonces, ¿qué hacemos? —digo con miedo.

—Quizá deberíamos darnos un tiempo. Pensar en lo que estamos haciendo y tratar de calmarnos. Yo, para aprender a tener más paciencia y a respetar mejor tu espacio; y tú, para solucionar tu hermetismo y todas las ausencias. No sé; respirar un poco. Por separado.

—Joder.

Sollozo y él también.

—Es que no sé qué hacer. ¿Qué hacemos, Lena?

—No lo sé. —Lloro—. Solo sé que quiero volver a lo que teníamos.

—Yo también lo quiero. Pero no sé cómo hacerlo si no es dejándolo un tiempo.

Sin decir más nos abrazamos muy fuerte y ambos lloramos sin vergüenza ni pudor.

—Me duele. —Lloro abrazándome fuerte a él.

—A mí también me duele, Lena. Pero creo que si seguimos así acabaremos odiándonos y eso sí que no lo soportaría —dice con un hilo de voz.

—No me puedo creer que esto esté pasando, que hayamos dejado que esto llegue aquí.

—No es culpa tuya. No es culpa de ninguno. Pero necesitamos parar y entender qué está ocurriendo porque si seguimos así terminaremos hasta los huevos el uno del

otro. Y yo no quiero eso.

Daniel me abraza fuerte de nuevo, hasta que no tiene sentido alargarlo más y nos separamos, quedando unidos por las manos.

—Iremos hablando, Lena. Pensemos, respiremos y ya hablaremos.

Nos damos un beso tan sencillo que nos entran a los dos más ganas de llorar por lo bonito y a la vez desgarrador que es, pero nos contenemos, y Daniel poco a poco se separa de mí, alejándose hasta desunir nuestras manos y girándose para irse.

Y yo me quedo allí, con mis piernas tambaleándose, desmadejada, sin entender nada y soltando el dique de lágrimas que llevaban años agolpándose incapaces de salir como necesitaban, llorando por Daniel, por nosotros y por mi sentimiento de culpa.

DOLOR

The Rolling Stones: «Angie». Harry Styles: «Sign of the times». En bucle. Sábanas oscuras y persiana bajada. Que no entren la luz ni el calor. Que no entre nada. Ni el sol, ni la luz, ni el sonido, ni la magia. Nada.

EL PRIMER CABO SUELTO

Un sonido de llaves abriendo la puerta me saca de mi somnoliento estado. Me giro en la cama y me vuelvo a tapar con la sábana sudada y maloliente. Me da igual. Miro el reloj con un ojo cerrado. Tendría que ir levantándome para ir a trabajar pero por diez minutos más no pasará nada, así que me tapo con la sábana hasta la cabeza para obviar los ruidos que hay en mi casa. Ya cesarán.

—¿Lena?

Mierda.

Unos nudillos golpean la puerta de mi dormitorio mientras dicen mi nombre, y solo con esto me echo a llorar. Parece que desde que el dique explotó no hago otra cosa que echar lágrimas que llevaban seis años gestándose. O incluso más.

—¿Estás ahí? ¿Puedo pasar?

Debería decir que sí. Debería dejar que entrara y echarme a sus brazos y suplicarle que no se vuelva a ir jamás. Que no me deje sola, que esté conmigo siempre, como prometió que haría. Pero solo me sale responder en un hilo de voz:

—Un segundo.

Me levanto, subo la persiana y abro la ventana para que entre algo de aire y se lleve toda esta densidad. Me limpio un poco la cara, voy hacia la puerta, respirando hondo, y pongo la mano en el pomo para abrirla.

—Hola, papá. —Sonrío.

—Lena, hija, ¿qué te ocurre? Llevas encerrada en tu habitación varios días y apenas sales de la cama. ¿Va todo bien?

Lo abrazo, sin más. Me echo a su cuello y le doy el abrazo que siempre necesité que él me diera. Le aprieto para tratar de tenerle más cerca, más cerca, más cerca. ¿Por qué me has dejado sola toda mi vida, papá? ¿Por qué has preferido otros mundos inventados antes que el tuyo? ¿Por qué en tu intento por huir de tu tristeza te olvidaste de que dejabas a una niña atrás? ¿Por qué me has inculcado el miedo a la decepción constante y a no contar con los demás? Y me echo a llorar. A llorar alto, fuerte, sollozando y jadeando porque no sé a qué más me puedo aferrar. Me flaquean las piernas, pero mi padre me sujeta con fuerza.

—¡Lena! —dice tan sorprendido como acongojado.

Y yo, que apenas puedo respirar, solo puedo decir:

—Estoy completamente sola. Otra vez.

Y creo que eso lo destroza, porque me aprieta tan fuerte que me hace daño y hasta solloza en mi oído. Ninguno de los dos nos movemos ni decimos nada, pero creo que

él también está abriendo el dique porque acabo de verbalizar su mayor pena: el haberme dejado tan sola con tanto dolor. Y en este preciso momento me doy cuenta de que mi padre arrastra una culpa silenciosa que es lo que precisamente le impide avanzar a él. No somos tan distintos. Por algo somos padre e hija.

—Lo siento, Lena —dice, por fin—. Lo siento en el alma. Siento no estar, que te sientas tan sola, que haya sido un mal padre. Siento que mis fantasmas sean los tuyos y que no haya sabido gestionarlos. De todas las cosas que jamás me perdonaré, haberte dejado sola es la que más me castiga.

Palabras que me hacen llorar todavía más. Y ahí está: la culpa, silenciosa, atronadora, cruel, devastadora. Su culpa y la mía, fusionándose, tratando de reconciliarse en silencio porque no hay palabras que decir. No hay palabras que valgan.

Después del abrazo, decidimos sentarnos a hablar de lo que me pasa. Llevo toda la semana evitándole, encerrada en mi habitación y él, a pesar de su estado perpetuo de ausencia, está preocupado.

Mi padre me sonrío con ternura cuando aparezco por el salón, ya duchada.

—He llamado al trabajo pidiendo el día libre —suspiro mientras me siento a su lado.

—Tu jefe no está tan mal, después de todo. —Sonríe.

—Está suave tras la marcha de Daniel. Tiene miedo, supongo.

Él asiente.

—Cuéntame, Lena. ¿Qué ha ocurrido? —me pregunta y yo me enciendo un cigarrillo.

—Daniel y yo... —Niego con la cabeza.

—Lo siento, hija —me dice acariciándome la mano—. ¿Quieres hablar de ello?

—No.

—Entiendo. Pero eso no es bueno. No puedes gestionar el dolor tú sola. No puedes encerrarte a esperar que pase. Debes encararlo y pelear contra él, no hacerte su amiga.

—Lo sé. Y eso es precisamente lo que ha pasado. Habíamos tenido varias discusiones porque yo iba mucho a lo mío y él se sentía muy al margen. Él quería que viviéramos juntos ya y yo quería ir más despacio, pero lo que le molestaba sobre todo era que yo no compartiese mis sentimientos, tanto los buenos como los malos. Intenté hacerlo, pero no salió bien. Y ahora he perdido un novio y a mi mejor amigo.

Él suspira y me mira, evaluando la situación.

—Parece que el problema real es que no os habéis sabido comunicar.

—No. No hemos sabido. Yo no he sabido y él tampoco. Quizá sí que corrimos demasiado, como temí desde el principio. Él —bajo la cabeza—, bueno, ha estado durmiendo aquí estos meses. Lo siento, papá. No sabía cómo decírtelo.

Mi padre sonrío y me acaricia la mano.

—Cuéntame algo que no sepa, Lena. Lo que ya sabía es redundante.

Sonreímos los dos y yo me pongo un poco roja. A los padres jamás se les engaña, sabedlo.

—El caso es que hemos vivido en un planeta ajeno a este donde todo eran risas y

tiovivos y nos ha explotado en la cara.

—Bueno, empezar una relación en un planeta ajeno donde todo son risas y tiovivos es la definición común de las relaciones. Los principios suelen ser así.

—No sé. Nunca he tenido relaciones así.

—Lena, en las relaciones no hay verdades absolutas. No hay lecciones ni enseñanzas porque son etéreas, subjetivas y cambiantes. Nada de lo que es válido un día lo sigue siendo al siguiente y no dejan de ser un continuo reto que hay que enfrentar día a día, regándolas de tantas cosas que es normal que alguna se nos olvide. No sé qué es lo que ha fallado en vuestra relación, pero, como hay pocas verdades universales, es probable que los dos tengáis razón y a la vez no la tengáis ninguno.

—Pues muy fácil, sí, señor.

Se vuelve a reír.

—Nadie dijo que fuera fácil. Si lo fuera, no merecería tanto la pena luchar por ello.

—Me dejas igual —digo fingiendo enfado.

—Lena, tómate las cosas como una oportunidad para cambiar, y no como algo que te ha destrozado. No victimices las situaciones porque entonces te comen y entras en una rueda de la que es muy difícil salir. Es cierto que tú has vivido cosas dolorosas que otras personas no han sufrido. Sé que no he sido el mejor padre del mundo y que has crecido en un ambiente enrarecido y marcado por la ausencia, pero a millones de personas les pasan cosas así y peores cada día; no eres especial, no es el mundo contra Lena: no eres tan importante como para que el mundo gire en torno a ti.

—Eso ya lo sé.

—Entonces deja de llorar en la cama, de arrepentirte de lo que hiciste y sal a la vida, salúdala y ábrete a la oportunidad de pensar qué ha pasado, sé consciente de todos los porqués, averígalos, retoma ilusiones, vive. Y cuando lo hayas hecho, sabrás por qué ha pasado todo y en base a eso, actúa. Pero no lo hagas antes. Piensa primero, reacciona después. Es lo que Yayi intentaba hacerte ver con sus memorias.

Ahogo un sollozo y mi padre aprieta mi mano.

—Me han puesto del revés —le confieso—. Todo. Cada página es más catártica que la anterior y quiero ir despacio, como tú dijiste, para absorberlas bien. Jamás pensé que Yayi tuviera todas esas cosas dentro, que hubiera luchado tanto y hubiese sido tan fuerte.

—No somos conscientes del resto de vidas que nos rodean. La de Yayi no fue muy diferente a tantas otras. Lo que cambia, lo que fue distinto en ella, es la actitud con la que encaraba las cosas.

—La contraria a la que tengo yo.

—Sí, Lena. Por eso ella me comentó que quería hacer esto y quería que yo la ayudara. Creo que me lo pidió también para involucrarme más en tu vida.

—Ya. —Bajo la cabeza.

—Cuando las estaba transcribiendo y preparando, no podía contener las lágrimas. Por ella, por ti, por mamá, por Mara. Pero sobre todo por ti. Y me di cuenta de que todo era un plan de tu abuela para que estemos hoy aquí sentados.

Sonreímos.

—Jodida Yayi.

—Yo..., solo quiero que sepas que a pesar de mi ausencia, estoy siempre aquí. Me preocupo por ti constantemente y no quiero ver que sigues mis pasos.

Frunzo el ceño.

—¿Porque estoy escribiendo? —pregunto sorprendida. Él sonríe.

—No, por eso no. Eso me llena de orgullo. Me refiero a que no seas con los demás lo ausente y hermético que he sido yo con vosotras. Ese hermetismo es lo que hace que estés sola, Lena. No es mamá, ni Mara, ni Yayi, ni yo. Eres tú.

Suspiro. Nos quedamos unos segundos en silencio y lo miro. Sus facciones, tan idénticas a las de Mara; su personalidad, tan idéntica a la mía. Al final somos más parecidos de lo que me gustaría. Pero tiene razón: algo en mi actitud tiene que cambiar. No puedo evitar que las cosas me pasen, pero sí puedo controlar cómo reacciono ante ellas.

Me da un beso en la frente que me da ternura y damos por finalizada la primera conversación íntima desde que tengo uso de razón.

Y sonrío. Mucho. Emocionada, también. Porque sé que por fin hemos atravesado el muro que había entre los dos y he tirado a la basura una pesadísima carga.

Después de comer, mi padre decide echarse un rato la siesta. Como tengo el día libre, pienso en llamar a Lidia. No lo he hecho desde la ruptura y eso no está bien. Le escribí, eso sí. No me parecía justo que ella se quedara sin saber de mí, aunque como los del grupo son en realidad amigos de Daniel, no se lo he contado a nadie más. A ella le puse que Daniel y yo habíamos terminado. No especificué quién había roto porque tampoco lo tengo claro y no quiero culpables ni piedras que tirar. Qué más da quién de los dos rompa cuando ambos lo hemos propiciado. Por dejarnos llevar, por no hablar las cosas, por consentir que el arcoíris en el que vivíamos jamás tuviera nubes. También le dije que necesitaba unos días para mí, de exclusión y soledad, porque no estaba preparada para enfrentarme a nuestros amigos, que son los de Daniel. Ella me respondió que lo entendía perfectamente, que no me preocupara, que estaba ahí si lo necesitaba y que nosotras somos amigas al margen de Daniel. Eso me hizo sonreír. Creo que fue la única cosa que lo ha hecho estos días.

Lidia tiene el teléfono apagado y, por un segundo, sopeso la idea de llamar a Daniel. No sé quién de los dos debe dar ese primer paso, porque está claro que un día u otro se dará. Un año y pico de relación no es para abandonarlo todo en un silencio perpetuo. Eso sí, para ir saliendo poco a poco, decido tumbarme en el sofá con el aire acondicionado a tope, un té helado con mucho hielo, un cigarro preparado para humear, y retomar con fuerza el libro de Yayi para enfrentarme al mundo, a mí misma y, sobre todo, a su ausencia. Y también, en el fondo, para prepararme para el gran paso que tengo que dar.

Capítulo XV. Marcel

Marcel no volvió a casa esa noche. Ni al día siguiente. Ni al siguiente. A nuestras preguntas, Isabel solo respondía con evasivas, sin dar importancia alguna al hecho de que su marido hubiera llevado a dos

prostitutas a su propia cama. Y esa actitud ilusa de ella nos hizo sospechar que era un comportamiento más que habitual de Marcel, por lo que a Andrés se le llevaban los demonios.

Durante las jornadas siguientes la situación siguió igual: por el día Andrés y yo yendo a visitar los monumentos de París y la ciudad en sí y por la noche tratando de obviar lo que había pasado con Marcel. Este seguía sin aparecer por casa una semana después, suponíamos que porque no quería enfrentarse a Andrés. Huía como una rata de reprimendas, charlas o acusaciones, pues le era más fácil fomentarlas que encararlas. Y mientras, la pobre Isabel hacía todo lo posible por excusarle y excusarse a ella misma con razones estúpidas y surrealistas que nos hacían preocuparnos todavía más. Pero había algo que nos alarmaba mucho más que las infidelidades de Marcel: el alcohol que consumía Isabel y que esa semana se disparó de tal modo que era imposible obviarlo más.

Para mí, que no estaba acostumbrada a ver a una mujer beber más allá de un poco de vino, era muy chocante y extraño verla con su vasito de líquido transparente desde que se levantaba hasta que se acostaba. Jamás lo dejaba. Y si al principio de nuestra estancia lo fue disimulando, al cabo de unos días y más desde la noche que ocurrió lo de Marcel, dejó de hacerlo porque se habituó a nosotros y no le importaba el impacto que nos causaba. Andrés estaba más habituado a eso, pero aun así no veía normal la necesidad de su hermana. Torcía mucho el morro cuando la veía echarse más ginebra de la que él mismo toleraría y una noche incluso trató de hablar con ella.

—Isabel, no me gusta que bebas tanto. No es propio de ti ni es bueno.

—Bah, solo son unas copas. —Le guiñó el ojo—. Aquí todo el mundo lo hace para olvidar la miseria que hay. Hace las cosas más fáciles. —Rio.

—Aun así, no te puede estar haciendo bien.

—Soy fuerte.

—No, Isabel. Toses mucho, te cansas más, tienes el vientre hinchado y la piel entre enrojecida y amarillenta. Estamos preocupados y creo que deberías dejar de beber tanto e ir al médico.

—Aquí no podemos pagarnos un médico. —Sonrió—. Pero no os preocupéis, estoy perfectamente. Es solo que estoy muy delgada porque no tenemos qué comer y eso hace que a veces me debilite, pero nada más.

—Bebe menos, por favor.

—Está bien. —Ella puso los ojos en blanco—. Si así vas a dejar de darme la lata, beberé menos.

—Bien. Mañana buscamos un médico para que vayas.

—No es necesario.

—No admito discusión.

Andrés salió por la puerta hacia el baño. Isabel se echó a reír y se sirvió un vasito más de ginebra ante mi atónita mirada.

—Isabel.

—Elena, llevo años así. Aquí es normal. Se bebe desde jovencitos y no es un vicio malo, de verdad. No es como la heroína esa que dicen que mata a las personas.

—¿La qué?

—Una droga que consume la gente rica y los artistas. Se creen que así se olvidan de sus miserias, pero les mata.

—¡Jesús!

Isabel se rio por mi perplejidad y mi ignorancia y yo meneé la cabeza. Su risa se transformó en una tos profunda y continuada y yo me acerqué a ella, dándole golpecitos en la espalda.

—Mañana iremos a ver a un médico, Isabel, no es bueno que estés así.

Ella me miró con tanta ternura que casi me emocioné. Probablemente desde que su hermano se marchó, nadie se había preocupado de ella y su bienestar.

—No hace falta, de verdad. Son muy caros.

—Si podemos permitirnos venir a París de vacaciones, podemos hacer todo lo posible por curarte esa tos. —Sonreí con pena, acordándome de mi madre y de aquellas primeras toses que al final terminaron con ella.

Al día siguiente Andrés quiso hablar con Marcel por primera vez desde el episodio del puñetazo. Quería decirle que su mujer no estaba bien, que parecía enferma y que necesitaban llevarla a un médico, que nos dijera cuál era de fiar porque nosotros no conocíamos a ninguno e Isabel se negaba a darnos nombres. Como Marcel no aparecía por casa, fuimos a la zapatería en la que trabajaba, a pesar de que Isabel nos suplicó que no lo hiciéramos y que esperáramos a que volviera a su apartamento. Pero Andrés y yo queríamos que viera a un médico cuanto antes, así que en cuanto Isabel se marchó a la panadería, nosotros fuimos en busca de nuestro cuñado.

Lo que vimos cuando llegamos a la zapatería nos sobrecogió tanto que no supimos reaccionar: no había nada. Ni tienda, ni calzado, ni arreglos. Nada. Andrés miró y miró el papel con la dirección, asegurándose de que estábamos en la misma calle, preguntando incluso a viandantes, y sí, estaba todo correcto. Pero en el número en el que se suponía que trabajaba Marcel, había una frutería y ni rastro de zapatos ni de él. Cuando nos recompusimos, Andrés entró en la frutería a preguntar por un negocio de reparación de calzado, por si habíamos cogido mal la dirección.

—Dice que sí hubo un negocio de calzado antes de abrir la frutería —me dijo cuando salió—, pero que el negocio cerró y realquilaron el local.

—Oh. ¿Entonces? ¿Dónde trabaja Marcel?

—Dice que el chico que trabajaba en él deambula por la zona de vez en cuando mendigando comida y vino.

—Dios mío.

—Sí. Y que a veces está acompañado de prostitutas.

—Andrés. —Me llevé las manos a la boca.

—Lo sé. ¡Joder! —gritó, cerrando con fuerza las manos en un puño—. ¡La madre que parió a ese hijo de puta!

Nunca había escuchado a Andrés hablar de esa manera, así que pestañee un par de veces, pero entendí su rabia y su preocupación.

—Voy a matar a ese hijo de puta. Te juro que cojo una escopeta y le meto un balazo que lo dejo seco. Cobarde bastardo.

Le cogí la mano y le acaricié el hombro. Sin pensar, le di un beso en su omoplato y él me abrazó.

—No te voy a decir que te calmes, porque sería inhumano hacerlo, pero será mejor que dejemos las cosas como están y no hagamos ninguna tontería.

—Pero ¡cómo no le voy a moler a palos! Ese desgraciado engaña a mi hermana con putas y encima ¡no trabaja! ¡¡No trabaja!! Es un vago que se come su comida y duerme en su casa por la cara. Probablemente siga casado con ella por tener un sitio al que ir, y mientras mi hermana enfermado poco a poco de alcohol para olvidar que está casada con un cobarde malnacido.

—Tengo que hablar con ella, Andrés. Tengo que hacerle ver que....

—No entrará en razón. Siempre ha sido una ilusa y siempre ha aspirado a tan poco en la vida... que se está consumiendo.

—Lo intentaré. De mujer a mujer, ya sabes.

Andrés me miró y me acarició la cara.

—Lo que no me explico es cómo no he sabido ver que esto estaba pasando.

—No estabas aquí, Andrés. No es fácil adivinar estas cosas por carta.

—Pero se casaron cuando yo todavía estaba aquí. Pasaron dos años hasta que me fui y jamás vi nada extraño. Un matrimonio joven y alocado, sí. Pero nada fuera de lo normal.

—Empezaría todo más tarde.

—Quizá no debí haberme ido —dijo con rabia.

—Entonces yo no estaría aquí. —Sonreí y él también lo hizo.

Nos dimos un beso que a mí ya no me costaba dar en público y decidimos dar una vuelta antes de enfrentarnos a Isabel de vuelta a casa. Lo que no esperábamos ninguno de los dos es que nuestro regreso esa tarde nos traería más sorpresas...

PERDER EL TIEMPO

Escribir después de cenar y empalmar con la madrugada se está convirtiendo en más que una afición. Me relaja antes de irme a dormir, hace que me olvide de todo el día y además me concentro mucho mejor sin tanto ruido. Y eso que en casa de mi padre siempre reina un silencio sepulcral. Sí, sigo en casa de mi padre. Todavía no he podido ir a mi piso una semana después de la ruptura. Se ha convertido en otra casa anclada a un problema y todavía no tengo ganas de adecentarla y dar el paso. Lo haré, supongo, pero aún no.

Todavía no sé bien por qué ocurrió todo, la verdad. Esta semana he estado más ocupada llorando su ausencia que pensando. Supongo que nos dejamos llevar demasiado por nosotros mismos y no entendimos que una pareja es cosa de dos, no de uno. Sobre todo yo. Y al final las cosas que nos sobrevuelan y que ignoramos se nos caen encima casi sin avisar. Bueno, avisos hubo, sí; pero los ignoré. Nos equivocamos y ahora es tarde.

Paro de escribir porque me suena el móvil. Suspiro y pienso que hemos tardado menos de lo que pensaba. Una semana y un día.

—Hola, Dani.

—Hola, Lena.

Suspiramos los dos.

—Perdona por no haberte dicho nada estos días —continúa—. Yo..., necesitaba alejarme un poco, pensar, ya sabes.

—No pasa nada. Yo también siento lo mismo. Ambos debíamos tranquilizarnos un poco antes de hablar.

Sé que sonrío porque en el fondo nos entendemos tan bien que duele.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bueno. Hecha una mierda se queda bastante corto.

—Lo siento.

—¿Cómo estás tú?

—Igual, Lena. Estoy igual que tú.

—Vaya par. —Y al decirlo nos reímos sin querer porque la complicidad no abandona a las personas de golpe y porrazo—. ¿Cómo va el trabajo? —pregunto para destensar el ambiente.

—Muy bien. Le voy cogiendo el truco poco a poco, ya sabes. Pero me gusta mucho y la gente es muy maja, hay buen ambiente así que estoy muy contento.

—Me alegro mucho, Daniel.

—Gracias. ¿Tú qué tal? ¿La tienda y eso?

—Bien, como siempre. Sin novedad. Rodrigo está buscando a alguien para cubrir tu turno y sigue igual de imbécil, pero bien.

—Bueno, espero que mejore.

—Sí.

—¿Y tu novela?

—Pues ahí voy; avanzando poco a poco.

—Me alegro.

Y aquí está: el temido silencio incómodo. El silencio entre dos personas que se lo han dicho todo y que no quieren redundar en una situación que se les va de las manos.

—Dani, yo...

—Tengo que dejarte, Lena. —Frunzo los labios.

—Daniel.

—Ya nos lo dijimos todo y no me apetece darle más vueltas a lo mismo. Todavía no. Ya hablaremos más adelante, pero necesito más tiempo.

—Tiempo. —Asiento en silencio—. Bien, pues, vamos hablando.

—Vamos hablando, Lena.

Y colgamos. No tenemos nada más que decir.

CUANDO LLORAR ES UN ALIVIO

Me despierto más pronto de lo habitual. Aunque, a estas alturas, ya no sé qué es lo habitual y qué no. Hoy es sábado, tengo libre y, para que no me coma la casa y la pena, he decidido que voy a hacer tres cosas que me gustan. Voy a leer un rato; he quedado a comer con Lidia, y después me pasaré toda la tarde escribiendo hasta que me sangren los dedos. Así que con un día un poco bueno en perspectiva, me levanto, me doy una ducha rápida, desayuno con mi padre y, cuando él se va, me quedo en la terraza con un café en la mano para hacer mi primera tarea de hoy.

Capítulo XVI. La libertad de poder llorar

Regresamos a casa antes de lo previsto, porque no teníamos el ánimo para nada. Los días después del suceso recorríamos París hasta la tarde, hora en la que volvíamos al piso de Isabel y Marcel, y esperábamos a que ella llegara para cenar juntos. Sin embargo, ese día eran las cuatro de la tarde cuando entramos a casa. Y lo que vimos nos encogió el alma.

Isabel, sentada en una silla, en combinación, fumando un cigarrillo, con una botella de ginebra casi vacía al lado y la radio sonando, miraba hacia ninguna parte cuando cruzamos la puerta. Ni siquiera se giró. Ni siquiera se sorprendió. Nos acercamos a ella y vimos que estaba llorando, pero absorta en un silencio absoluto. No sollozaba. No hacía espavientos. Solo dejaba que las lágrimas rodaran por sus mejillas, sin que nada las interrumpiera.

—Isabel —dije yo con cariño.

No me respondió.

—Isabel, cariño —insistí.

Balbuceó algo inteligible.

—Hermana.

Andrés rebuznaba ira y preocupación al verla tan ida. Yo le cogí la mano y aparté la botella de su alcance. Tenía los ojos enrojecidos y respiraba con mucha dificultad. Su piel cada vez estaba más amarillenta y quisimos llevarla a su habitación para recostarla en la cama. Andrés cargó con ella e Isabel emitió un leve quejido, como una hojita que se quiebra por un dolor que no es físico. A Andrés eso le hizo querer matar a su cuñado.

La acostó en la cama mientras yo preparaba paños fríos y café con sal. También entré en la habitación una palangana que Isabel usaba para lavarse.

—¿Para qué es eso?

—Para que vomite.

—Hay que llamar a un médico —dijo él.

—Sí, pero mientras tiene que vomitar todo lo que ha bebido.

Le puse los paños fríos y le hicimos beber el café con sal como pudimos. Ella lo escupía, se retorció, la cogíamos, volvíamos a darle el mejunje que, al final, ingirió y, de forma automática, vomitó a borbotones todo el alcohol que había bebido. Y a mí, a pesar de tener un estómago fuerte y más tras haber cuidado a mi madre en sus últimos meses de su vida, el olor nauseabundo del vómito me hizo tener arcadas y terminé también vomitando en la misma palangana.

Un buen rato después Isabel había echado todo lo que podía echar. Se quedó más tranquila, pero tiritando de frío, así que la desnudé, la lavé con un paño caliente como pude y volví a vestirla con uno de mis largos y gruesos camisones de franela, más preparados para el frío que las finas combinaciones imitación de seda que ella usaba. Le puse varias mantas encima y le dije a tu abuelo que ya podía pasar, pues había salido para no ver a su hermana en paños menores. Nos quedamos los dos velándola casi toda la

noche, viéndola respirar con dificultad y toser de cuando en cuando. No había ni rastro de Marcel, pero lo preferíamos para no tener que enfrentarnos a los dos a la vez.

Poco antes de que amaneciera Isabel hizo un ruido que nos despertó a Andrés y a mí, que habíamos dormido apoyados en el colchón y sentados en sendas sillas. Ella se estaba despertando, con evidente gesto de dolor, y se llevó las manos a la cabeza en un movimiento instintivo. Respiró hondo pero agitada y, finalmente, abrió los ojos, mirándonos primero a Andrés y después a mí. Bajó la mirada y, por primera vez sobria, lloró desconsoladamente. Un llanto desgarrador que no se había permitido liberar en años. Por primera vez desde que conocía a Isabel, la vi siendo realista consigo misma y con su situación; por primera vez lloraba ante alguien y por primera vez no intentaba solucionar sus problemas disimulando que no existían. Y por primera vez reconoció su autoengaño.

—No puedo ocultármelo más. No puedo. No puedo. Lo sé todo. Todo. —Sollozó más fuerte—. Todo.

Y diciendo eso se liberó tanto que no dejó de llorar el resto del día.

Suspiro. Cierro los ojos. Y me voy a cambiar a mi habitación para irme a comer con la persona que mejor me entiende después de Daniel.

A mediados de junio hace ya un calor digno del infierno, así que me encamino a mi cita con Lidia enfundada en un minivestido blanco de manga corta y un sombrero rojo que era de Mara. Sí, de Mara. Aún guardo algunas cosas tuyas y, cuando tengo fuerzas, las saco, las huelo y me empapo de ellas. Y hoy, primer día desde la ruptura que salgo para algo que no sea trabajar y que voy a hablar con alguien que no sea mi padre, necesito tenerla a mi lado.

—¡Lena! —Lidia me saluda con la mano en alto desde el otro lado de la acera. Acaba de llegar también a la cafetería en la que vamos a comer.

—¡Hola!

Nos damos dos besos y ella me da un cálido abrazo que me hace llorar. Mucho. Así estoy, sí: lo que antes me costaba tanto que al final se quedaba dentro, ahora sale a la mínima de cambio.

—Tranquila —me susurra apretándome y mesándome el pelo.

—Lo siento. —Me sorbo los mocos—. Estoy muy sensible y...

—Es normal.

Paramos el abrazo y me sonrío con complicidad. Sé que ella es amiga de Daniel desde la universidad. Sé que les unen más años y borracheras que conmigo. Pero sé que Lidia es mi amiga y que puedo contar con ella al margen de él. Así que eso me tranquiliza y me da alas. Como el restaurante tiene una terracita fuera decidimos comer ahí. Nos sirven las ensaladas fresquitas y nada más irse el camarero, empezamos a hablar.

—Lidia, antes de nada me gustaría disculparme por tenerte estos días en ascuas y apenas hablar contigo. Supongo que estarás molesta y tienes toda la razón, pero necesitaba encerrarme un poco en mí misma para encarar esto. Es complicado de explicar.

—No pasa nada, es normal. Sí que estaba preocupada, pero son cosas difíciles y cada persona se enfrenta a ellas como puede.

—Gracias. Eres un verdadero sol.

Sonreímos.

—¿Cómo estás?

—Mal —digo sin pensar.

—Lo siento. Es una pena. Él también está fatal.

—Lo sé.

Suspiramos las dos.

—¿Quieres contarme qué pasó?

—Supongo que ya lo sabes.

—No, Lena. Daniel no me ha contado nada. Somos amigos desde hace años, pero nunca hemos tenido ese tipo de amistad tan íntima. Sé que está mal y que la situación se os fue de las manos, pero no sé nada más.

Le hago un resumen porque recordar los detalles es doloroso. Le cuento la discusión en la puerta de aquel bar, la conversación en el parque, la tensión, las lágrimas, la conversación del otro día... Lidia inspira hondo cuando termino y yo exhalo aliviada. Me he quitado un peso de encima porque se lo he contado a alguien. Casi sonrío al entender que este alivio también es porque por fin me he abierto y he dejado salir mi intimidad.

—Estoy segura de que con tiempo, cuando os calméis...

Niego con la cabeza.

—No lo sé. No quiero agarrarme a eso.

—Entiendo.

—Lo quiero, Lidia. Lo quiero con tanta fuerza que me desborda y quizá por eso se nos ha ido de las manos.

—Creo que él siente lo mismo.

—Lo sé. Daniel siempre ha estado ahí incluso cuando no lo necesitaba, que era cuando más me hacía falta. Toda una contradicción, lo sé. Pero es que yo soy una puta contradicción andante —resoplo riendo sin ganas.

—A mí me gusta cómo eres.

—¿Ciclotímica? —digo con ironía.

—No. —Sonríe—. Llena de colores, recuérdalo.

Me da la mano en un acto reflejo y yo se la aprieto muy fuerte. Suspiro.

—¿Qué tal tú? ¿Cómo va todo? —pregunto para cambiar de tema y destensar el ambiente.

—Todo muy bien —carraspea—. No sé si debería decirte esto, pero como supongo que te enterarás tarde o temprano prefiero que lo oigas de mi boca: Luis y yo nos vamos a vivir juntos.

Me sale la sonrisa más falsa que tengo interiorizada. De todas las sonrisas falsas que he aprendido a desarrollar a lo largo de mi vida, y son muchas, esta es de las que duelen. Y no es que no me alegre, ojo, me alegro en el alma por ellos y así lo muestro cuando me río y le doy la enhorabuena. Pero duele. Porque es lo que yo debería haber hecho con Daniel. Lo que le debería haber dicho. Lo que deberíamos estar viviendo. Lo que él no quiso esperar.

—¿Y tú? —me pregunta cuando nos recomponemos de nuestra fingida alegría y hablamos un poco de los detalles de su nuevo hogar—. ¿Te has mudado ya a tu piso?

—No. —Niego con la cabeza—. Te podría dar mil excusas, pero lo cierto es que no he tenido fuerzas ni ganas. Ese piso se ha convertido en el piso de la discordia y le

he cogido un poco de manía.

—¡Ay, Lena! Con lo ilusionada que estabas.

—Ya. Pues ya no mucho.

—Pues no lo permitas. —Me coge de la mano—. No dejes que la ilusión por independizarte y por decorar tu casa se esfume porque no lo vayas a hacer con Daniel. Sé feliz tú, luego ya vendrá lo demás.

Sonrío, asintiendo.

—¿Cómo están los demás?

—¡Bien! Pero están preocupados por ti y también por Daniel, porque no ha quedado con nosotros todavía.

—¿Ah, no?

—No. —Se encoge de hombros.

—Bueno, solo han pasado dos semanas. Ya se calmará la cosa.

—Sí, es normal. Vosotros necesitáis tiempo y nosotros supongo que también.

—Pues tiempo y una caña. —Le guiño un ojo y sonreímos.

Terminamos de comer y Lidia se encamina a su trabajo. Hoy es sábado, pero ella tenía que terminar unos temas y su jefe le pidió que echara unas horas el fin de semana. Nos despedimos con otros dos besos, un abrazo y varios «estoy aquí» susurrados. Es tan ángel que la adoptaría para llevarla siempre conmigo, joder. Le prometo llamarla pronto y le doy recuerdos para los demás.

Cuando la dejo en la puerta de su trabajo, en plena Gran Vía, decido dar una vuelta y despejarme un poco. El sol calienta como nunca pero, esta vez, su calor no me molesta. Me hace sentir bien. Cierro los ojos un segundo, parada en un semáforo, tratando de embeberme un poco de la sensación de alivio que tengo: he hablado del tema con una amiga. Sí, es un primer paso, pienso. Un primer paso para abrirme, para salir de mí misma, para mostrar otra cara que no sea solo la sonrisa y la diversión. Sonrío. Porque hoy, por primera vez, una persona que no es Mara, mi abuela o mi padre, me ha visto llorar y sonarme los mocos.

Llevo como media hora mirando la pantalla del ordenador sin teclear una sola letra. Me he puesto el despertador a las ocho, para empezar temprano, y a las diez ya no sé qué escribir. Los ruidos de la calle, los olores de junio y Mahler en su vinilo no me inspiran una mierda hoy. Estoy en un punto en el que no sé bien por dónde tirar, aunque tengo la historia montada en la cabeza. Eso significa que no sé cómo hacer encajar las escenas y las piezas sueltas. Al final todo es como un puzzle que tiene que cuadrar de forma milimétrica para que quede perfecto y, ahora mismo, a mí me faltan piezas. O me sobran, a saber. Llevo más de una hora escribiendo y borrando, copiando y pegando, apuntando esquemas y deshaciéndolos. Y solo he podido quedarme mirando la pantalla implorando que pase un milagro y vuelva a teclear al ritmo que debería. Estoy por llamar a mi padre para pedirle consejo, pero me niego en rotundo: paso de que me sermonee y quiero hacerlo sola. Tengo que hacerlo sola.

Eso sí, como no quiero agobiarme con el atasco, me tumbo en la cama y hago lo único que me apetece hacer en este momento y que quiero terminar pronto. Quizá porque necesito un punto y aparte. Quizá porque necesito decir adiós a muchas cosas. Quizá porque es hora de un final. Y sé que para eso tengo que hacer una cosa que me duele en el alma y que no me apetece nada: mudarme a mi casa. Lo pienso mientras me fumo un cigarrillo antes de coger a Yaya y decido que, aunque no tenga ganas, he de levantarme, como hacía ella, y seguir mi vida. Recogeré mis cosas en cajas y... me iré. A mi casa.

Capítulo XVII. Toda la verdad tras la risa

—Siento lo de anoche —dijo Isabel recostada en su cama con la cara compungida por la vergüenza y el dolor—. Se me fue de las manos y...

—Isabel, esto no puede seguir así —sentenció Andrés contundente—. Tiene que terminar. Tienes que dejar a ese malnacido.

—No puedo. —Sollozó—. Es mi marido y lo quiero.

—¿Que lo quieres? —espetó Andrés—. ¿Cómo puedes querer a un crápula que te engaña, que te miente diciendo que trabaja en un sitio en el que ya no lo hace, que se pega el día vagueando de aquí para allá, se come tu comida y que está contigo porque así tiene un sitio donde dormir? Isabel, tú no lo quieres. No te quieres a ti misma, que no es lo mismo.

Ella se echó a llorar y yo le palmeé la espalda tratando de consolarla.

—Isabel —dije yo en un tono más suave—, tu hermano tiene razón. Un hombre así no es digno del amor ni del respeto. A un hombre que te hace sufrir, no lo puedes amar. Solo provoca que lo esperes. Y eso no vale de nada porque quien te hace esperar ya te demuestra que no quiere estar a tu lado. No defiendas una causa perdida. Eres joven, eres preciosa, tienes un trabajo y aquí te puedes divorciar —dije bajando la cabeza temiendo pasarme de indiscreta.

—Pero yo no quiero el divorcio. Marcel me quiere, lo sé. Solo que...

—Solo que nada, Isabel —gruñó Andrés—. Deja de defenderlo. No rompas lanzas en su favor.

Nos quedamos los tres callados varios minutos. Isabel sollozando, Andrés de brazos cruzados mirándola y yo acariciando su espalda. Cuando ella se tranquilizó, yo intenté que se explicara y sacara todo lo que llevaba dentro.

—¿Desde cuándo se comporta así, Isabel?

Ella me miró como preguntándose si debía responder, pero finalmente lo hizo.

—Desde nuestra luna de miel.

—¿¿Cómo?! —gritó Andrés—. Vuestra luna de miel fue aquí, en París, mientras yo estudiaba. ¡Estuve con vosotros!

—Lo sé, pero no estuvimos los tres juntos todo el tiempo. Y hubo una noche en la que él... desapareció. Cuando volvió, lo hizo lleno de carmín de varios colores por el cuello y negando con rotundidad que hubiese pasado algo. Discutimos mucho esa noche, mucho. No nos hablamos durante dos días. Después, habíamos quedado contigo y disimulamos ante ti que no había ocurrido nada. Creí que habría sido algo esporádico y que no se repetiría, pero las ausencias se sucedieron y con el tiempo fueron aumentando. —Sollozó e hizo una pausa para calmarse un poco—. Pasaron de ser un par de veces al año a ser cada dos o tres meses. Después ocurrían cada mes y luego ya cada semana. Al principio él me decía que no volvería a hacerlo, que era un inmaduro y que solo me quería a mí. Reconocía que le gustaba hacerlo, que era parte de él, pero que solo yo era su mujer y ocupaba su corazón. Y así ha sido desde que nos casamos. Es curioso porque otros matrimonios nos decían que éramos la envidia de todos —rio amarga—, y es porque me convertí en una especialista en disimular, en las excusas, en vivir una especie de doble vida. De puertas para afuera somos un matrimonio feliz y vivaracho al que le gusta ir de fiesta y reírse de todo. Pero de puertas para adentro él no me toca desde... Ni siquiera lo recuerdo.

—Dios mío, Isabel —dije con lágrimas en los ojos. Andrés me miró extrañado al verme sollozar, algo tan impropio de mí.

—¿Por qué no me contaste nada? —preguntó tu abuelo.

—Porque no podías hacer nada y yo tampoco quería verlo. Pensé que era normal y que mientras volviera a casa, todo saldría bien. Lo que no imaginé es que la cosa iría a más y que al final solo vendría para cenar un plato caliente de vez en cuando y, después, se volvería a ir.

—Pero hasta el otro día, él dormía aquí.

—Sí, para disimular. En cuanto le dije que veníais no tuve ni que pedirle hacer vida normal: sabía que si mi hermano se enteraba de su actitud, tendría problemas. Y Marcel es un hombre que huye como una rata de cualquier conflicto.

—Cobarde —bramó Andrés.

—Sí. Mucho. —Se secó las lágrimas que no paraban de salir—. Y supongo que yo también lo soy porque he preferido agarrarme a la idea de que él en realidad me quiere a mí y de que cuando madure todo cambiará en lugar de aceptar que siempre será así.

—Él nunca te ha querido ni lo hará, Isabel —espetó Andrés—. No seas tan ilusa, joder.

Ella sollozó de nuevo y yo miré a Andrés desaprobando su forma de encarar el problema. No hacía falta ser cruel con ella.

—Isabel —carraspeé—, ¿desde cuándo bebes tanto?

—Desde que volvimos de la luna de miel, hace diez años. —Y esta vez lo dijo solemne—. Él me ofrecía beber, entre risas, y yo descubrí pronto que sobrellevar la situación con alcohol era más fácil que no hacerlo. Y así empecé un poco y otro y otro y ahora, bueno, lo necesito.

—Tienes un problema y creo que te está haciendo enfermar. Hay que llamar a un médico.

—No tengo dinero para eso.

—Nosotros nos haremos cargo. —Sonreí yo.

Ella negó con la cabeza.

—Isabel, prométeme que dejarás a Marcel —le dijo Andrés.

—No..., no puedo. No sé. Puede. Estoy muy cansada y necesito dormir.

Decidimos dejarla descansar tranquila y que lidiara contra sus propios demonios en soledad. Mientras yo me tumbaba en el colchón un rato porque estaba agotada, Andrés fue a la panadería a avisar de que Isabel estaba enferma y que tardaría al menos un día en reponerse. La dueña le dijo que ya venía notando desde hacía meses la desmejora de su empleada y que también le había preguntado varias veces si estaba enferma, algo que ella negaba entre risas.

—No me puedo creer que no me contara nada —susurró malhumorado cuando volvió y me dijo lo que había pasado en la panadería.

—Ni siquiera podía contárselo a ella misma, Andrés; no te tortures.

Se pegó casi toda la mañana fumando frente a la única ventana del piso, de pie, de brazos cruzados. Lidiaba con su sentimiento de culpa por no haber visto lo que había y con la rabia contra su cuñado, por ser un crápula. Y hablando del Rey de Roma...

—*Amour* —canturreó Marcel al llegar a casa.

Lo que no esperaba era encontrarnos allí a los dos. O a los tres... Porque cuando nos vio se quedó petrificado y sin saber qué hacer. Pensó que estaríamos recorriendo París a esas horas, él creía que no habría ogros en la costa. Y quizá, como Isabel trabajaba a esas horas, también había pensado que tampoco habría esposas en la costa.

No le dio tiempo a saludarnos. En menos de dos segundos, Andrés le estaba agarrando de la camisa con sus dos manos, levantándole del suelo e increpándole en un francés que hasta yo entendí el tipo de persona era, soltando insultos y juramentos por doquier. Marcel gritaba. Andrés gritaba. Yo intentaba calmarles. E Isabel salió de la cama.

Los tres la miramos, porque ella era la que tenía el poder para terminar con todo aquello. Creo que Andrés y yo tuvimos esperanzas de que le echara de casa o algo así. De que abriera los ojos y le pidiera el divorcio. De que tuviera un poco de dignidad y le dejara marchar. Pero solo dijo: —Andrés, por favor, no agarres así a tu cuñado. Es tu familia y a la familia no se le echa nada en cara.

Y esas palabras nos dejaron con una sensación amarga y denigrante solo superada con el beso que ambos se dieron cuando Andrés le bajó.

LA PRIMERA NOCHE Y EL PRIMER PASO

Entrar en mi piso tras la decisión de mudarme fue lo más parecido al Big Bang que pueda imaginar. Explosivo y caótico. Y a pesar de que estos días he estado yendo y viniendo, trayendo cosas y haciéndolo un poco más mío, sigo cruzando la puerta de entrada con una sensación incómoda. Respiro hondo al cerrar la puerta y cierro los ojos, tratando de visualizar este piso como lo que es: mi casa. Así que me encamino al dormitorio para dejar la última caja que me faltaba por traer: la que marca que hoy me mudo definitivamente y que voy a vivir independiente. La primera noche que voy a pasar aquí. La primera de mi nueva vida, aunque de momento sea un desastre.

Me pongo a hacer la cena, nada elaborado. Una ensalada, unos dados de pollo... Con una cerveza, como sentada en el sofá mirando el móvil sin estar atenta. Termino la ensalada y pienso que voy a leer un poco, para que así Yayi esté conmigo hoy aquí. Sonrío con pena: no quiero que terminen sus memorias y a la vez sí quiero. Será como un alivio y como decir un adiós definitivo. Y me doy cuenta de que el libro de Yayi llegó a mi vida cuando esta estaba patas arriba, con Daniel y yo sin definir lo que teníamos por no reconocer lo que había, sin querer escribir, sin querer intimar más con Lidia, sin querer independizarme... Después, cuando todo comenzó a encajar, las dejé un poco de lado porque estaba a otras cosas y me dispersé. Sin embargo, ellas me estaban esperando, silenciosas, a que yo volviera a necesitarlas. Y sí, las volví a necesitar cuando todo se desmoronó de nuevo. Y allí estaba ella: mi abuela; siempre allí para mí. Siempre esperando a que la necesite. Siempre respetando mis tiempos. Como Lidia. Como Daniel. Y ya va llegando la hora de corresponder.

Capítulo XVIII. Donde perteneces

Quince días después de nuestra llegada a París habíamos visto la ciudad más maravillosa del mundo, me había quitado convencionalismos de encima y había descubierto que yo también tenía identidad. Había conocido a mis cuñados, les había admirado y después había descubierto sus enormes miserias. En quince días había visto más cosas de la vida y del ser humano que en mis veintiséis años.

Marcel no volvió a aparecer por el piso los días siguientes, aunque al menos llamó a un médico para que le dieran cita a Isabel y que mirara su abultado vientre y su creciente fatiga. Andrés ya no solo estaba enfadado con él: también lo estaba con Isabel, quien había vuelto a su habitual estilo de vida. Parloteaba sin cesar, siempre cantarina y alegre, disimulando la enorme depresión y el alcoholismo que arrastraba desde su boda con dieciocho años. Una niña. Una niña enfrentándose sola a la humillación y el abandono. Una víctima de la vida y de sí misma, por ser incapaz de ver la realidad y de tomar sus propias decisiones. ¿Sabes, Lena? En ese momento entendí que en la vida hay que ser consecuente y no engañarse nunca: si no te gusta lo que ves, échalo de tu vida. Sea lo que sea y sea quien sea.

Pero a pesar de la vuelta a la rutina, al menos dábamos un paso importante: por fin había llegado el día

de la cita con el médico. Andrés y yo estábamos nerviosos, pero Isabel solo mostraba malestar por acudir a la consulta y resignación por hacerlo obligada. Su exagerado autoengaño pasaba también por obviar que algo le estaba ocurriendo y que tenía que ver con la ingesta masiva de alcohol prolongada durante tantos años. Cuando llegamos al médico, vimos que era un hombre mayor con cara de pocos amigos y de no andarse con rodeos. Examinó a Isabel mientras nosotros nos quedamos fuera.

Andrés y yo esperamos mucho. No recuerdo cuánto tiempo estuvimos ahí sentados, pero se hizo interminable. Yo solo tenía en mi cabeza su tos, su piel amarillenta, sus arañitas enrojecidas en la cara y su abultado vientre. Y sabía qué solía indicar eso.

Cuando por fin salió el médico, era de noche y estábamos extenuados. Nos levantamos enseguida y Andrés le pidió que no se anduviera con rodeos. Y sin rodeos se anduvo.

Para cuando llegamos a casa en completo silencio, solo interrumpido por nuestros sollozos, ayudamos a Isabel a acostarse en la cama. Estaba más agotada que nosotros, así que pronto se quedó dormida. Andrés y yo nos sentamos un rato en el salón. Tu abuelo sollozó y yo lo abracé, tratando de calmarlo y de calmarme yo. Estuvimos así varios minutos y entonces, de pronto, la puerta se abrió y nos sacó de nuestra pena. Marcel entraba como una exhalación a casa con un ojo morado y la nariz ensangrentada. Nos miró con el ceño fruncido, pero no dijo nada. Le daba igual que estuviéramos ahí de pie llorando. Se encaminó a su dormitorio sin mediar palabra, pero antes Andrés lo paró.

—Marcel.

—No tengo ganas. Me voy a la cama —dijo en francés.

—Ha ocurrido algo que deberías saber.

—¿El qué?

—Isabel. La hemos llevado al médico y ha dicho que tiene el hígado destrozado y que la cirrosis está tan avanzada que no hay vuelta atrás. En unos meses se habrá comido su diminuto cuerpo. —Se emocionó, poniéndose el puño en la boca.

Sí, el médico había dictaminado que Isabel se moría y que era cuestión de pocos meses. No se podía hacer nada ya. Ninguno de los dos habíamos pensado que podría estar tan avanzada la enfermedad y que sería tan fulminante, pero el estar diez años malcomiendo, bebiendo más de lo que el cuerpo podía asimilar y viviendo entre mugre y cucarachas, había hecho que el cuerpo de Isabel se consumiera en silencio. Y no había vuelta atrás.

Marcel se nos quedó mirando, como incrédulo y en estado de shock. Lo vi derramar una lágrima y negar con la cabeza, pero no dijo nada más. Se encaminó a su dormitorio y cerró la puerta. A la mañana siguiente ya no estarían ni él ni sus cosas.

Andrés y yo no pudimos dormir en toda la noche. Nos emocionábamos, nos abrazábamos, recordábamos cuando nos dijeron la enfermedad de mi madre, y ahora pensábamos qué decisión tomar. No dábamos crédito. Que alguien tan joven fuera a morir... ¿Cómo podía ser tan cínica la vida? ¿Cómo podía darle a una persona inocente como Isabel un compañero como Marcel con el que no había podido lidiar y cómo la vida podía castigarla así por no haber sabido enfrentarse a la situación? Él era el mentiroso, vago y cobarde. Ella, la humillada, la trabajadora y la honrada. Él estaba sano. Ella se moría. La vida es cruel y sin sentido, Lena. Pero eso ya lo sabes.

Por la mañana nos levantamos para descubrir a Isabel en su pose habitual: combinación, cigarrillo y vaso de ginebra. Andrés casi revienta las paredes cuando la vio.

—¡Isabel! ¿Estás bebiendo?

Ella lo miró con la calma que da el no tener nada que perder y, sin espavientos ni disimulos, le respondió:

—Ya nada me va a curar, Andrés. Deja al menos que mis últimos días sean menos dolorosos.

—Isabel. —Lloré yo.

—Marcel se ha marchado mientras dormía. Se ha llevado sus cosas así que no creo que vuelva jamás —dijo con una tranquilidad que espeluznaba.

—¿Qué?! Hijo de puta, voy a buscarlo. Por aquí sí que no paso, por aquí sí que no.

—No, Andrés —le dijo ella en esa nueva versión de sí misma—, él ha decidido abandonarme en el peor de los momentos, así que no hay que buscarle. No quiero pasar mis últimos días junto a alguien que no quiere estar conmigo.

Tu abuelo y yo nos miramos incrédulos, más por la calma enérgica que desprendía Isabel y su forma tan madura de encarar la enfermedad que por esta en sí. Y es que, a veces, quien crees que es más débil resulta ser el más fuerte y viceversa.

—Isabel, Elena y yo hemos pensado que sería bueno que los tres volviéramos a Canfranc. El aire de la montaña, la tranquilidad y la salubridad te irán bien. Aquí solo hay putrefacción y poco que comer.

Nosotros no tenemos mucho dinero para seguir manteniéndonos los tres aquí y no creo que fuera suficiente, aunque encontrara un trabajo.

—Soy francesa, Andrés. Quiero morir en mi país.

Y escucharla hablar de su propia muerte nos puso a ambos la piel de gallina.

—Aquí estás rodeada de cucarachas, de mugre y de aire viciado. Allí estaremos todos mucho mejor: respirarás bien, comerás platos en condiciones. Anda, Isabel, ven con nosotros. Seguro que el aire puro te sienta bien y te cura antes —traté de convencerla.

Ella sonrió.

—No voy a curarme, Elena. Lo que me dijeron ayer es algo que sé desde hace tiempo. —Nosotros abrimos los ojos de par en par—. No es que me lo dijera ningún doctor, pero conozco casos similares y sabía que... Por eso me negaba a ir al médico: sabía lo que me iba a decir. Pero vosotros fuisteis tan insistentes...

Andrés se desplomó en una silla. Yo no atinaba a hablar. Jamás hubiera pensado que Isabel fuera tan autodestructiva como para abandonarse a sí misma y dejar también lo que le quedaba de familia por no encarar sus propios problemas. Tu abuelo empezó a resoplar y yo solo pude abrazarla muy fuerte.

—Es hora de volver, Isabel —sentenció firme tu abuelo—. Los tres vamos a ir a Canfranc. No naciste allí, pero tus padres sí así que, quieras o no quieras, hay momentos en la vida en los que tienes que volver al sitio al que perteneces.

Cierro el libro frunciendo los labios. Más o menos sabía la historia de Isabel, pero no sabía que ella hubiera sido tan consciente de todo. Releo la última frase una y otra vez «volver al sitio al que perteneces».

Y a las doce de la noche, con un nudo en la garganta, me levanto del sofá, me calzo, cojo las llaves de mi nueva casa y decido que ya va siendo hora de volver al sitio al que pertenezco.

PUNTO Y APARTE

Llego a la casa de Darío y Daniel a las doce y media de la noche. Eso sí, cuando estoy en el portal, un señor sale del mismo y entro sin llamar al automático. No sé si ha sido lo mejor, a Darío puede darle un patatús, pero puestos a despertarlos al menos que Daniel me vea la cara, ¿no? Subo en el ascensor y por fin alcanzo el rellano. Temblorosa, llamo al timbre muerta de vergüenza, todo sea dicho. Y con el corazón a punto de que se me salga del pecho. ¿Y si está con otra? ¿Y si me echa a patadas? ¿Y si...?

—¿Lena?

Doy una gran bocanada de aire porque siento que me falta cuando Daniel abre la puerta, despeinado, enfundado en un horrible pijama corto lleno de rotos y manchas y mirándome con suma extrañeza.

—Hola, Daniel.

—¿Qué estás haciendo aquí a las... —mira su reloj— doce y media de la noche?

—Pues...

—¿Va todo bien?

—Sí. Yo... he venido. —Suspiro. Es más fácil pensarlo que hacerlo—. ¿Puedo pasar?

Él me mira serio y a mí me cuesta saber cómo comportarme porque verlo después de casi un mes es una bomba nuclear.

—Pasa.

Me deja entrar y me sorprende que vayamos a su dormitorio, que está inundado de la música bajita de Cohen, con olor a tabaco y con un libro abierto encima de la cama. Cierra la puerta y se cruza de brazos frente a ella.

—¿Quieres tomar algo? ¿Dormidina? —pregunta socarrón y me hace reír.

—No, gracias. Perdona por presentarme así a estas horas.

—Bueno, tú dirás.

—Pues... no sé —suspiro—. Estaba leyendo y he necesitado verte. Te echo de menos, Dani. Muchísimo. Está siendo insoportable y a veces pienso que nos precipitamos rompiendo, que no hicimos lo correcto y que nos dejamos vencer muy rápido. Dani, tú y yo nos queremos como jamás lo haremos con nadie más. Es algo que tú sabes y yo sé y quizá solo haya sido un mal comienzo.

Lo miro compungida y él se pasa las manos por la cara, resoplando.

—Sabes que no es solo eso, Lena. Si fuera solo eso, estaríamos juntos.

—Sí, pero podríamos intentarlo, joder. Ha pasado casi un mes y sé que para los dos

ha sido horrible. ¿Para qué sufrir y arriesgamos a que todo se enfríe y se diluya si podemos seguir luchando juntos?

—Porque de lo que no eres consciente es de que estando juntos yo también sufro. Sufro por todas las cosas que me haces sentir y que no quiero en una relación. Es así de sencillo. Mira, yo te quiero con toda mi alma, me encanta como eres y no quiero cambiar nada de ti, pero tienes mierda en tu vida que te hace sufrir a ti y me hace sufrir a mí. Y eso no es sano.

—Pero lo intentaré —digo a punto de llorar, para mi vergüenza.

—Lo siento, Lena, pero es que esto no va a así. No puedes presentarte en mi casa a las tantas esperando que con un abrazo, un «cambiaré» y un «te echo de menos» se pase todo porque hay mucha mierda que nos sobrevuela aún. Paré la relación porque tenemos muchas cosas que pensar los dos. Yo tengo que aprender a fluir un poco más y a respetar tus tiempos y tú tienes que solucionar esa apatía que te consume.

—Dani...

—Será mejor que te vayas, de verdad. Ya hablaremos cuando estemos los dos más tranquilos, pero ahora necesito distancia. Por favor.

Abro la boca para replicar pero ante su férrea mirada la cierro y solo asiento, derrotada. Me encamino hacia la salida y él viene detrás de mí, pero ni yo me giro ni él me llama. Abro la puerta y la cruzo, mientras escucho las bisagras sonar porque se está cerrando. Hago un mohín y justo Daniel me llama.

—Lena.

Me giro. Apenas veo su silueta entre la oscuridad y la puerta medio abierta.

—¿Sí?

—También está siendo insoportable para mí. Soy incapaz de sacarte de mi cabeza un puto segundo.

Y sin más cierra la puerta.

PARÍS, 1928

La primera semana de julio me trae muchos finales. En el momento de mi vida en el que siento que todo es caos, que nada encaja y que todo está desperdigado, empiezo a sentir un poco de calma. Porque el punto y final de mi novela, otro de los cabos sueltos de mi vida, es preciso, meditado, trabajado y costoso. Sí, costoso. Meses de esfuerzo, para ser exactos. Meses en los que mi vida ha sido un ir y venir de emociones que no siempre he sabido gestionar. Pero, al menos, un cabo ha quedado atado, anclado por el aprendizaje. Ahora sé que puedo hacerlo. Ahora he soltado amarras. Por primera vez en mi vida me he quitado lastres y he disfrutado de una de las cosas que más me ilusiona sin temer decepcionar a alguien, a pesar de las inmensas dudas y miedos que he tenido durante todo el proceso. Y lo he hecho yo sola. Sin mi padre, sin Daniel, sin mi abuela y sin Mara. Sola. Feliz.

Esas son las dos últimas palabras que escribo: «Sola. Feliz». Como yo ahora, que estoy con una sonrisa de oreja a oreja en la cara y lágrimas de emoción en los ojos. Como una madre que acaba de dar a luz a su retoño y siente tal cúmulo de emociones que no sabe cómo abordarlas, así que solo puede sollozarlas. Y, por primera vez en mi vida, necesito contarlo. Necesito gritarlo. Necesito que alguien lo oiga. Que él lo oiga.

Me enciendo un cigarrillo. Doy una larga calada. Le sigue un sorbo de café y una furtiva mirada hacia la noche que se entrevé por la ventana. Es tarde sí, pero sé que en el fondo él lo está esperando. Está esperando que yo me deje de palabras y comience a dar pasos. Y este es uno de ellos.

Acabo de terminar mi novela. He puesto FIN a mi libro, titulado *París, 1928*. Es un drama ambientado en ese París de los locos años veinte y va sobre un poeta bohemio cuya musa es una mujer, casada con un borracho putero, que tiene un amante y con la que además el poeta mantendrá una sórdida relación que lo llevará al abismo del hastío, la soledad, el asesinato e incluso la muerte. Meses de trabajo han concluido hace cinco minutos. Y yo... he necesitado contártelo. Una necesidad que me quemaba el pecho.

Enviar.

Calada.

Sonrío. Sé que él lo está haciendo. Aunque no responda. Sé que él está feliz porque voy cerrando ciclos.

Pero también lo necesito a él. A mi padre. Como esos perritos faltos de cariño que se arriman todo lo que pueden a la fuente que no les da lo que necesitan. Y no, no quiero su beneplácito o que me riegue los oídos; solo deseo su complicidad. Que me comprenda cuando siento que todos los poros de mi piel están abiertos al desasosiego

de las tres letras más agrídulces para un autor: Fin. Así que como esta noche estoy en casa de mi padre porque he venido a cenar con él y se me ha hecho tarde para volver a la mía, me encamino al estudio donde trabaja sin descanso otra vez. Llamo con los nudillos a la puerta y la abro despacito. Lo encuentro tecleando como un loco y parando cuando me escucha susurrar un «papá» desde la puerta.

—Lena, ¿va todo bien?

Sonrío.

—Sí. Solo quería decirte, necesitaba contarte, que acabo de terminar mi novela.

—¡Lena! ¡Enhorabuena! ¡Pasa, por Dios!

Se levanta de su silla y me da un abrazo fuerte y cálido que me pilla por sorpresa. Yo me agarro a él y los dos sonreímos.

—Esto hay que celebrarlo, espera.

Mi padre se encamina a un armario y, tras abrirlo, saca una botella de vino. La abre y mientras deja respirar al vino, me pregunta por los detalles. Quiere saber si estoy contenta, que le cuente cómo me siento y además me dice que entiende perfectamente mis emociones en este momento.

—Déjame leerlo, quiero ayudarte a mejorarlo.

Niego con la cabeza.

—Cuando lo haya repasado y revisado, papá. Eres muy exigente y sé que eso es bueno, pero también me hace sentir insegura —le digo, valiente.

Mi padre alza sus dos cejas, sorprendido.

—¿Insegura?

—Sí. —Alzo la cabeza y lo miro con firmeza—. Es un halago que me des consejos y los sigo al pie de la letra, pero hacen que me tambalee un poco y que sienta que no valgo para darle vida a lo que más me gusta hacer.

—Te exijo porque sé que puedes hacerlo, Lena. Si no creyera en ti, si no viera que tienes talento y que vales para escribir, no me molestaría en corregirte.

—Eres muy duro. —Sonrío intentando camuflar todo lo que me producen sus críticas. Él inspira.

—Sé que a veces me he pasado —dice. Y yo sé que se refiere al episodio de las tijeras—. Y que no he sido justo. Tienes un talento increíble, Lena. Bien encauzado podría llevarte lejos, pero no quería ponértelo fácil para que no sintieras que ser «hija de» te quitaba mérito.

Brindamos con uno de los mejores vinos del país, que mi padre guarda para ocasiones especiales, por mi novela, la realización de mis ilusiones y mi necesidad de compartirlas para asentarlas y disfrutarlas.

Media botella después, paramos de reírnos de absurdecos y decido irme a la cama. Mañana me toca madrugar y ya es muy tarde. Mi padre se queda trabajando un ratito más y nos despedimos felices y con la sensación de estar más unidos. Y como no quiero que esta comunión termine y necesito seguir compartiendo con lo que más quiero el fin de mi novela, decido contárselo a mi abuela en voz alta antes de ponerme a leer.

Capítulo XIX. Lo que la estación deja atrás

El viaje de vuelta a Canfranc a principios de febrero fue triste y silencioso. Ninguno de los tres articulamos palabra alguna durante las largas horas de trayecto. Isabel, porque sabía que iba a pasar sus últimos meses de vida. Andrés, porque iba a perder a su hermana y se sentía culpable por no haber podido evitar su declive. Yo, porque no quería que algo así pasara y porque... no quería volver. París me había traído tantas cosas buenas y malas que algo de mí se quedó allí. Me había traído la libertad, la cultura, la ilusión y la reafirmación de mí misma, pero también la enfermedad, el engaño, la complejidad del ser humano y la podredumbre. París fue muchas cosas y todas me las llevé de vuelta conmigo, pero ¿cómo sería la vida en Canfranc ahora? ¿Cómo sería volver a llevar el pelo recogido, a fumar a escondidas, a ponerme vestidos cerrados, a no hablar de política, a no poder respirar? ¿Cómo llevaría los rumores de nuestra vuelta con Isabel y de mi no descendencia? Sonreí. Porque eso era precisamente lo que había aprendido: a estar un paso por delante de todas las cosas superfluas de este mundo.

Llegamos al mediodía a la estación. La estuve observando largo rato mientras esperábamos a firmar los papeleos necesarios. Jamás veré una maravilla igual, salvo las parisinas. Jamás habrá en este país un monumento similar a la Estación Internacional de Canfranc. En aquella época separaba a España y Francia. La modernidad y la libertad a un solo paso del cautiverio y la dictadura. Ambos países hermanados por un mismo edificio grande, magnánimo, largo y soberbio. Un edificio que fue el ejemplo del modernismo de principios del siglo XX, de enorme opulencia y gran actividad comercial en su época, con un encanto especial y una magia que se palpa incluso hoy, con la estación ya cerrada. De ahí salí por primera vez al extranjero. Y allí regresé cuando todo se vino abajo. Ahí llegó tu abuelo cuando necesitó volver a sus raíces. Y allí permanecerá nuestra alma. Entre las dos tierras. Siempre.

Cuando arreglamos todos los papeles, salimos de la estación camino a nuestro hogar. Recorrer las calles de Canfranc fue una mezcla muy extraña para mí. Era como volver a reconocer un lugar que parecía como si llevara años sin pisar. Toda una vida, pensé. Porque ahora que regresaba tras enfrentarme a tantas cosas, sentía que ni yo era la misma persona que se fue, ni sería jamás la que querían que fuera. Dirás que una nueva Elena emergió tras ese mes en París, pero no es cierto. Era la de siempre, solo que ya no tenía miedo de ser quien era. Y con esta nueva valentía para encarar todo lo que estaba por venir, abrí la puerta de mi casa y dejé a la Elena retraída y a París atrás.

Suspiro con una sensación de paz. Es como si todo estuviera encajando. Como si mi abuela me estuviera hablando y me dijera que hay que cerrar puertas para abrir otras, aunque lo que haya dentro de ambas sea doloroso. Todo lo que venga en la vida se puede afrontar. No vamos a descubrir nada nuevo.

Me fumo un cigarro tumbada en la cama, mirando al techo, saboreando la satisfacción que me da estar en calma tras haber terminado mi novela y tras la vuelta de París de mi abuela. París. Canfranc. Me gustaría volver. Cuando era niña, íbamos a menudo, pero la enfermedad de mi hermana y la mala relación entre mi padre y mi tía Amparo hicieron que dejáramos de visitar el pueblo. Volveré, sí. Cuando esté preparada para decir adiós. Cuando todo termine. Volveré y la lloraré como se merece. Sonríe. Un pitido me sobresalta.

Llevo un buen rato mirando al techo, fumándome un cigarro y sonriendo. Apuesto a que tú estás igual, como en la canción «El roce de tu cuerpo», de Platero y tú. Y sí, esta noche también «creo que muero si no siento el roce de tu cuerpo junto a mí», pero a pesar de todo, estoy... feliz. Es contradictorio, pero lo estoy. Porque has terminado la novela y porque has necesitado contármelo. Es un paso. Uno de los pasos que para nosotros supone *París, 1928*. Enhorabuena, Lena.

La sonrisa que me sale no me cabe en el pecho.

LO QUE ESTABA POR VENIR

Hay una cosa que tengo que hacer si quiero cerrar puertas y abrir otras: reconciliarme del todo con mi nueva casa. No puedo seguir poniendo una mueca de asco cada vez que cruzo la puerta ni buscando excusas tontas para pasar más noches de las que debería en casa de mi padre. No. Soy muy afortunada por tener este piso y por la vida que he tenido, y ya va siendo hora de creérmelo y valorarlo.

Así que aquí estoy, taladro en mano, con La Habitación Roja sonando a tope. Con el pelo tapado por un pañuelo y camiseta de tirantes vieja y roída, voy colocando y descolocando estantes, cuadros y demás objetos de decoración para hacer de este piso mi hogar. Durante toda la semana he ido colocando pequeños detalles y la verdad es que poco a poco me está quedando un piso acogedor. Mío. Bonito. Mío.

Por la tarde hago un merecido descanso. Me siento en el sofá con una Coca-Cola y un cigarro. Mi plan de fin de semana es terminar de situar cosas y hacer un repaso a *París, 1928*, ahora que lleva una semana reposando. Creo que quiero hacer algo con ella. Sí, la enviaré a varias editoriales, a ver si hay suerte. Me apetece. ¿Por qué no? ¿Qué tengo que perder? Lo haré bajo seudónimo, porque no quiero que mi apellido me respalde. Y, si no hay suerte con las editoriales, quizá me anime a autopublicarlo. No sé. Pero sí, quiero hacer algo. Estoy contenta con cómo ha quedado y es importante para mí intentarlo.

Mi teléfono móvil suena cuando estoy abriendo el libro de Yayi para leer. Es Lidia. Sonrío porque llevamos varios días wasapeándonos bastante y hablando por teléfono. La llamo yo, me llama ella..., como dos amigas normales y corrientes, vaya.

—Hola. —Sonrío.

—¿Qué tal, preciosa? ¿Cómo va el cambio de decoración?

—Va bien. Aún me queda un poquito pero va yendo.

—¿Seguro que no quieres que te echemos una mano?

—No, tranquila, de verdad. Es algo que...

—Tienes que hacer sola, ya. —Ríe.

—¿Qué te cuentas?

—Pues poca cosa. Todo normal por aquí. Pero te llamo porque, bueno, es un poco delicado.

—Cuéntame.

—Como dentro de un par de días es el cumpleaños de Luis, habíamos pensado en salir a tomar todos juntos unas cañas y cenar algo por ahí, como... antes.

—Oh. ¡Claro, Lidia! Es una fecha y un motivo importante. —Sonrío.

—¡Sí! La cosa es que en esa quedada...

—Estará Daniel invitado.

—Sí.

Suspiro.

—No pasa nada, Lidia. Podemos compartir espacio sin problema.

—¿Seguro? No queremos que lo paséis mal ninguno de los dos, pero nos haría mucha ilusión tanto a Luis como a mí contar con vosotros. En las últimas semanas apenas os hemos visto el pelo y se os echa de menos.

—Lo siento. Eso es culpa nuestra y no debería ser así.

—Entonces, ¿por ti no hay problema? ¿Vendrás?

—Claro que sí. No te preocupes. Y seguro que Daniel tampoco tendrá problema.

—Joder, qué bien. —Suspira—. Se lo diré también, por si acaso.

Parloteamos un poco de nimiedades y colgamos. Inspiro fuerte porque un torrente de electricidad y nervios se ha instalado en mi vientre. Ver a Daniel tras la ruptura, tras el episodio en su casa, tras *París, 1928*. Y con gente alrededor. Me llevo los dedos a la boca porque visualizo la tensión, la incomodidad y pienso que quizá ya ni nos miremos a la cara porque se haya ido perdiendo toda la complicidad por el camino.

Capítulo XX. El declive

Febrero de 1954 había llegado con muchos cambios para nosotros. Habíamos vuelto a la rutina del trabajo, a la que nos costó poco volver a acostumbrarnos; a la rutina del pueblo, a cuidar a mi padre, a mis hermanos pequeños y, sobre todo, a Isabel. Todo parecía ser como siempre, pero con la pena de saber que ella apuraba sus días entre paseos por el campo, ayudándome con algunas tareas básicas, y dejando pasar el tiempo. Y, sin embargo, yo sentía que algo estaba cambiando en mí. Y no me refiero al hecho de que fuera una persona distinta, más madura o más fuerte, que también. Me refiero a que notaba que mi cuerpo era diferente y mi resistencia física mermaba por momentos, dando paso a un continuo cansancio que me preocupaba por si yo también había caído enferma, como Isabel o como mi madre.

—Serán nervios y cansancio —me dijo Andrés una noche, tras deshacer las sábanas y hablarle de esto—. Hemos vivido muchas cosas en los últimos meses y tenemos la cabeza todavía aturdida. No te preocupes, Elena. No estás enferma.

Me besó la frente y yo traté de dormir, pero no podía. Tenía la certeza de que algo estaba ocurriendo.

Isabel fue empeorando de su enfermedad durante el mes siguiente. De sus largos paseos por el campo y de ayudarme con las tareas básicas, pasó a apenas levantarse de la cama y a salir a la calle solo en contadas ocasiones. Cada vez tenía menos fuerzas para tenerse en pie y cada vez estaba más famélica, aun con su vientre abultado por la enfermedad. No poder salir hizo mella en su estado de ánimo. Durante las semanas anteriores me había acompañado a lavar con otras mujeres del pueblo. Ahí Isabel, que no callaba ni debajo del agua, se sentía en su salsa hablando sin parar de un sinfín de cosas que alarmaban tanto como maravillaban a nuestras compañeras. Supongo que por la espalda estas comentarían con malicia. Hablarían de la enfermedad de Isabel, que nosotros no habíamos dicho cuál era, y sacarían sus propias conclusiones. Dirían que era una chica soberbia, con aires de parisina, alocada y falta de inteligencia. Pero se equivocaban. Isabel era un ser humilde, quizá demasiado humilde para este mundo y demasiado digna como para entrar en el juego de las habladorías. Cuánto aprendí de ella esas semanas, flor. Cuánto aprendí de estar por encima de las circunstancias y de fingir que no me enteraba de la maldad de otras personas, lo que hacía que yo estuviera más tranquila y esas personas, más inquietas. No hay nada peor para alguien que se aburre y quiere pincharte que no hacerle caso y ponerle una sonrisa a su aguja. No hay mayor desprecio que no hacer aprecio.

Una mañana la que se despertó débil y con malestar general fui yo. No le dije nada a Andrés para no preocuparlo, pues estábamos sensibles a las enfermedades, pero me encontraba mareada y desorientada, y la asiduidad de ese estado me estaba inquietando bastante. Aun así me levanté, preparé su desayuno y con la excusa de que desayunaría después con Isabel, no comí nada en presencia de tu abuelo, porque no tenía

ninguna gana. Él no notó nada raro y se marchó al campo a otra jornada de sol a sol. Tras despedirlo, fui a la habitación de Isabel para darle la comida en la cama, pues apenas se podía levantar. Ella dormía todavía, pero yo enrollé la persiana para que entrara la luz del día y el frescor de lo poco que quedaba de invierno. Isabel fue abriendo los ojos, estirándose. Tenía la cara demacrada y estaba famélica. La muerte le rondaba de cerca y yo tuve que contener un sollozo al verla y sentir que se nos iba, como mi madre.

—Buenos días, Isabel. —Sonreí.

Le dejé el desayuno al pie de la cama y la ayudé a comer unas tostadas con ajo, aceite y sal. Tostadas de hogar de leña, que tienen un sabor único que queda en tu memoria y en tu paladar, como decía siempre mi madre.

—Gracias, Elena. Eres un ángel. El ángel que me cuida en mis peores momentos. Llegaste a mí cuando la oscuridad se cernía en mi vida y lo has llenado todo de luz.

Sonreí. Porque no sabía qué decir cuando hablaba así. En los últimos días Isabel estaba muy poética, y eso me daba tanta pena que tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no llorar.

Cuando terminó lo poco que comió, le tendí el café. Al removerlo, su olor caliente y amargo subió con el humo que aún manaba y una náusea involuntaria me azotó entera. Tuve que ponerme la mano en la boca y tragar saliva para no vomitar. Jamás me había pasado. Ni siquiera esa misma mañana, mientras hacía el desayuno que yo no había querido ingerir porque me sentía con malestar. Isabel me miró alzando una ceja.

—¿Tienes ganas de vomitar?

—Sí. —Respiré—. Ya pasaron.

—Elena.

—¿Sí?

—Estás embarazada.

—¿Cómo?

—Estás embarazada —repitió—. Lo sé.

—No. No lo creo, Isabel. Yo... estoy seca y...

—Te he estado observando desde que regresamos de París, incluso un poco antes, y algo me estaba oliendo ya. Estás más sensible, tienes mal cuerpo y tus pechos están más grandes.

Me los miré, pero no noté nada.

—No sé.

—¿Te ha venido el periodo?

Negué con la cabeza. Y ella sonrió.

—Ojalá llegue a conocer a mi sobrino —me dijo con lágrimas en los ojos, cogiéndome las manos.

—Es imposible. Después de tantos años.

—Estas cosas pasan. Pero estás embarazada, Elena. Yo lo estuve también y sé lo que se siente.

La miré perpleja y atónita. Y antes de que pudiera preguntarle, ella miró hacia la ventana y comenzó a hablar: —Me quedé embarazada al poco de casarme. Cuando me enteré, pensé que no habría nada que pudiera hacerme más feliz. Tendría un bebé, lo cuidaría y Marcel permanecería a mi lado para siempre. Era la solución a todos nuestros problemas. O eso quise pensar. Porque cuando le comuniqué la noticia, él estalló en júbilo. Me cogió, me dio vueltas, me besó... Todo parecía tal y como lo había pensado. Soñado incluso. Pero diez minutos después, me dijo que salía a celebrarlo. Él solo. Volvió tres días después. Tres días sin saber nada de él. Tres días preocupada sin noticias suyas. Y volvió medio borracho, con la ropa ajada y con piojos..., ahí abajo. —Se sonrojó—. Nunca he llorado tanto como esa noche. Nunca le he gritado tanto, maldecido tanto, dicho tanto. Pero tampoco sirvió de nada. A la mañana siguiente volvió a marcharse y yo traté de calmarme como siempre hacía: bebiendo. Y así continuó todo hasta que, tres meses después, mi cuerpo no pudo más y expulsó al bebé que apenas se había formado todavía.

—Isabel. —Le cogí de las manos con lágrimas en los ojos—. Lo siento en el alma. No sabía nada.

—Nadie lo supo. Solo él. Me sentía tan culpable que me daba vergüenza contarle. Él jamás me dijo nada, pero desde ese momento su comportamiento empeoró y mi culpa aumentó. Me costó mucho tiempo entender que al final la Naturaleza es más sabia que nosotros. ¿Qué clase de vida le hubiera esperado? —Negó con la cabeza—. A veces las desgracias de una persona son la suerte de otra.

La abracé y las dos nos fundimos en un llanto.

En el fondo lo intuía, aunque no quería creerlo. Pero sí: una nueva vida milagrosa crecía dentro de mi vientre. Una vida enferma moría en mi corazón.

Sonríó porque ese bebé en camino, cuando menos se lo esperaban y cuando habían perdido toda esperanza, era mi padre. Estoy por mandarle un mensaje cuando mi

teléfono vuelve a sonar.

—Hola, Dani —respondo a su llamada telefónica.

—Hola, Lena.

—¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú?

—Bien —digo.

—Enhorabuena por la novela. Estoy muy contento de que la hayas terminado.

—Gracias. Y gracias por tu mensaje. Fue...

—Lo sé. Me alegré mucho, de verdad. Siento no haberte llamado estos días y siento un poco lo que pasó en mi casa, pero cuando las cosas andan revueltas..., ya sabes.

—Sé. —Sonrío—. Es complicado para ambos.

—Lo es. Pero, bueno, estoy más tranquilo.

—Sí; también yo.

Sé que ambos sonreímos, pero nos quedamos callados uno segundos hasta que él habla de nuevo.

—¿Cómo andas?

—Bueno..., bien. Mejor, la verdad. Estoy pensando mucho y tratando de atar cabos, ya sabes. De momento intento reconciliarme con mi nueva casa a la que había cogido mucha tirria y he terminado mi primera novela. No está mal.

—Eso es bueno. Muy bueno.

—¿Tú cómo estás? ¿Qué tal el curro? —pregunto para aliviar tensión.

—Muy bien. Cada vez mejor. Estoy muy, muy contento.

—Me alegro mucho, de verdad. Es donde tenías que estar.

—Sí. ¿Qué tal por la tienda?

—Pues todo sigue igual de mierdero, pero he actualizado mi currículum y quizá mire en serio algo de lo mío.

—Eso sería genial.

—Lo sé.

Hay un silencio contenido.

—Verás —carraspea, interrumpiéndolo—, te llamaba también por...

—La quedada.

Sonrío. Y sé que él también.

—La quedada, sí. Me gustaría... No quiero...

—Yo tampoco, Dani. No es justo para nadie, así que estaremos bien.

—Lo sé. Pero necesitaba aclararlo. Somos adultos y, aunque estemos como estamos, nuestros amigos no tienen por qué pagarlo.

—Estoy de acuerdo.

Nos quedamos callados los dos.

—Tengo muchas ganas de verte, Dani. Muchas.

—Yo también, Lena, pero...

—Lo sé.

Suspira y yo sé que se está debatiendo entre decir lo que sea que está pensando o

no decirlo. Al final, lo suelta: —Cuando te vea, me gustaría darte un abrazo. Uno muy fuerte, porque mis brazos te echan de menos. Y también un beso. Uno largo y cuidado que diga todo lo que hay que decir y que sea la antesala a tener tu cuerpo bajo el mío. —Yo inspiro hondo—. Y querré darte la enhorabuena en persona por tu novela y llenar de caricias tu espalda desnuda. Querré estar dentro de ti toda la noche, hablándote con mi cuerpo, diciéndote que no hay nada que te saque de mí.

—Dani...

—Pero no lo haré, Lena. No lo haré. Te saludaré cordialmente y así seguiré toda la noche. No podré darte más porque me duele. Todavía me duele y todavía no estoy seguro.

Me seco las lágrimas que caen y carraspeo.

—Yo querré abrazarte también. Y besarte. Besarte mucho y muy fuerte. Querré decirte que tenías razón en todo y que quiero volver atrás en el tiempo y hacerlo todo diferente. Que cuando tú estés dispuesto, yo quiero intentarlo. Cuando tú me perdones. Cuando te perdone yo. Y querré hacerte el amor toda la noche. Pero no lo haré. Porque respetaré el tiempo que nos dimos para respirar, así que solo te sonreiré y te daré dos educados besos, fingiendo que no siento el volcán que ambos llevamos dentro.

Silencio. Se oyen suspiros entrecortados y el chasquido de un mechero. Estamos así más de un minuto. Incapaces de colgar. Incapaces de hablar. Hasta que Daniel marca la distancia que necesita.

—Nos vemos entonces, Lena.

—Nos vemos.

LOS CONTRASTES

Me miro en el espejo de mi nueva casa una y otra vez con más nervios que vista para analizar si voy bien con mi falda turquesa larga y plisada, con abertura en los laterales, y mi camiseta de tirantes blanca anchota y cortita a la cintura. Me pongo y me quito un collar a juego, luego otro; unas sandalias, luego otras. Saber que en un ratito veré a Daniel me pone nerviosa. Porque voy a mirar sus ojos saltones, su pelo revuelto, sus labios enrojecidos; voy a verlo fumar, cogiendo el cigarrillo con su pulgar e índice; reír, hablar. Y nada de eso lo hará con mi mano en la suya o mis labios en sus mejillas. Estaremos contenidos. Fríos. Como los días tras acostarnos por primera vez, hasta que volvimos a hacerlo. Porque a partir de ahí todo fue hacia arriba y al final hemos estado un año y medio enredados en algo que siempre quedó por definir.

La quedada es en el quinto pino, he de decir. No sé cuál es ese sitio que quiere pisar Luis hoy, pero como es el cumpleaños, todos hemos dicho que sí. Y digo todos porque Lidia ha tenido la gran idea de crear un grupo de WhatsApp con la pandilla. Fenomenal. Apenas me hablo con mi ex y a dos de mis amigos hace un mes que no los veo, pero estoy atrapada en un chat demoledor del que pagaría por salir. He de decir que apenas participo. Tampoco lo hace Daniel. A ninguno de los dos nos gustan estas cosas. El caso es que tengo como media hora en metro hasta llegar al sitio, así que como no quiero que me coman los nervios y necesito tener la mente en otra cosa, saco el libro de Yayi y me pongo a leer en el asiento del vagón.

Capítulo XXI. Las cosas pasan cuando tienen que pasar

Cuatro días después me levanté pidiéndole a Andrés que llamara al médico: me encontraba mal y ya no podía dejarlo pasar. Isabel seguía en cama, pero, esta vez, fue ella quien se levantó a duras penas y vino a mi habitación a cogerme la mano mientras el médico llegaba.

—Es normal. Los primeros meses se tiene mal cuerpo. Te haré una infusión de jengibre, te calmará.

Negué con la cabeza.

—La haré yo —dije incorporándome—. Tú no deberías moverte de la cama.

—Tumbate, Elena. Deja que sea yo quien te cuide por una vez. Deja que me sienta útil.

—Ya eres útil, Isabel. Eres más útil de lo que jamás entenderás. —Sonreí. Ella también.

—Aun así quiero hacer algo.

No tuve valor para decirle que no. Se la veía contenta, especialmente alegre e incluso más fuerte de lo habitual. Estaba casi como en París. Y un sudor frío me recorrió entera porque conocía muy bien las inesperadas mejoras que preceden a la muerte. Sollocé tapándome la cara con las manos porque no podía con la idea de perderla y que nos dejara. Ella no. Mi cuñada alegre, joven y vivaracha, no.

Tuve que tragarme pronto las lágrimas porque Isabel subió con la infusión que, según ella, calmaba el malestar. Todavía no tenía confirmación de lo que me pasaba, pero ella estaba tan segura que yo casi lo daba por hecho. Me bebí la infusión y volví a recostarme, esperando que el médico apareciera de un

momento a otro.

—¿Te encuentras mejor?

—Un poco —asentí. Era cierto.

Escuchamos la puerta abrirse y a Zarza ladrar ante un desconocido. Isabel se irguió e instantes después Andrés apareció por la puerta acompañando al médico. Ambos salieron y el médico me hizo varias preguntas, me palpó la zona, me examinó y... sonrió.

—Sí, Elena. Estás embarazada. Diría que de unos tres meses.

Abrí la boca, casi incrédula por la noticia.

—Pero, entonces, ¿me quedé embarazada en París?

—Es posible que antes.

Me quedé perpleja y solo podía pensar en las cucarachas, la mugre y la poca salubridad en la que se había gestado mi embarazo. Toqué mi vientre y luego negué con la cabeza. Millones de mujeres lo conseguían en el mundo en peores condiciones, no sería para tanto. Aunque, eso sí, recé un Ave María para mis adentros pidiendo que el bebé llegara a puerto y saliera sano.

Andrés entró a la habitación cuando el médico se fue. Isabel, que sabía lo que había, nos dejó intimidad para que pudiera decirle a tu abuelo que estaba encinta. Él me miró sorprendido, ilusionado y emocionado. Sonrió mucho. Y sé que, más allá de la alegría propia por saber que venía un hijo en camino, estaba feliz por verme a mí contenta.

—Es curioso —le dije—, justo cuando estaba siendo feliz tal y como estábamos. Cuando había entendido que la felicidad es una decisión y no una consecuencia de las cosas que nos pasan. Es como una señal, como un colofón.

—Es la vida —dijo él, dándome un beso en la frente—. Y esa es su belleza: lo que nos enseña y nos sorprende. Lo que nos da y lo que nos quita.

—Siento que sea en este momento... —Señalé hacia la puerta, hacia Isabel.

—No. —Negó Andrés con la cabeza—. No hay que lamentar los momentos. Las cosas a veces se solapan y, por una parte, quizá no te dejen disfrutar de la alegría plena pero, por otra, amortiguan el golpe. Es una bendición que estés en estado justo cuando mi hermana... se va.

Se nos llenaron los ojos de lágrimas a los dos y nos dimos un beso. Un beso que dijo muchas cosas sin hablar. Un beso que mostraba alegría y tristeza. Las dos polaridades constantes de todas las vidas.

Tengo un nudo en la garganta. Pobre Isabel, qué poquita suerte tuvo en su vida. O mejor dicho, qué poquito supo enfrentarse a sus problemas. Meneo la cabeza porque yo no quiero ser como ella así que tomo una decisión: voy a enfrentarme a todas las cosas que desde hace años me tienen anclada en un mundo paralelo en el que no hace ni frío ni calor. Ya he empezado a hacerlo, sí; pero lo hacía por Daniel, para recuperarle. Y esa no debe ser mi motivación porque no servirá de nada. Tengo que hacerlo por mí misma, para estar bien yo. Y lo que tenga que pasar con Daniel, pasará igual. Sonríe un poquito y me siento más animada para la cita. Y todo son risas hasta que me doy cuenta de que me he pasado de parada. ¡Me cago en todo lo que se menea!

Bajo corriendo, hago un transbordo y vuelvo a coger otro tren que me lleva de vuelta. ¡Seré despistada! Pero entre los nervios y la lectura se me ha ido por completo la pinza así que cuando llego al dichoso bar en cuestión, es un pelín tarde y todos están ya sentados en una mesa. Qué fenomenal, entrada triunfal. Qué vergüenza. Pero Lidia, ángel Lidia, se cosca de la situación y cuando ve que me encamino hacia la mesa, se levanta para alcanzarme y saludarme. Nos damos dos besos sonriendo, me disculpo por el retraso y uno tras otro, mis amigos se levantan para saludarme y darme dos besos entre felicitaciones a Luis, risas, y me llaman «desaparecida» sin maldad alguna. Y cuando ya he saludado a todos, él se levanta mientras los demás se sientan.

El corazón me bombea rápido y sé que a él también. Lo sé porque tiene las mejillas encendidas y respira acelerado. Sonríe forzado al verme, pero yo sé que está intentando contenerse, como lo estoy intentando yo. Y finalmente nos acercamos el uno al otro mientras nuestros amigos, que son todo discreción, están en la mesa en silencio mirándonos y esperando a ver qué hacemos.

—Hola, Lena. —Sonríe y me da dos besos—. Enhorabuena de nuevo por la novela —susurra, discreto.

—Hola, Dani. —Le devuelvo la misma sonrisa—. Muchas gracias.

Nos miramos un segundo. Un solo segundo. Pero un segundo que sirve para saber que los dos estamos en el mismo punto, que nos estamos diciendo con los ojos lo que dijimos que no diríamos en nuestra conversación telefónica, que nos estamos haciendo el amor, que nos estamos diciendo te quiero. Un segundo que pasa fugaz y tras el cual, nos sentamos con todos en la mesa a compartir brindis como hiciéramos antaño.

Yo me siento entre Luis y Lidia y él entre Darío y Abel. Y ambos estamos el uno frente al otro sin poder dejar de mirarnos y dedicarnos sonrisas falsas que nos hacen más mal que bien. Por fin, nos traen las bebidas y rompemos la tensión abalanzándonos sobre ellas y brindando por el cumpleaños de Luis. Conversación insustancial; risas tontas. Brindamos porque Luis y Lidia anuncian casi con miedo que van a vivir juntos. Tensión en el ambiente. Daniel me mira con pena y yo a él también. Su mirada se desvía y sé que la rabia le hierve por dentro, así que antes de que su cabeza active el modo odio infinito, decido pararlo de la única forma que se me ocurre.

—Brindemos también porque quiero contaros que he escrito una novela. Llevaba tiempo gestándose y por fin la he terminado. La estoy repasando pero, en cuanto termine, la enviaré a varias editoriales bajo seudónimo, para que nada relacionado con mi padre interfiera.

Todos aplauden y me vitorean. Uno por uno se acercan a darme la enhorabuena y dos besos y así rompemos la tensión que estaba creciendo. Cuando le toca el turno a Daniel, me sonrío y me da un beso en la mejilla.

—Gracias por estar a mi lado en todo el proceso —le digo.

—De nada. Es genial que lo hayas contado.

Nos sonreímos con nostalgia y volvemos a sentarnos, pero la tensión y la sensación de estómago encogido no hace sino aumentar.

Conforme el alcohol va corriendo, las conversaciones se vuelven más estúpidas y las risas más sonoras. Estamos relajados como siempre estábamos y Daniel lleva la voz cantante junto con Luis, como es habitual. Es como si nada hubiera cambiado. Nosotras, ellos, los ojos de Daniel emitiendo continuas chispas de alegría y mis ojos siguiéndolos contagiados. Todo es como siempre, pero nada es igual. El bar, la música, la bebida, los brindis absurdos, la conversación banal. Todo se repite. Pero Daniel y yo no nos metemos el uno con el otro entre risas, como siempre hacíamos. Ni nos damos un beso furtivo cuando los demás están a otro rollo. Tampoco trata de tocarme una teta ante mi inminente manotazo ni me susurra al oído canciones que me

hacen temblar. No. Daniel sigue en su sitio y yo en el mío, y ambos nos dedicamos miradas furtivas que enseguida apartamos. Estamos cordiales pero contenidos, haciendo un esfuerzo titánico por no gritar que se vayan todos y nos dejen solos en el mundo.

Cuando salimos del bar son casi las diez de la noche y Luis nos dice que un cantautor desconocido toca en un parque cercano, rollo hippie nocturno, y que si no nos molaría ir. Como no tenemos nada mejor que hacer y estamos que lo tiramos, todos decimos que sí y en menos de diez minutos estamos sentados sobre un césped lleno de farolillos, mosquitos, gente sentada y un tío en una silla con una guitarra tocando canciones deprimentes. Aun así se está bien y la noche es cálida y apetecible, así que escuchar música mientras estamos sentados en la hierba y bebemos entre risas tampoco es mal plan. Daniel y yo sonreímos de vez en cuando, y no podemos evitar mirarnos fugazmente, porque el tío desafina hasta morir. Poco a poco, el ambiente se relaja y terminamos en la hierba, medio tirados o sentados repantingados. Lidia y Luis se abrazan. Abel y Darío se cogen de la mano y parlotean con Daniel. Y yo, sentada detrás, me enciendo un cigarrillo intentando no pensar. En un momento Dani mira de reojo hacia atrás, controlando que sigo ahí. Lo hace un par de veces y me hace sonreír con pena. Y al cabo de un rato, cuando cada uno va a lo suyo, Daniel se levanta y se sienta a mi lado, haciéndome sonreír al verlo a mi vera.

—¿Te está gustando? —pregunto.

—Ni ver. —Nos reímos—. ¿Y a ti?

Niego con la cabeza.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Un poco tensa. —Sonrío.

—Sí. —Sonríe bajando la cabeza—. Es raro.

—Pero estoy contenta por verte.

—Y yo. —Me guiña un ojo—. Distanciarnos está siendo una mierda como un templo pero...

—Lo sé —le interrumpo—. Las cosas no podían continuar como lo estaban haciendo. Hubiera ido a más y habríamos terminado odiándonos.

—Sí —dice con pena.

—¿Sabes, Dani? —Me mira expectante—. En el fondo creo que la distancia nos está haciendo bien. Estoy zanjando cosas pendientes y cada pasito que doy me noto mejor, más... yo.

—¿Ya me has olvidado? —dice socarrón. Y yo sé cuánta ansiedad encierra esa broma.

—Claro que no; eso es imposible. —Sonrío—. Te echo de menos cada segundo del día, pero me refiero a que no..., no es tan asfixiante la vida. Algo ha cambiado.

Daniel sonrío mucho y le da a mi hombro un toquecito con el suyo. Yo sonrío ante el gesto y ante la comodidad que siento estando con él, sin discutir, sin sermones. Volando.

—Me alegra oír eso, Lena. Y aunque a veces creo que voy a reventar de lo que te echo de menos, sigo pensando que fue una buena decisión.

—¿Crees que...?

No tengo ni que terminar la pregunta. Daniel me interrumpe antes.

—No lo sé. Son cosas que yo no sé como no las sabes tú. No nos lo planteemos y fluyamos. Nos está yendo bien así, pues sigamos así. Y lo que tenga que pasar, pasará.

—¿Y si lo que tiene que pasar es que conozco a Brad Pitt y me lo trinco? —digo entre risas. Él se ríe también.

—Cariño, a Brad Pitt ya no se le levanta ni con la pastillita azul, créeme. Y tú estás acostumbrada a cantidad, calidad, largura y grosor.

Le doy un manotazo en el hombro que nos hace reír a ambos. Nos miramos unos segundos cargados de complicidad, de magia, de farolillos entre la hierba y canciones tristonas. No sé si serán las luces, el olor a césped recién cortado, la música de fondo o el momento hippie, pero nos quedamos mirando embobados sin decir nada con sendas sonrisas en la boca.

Y, unos minutos después, decido que quiero quedarme con este buen sabor de boca y doy por terminada la noche. Me despido de todos y Daniel se levanta a darme dos besos.

—Me ha gustado verte —le digo.

—Lo sé. A mí también.

—Quizá..., quizá podríamos quedar un día.

—Pues...

—Podemos hacerlo, Dani. Podemos normalizarlo.

Él esboza una sonrisa triste y me da un beso en la mejilla. Yo asiento mientras me encamino al taxi que ya me espera y suspiro para quitarme toda la tensión y la emoción de haber vivido con él otra noche mágica.

LAS ILUSIONES QUE SE VUELVEN FÍSICAS

Salgo del registro de la propiedad intelectual con una sonrisa de oreja a oreja. Ya está. *París, 1928* está registrada bajo mi autoría por medio de un seudónimo, para que no se me vincule con mi padre y sienta que hay favoritismos. Porque lo siguiente que hago cuando salgo del registro es ir a una imprenta para hacer varias copias encuadernadas de mi novela. Y al tener las copias entre mis manos, siento una especie de comunión con ellas, de complicidad secreta: son la ilusión de mi vida y están aquí, tangibles, físicas, aguardando su hora. Su hora llega cuando salgo de Correos tras enviar cinco copias de mi manuscrito a cinco editoriales, junto con una carta de presentación. Y cuando hago los procedimientos correspondientes, salgo del edificio con la satisfacción de haber dado uno de los pasos más grandes e importantes de mi vida. Sonrío. Lo he hecho, joder. He escrito una novela yo sola, la he pulido, repasado, me he enfrentado a mis miedos literarios con ella, he tomado la decisión de enviarla y así he hecho. Por mí. Solo por mí.

En *Hacia rutas salvajes*, una de mis películas favoritas, el protagonista —real— dice una frase que me marcó en cuanto la oí: «La felicidad no es real si no es compartida». Y sí, es cierto. Al menos, lo es para mí en este momento. Porque aunque esté orgullosa de lo que he hecho, y más de no haber necesitado a nadie, ahora quiero compartir este momento. Quizá para hacerlo más real. Quizá por una pizca de ego. Así que, sin pensarlo mucho, sin saber si es lo correcto o no, si será para bien o no, marco su número con una sonrisa de oreja a oreja y una emoción que no me cabe dentro.

—Hola, Lena —responde serio a mi llamada.

—Hola, ¿puedes hablar?

—Claro, ¿ocurre algo? —pregunta asustado.

—No. Solo quería contarte que acabo de salir del registro de la propiedad intelectual. Mi novela ya es mía. —Sonrío—. Y he pensado que te gustaría saberlo. Al menos, yo he necesitado contártelo.

—¡Ey! ¡Qué bien! Enhorabuena, joder. Sabía que lo lograrías.

—Gracias. Y, además, he impreso unas cuantas copias y me he ido a Correos para mandarlas a varias editoriales. Así que ¡a ver si hay suerte!

—¡Qué dices! —Y sé que sonrío—. ¡Eso es la polla! Seguro que te llaman todas, Lena. Seguro.

—Y, bueno, he impreso una copia para ti.

—¿Para mí?

—Claro. ¿Cómo no ibas a tenerlo tú?

Sé que sonrío ilusionado a pesar del silencio que nos sobrevuela.

—Muchas gracias. Es un honor.

—No seas idiota. Cuando quieras, quedamos y te la doy.

—Chantajista. —Reímos—. Pero acepto barco.

—¿Sí?

—Sí. Supongo que tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a eso. Te llamo esta semana y lo cuadramos, ¿vale?

—Vale, cuando quieras.

—Bien. Tengo que dejarte, Lena; he de volver al curro. Me alegro mucho por ti, por tu novela y porque me hayas llamado.

—Gracias. —Sonrío.

—Hablamos.

—Hablamos.

He quedado con Lidia para comer en un restaurante al lado de su trabajo. Me he pedido el día libre para hacer todo lo que quería hacer, así que llego a la cita con mi amiga con casi media hora de adelanto. Joder, Lena, te estás haciendo mayor. Me pido una caña y me pongo los cascos con «Huracán», de Pecker, sonando. Cuando termina la canción, me quito los cascos y, mirando el reloj, decido ponerme a leer, que estoy a nada de acabar... y siento que no es solo el libro de mi abuela.

Capítulo XXII. El segundo golpe

Isabel empeoró mucho en menos de una semana. A la mejora inusual que tuvo, y que le duró un par de días, le siguió un bajón con el que los tres supimos que la hora se acercaba. Ya no se levantaba para nada. Ni siquiera para ir al baño. Nada. Era un cuerpo ínfimo, llagado de tanto estar postrada en cama, lleno de paños para aliviar su sufrimiento y emitiendo continuos quejidos apenas audibles. No tenía fuerzas para gritar de dolor, la pobre. Ni siquiera podía llorar su propia muerte.

Mi teléfono móvil me saca de la lectura. Es Lidia.

—Hola, guapi —respondo.

—¡Hola, Lena! Oye, te llamo porque mi jefe me ha pedido ir a comer con él y con un cliente importante, así que voy a tener que cancelar nuestra cita.

—Oh, qué pena.

—Sí, lo siento. Me lo acaba de decir.

—Bueno, no pasa nada. Otro día nos vemos.

—Sí, ¿eh? ¡No lo dejemos pasar!

—Descuida. Hablamos, bombón.

Colgamos y suspiro. Me apetecía verla. Estar con alguien hoy. Pero nada va a amargármelo, lo tengo claro. Nada. El camarero me trae la caña que había pedido, así que en vista de que me la tengo que beber, sigo leyendo ahí.

—Elena —me susurró una tarde mientras yo le leía poemas para entretenerla—, ya no quiero que mi cuerpo yazca en París. Ni en Francia.

—Isabel, no hables de eso —dije aguantando las lágrimas.

—Quiero..., quiero quedarme aquí. Donde está mi hermano. Donde nacieron mis padres. Donde estás tú. Aquí he sido más feliz en mi enfermedad que en toda mi vida. Prométeme que me quedaré aquí, junto a

mis abuelos, que sí están enterrados aquí. —Sonrió, lánguida.

—Isabel —dije llorando sin poder contenerme.

—Prométemelo, Elena.

—Te lo prometo —asentí.

—Gracias. Continua leyendo.

Tragué saliva e hice como me pidió. Continué leyendo hasta que se durmió casi llegada la noche. Tu abuelo volvió a casa y subió a darle un beso en la frente, tratando de no despertarla. Después bajó a la cocina y cenamos los dos en silencio, solo roto cuando le comenté mi promesa.

—Se nos va. —Sollozó.

Yo me levanté de la mesa y lo rodeé con mis brazos, llorando también. Andrés me abrazó la cintura y con su otra mano me acariciaba el vientre empapado de sus lágrimas.

Isabel murió esa misma noche, retorciéndose de dolor, mientras Andrés y yo la velábamos. Sus últimas palabras fueron: «Ojalá hubiera sido lo suficientemente fuerte como para ser débil», una reflexión que en ese momento no comprendí bien, aunque sí lo hice tiempo después cuando supe que se refería a que cuando todo empezó, no pidió ayuda por vergüenza y miedo a sentirse incomprendida. Siempre decimos que hay que saber estar solo, Lena, pero pocas veces mencionamos que también hay que saber contar con la gente que nos rodea y abrirnos a ellos. Quizá si Isabel lo hubiera hecho las cosas habrían sido distintas para ella; quizá si hubiera reconocido lo que había no se habría refugiado en la bebida ni se hubiese anclado en un matrimonio roto. Quizá no, nunca lo sabremos. Pero sí sabemos que el comportamiento pasivo que tuvo hacia sí misma acabó con su vida.

La lloramos durante meses. La pena que sentí fue más grande casi incluso que cuando perdí a mi madre. Me parecía injusto y cruel que una enfermedad así se llevara a alguien tan joven que solo había vivido penas, pero así es la vida. Andrés se volvió taciturno durante los meses siguientes. Se sentía culpable y sentía que ya no le quedaba familia. A ratos quería volver a París para enfrentarse a Marcel y a ratos quería que su hermana volviera a la vida para darle un bofetón y que espabilara, como si fuera una niña pequeña. Nuestra niña pequeña a la que no pudimos proteger y rescatar.

Pero, como siempre, la vida nos da una de cal y otra de arena. Contrastes que la hacen así de mágica y especial. Momentos por los que vale la pena vivirla y pelearla. Porque, en medio del dolor por la muerte de Isabel y aún tocados por la pena, un frío 14 de septiembre, la mayor de las alegrías que jamás viviríamos se hizo física, cuando di a luz a un bebé sano, rubio y grande: Martín Oliván. Tu padre.

DE LAS DUDAS INFINITAS

Por primera vez desde ni lo recuerdo, he salido a cenar fuera con mi padre. Le he llamado por la tarde para decirle que ya tenía registrada y enviada mi novela y se ha emocionado tanto que me ha invitado a cenar. Bien. Y en un alarde de ordenar el caos que reina en mi cabeza, le he preguntado si a Laura le gustaría venir con nosotros. Sí, ha salido de mí. Me parece injusto mantenerla al margen solo porque yo esté chalada. Así que aquí estamos, en el restaurante, teniendo una conversación banal los tres. Laura es simpática, inteligente y amable. Me cae bien. No puedo decir nada malo de ella. Y mi padre se comporta con mucho respeto hacia mí y eso me hace gracia y me gusta. Me enternezco al pensar lo que tiene que ser para él iniciar una relación tanto tiempo después y con tantas cargas emocionales encima, y sonrío al pensar que ya está bien de que mi padre y yo estemos condenados a *Cien años de soledad*.

—Por cierto, Lena, ¿te acuerdas de Alfredo, el hijo de mi editor? —Asiento a la pregunta de mi padre—. Pues se ha montado una web de noticias culturales y le está yendo tan bien que se plantea contratar colaboradores de cara a septiembre. ¿Te interesaría?

—Ostras, pues... sí, supongo que sí.

—Genial. Mándale tu currículum a este sitio. —Mi padre hurga en su americana y saca una tarjetita—. Y a ver si hay suerte.

—Gracias, papá.

Asiente y sonrío.

—Lena, me ha dicho tu padre que hoy has registrado tu primera novela. ¡Enhorabuena!

Sonrío limpiándome las comisuras con la servilleta.

—Sí. Gracias. Ha sido una mañana intensa.

—¿Y nos la has mandado para echarle un ojo?

Me encojo de hombros y mi padre sonrío.

—La he registrado bajo seudónimo y la he enviado a varias editoriales, pero no voy decir más porque no quiero que mi padre, bueno, interceda.

—Oh. —Ella sonrío—. Me parece estupendo.

—Sí —interrumpe mi padre—. Ni siquiera sé el título.

—Entonces brindemos. —Sonríe Laura—. Para que tengas mucha suerte.

Brindamos con buen vino y los tres estamos a gusto. Parece que está siendo más fácil de lo que pensaba, quizá porque ahora me siento mejor. No le menté a Daniel cuando le dije que me encontraba más tranquila. Le echo de menos a rabiar y vivo en una incertidumbre continua por saber qué va a pasar con él, pero en el resto de ámbitos de mi vida me encuentro más serena e ilusionada. Ilusionada, sí. Por ver mi

novela terminada y lanzándose al vacío, por ver un sueño hecho realidad, por haber dado ese paso, por estar cenando con mi padre y su novia en un ambiente relajado, por haber estrenado mi casa. Más tranquila. Así que cuando llego a mi nueva casa y me tumbo en la cama, me enciendo un cigarrillo y le escribo. Porque sí.

Hola, Dani. ¿Qué tal?

Doy una calada y enseguida le veo escribiendo.

Ey. ¿Qué tal?

Bien. Acabo de llegar a mi casa. Para celebrar lo del registro me he ido a cenar con mi padre y con...
Laura.

Wow. ¿Y cómo ha ido? ¿Estás bien?

Sonrío y me enternezco con pena.

Sí, estoy muy bien. Ha ido genial. La verdad es que es una mujer muy maja y hemos estado a gusto. Estoy... realmente bien.

Eso me alegra, Lena. Me alegra que hayáis salido los tres y que hayas estado tan bien.

Gracias. Y espero que te alegre que te lo haya querido contar.

Claro que sí. Es..., estás cambiando. Lo noto.

Bueno, supongo que hacer las cosas que no me daban igual me ha hecho más fuerte y me ha abierto a todo un mundo multicolor.

Me río cuando me pone una carita muerta de risa y un arcoíris. Y le pregunto.

¿Cómo estás tú?

Bien. Poco que contar: mucho curro, pero estoy muy contento. Es una pasada poder hacer todo lo que hago y la gente es muy maja. Salimos de cañas tras el trabajo y todo.

Me alegro muchísimo, Dani.

Gracias. ¿Qué tal la tienda?

Insoportable.

Ojalá lo petes con la novela y no tengas que volver a eso más.

Ojalá, pero de tan difícil es imposible. Por cierto, mi padre me ha dicho que el hijo de su editor se ha montado un medio digital de cultura y que en septiembre buscará gente, así que le voy a mandar mi currículo. A él y a otras publicaciones y medios. Por algo se empieza, así que...

¡Eso es genial! Me alegro, joder, Lena. ¡Menudo día!

Gracias.

¿Qué haces ahora?

Fumarme un cigarro tumbada en la cama. ¿Y tú?

Lo mismo.

Seguimos siendo tal para cual.

Sonrío al escribirlo.

Escribiendo. Borrando. Escribiendo.

Siempre seremos tal para cual.

Suspiro.

Echo de menos que estés a mi lado, Dani, fumándote ese cigarrillo conmigo.

¿Enviar?... Enviar. Calada.

Yo también lo echo de menos. Cada jodida noche.

Las noches son lo peor. Las noches eran nuestras y ahora..., desaparecieron.

Siguen siendo nuestras, Lena. Solo que de otra manera.

¿Cómo?

Tarda unos segunditos en responder.

Cada noche, cuando me tumbo en la cama a fumarme el último pitillo del día, pienso en ti, en mí y en nosotros. Lo hago todo el día, pero en ese momento es más intenso. Pienso en qué hicimos mal y por qué se torció todo. En qué pasará y si lo estamos haciendo bien.

¿Y qué crees?

Que quizá corrimos demasiado y nuestros miedos y dudas lo jodieron todo. Y que ahora lo estamos haciendo bien, aunque esté siendo jodido. Sé que ambos estamos mal y nos echamos demasiado de menos, pero también respiramos mejor y, al menos, no nos hemos perdido.

Supongo que solo necesitamos volver a confiar el uno en el otro.

Sí, eso es. Volver a susurrarnos las cosas que sumaban y no las que restaban. Al final, estas nos ahogaron y no nos dejaron ver lo demás.

¿Te acuerdas, Dani? ¿Te acuerdas de cuando me susurrabas cosas que me hacían temblar? Echo de menos mi piel de gallina al contacto de tu voz y sentir que no había nada más inmenso en el mundo que eso.

En realidad te las susurro cada noche igual, solo que tú no siempre las oyes.

¿Ah, sí? ¿Como por ejemplo?

Te susurro algo como por ejemplo: «Y yo que no dejo de quererte».

Sollozo sin poder evitarlo.

Joder, Dani. Ni yo. Ni yo.

¿Sabes? A veces también te susurro canciones que escucho; letras que merecen la pena y que parece que fueron escritas solo para nosotros.

¿Como por ejemplo?

Y me tiemblan los dedos cuando lo escribo. Porque sé lo que va a pasar. Y no me equivoco.

—Hola, Dani —respondo a su llamada con la voz temblorosa.

—Quiero susurrarte algo. ¿Te parece bien?

—Claro —suspiro.

—Y después colgaré. ¿Te parece bien?

—Adelante.

—Pégate el teléfono a la oreja, cierra los ojos e imagina que son mis labios los que rozan tu oído y mis dedos los que acarician tu espalda erizada.

Suspiro como respuesta y él carraspea. Y comienza a susurrar la canción más bonita del mundo.

—«Vengo a decirte lo mismo que tantas veces te he dicho, / eso que poco me cuesta y que tú nunca has oído: / pequeña de las dudas infinitas, aquí estaré esperando mientras viva. / Vengo a decirte que el tiempo que ya llevamos perdido, / es solo un punto pequeño en el cielo del olvido. / Que todo el daño que tengo, de lo que ya hemos sufrido, / tiene que servir de algo para que hayas aprendido / que como yo a veces sueño, nadie ha soñado contigo, / que como te echo de menos, no hay en el mundo un castigo. / Pequeña de las dudas infinitas: aquí estaré esperando mientras viva; / no dejes que todo esto quede en nada porque ahora estés asustada. / Vengo a decir que lo siento, aunque no tenga un motivo, / para que cuando estés sola sientas que a tu lado sigo. / Para que sientas que tienes siempre a tu lado un amigo, / porque no quiero perderte, no quiero ser yo el perdido».

Y con su voz quebrada, porque sé que se ha emocionado, cuelga tras cantar «De las dudas infinitas», de Supersubmarina, escuchando mis lágrimas correr silenciosas por mis mejillas, plagadas de «pequeñas dudas infinitas».

LOS BUENOS TIEMPOS

Buenas noches. Solo quería darte las gracias por la canción susurrada de ayer. No he parado de escucharla con mis cascos durante todo el día, incluso en los descansos del trabajo. Fue muy intenso volver a tener eso tan nuestro y que fuera con esta canción que habla tanto de nosotros, aunque llorara un océano. Eres especial, Dani. Por cómo eres y por cómo nos haces ver a los demás el mundo. Me siento muy afortunada, agradecida y reconfortada por tenerte en mi vida, sea de la forma que sea.

Enviar.

Calada.

Miro el libro de Yayi tumbada en mi cama con el cabecero lleno de los farolillos que me llevé de casa de mi padre. Sonrío porque me gusta que ella me acompañe mis primeros días viviendo sola, que están siendo más fáciles de lo que pensaba.

Gracias, Lena. Hacía días que quería susurrártela y a veces las cosas salen cuando tienen que salir, sin más. Y recuerda que tú sí eres especial. Tú haces magia, Lena. Eres luz. Y por eso siempre estarás en mi vida. Pase lo que pase.

Sonrío ante su respuesta.

Y abro el libro de Yayi encaminándome al final. A la parte que más temo. A la que más quiero retrasar.

Capítulo XXIII. Los mejores años y el gran golpe

Tu padre resultó ser un bebé inquieto y alegre. Se pasaba el día haciendo reír a la gente y dando golpes de gracia cada vez que abría la boca. También fue un niño imaginativo que desbordaba creatividad. Tuvimos que ser muy severos con él para canalizar toda esa energía y que estudiara, que era algo que tanto tu abuelo como yo queríamos que hiciera. Nos daba igual el qué, pero ahorramos para poder pagarle unos estudios superiores y que tuviera una opción de futuro alejada del trabajo diario y del campo. Lo que nosotros no pudimos tener.

Tu tía Amparo nació dos años después, cuando pensábamos que ya no tendríamos más hijos. Nunca entenderé por qué la Naturaleza fue tan caprichosa conmigo, pero intuía que yo debía vivir y aprender muchas cosas antes de entregarme a la maternidad. Y lo cierto es que lo hice. Ser madre para mí fue el condimento perfecto a una vida que ya había aprendido a saborear, pero nunca fue su ingrediente principal. Ningún ingrediente es más principal que otros. Así que yo no dejé de ser persona por ser madre. Sé que algunas mujeres del pueblo murmuraban a mis espaldas cuando me ponía un vestido más colorido de lo normal o me soltaba el pelo sin ningún tipo de pudor, pero a mí me daba igual. Había aprendido de Isabel a amar mi cuerpo y había aprendido de Andrés a no dar importancia a las habladurías. Y así me terminé convirtiendo en la persona a la que todas acudían cuando necesitaban consejo y confidencialidad.

Fueron años felices. Años de recoger lo que habíamos sembrado. Un matrimonio feliz que no dejó de amarse en ningún momento y de ver crecer nuestras ilusiones, nuestros sueños, nuestra tierra y nuestros dos hijos sanos. Canfranc empequeñeció con el tiempo, pero nosotros seguimos fieles a nuestras raíces y nunca quisimos irnos. Eso sí, un año ahorramos para irnos a Sevilla en Semana Santa, otro para ir al pueblo del sur de Francia donde se crio tu abuelo y otro lo hicimos para ir a París y disfrutar otra vez de una ciudad cargada de magia y de intensidad. Cuánto nos acordamos de Isabel, de Marcel y de todas las cosas que vivimos en ese viaje. Recuerdo que al regresar de vuelta a Canfranc, miré la Estación Internacional y tuve la misma sensación que la primera vez que regresé de Francia: me sentía distinta, más llena, más viva. París

tenía ese efecto en mí. Y el ajetreo de la estación no hizo sino aumentar ese sentimiento que me hizo sonreír. Cuánto me gustaba ese sitio. Cuánto había de mí ahí. Y qué pena me dio cuando cesó el tránsito ferroviario, echando el cierre definitivo a toda la estación. Una parte del pueblo murió y una parte de nosotros también. Cerraba el paso de nuestras vidas, cientos de historias, dinero, comercio... La estación que un día viera marchar a tu abuelo siendo un niño y lo recibiera siendo hombre; aquella que nos llevó a un París desconocido y nos traería de vuelta llenos de madurez y experiencia cerraba, y con ella se iban gran parte de nuestros recuerdos.

Pero aunque fueron buenos tiempos, también tuvimos que lidiar con problemas, con preocupaciones y con situaciones que nos robaban el sueño; aunque los dos juntos lo vencimos todo. Tu abuelo y yo siempre fuimos un tándem muy difícil de separar y más cuando habíamos pasado por duras pruebas que no habían pasado otros matrimonios. Éramos el uno para el otro y ambos para nuestros hijos, a los que criamos tratando de que fueran respetuosos pero autónomos, dándoles la mejor educación que supimos y trabajando lo que no sabe nadie para poder mandarlos a la universidad. Yo me había criado con otras prioridades, pero tu abuelo había empezado sus estudios y nunca pudo acabarlos porque la guerra y la miseria se interpusieron en su camino, así que tuvo entre ceja y ceja que sus hijos estudiaran una carrera y consiguieran salir del sacrificado campo. Y cuando tu padre se fue a Madrid a estudiar, nos sentimos el matrimonio más orgulloso del mundo porque años de esfuerzo y trabajo duro se iban a ver recompensados.

Tu tía, en cambio, no quiso estudiar. Nosotros insistimos hasta la saciedad, a pesar de que tuviésemos que ajustarnos tanto el cinturón que no supiésemos cómo podríamos pagarlo, pero queríamos que tuviera más oportunidades de las que le esperaban allí. Pero el amor hizo que ella prefiriera casarse con un chico del pueblo y que ambos asentaran raíces en él, como me pasó a mí. Estábamos felices por ella también, porque al final eligió la vida que quiso vivir. Y aunque tu padre y ella nunca llegaron a entenderse, y eso es algo que a tu abuelo y a mí siempre nos dio pena, nosotros estábamos muy orgullosos de nuestros dos hijos y de las vidas que les habíamos dado.

Pero los años de paz y calma, de bonanza y tranquilidad, terminaron de golpe el 2 de junio de 1988, cuando tu abuelo murió de un repentino infarto. Murió a mi lado, en nuestra cama, poco después de irnos a dormir. No sabía bien qué estaba pasando, pues no había estado enfermo hasta ese momento, pero segundos después supe que se me iba y que por más que yo gritara pidiendo ayuda, nadie llegaría a tiempo. Tu abuelo me cogió la mano mientras convulsionaba y yo chillaba desesperada. Me miró y, como pudo, susurró un: «Te espero en nuestra siguiente vida, mi niña», palabras que me hicieron llorar agarrada a su pecho mientras se le iba el último suspiro.

Grité. Grité mucho. Y durante meses lloré todo lo que no había llorado en mi vida. Ni con la muerte de mi madre. Ni con la muerte de mi padre. Ni con la muerte de Isabel. Nada; nada se podía comparar a la devastación que sentí el día en el que tu abuelo abandonó este mundo, Lena, dejando un vacío tan abismal que jamás pudo volver a llenarse con nada. El amor de mi vida se fue y ya no compartiríamos confidencias al calor del hogar, ni besos y ni caricias en nuestra cama, ni discusiones en la cocina, ni la satisfacción de disfrutar de los nietos que comenzaban a llegar. Mi amor se fue un 2 de junio y yo pensé que ya había sentido todos los dolores de este mundo. Aunque, por desgracia, me equivoqué.

—Hola, Lena —responde a mi llamada nocturna.

—Dani... —digo como puedo entre sollozos.

—¡Lena!, ¿qué te pasa?

—Mi abuelo. Mi abuelo ha muerto, Dani. Mi abuelo murió cuando mejor estaban.

—No puedo seguir hablando porque no paro de llorar.

—Shhh. Calma, Lena. Tranquila, mi niña, tranquila.

Y al llamarme «mi niña» lloro todavía más. Él, como siempre, me respeta y me deja llorar hasta que poco a poco me tranquilizo y me recompongo un poco.

—Lo siento es que yo...

—¿Las memorias de Yayi?

—Sí.

Nos quedamos en silencio varios segundos.

—Siento llamarte así. Lo he hecho sin pensar.

—No pasa nada. Me alegra que lo hayas hecho.

—¿Sí?

—Claro. Es... —Se calla unos segundos—. Me alegra.

Yo sonrío y sé que él también.

—Gracias, Dani. Gracias por estar siempre aquí. A pesar de todo.

—Siempre lo estaré, Lena. Eso no cambiará nunca.

—Ídem.

Me tranquilizo del todo y doy un suspiro.

—Sé que parece una tontería que esté así cuando ya sabía el final de la historia, pero no sé, leerlo, saber cómo lo vivió ella es...

—Es normal, Lena. Sería inhumano si no reaccionaras así. Creo que, además, es lo que pretendía tu abuela. Creo que su historia te está removiendo por dentro.

—Lo sé. Está siendo efectiva, ¿sabes? Empiezo a entender cosas de mí misma y de todos los porqués.

—Eso me gusta. —Sonríe.

—Lo sé.

Hay unos segundos de silencio que finalmente rompo.

—Tengo tu manuscrito, por cierto.

—Sí, te iba a llamar mañana o pasado para vernos.

—¿No me estarás dando largas, verdad? —Me río.

—Claro que no, boba. Tengo muchas ganas de verte y de tener el libro en mis manos. Es solo que no quiero...

—No te preocupes. No esperemos nada. Solo quiero verte, Dani. Te echo de menos en mi vida, ya te lo dije.

—Yo también a ti.

—Entonces ¿mañana a las nueve en La Tita?

—Mañana a las nueve en La Tita.

—Vale. Seré la chica del sombrero. —Me río tratando de aliviar tensión.

—Te reconoceré, seguro. —Sonreímos.

Nos despedimos y colgamos. Y yo me voy a la cama con una pena alegre porque pronto dejará de serlo.

Es curioso cómo el libro de Yayi va llegando a su fin conforme muchos aspectos de mi vida también lo están haciendo. Es como si me sintiera más fuerte y más independiente, pero de una forma sana y no forzada. Soy más consciente que nunca de quién soy y de todas las cosas que me rodean. Todavía me quedan fantasmas, pero al menos ya sé vivir en mi casa y estar en ella a gusto; la relación con mi padre es más fluida y voy a visitarlo un par de veces por semana o quedamos a tomar algo por ahí, me cuenta sus cosas editoriales, sus inquietudes, compartimos una relación normal padre-hija, vaya. Y eso ha hecho que me quite mucha ansiedad de encima. Sé que todavía tengo un gran monstruo al que enfrentarme y no sé si tendré fuerzas, pero confío en que Yayi y sus memorias me guíen como lo han estado haciendo desde el principio. Por eso, nada me apetece más estos días que continuar leyendo poco a poco para saborear cada página y cada significado.

Capítulo XXIV. Las dos Elenas

Todavía lloraba a tu abuelo por las noches el día que tú naciste. De hecho, cuando cogí un tren a Madrid para ir a conocerte, solté en el vagón unas lágrimas porque me parecía triste e injusto que a mis años tuviera que ir a conocer a mi nueva nieta yo sola. Tu tía se desentendió del asunto y no quiso acompañarme y yo no me quedé de brazos cruzados; así que con algo de miedo en el cuerpo, no lo negaré, me subí a ese tren para ir a verte. Había hecho ese mismo recorrido decenas de veces, para ver a tu padre desde que se marchó allí a estudiar, para su boda, o cuando Mara nació o todos los viajes para poder verla crecer, pero siempre lo había hecho acompañada de tu abuelo. Siempre juntos, ese tándem inseparable que ahora era extraño e incompleto estando sola en ese tren. Suspiré y me sequé las lágrimas: no valían de nada. Él no vendría de vuelta y tu tía no dejaría de ser tan zopenca.

Me acuerdo perfectamente del momento en el que te vi por primera vez en aquella habitación de hospital, tan rubita, tan chiquitina y sin parar de llorar. Querías vivir la vida pronto, y eso se notaba. Pero al cogerte en brazos, te callaste como solo un bebé se calla en los brazos de su abuela. Nos hicimos inseparables en ese momento. Tanto fue así, que tu madre sonrió y le dijo a tu padre que en lugar de llamarte Nuria, como querían, te llamarían Elena, como yo. Mara se encargó de acortar tu nombre.

Lo que yo no imaginaba cuando cogí el tren de vuelta, dos semanas después, era que en tan solo seis meses volvería a cogerlo para no marcharme jamás.

El accidente de coche que tuvo tu madre fue uno de los golpes más duros que he tenido en mi vida. Tan desolador es despedirte de alguien viéndolo morir y sufrir lentamente como hacerlo de forma repentina, ocurrió con tu madre cuya muerte fue tan dolorosa como las anteriores. Incluso más: tan joven, con dos niñas pequeñas, con un marido que la adoraba. Y tan encantadora ella, tan buena, tan cándida. Era una auténtica señora, como Mara, y todos sentimos su pérdida hasta el punto de que ya nunca nos recuperamos del todo. Yo sentía no solo un profundo dolor por mi nuera, sino también por mis nietas y por mi hijo. Porque él se quedó devastado e incapaz de saber cómo tirar adelante con un bebé de seis meses y una niña de dos años. Así que yo, que ya no tenía nada que hacer en Canfranc, me propuse ayudarle mudándome a Madrid para cuidar de vosotras mientras él se sobreponía del golpe y se labraba una carrera como escritor. Tu padre aceptó encantado y así cogí mis maletas, cerré mi casa con mucha pena y, suspirando, me fui a Madrid a vivir la última etapa de mi vida, que yo había pensado que la pasaría en mi pueblo llorando a tu

abuelo. Pero la vida siempre tiene giros y sorpresas, Lena; y, al menos, me brindó la oportunidad de criar a dos de mis nietas como si fueran mis hijas, con la tranquilidad que da la experiencia, disfrutando de cada día, cada momento, cada risa, cada regañina. Pasar las últimas dos décadas de mi vida entregada al cuidado de mis dos ángeles, en lugar de pasarlas en el pueblo sola, llena de recuerdos y añoranza, se convirtió en el mejor bálsamo para olvidar todas las lágrimas vertidas por las personas que se me habían ido y que siempre dolerían.

Aunque la vida, llena de claroscuros, todavía me tenía preparada una estocada final.

Bien. Hay dos cosas que voy a hacer tras leer el capítulo de hoy. Una, llorar a mi madre y, dos, ir a ver a mi padre. Es lo mínimo dadas las circunstancias.

Me lo encuentro como siempre: en su despacho, escribiendo concentrado. Es como si no pasara el tiempo cuando lo veo. Lo saludo, le doy un beso y le cuento lo que he leído y la necesidad que tenía de verlo.

—Siempre la querré. Siempre será el amor de mi vida, la mujer de mi vida. Nadie podrá igualar eso jamás.

Sonrío con pena y le doy un beso. Nos pasamos el rato viendo fotos de ella, con mi padre contándome historias que he escuchado mil veces y conmigo sonriendo otras tantas. Se nos hace tan tarde que decido quedarme a dormir, así que continuamos la charla y me habla de mi abuelo, de lo mucho que Yayi y él se querían, del padre serio que fue, de los valores férreos que les transmitió y de lo mucho que los echa de menos. «Todo el mundo los quería», me dice. Y en medio de la añoranza y la melancolía, tanto mi padre como yo estamos felices. Serenos. Lo hemos superado. Porque, como dice mi padre, al final todo se supera y vuelves a sonreír, pase lo que pase.

Desayuno con él y me voy directa al trabajo. Trabajo que, desde hace meses, es solo un mero trámite que me da dinero para comer. Yo estoy aquí, tú me pagas. Simple, básico, desalentador. Pero al menos tengo mis ilusiones y mis proyectos que se van materializando porque ya le mandé el currículo a Alfredo y ayer empecé a escribir otra cosa. Solo cuatro páginas, pero ya va tomando forma en mi cabeza y me alegra estar dando continuidad a lo que siempre quise hacer. Tengo muchas ganas de que llegue esta noche para contárselo a Daniel: sé que le alegrará saber que sigo escribiendo. Porque sí, hoy es el gran día en el que él y yo hemos quedado por primera vez solos desde la ruptura. Así que desde que me he levantado tengo los nervios disparados.

Cuando llego a casa con el tiempo justo para ducharme y arreglarme un poco, enciendo el ordenador para poner Spotify mientras me acicalo, a ver si así se me quitan un poco los nervios por verlo a solas. Igual echo la pota nada más olerlo y abrazarlo, porque pienso hacerlo, se ponga como se ponga. Luego no sé qué pasará, pero no puedo pasar un solo día más sin sentir su cuerpo, aunque sea de la forma más primaria que hay. El caso es que mientras abro la aplicación, el sonido de que hay un correo electrónico sin leer me alerta y me hace darle al icono para ver de qué se trata. Y cuando leo el *e-mail*, tres veces para asegurarme de que es verdad, solo puedo gritar de la felicidad más eufórica que existe.

Llego tarde, sí. Pero es que no sabía qué ponerme, así que al final he optado por un mono corto azul marino con estampado floral, y que me deja toda la espalda al aire.

Tengo mi pelo con sus habituales suaves ondas despeinadas, y voy a La Tita Rivera, donde he quedado con Daniel. Mi ex. Qué fuerte. Y no; no se me ha pasado por alto quedar con él en el sitio al que siempre íbamos a deleitarnos en tardes eternas sin tiempo que perder.

Cuando lo veo, está sentado en una de las mesas del jardín, con una cerveza en la mano, mirando su teléfono. Al alzar la vista me ve, me da un repaso, sonrío y se levanta para saludarme. Y lo que pienso que van a ser dos besos por su parte y un abrazo sorpresivo por la mía, acaba siendo un abrazo de ambas partes, cálido, fuerte y sentido.

—Lena —susurra oliéndome.

—Dani. —Hago lo mismo cerrando los ojos.

Nos quedamos así varios segundos, sin importarnos si la gente nos mira o no, y nos damos un abrazo que ojalá no terminara nunca. Cuánto le echo de menos, joder. Cuánto añoro su piel, su calor y su cuerpo.

—Estás jodidamente preciosa —dice sonriendo cuando paramos el abrazo.

—Gracias. Tú también.

Daniel hace un amago de sentarse, pero yo le cojo por el brazo para que se levante. Me mira extrañado y yo sonrío.

—Mi padre dice que las malas noticias hay que escucharlas de pie para poder abrazarte a alguien en cuanto te las digan. —Daniel abre muchos los ojos y yo sonrío más—. Y yo pienso que hay que hacer lo mismo con las buenas, porque no hay mejor ocasión que algo bueno para abrazar a alguien.

—¿Qué ha pasado?

—Justo antes de venir aquí he recibido un correo electrónico. Era de una editorial. Una de las grandes. —Daniel frunce una sonrisa contenida—. Han leído mi manuscrito y quieren publicarlo. Publicarlo en papel.

Sonrío tanto que se me va a partir la cara y antes de que se me escape un sollozo de emoción, Daniel vuelve a abrazarme y a balancearme en sus brazos.

—Enhorabuena, joder. Enhorabuena, Lena. Sabía que lo conseguirías. Sabía que llegarías lejos.

—Todavía no he llegado a ningún sitio. —Río.

Él para el abrazo y me acaricia la cara. Solo ese gesto me hace vibrar, tambalearme y otras cosas más primarias.

—Lo harás. Es el primer paso.

—Por cierto. —Saco del bolso un último manuscrito encuadernado—. Esto es para ti. —Sonrío mucho y creo que se emociona—. He intentado poner una dedicatoria, pero me ponía triste y... —Me encojo de hombros.

—Gracias, Lena. Significa mucho para mí.

Me da otro abrazo y un beso en la mejilla.

—Tenemos mucho que celebrar, ¿no?

Sonreímos y, por fin, nos sentamos. El uno al lado del otro.

Hablamos un poco de todo, poniéndonos al día de las cosas básicas: trabajos, proyectos, lo nuevo que he escrito, el día a día. Hablamos de nuestros amigos, a los

que hemos abandonado un poco y nos sentimos fatal por ello. De Lidia y de que nosotras sí nos llamamos y vemos a menudo. Hablamos de que quiere mirarse un nuevo piso él solo, porque está hasta las pelotas de vivir con Darío. Y, cuando dice eso, un silencio glacial nos sobrevuela, como si hubiera mentado a la Parca.

Durante la siguiente hora estamos más enrarecidos. La Parca y tal. Decidimos ir a tomar otra a cualquier sitio, más por salir de un bar tan nuestro que por otra cosa. Cuando lo hacemos, ambos nos sentimos aliviados, así que retrasamos un poco el momento restaurante y paseamos por la calle, como siempre hemos hecho. En el paseo nos reímos de estupideces, hablamos de cosas trascendentales y nos regalamos miradas y sonrisas que lo dicen todo, como siempre hemos hecho. Creo que estamos reencontrándonos y reencajando lo que se había perdido. Porque cuando nos relajamos y volvemos a cobijarnos en el calor de una cervecería, las conversaciones, las birras, las miradas, los guiños y los pequeños gestos como tocarnos las manos o las cinturas nos hacen sentir de nuevo en casa.

Cuando salimos de este segundo bar, vamos ya un poco achispados. Hemos brindado por mi libro, por su trabajo, por mi padre, por Yayi, por lo poco que me queda, por los cabos sueltos, por mi piso y por no sé cuántas cosas más. Normal que ahora tengamos la risa floja y tonta, típica de un prepedal. Así que no es de extrañar que cuando nos sentamos en el restaurante en el que cenamos, los dos pidamos la misma botella de vino a la vez, mirándonos con complicidad. Nos la bebemos entera, todo sea dicho. Y después de la cena, decidimos irnos a tomar unos *gin-tonics* al lado de mi casa para terminar muy borrachos, me dice él. Y meterte mano, pienso yo entre risas que solo escucha mi cabeza.

—¿De qué te ríes?

—De nada. —Sonrío además de beber un sorbo de mi copa.

—¿Sabes? Siempre me molestó no saber de qué te reías.

—Siempre te molestó todo, Dani. Toda yo he sido un grano en el culo para ti. —
Río.

—Eso no es cierto. Solo me molesta no saber de ti.

—Eres tan etéreo. —Pestañeo frenéticamente y él me pellizca un moflete entre risas.

—Has cambiado, Lena. Lo noto.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—En que estás más serena. Más abierta. Más consciente.

—¿Más coñazo?

—¡No! —Ríe él—. Al revés. Más... Sabes más.

—He aprendido cosas este tiempo. —Me pongo seria—. He aprendido a hacer cosas por mí misma; no como antes, que fingía ser independiente, pero en realidad no hacía las cosas por miedo a hacerlas sola.

—Eso me gusta.

—A mí me gustas tú —digo con todo mi pedal, que empieza a ser considerable.

Daniel sonrío y se acerca un poco más a mí. Rodea mi cintura con su brazo y ese gesto me hace morderme el labio. Él lo mira fijo y avanza un poco, hasta rozarme. Y

cuando creo que él va a besarme, se aparta negando con la cabeza. Bien, primer intento fallido. Otra copa y a por el segundo.

—¿Cómo es la vida sin mí? —le pregunto jocosa. Él niega con la cabeza riéndose y mirando al techo, palmas de las manos hacia arriba en señal de «qué he hecho yo para merecer esto».

—Una puta mierda. ¿Y sin mí?

—Horrible.

—Lo sé. Pero aunque esté siendo duro es mejor seguir como estamos.

—Que lo tengas tan claro me asusta.

—No te asustes. —Sonríe—. Es solo que ahora soy yo quien necesita tiempo, quien no quiere correr para no hacernos daño otra vez.

—Supongo que tienes razón. Todavía es pronto y todavía tenemos cosas que solucionar para decir adiós al pasado y saludar bien al futuro, pero... te echo de menos, Dani.

—Lo sé. —Susurra en mis labios—. Y yo a ti. Me muero por comerte la boca, Lena, y me muero por estar contigo, a tu lado y dentro de ti. Pero es pronto. Volveremos a lo mismo.

—¿Qué tengo que hacer para demostrártelo? —digo entre sus labios.

Daniel apoya su frente en la mía y me acaricia las mejillas con sus pulgares.

—Soluciona tus mierdas, Lena. Soluciónalas todas. Y vuela.

—Joder, Dani.

—Vuela.

Me da un beso rápido y, sin decir nada más, se levanta para adentrarse calle abajo hasta que lo pierdo de vista y puedo respirar.

EL GRAN CABO SUELTO

No he vuelto a hablar con Dani. Nada, ni una palabra. Ni un susurro. El otro día quedé con Lidia para comer, pero no quise contarle nada de lo que había pasado entre nosotros: no quiero verter más mierda a nuestros amigos.

He tenido la mente ocupada. Desde que la editorial me contactó, todo han sido *e-mails* con propuestas, porcentajes, condiciones y contratos. Hasta donde yo sé, no saben de quién soy hija. Y mejor, porque es la editorial que compite con la de mi padre. Mi padre... casi sufre un infarto cuando le conté la buena nueva. No me lo esperaba, pero se alegró más que si le hubieran dado el Nobel de Literatura, porque no paraba de sollozar y reírse nervioso y sacar champán para celebrarlo. Y, entonces sí, le di el manuscrito para que lo leyera y lo criticara a gusto. Que lo tire a la basura si quiere, ya no me importa en absoluto.

El libro de Yayi lo he dejado aparcado estos días. Entre la revisión de la novela y lo nuevo que he empezado a escribir, he tenido poco tiempo. Bueno, a estas alturas ya imaginaréis que todo esto son excusas. Excusas para no leer lo que sigue. Porque sé que lo que viene es... ella. Y ella duele tanto que tenía que dejar pasar un poco de tiempo antes de enfrentarme a su fantasma. Es mi gran cabo suelto. La respuesta a todas las preguntas. La llave que abre la puerta de mi férreo e impenetrable espacio. Y no creo que me quede tan normal después de lo que Yayi tenga que decir. Me moría de ganas por leerlo, que conste, pero hasta hoy no me he sentido preparada. Y hoy no ha pasado nada especial, pero he entendido que hasta que no me enfrente a esto no podré seguir. No podré avanzar. No podré volar. Así que inspiro hondo y cojo el libro, sabiendo que va a ser duro pero revelador. Sonrío. Y se lo cuento.

He comprendido a qué fantasmas debo enfrentarme sola y a cuáles no. He ido derribando uno a uno los pequeños y estoy a punto de enfrentarme al más grande. Gracias por soltarme la mano y dejarme volar, para hacerlo por mí misma. Gracias por caminar siempre cerca de mí para que no me sienta sola.

Enviar.

Ningún fantasma es invencible. El solo hecho de enfrentarte a él ya es una victoria.

Sonrío. Y sé que no puedo retrasarlo más; porque él lo está esperando, porque mi padre lo está esperando, porque Yayi lo está esperando. Y porque yo lo necesito.

Capítulo XXV. Mara

A lo largo de mi vida he pasado momentos realmente duros que hicieron tambalear todo en lo que yo

creía. Los has leído en estas páginas. En todos y cada uno de ellos sufrí de formas distintas y reaccioné al dolor según las circunstancias, lo que me hizo sentir que no hay una vara que mida la pena o la desgracia: cuando la sientes la sufres y no hay más.

Pero estaba equivocada. Sí que hay varas. Sí que hay penas más profundas que otras. Sí que hay cosas que te rompen el alma y otras que te la desgarran.

Y luego; luego está la muerte de Mara.

A día de hoy sigo sin poder poner palabras a lo más desgarrador, duro, doloroso y devastador que he pasado en mi vida. No existen. Nada podría expresar cómo me sentí cuando el mundo se partió por la mitad y con él, mi cuerpo, mi alma, mi vida entera, dejándome sin nada. Una bomba nuclear que te estalla en las entrañas y no te deja ni respirar ni reconstruir nada. Jamás. Cuando Mara se fue, yo me fui con ella. Mi nieta, mi hija, mi pequeña.

Creí que nada superaría el dolor que sentí y la pena infinita. Pero sí, hubo una cosa que me desgarraba incluso más. Una que rompía lo poquito que me quedaba: mirarte a ti y ver cómo te hundías con ella. Ver cómo el vínculo que forjasteis tan férreo se partía; ver cómo tu padre se quebraba hasta el punto de no darse cuenta de nada; ver cómo te quedabas sola, a la deriva, con una pena que nadie te estaba enseñando a encauzar; ver cómo te cerrabas poco a poco a la vida, tú, mi pequeña flor tan alegre siempre, tan vivaz. Eso fue descorazonador. Vi morir a mi nieta y te veía morir en vida a ti. Atroz para mí. Por eso intenté recomponerme, sacar fuerzas de donde ya no había nada, y tirar de tus brazos inertes. Salvarte a ti se convirtió en mi propia salvación y ver que no lo conseguía en mi pena y mi frustración.

Por eso, decidí que lo último que me quedaba por hacer era escribirte mi historia e intentar que tú aprendieras algo de ella. Que vieras cómo el dolor se supera, la muerte se supera, la guerra se supera, la oscuridad también. Pero tenemos que ser nosotros quienes demos los pasos necesarios, Lena.

Así que levántate, mi niña. Levántate y sonríe a la vida que está por llegar. Ríe lo que puedas, llora lo que debas y grita lo que no puedas hablar. Hazlo y leva el ancla que os ata a ambas de una vez por todas. Deja que Mara vuele libre para volar tú en libertad. No la olvides, pero mira hacia delante y déjala marchar. Porque para tu padre y para mí ya no hay vida alguna, y menos una con colores, pero para ti sí y te mereces ser libre. Suéltale la mano, Lena. Déjala volar.

Las lágrimas que corren por mis mejillas son tan silenciosas como la poca fuerza que me queda al derramarlas. El libro de Yayi cae de mis manos y se desliza por mi regazo hasta el suelo, haciendo un ruido sordo que no atisbo a escuchar. Mara. Mi hermana. Mi otra mitad. Mi vida quebrada. Mis ilusiones rotas. Mi férreo mundo interior. Tengo que dejarla marchar. Tengo que aprender a decirle adiós. Tengo que dejarla descansar y levar el ancla que la ata a mi tristeza. Mara vivirá en mí mientras yo viva, por lo que no quiero que lo haga de una forma triste, caótica y confusa. Se merece más, mucho más de mí. Así que tengo que decirle adiós. Como hizo mi padre con mi madre. Como hizo Yayi con mi abuelo. Decirle adiós para dejarla a ella tranquila y poder respirar. Es el último cabo que me falta por atar. Y solo hay una forma de amarrarlo.

Hacía seis años que no venía aquí, así que no sé muy bien por dónde tengo que tirar. Pregunto a uno de los trabajadores y, con cierta antipatía, busca la localización. Se pega diez minutos, el tío, cuando lo tiene informatizado. Pero le debe tocar las pelotas currar.

Al final me la da y yo tardo como veinte minutos en encontrarla. Nada más verla, sollozo, porque ver su nombre en letras plateadas sobre el frío mármol negro es tan desgarrador como tétrico.

Mara Oliván Laborda
1987-2009

La tumba de mi hermana.

Solo Yayi venía a visitarla; ella era tradicional para estas cosas y venía a poner flores y a limpiarla. Pego mi cuerpo al nicho, que me queda a la altura de la cara. Inconscientemente le doy un beso. Miro a un lado y al otro y, asegurándome de que no me ve nadie, comienzo mi despedida.

—Hola, Mara. —Sonrío llorosa—. Perdona por haber tardado tanto tiempo en venir, pero yo... no podía. Me duele demasiado tu nombre como para hacer las cosas bien. Y por eso no he dejado de cagarla desde que te marchaste. Porque tú eras mi hermana, mi mejor amiga, mi confidente y mi todo. Eres parte de mí. Una parte de mí que murió aquel 2 de mayo y que nunca jamás volverá. Pero ahora... tengo que dejarte. Tengo que decirte adiós, Mara. No porque vaya a olvidarte, porque eso es imposible; sino porque tengo que aprender a seguir sin ti. Aprender a confiar mis cosas a otras personas, aprender que abrirme a la gente no es sinónimo de sustituirte. Aprender que no es justo quedarme sin vida, aunque tú te fueras. Te quiero, Mara; te querré siempre con la fuerza más descomunal que existe hasta que acabe el mundo e incluso más allá. Pero yo tengo que seguir aunque no estés. —Sonrío al recordar algo—. ¿Sabes? Daniel siempre dice que hay una canción para cada momento de nuestra vida y acabo de recordar una que apenas puedo escuchar, de lo que me duele. Pero habla de ti y de mí. Y del libro de Yayi: el catalizador que ha hecho que esté hoy aquí. Se llama «Para dormir cuando no estés». Es de Supersubmarina y creo que merece ser cantada entre susurros. Escucha. —Trago saliva y carraspeo—: «En un viaje a un mundo por países de los que no sé volver lo encontré, oculto sin querer. Me contó secretos sobre cosas que no podrías creer; me condujo hasta las puertas del saber; me contó la forma de abrazarte y que no me queme la piel... Y me explicó el secreto para dormir cuando no estés. Y ahora si no tengo miedo creo que es porque lo he entendido bien; ya sé lo que tengo que hacer: tengo que alejarme de los monstruos que no me han dejado ver y tengo que romperme en mil pedazos otra vez... para dormir cuando no estés». —Paro unos segundos esperando que mis lágrimas terminen de rodar por mis mejillas—. Te quiero, Mara. Te digo adiós. Te dejo marchar. Ahora voy a intentar vivir una de esas historias raras que siempre me alentaste a inventar. Ahora voy a intentar volar.

Lloro unos segundos con mi frente pegada a su nombre y la canción que acabo de cantar todavía en mi cabeza. Paso mis dedos por las letras de nuestros apellidos, nuestra identidad, nuestra herencia. Y sonrío por ser tan afortunada. Sí, afortunada. Por haber tenido tanta gente buena a mi alrededor, aunque se fueran pronto. Aunque no sea justo. Pero tengo que decir adiós y eso conlleva dejar de recrearme en la tristeza, así que... adiós, Mara.

Adiós.

Ya está. Le he dicho adiós, Dani. He ido a su tumba, he pasado mis dedos por su nombre, le he cantado el «Para dormir cuando no estés» y me he despedido de ella, dejándola libre, liberándome. Y me siento... bien. Tranquila. Sosegada. Con ganas de caminar. No quiero hablar ahora. No podría, aunque quisiera, porque estoy demasiado emocionada, pero sí necesitaba que supieras que me encuentro, no sé, aliviada.

Enviar.

Por fin vas a saludar a la vida, Lena. La vida llena de colores que te espera. La vida que llevas tantos años sin sentir. Llámame en cuanto puedas hacerlo, nada me hará más feliz.

Sonrío.

Decirle adiós a mi hermana ha sido una de las cosas más liberadoras que he hecho jamás. No sabría explicar por qué, ya que nada ha cambiado en las escasas horas que han pasado desde mi despedida y sigo pensando en ella al tumbarme en la cama para irme a dormir, pero es distinto. Me siento libre. Y contenta. Con ganas de andar, de escribir; con ganas de mi padre, de Lidia, de Luis, de Darío y de Daniel. Con ganas de Daniel.

—Hola, Lena —dice muy cariñoso al responder a mi llamada.

—Hola. —Doy una calada hacia el techo.

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

—Todavía no lo sé porque solo han pasado unas horas, pero siento alivio.

—Es lógico, Lena. No podías estar eternamente viviendo la pena de su muerte. Tienes que avanzar. Por ti y por todos, pero sobre todo por ti.

—Lo sé. Y lo he entendido. No vale de nada cerrar las puertas que se me iban abriendo solo porque algunas no volviesen a abrirse más. Y ahora tengo muchas ganas de ir cerrando puertas para abrir las demás.

—Eso me alegra.

—Voy dando pasos, Dani, pero todavía tengo algo que hacer. Todavía me queda una cosa para cerrar todas las demás y empezar lo que sea que esté por venir.

—¿Y qué es?

—El último capítulo. El último adiós.

Suspiro y él también. Nos quedamos callados unos segundos hasta que finalmente digo:

—Te llamaré cuando esté preparada, Daniel. Ahora necesito un poco de tiempo para mí y para terminar con todos mis lastres de una vez.

—Esta es la Lena que yo conozco —dice en un tono como si sintiera orgulloso—. La que siempre sabe qué hay que hacer.

Sonrío por lo mucho que me conoce y lo que confía en mí y nos despedimos hasta no sabemos cuándo. Ni dónde. Ni cómo. Pero ahora mismo eso ya no me preocupa, porque hay algo más inmediato que tengo que hacer y que sé que ha llegado a mí en el momento preciso, como toda su historia. Como toda ella. Así que dándome cuenta de que ya no me cuesta decirle adiós, abro el libro de Yayi por el último capítulo: el capítulo veintiséis.

Ha llegado la hora de nuestra despedida, flor; de decir adiós a este viaje que hemos compartido y que quedará escrito para siempre. Gracias por leerme, por entenderme y por existir, mi niña bonita, mi pequeña que tan parecida eres a mí y que me has colmado de alegría desde que naciste. No creo que se pueda querer más de lo que te quiero a ti, pero ahora te suelto la mano porque tienes que volar sola, Lena. Eso sí: siempre podrás acudir a mí cuando lo necesites. Siempre. A través de tus recuerdos y de estas memorias. Espero que hayas aprendido muchas cosas con ellas. Espero que hayas aprendido a amar, a abrir tu mente, a ilusionarte con las cosas, a no vivir esperando que pase algo y a dejar que tu felicidad dependa de ello, a sobreponerte a la enfermedad y a la muerte de los seres queridos, a disfrutar de los buenos tiempos y a darte cuenta de que, en realidad, no existen capítulos finales. La vida es un baile lleno de compases armoniosos y de tropiezos; una carretera con llanos, subidas, bajadas y baches; una novela perpetua llena de giros y casualidades. No hay epílogos ni hay finales, Lena; no escribas el tuyo antes de tiempo y no te niegues a vivir algo que está por llegar solo porque estés asustada y tengas miedo. Cuando Mara murió pusiste punto y final a tu vida y solo estaba en periodo de transición y asimilación de una tragedia. Cerraste con llave la puerta de la evolución y ese punto y final no te ha dejado avanzar. Pero no hay punto y final hasta que nos morimos, Lena, así que no lo escribas nunca más. Avanza y deja que tu vida sea siempre un continuo punto y seguido.

Te querré siempre, en todas las vidas de
este mundo.

Yayi

Cierro el libro y decido llorar. Sí, lo decido. Porque lo necesito y no siempre llorar es malo. Así que me permito el placer de llorar a mi abuela y decirle adiós como se merece: diciéndole en alto lo mucho que la quiero, lo mucho que su vida me ha enseñado e inspirado, lo mucho que la he necesitado y que siempre estará conmigo.

Y cuando paso mis dedos por la portada de sus memorias, sonrío. Ya sé cómo debería titularse su libro.

LOS PASOS QUE MARCAN LA DIFERENCIA

Me duele un poco, para qué vamos a mentir. Pero es un dolor morbosillo que al cabo de un rato te hace casi cosquillitas. Pero la ocasión lo merece. La frase lo merece. Ellas lo merecen y yo... también. Sonríó mientras la tatuadora completa su trabajo y pone el broche final al tatuaje.

—Bien, pues, ya está.

Lo limpia, me lo cura, y en lo que tarda en ir a buscar un apósito, yo lo miro orgullosa y con los ojos emocionados. Le hago una foto para mandársela luego a Daniel; sé que le gustará. Mi padre espera afuera y, al cabo de unos minutos y varias indicaciones, salgo sonriente y se lo enseño.

—Es muy bonito. —Sonríe—. ¿Te ha dolido?

Niego con la cabeza y miro mi brazo una y otra vez. Debajo del pliegue interno del codo, envuelto en film transparente, resplandecen enrojecidas en bonitas letras finas las palabras «Punto y seguido». Le mando la foto a Daniel con el texto «Todo en la vida es un punto y seguido». Él me responde con varios iconos de aplauso, sonrisas y un «Es la mejor frase que podías elegir. Es la frase que marca la diferencia. Es... tú». Sonríó, porque sé lo que significa.

Mi padre y yo nos vamos a cenar a su casa y a ultimar todos los detalles. Como mañana madrugamos, he decidido quedarme a dormir aquí. Tenemos que dar carpetazo definitivo a los fantasmas que nos acechan y a todas las cosas que nos han hecho sufrir así que, tras hablarlo con mi tía Amparo, pasado mañana esparciremos los restos de mis abuelos en la Estación Internacional de Canfranc. Ambas incineraciones ya estaban hechas y mi tía había guardado una urna con los restos de los dos, así que mañana iremos a Canfranc, dormiremos en la casa familiar, en la de mis abuelos y donde vivieron también mi padre y la tía Amparo y que ahora es nuestra, de nosotros dos, por herencia, y al día siguiente esparciremos las cenizas con mis tíos y primos. Y así les diremos adiós. Le diré adiós. Me moriré de pena, pero sé que es algo necesario.

Daniel y yo apenas hemos hablado estos días más que algún mensaje banal y poco más. Le conté lo de las cenizas de mis abuelos y el viaje a Canfranc y le dije que a mi vuelta quedaríamos, si él quería, para hablar. Me dijo que sin problema y que estaba ahí si lo necesitaba, pero no hemos vuelto a hacerlo. Sé que está esperando a que yo termine de solucionar mis cosas para que ambos podamos fluir hacia un mismo punto. Y sé que ambos queremos que ese punto sea estar juntos, pero queremos hacerlo bien y no caer en errores conocidos, así que primero me despediré de mis

abuelos y a la vuelta quedaremos y dejaremos que las cosas que siempre han estado allí nos deslumbren y nos hagan volar... si han de hacerlo.

PUNTO Y SEGUIDO

Mi padre y yo bajamos al garaje para irnos en coche a Canfranc mano a mano. El olor a gasolina rancia y lo gris de la estancia me dan repelús, pero al menos hago este viaje con él y eso mitiga un poco toda la congoja que me producen los adioses. Nos montamos en el coche y de primeras ya discutimos, pues no nos ponemos de acuerdo con la música, aunque terminamos riéndonos y dejando un CD de Eddie Vedder que comienza a sonar con su «Rise» y que me pone la piel de gallina porque su letra es como una alegoría y una señal para mí. Salimos a la calle de un Madrid recién despertado en una mañana fresca de agosto, aunque se espera mucho calor. Por delante tenemos varias horas de nervios mezclados con tristeza, alivio, conversación insustancial y silencios incómodos que rellenar con música.

A media mañana llegamos a Huesca y decidimos dar una vuelta. Paseamos por su Coso, nos embebemos de su encanto, sacamos varias fotos, entro a comprarme un par de cositas en una tienda monísima que se llama Veloz y terminamos la jornada degustando unas tapas en el famoso bar Tatau Bistro. Sin querer, me fijo en una pareja de unos treinta y tantos que está sentada en la barra, porque se les ve una pareja unida. Lo que podríamos haber sido Daniel y yo. La chica me pilla mirándola y me devuelve el gesto con una extraña sonrisa que me transmite paz y tranquilidad; como si me conociera bien, como si supiera qué está pasando y qué ocurrirá después. Me guiña uno de sus ojos marrón verdoso medio tapado por su flequillo abierto y vuelve a centrar la atención en su pareja, susurrándole algo al oído. Él me mira también sonriéndome y me pongo roja, pero mi padre me saca de la situación sugiriendo que nos vayamos ya. Así que, tras alguna que otra discusión por no coger la salida correcta a la primera, llegamos al pueblo de mis abuelos y de mi padre al cabo de una hora y media desde nuestra parada en Huesca.

Cuando bajamos del coche frente a la casa de mi abuela, respiro hondo y observo su fachada: es su casa, donde vivió casi toda su vida. Entramos dentro y nada más pisar el patio, el olor a mi abuela me invade entera, como un azote a los sentidos. Es curioso cómo después de tantos meses, desde que ella estuviera aquí visitando a mi tía, su olor aún permanezca impregnando las paredes de toda la casa.

La casa.

La recordaba más grande, aunque supongo que es porque yo era una niña cuando estuve aquí por última vez. Está algo ajada después de tantos años sin ser habitada, pero se nota que mi abuela la limpió y adecentó antes de fallecer, así que ambos dormiremos aquí sin problemas. Mi padre y yo recorreremos la casa, habitación por

habitación, con él contándome historias de cada rincón y haciendo que ambos nos emocionemos. Sonríe al entrar al dormitorio principal, pensando en la cantidad de noches que mis abuelos fueron felices aquí. Veo la pila en la que se afeitaba mi abuelo; el cuarto de mi padre; el de mi tía; la cocina; las *cadieras* en torno al hogar, típicas de las casas aragonesas. Pregunto por Zarza y mi padre me cuenta que murió de vieja en brazos de mi abuela, entre lágrimas de esta por verla marchar.

Dejamos las cosas en las habitaciones que ocuparemos esta noche y después recorreremos las calles del pueblo mano a mano. Mi padre me va contando anécdotas de cuando era niño. Nos reímos cogidos del brazo y nos sorprendemos cuando algunas personas le paran preguntando si es Martín, el hijo de «El Francés». Vemos la iglesia y un suspiro sobrecogedor sale de mis pulmones al pensar que aquí se casaron mis abuelos. Aquí sonrieron antes de posar en esa tétrica foto antigua. Aquí comenzaron su camino a la felicidad, que culminó cuando mi abuela tenía veintiséis años y fue a París, vivió París, quedó embarazada y dio a luz a mi padre. Veintiséis años. Como yo.

—Papá.

—¿Sí?

—Se me había olvidado contarte que ya sé cómo titular el libro de memorias de Yayi. —Mi padre frunce el ceño—. No tiene título y creo que lo merece.

Él sonríe.

—¿Cómo?

—Veintiséis.

Sonreímos y él asiente.

—No has podido elegir mejor título.

Suspiramos y seguimos nuestro periplo que incluye el cementerio, donde descansan los restos de Isabel y de mis bisabuelos, en cuyas tumbas pongo unas flores silvestres que he cogido por el camino. «Ponla guapa», susurro en la de Isabel, «píntale los labios y dale zapatos de tacón. Se merece una fiesta por todo lo alto allá arriba. Y que tú brilles con tu propia luz, como siempre debiste hacer».

Después, vamos a casa de mis tíos para cenar con ellos y con mis dos primos, fingiendo que nos llevamos bien. Pero el encuentro es frío e incómodo, porque la relación entre mi padre y mi tía sigue siendo tensa, y más desde que mi padre recibiera en herencia la casa de mi abuela toda para él. Así que como era de imaginar, la cena termina bastante rápido, como si fuera un mero trámite a cumplir, hasta que enseguida nos despedimos y mi padre y yo volvemos caminando a su antigua casa para descansar antes de mañana. El gran día.

Cuando me voy a dormir en la soledad de la antigua habitación de mis abuelos, donde me he empeñado en dormir para empaparme bien de ellos, me enciendo un cigarrillo tumbada en la cama, tratando de no pensar en nada más porque los nervios, el viaje y la emoción me tienen agotada y necesito dormir. Doy una última calada mirando alrededor. El dormitorio está tal cual se quedó tras fallecer mi abuelo: Yayi no quiso tirar nada, ni cambiar nada, así que mantiene la esencia de ambos. Y yo quiero emborracharme de esa esencia antes de decirles adiós. No, no me da yuyu

estar aquí. Al revés, me siento honrada, orgullosa y parte de toda la historia que vivieron ellos. Al menos, soy uno de los resultados. Sonríó al pensarlo. Y le mando un wasap a Daniel.

Es increíble estar tumbada en la cama de mis abuelos, donde fueron tan felices. Me siento parte de una historia y es una sensación reconfortante y cálida.

Enviar.

Y así es como debe ser, Lena. Todos nosotros somos el resultado de tantas casualidades que solo por honrarlas merece la pena seguir. Eres luz. Nunca más te apagues.

Inspiro hondo. Y cierro los ojos con la sensación de ser parte de algo y de ser parte de alguien.

Me despierto con el trinar de los pájaros y el olor a hierba y a tierra mojada. Sí. Este momento rural me viene fetén. Soy muy urbanita y amo Madrid por encima de todas las cosas, pero una desconexión tan bestial como estar en un pueblo pequeño que huele a naturaleza es un placer no accesible para cualquiera. Tengo que venir más a menudo. Ahogo el sollozo que me sale al pensar que ha llegado el día y que me tengo que despedir no solo de mis abuelos, sino de todo lo que no me dejaba avanzar. Como si fuera una fecha tope, como si fuera dejar de fumar, hoy sí he de poner un punto y final a muchas cosas.

Bajo a la cocina donde mi padre está preparando el desayuno. Miro alrededor y veo el hogar de leña, limpio e impoluto. Sonríó pensando en la cantidad de años que pasaron mis abuelos calentándose los inviernos en este mismo sitio, contándose sus historias, cambiando sus finales. Mi padre y yo desayunamos casi en silencio porque estamos tristes a la vez que aliviados. Decir adiós es algo muy duro, pero también catártico. Así que no lo retrasamos más y nos encaminamos a casa de mis tíos para salir de ahí todos juntos hacia la abandonada Estación Internacional de Canfranc y esparcir las cenizas en uno de sus laterales.

Nos acercamos cruzando la calle y ya ahí puedo ver la majestuosidad del edificio. No mentía Yayi cuando hablaba de modernismo, opulencia y preciosidad. Todos los adjetivos que se os ocurran son pocos para describir esta maravilla que huele a historia, a dolor, a reencuentros y a despedidas. Sobrecoge al verla. Si no te emocionas al ver la Estación Internacional de Canfranc, no tienes alma, así de claro. Damos una vuelta por la parte frontal y después por la trasera, lo que era la parte francesa, más ajada que la española. Las vías están oxidadas y llenas de hierbas altas. Los techos tienen agujeros y una enorme valla de metal cerca el acceso al interior de la estación, inaccesible salvo si lo haces con una visita guiada. Mi tía nos pregunta si queremos apuntarnos a una de ellas, que se hará dentro de una hora, para que podamos ver cómo era la estación por dentro. Todos asentimos y emprendemos una pequeña turné por los exteriores del edificio.

Terminado el recorrido, decidimos no retrasarlo más y nos encaminamos hacia uno de los laterales más alejados del ojo ajeno. Nos pueden multar y mucho por hacer

esto, así que vamos a hacerlo rápido y disimuladamente. Eso significa que mi padre y mi tío se tiran como diez minutos tratando de romper la urna con las cenizas, armando un estruendo digno de atraer a la Guardia Civil en masa. Pero no hay moros en la costa así que, sin más, nos ponemos todos en fila y mi padre hace los honores.

—Bien —carraspea—. Hoy decimos adiós a nuestros padres y vuestros abuelos. Hoy es un día triste porque significa que se van de nuestra vida para siempre. Pero seguirán vivos en nuestra alma y en nuestros recuerdos, como ellos siempre quisieron. Aquí esparcimos sus restos, en la estación que los vio nacer y crecer, enamorarse y madurar, ser padres y morir. Aquí, entre dos tierras hermanas, os decimos Andrés y Elena, que sois de lo mejor que ha pasado en nuestra vida; un orgullo como padres, como abuelos y como personas. Gracias por existir.

Aplaudimos. Y enseguida nos quedamos todos en silencio. Mi padre rompe la primera de las dos bolsas de plástico que contienen las cenizas. Yo cierro los ojos y suspiro. Siento el aire fresco de montaña en mi cara, la tranquilidad que da el haber cerrado muchas puertas y el dolor por tantos adioses, pero también la satisfacción de haber vivido tantas cosas. Sí, porque a pesar de todo, por primera vez me siento viva y es una sensación nueva, contradictoria, gratificante y esperanzadora. Porque las puertas que se cierran, aunque nos duelan en el alma y nos destrocen, al final siempre abren otras; así que intento agarrarme a esa idea con fuerza para no llorarles más.

Escucho la siguiente bolsita romperse todavía con los ojos cerrados. Trago saliva porque no sé si quiero abrirlos, si puedo abrirlos, si puedo verlo.

—Bien, pues... allá voy.

Ruido de trozos rotos de la urna. Brisa. Frescor. Lágrimas que se agolpan en mi garganta. Silencio. Más silencio. Y un escalofrío. Un cambio de aire. Algo eléctrico. Algo en mi mano. Unos dedos me tantean. Una mano se entrelaza con la mía. Un olor. Abro los ojos. Inspiro hondo. Y siento el corazón a punto de salirse por mi boca.

Daniel a mi lado sonrío y señala con su cabeza hacia el frente. Lo miro admirada y él me guiña un ojo, volviendo la vista hacia mi padre, que nos observa esperando a que Daniel se una a nosotros para proceder. Sonrío con los labios cerrados en una total, absoluta y deliciosa paz que no necesita palabras para llenar lo que ambos sabemos. Daniel me devuelve la sonrisa sabiendo lo que estoy pensando y los dos miramos al frente sin decir ni hacer ningún gesto más. Fijamos nuestros ojos en mi padre y en las cenizas de mis abuelos, que empiezan a volar por el aire libres e indómitas, como ellos lo fueron, para caer en mitad de una línea imaginaria que unía dos países. «Adiós, Yayı», digo mentalmente, «te querré con todas mis fuerzas toda mi vida y más allá de esta. Gracias, abuelo, por creer en ella y hacerla volar». Aplaudimos de nuevo y cojo aire con profundidad. Porque le digo adiós a mi abuela, adiós a mis fantasmas y adiós al dolor de mis recuerdos.

Adiós.

Todos respiramos hondo y damos por concluida la despedida. Nos movemos en silencio hacia la parte central de la estación para iniciar la visita guiada por su interior, con la mano de Daniel aún cogiendo la mía.

—Has venido —le susurro cuando avanzamos.

—¿De verdad pensabas que no iba a estar en este momento con mi chica? —
Sonreímos.

—¿Entonces? —pregunto contenida.

—Entonces... deberíamos cumplir las promesas que hicimos aquella noche, ¿no crees?

—Sí. Es hora de cumplirlas y de dar pasos. Y de volar. De volar de verdad.

Sonreímos comedidos mientras me rodea los hombros con su brazo, dándome un beso en la sien, y todos nos vamos alejando y despidiendo de la zona en la que descansan en paz mis abuelos. Avanzamos unos pasos con el ruido de las piedras entre las vías y miro hacia el cielo satisfecha, sintiendo una inesperada calma, como si mi madre, mi abuela y Mara me miraran desde lo alto y estuvieran diciéndome adiós, dejándome marchar. Así se cierra el círculo, mis fantasmas se van y se abre paso un nuevo ciclo lleno de ilusiones que no me quiero perder.

No sé qué me deparará el futuro. No sé si Daniel y yo envejeceremos juntos, si tendremos nietos, si moriremos el uno junto al otro. No sé si seré escritora profesional u ocasional o ninguna de las dos. No sé si mi padre y Laura afianzarán su relación o si mi trabajo en la tienda tiene las horas contadas. No sé nada. Y por primera vez en mi vida no saberlo me hace sentir bien. Porque ahora sé que cada día es una página en blanco que solo nosotros escribimos y no es necesario saber qué pasará para disfrutar de lo que ocurra hoy. Y hoy está conmigo. Estoy con él. Sonrío mirando a Daniel y le doy un tímido beso en los labios, antesala de todos los que vendrán. Le hago una carantoña al terminar y miro al horizonte que empieza a despertar. El sol ya se deja ver entre las montañas, elevándose poco a poco, y va calentando nuestros huesos entumecidos de tanto recordar. Inspiro hondo y cierro fugazmente los ojos. En mi cabeza resuena el «Rise», de Eddie Vedder, que escuché en el coche con mi padre y, como su letra, tengo la sensación de que me elevo y dejo atrás todo lo que no me dejaba avanzar.

Y, por fin, doy un paso al frente con una sonrisa en mis labios porque ahora sí siento que empiezo a vivir y a escribir mi propia historia. Y lo hago sin principios, ni finales, ni epílogos... porque cada capítulo que termine será el principio del siguiente, haciendo que el libro de mi vida sea siempre un continuo punto y seguido.

AGRADECIMIENTOS

No recuerdo cómo llegó esta historia a mi cabeza, eso es así. Me acuerdo de una primera idea, que mutó en otra, y en otra, hasta que terminó siendo *El vuelo de Lena*, pero no sé qué la originó. Quizá estaba agazapada dentro y, como le pasa a Lena, se revolvió cuando quiso salir. Escribirla fue tan duro como bonito, tan emotivo como emocionante y, durante este proceso de escritura en el que hubo momentos en los que no sabía si algún día me despegaría de esta historia, tengo que agradecer a mis «lectores cero» por escuchar cada duda infinita; por leer un primer borrador, y un segundo, y un tercero; por cada palabra, cada «esto no encaja», cada «Dios, esto sí». Y por hacerme volar con la foto con ojitos llorosos, la llamada sin poder pronunciar palabra de emoción y los «vuela» susurrados cada mañana.

Gracias a Ana Lozano, la editora con más paciencia del mundo, y a todo el equipo de Penguin Random House, por dotar de alas cada palabra de esta historia.

Gracias infinitas por todo el apoyo en redes sociales, por cada mensaje, cada mención, cada historia. Y por querer leer esta novela y hacerla así más real.

A Andrés y Martín, los reales, por ser las únicas dos personitas en el mundo cuyo solo nombre ya me hace sonreír. No os hagáis mayores demasiado pronto. Pero volad cuando llegue el momento.

A nuestra segunda familia, y en especial a «las colchonas», por todas las comidas y cenas regadas de risas, confidencias e historias que superan a la ficción.

A Los Labordinis, sí, señores.

Gracias a toda la gente de las ofis (zaragozanos, miamenses, oscenses, guatemaltecos, romanos y tokiotas) por los ánimos, las preguntas, la ilusión y el apoyo en esta locura.

A Sandra, por ser tan parte de mí que somos una sola. Indivisibles. Siempre.

A Elisabet, mi Little Twin, porque el destino no pudo ser más grande haciendo que voláramos juntas.

A Diego. Cada noche, cuando me acuesto a tu lado, te miro. Y el día termina teniendo sentido.

Y, por último, gracias más que especiales a mis padres, a mi hermana y a Josan, mis «pilares de la tierra», porque este año hemos aprendido que la fortaleza no tiene límites, que podemos cogernos de la mano con una sonrisa y que, al final, la familia es lo más importante.

¿Se puede avanzar hacia el futuro con las cicatrices del pasado? Lena está a punto de descubrirlo. ¿Quieres leer su historia?



Lena tiene veintiséis años y vive junto a su padre, un afamado novelista que pasa la mayor parte del tiempo fuera, y su abuela en una lujosa casa de Madrid. Su vida vacía y gris se divide entre el trabajo en una tienda de discos, salir con sus amigos y acostarse de manera intermitente con Daniel. Pero todo cambia el día en que su padre le hace un regalo que pondrá del revés todo su mundo y que le dará unas alas que nunca se atrevió a tener: un libro con las memorias de su abuela, que esta grabó en los que fueron, sin saberlo, los últimos días de su vida.

Sara Ballarín regresa al panorama editorial con una novela llena de sonrisas y lágrimas, de verdades que duelen, de realidades que sorprenden y de cadenas que nos atan. *El vuelo de Lena* muestra que no podemos vivir anclados en la tristeza y pone voz al legado entre mujeres, palabras que generación tras generación nos liberan y nos recuerdan que lo más importante es alzar el vuelo.

Reseñas de *Contigo en el mundo*:

«El estilo y la escritura de Sara Ballarín son amenos y divertidos, con una cadencia ágil».

SOBRE LA AUTORA

Sara Ballarín nació en Huesca en 1980. Es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Zaragoza. En la actualidad trabaja en una empresa internacional de telecomunicaciones. Empezó a escribir relatos cortos ya desde niña hasta que dio el salto a la novela con *El cuaderno de Paula* y *Contigo en el mundo*. *El vuelo de Lena* es su tercer trabajo publicado en Suma de Letras.

Índice

[El vuelo de Lena](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[1. El segundo peor día de mi vida](#)

[2. Mara](#)

[3. El chico del sombrero](#)

[4. El regalo](#)

[5. Capítulo I](#)

[6. El deseo](#)

[7. Haced magia](#)

[8. Dos cuerpos](#)

[9. «Wish you were here»](#)

[10. Silencios que pesan](#)

[11. Sacher de cereza](#)

[12. Tú, yo y las estrellas fugaces](#)

[13. Levántate](#)

[14. Cuando menos te lo esperas, sucede](#)

[15. Hacia la luz](#)

[16. Nada mejor que nosotros](#)

[17. Empezar a vivir](#)

[18. Daniel y Lena](#)

[19. Los comienzos que no son como imaginamos](#)

[20. Las palabras que empiezan a gritar](#)

[21. Lluvia](#)

[22. Rienda suelta](#)

[23. ¡Ey, que estoy aquí!](#)

[24. Susúrrame más cosas](#)

[25. El primer paso](#)

[26. Gracias](#)

[27. Las ilusiones de Daniel](#)

[28. Los días en los que no sale el sol](#)

[29. Llamada nocturna](#)

[30. Saliendo de la cama...](#)

[31. ... Sin pensar](#)

[32. Las gotas de lluvia en la ventana](#)

[33. Los poros de la burbuja](#)

[34. Llave del portal, llave del buzón, llave de la puerta](#)

[35. Cansancio](#)

[36. El *show* debe terminar](#)

[37. Dolor](#)

[38. El primer cabo suelto](#)

[39. Perder el tiempo](#)
[40. Cuando llorar es un alivio](#)
[41. Hacia un final](#)
[42. La primera noche y el primer paso](#)
[43. Punto y aparte](#)
[44. París, 1928](#)
[45. Lo que estaba por venir](#)
[46. Los contrastes](#)
[47. Las ilusiones que se vuelven físicas](#)
[48. De las dudas infinitas](#)
[49. Los buenos tiempos](#)
[50. Vuela](#)
[51. El gran cabo suelto](#)
[52. Veintiséis](#)
[53. Los pasos que marcan la diferencia](#)
[54. Punto y seguido](#)
[Agradecimientos](#)
[Sobre este libro](#)
[Sobre la autora](#)